
***“Rehiletas y pelados: Las piezas sueltas de la familia.
Interacción y géneros discursivos en Totatiche, Jalisco.”***

Tesis de doctorado en antropología.



María Soledad de León Torres

Director: Dr. John B. Haviland

Ciesas-D.F. Octubre 2004.

Pachuca, Hidalgo.

ÍNDICE

Agradecimientos	5
Introducción.....	6
Capítulo 1. “¡Yo soy un diablo!”	13
1.1. Juego de espejos.....	13
1.2. Trabajos de <i>mujeres</i> : Compromisos éticos, dilemas antropológicos.	25
1.3. Migración y trabajo.....	31
Capítulo 2. “Niños <i>cuarterones</i> , hijos <i>conseguidos</i> ”: Matrimonio, parentesco y sexualidad.....	42
2.1 Ana y otras composiciones familiares a cargo de los abuelos.	43
2.2 Núcleos residenciales formados por mujeres con sus hijos.....	54
2.3 Amor y desamor: Estadísticas matrimoniales.....	59
2.4 Hombres contra hombres: Las pautas del parentesco.	65
2.5 Conclusión.....	75
Capítulo 3. <i>Rehiletas, pelados</i> : Eventos performativos, matrimonio y familia.....	76
3.1 Expectativas maritales	76
3.2 Migración y matrimonio.	84
3.3 Los deberes en la ausencia: Implicaturas familiares.....	90
3.3.1 Lecciones entre mujeres.....	93
3.3.2 Cuidando las apariencias.	101
3.3.3 Discreción es lealtad.	106
3.4 Conclusiones.....	109

Capítulo 4. Cuerpos, dinero y trabajo: Narrativas autobiográficas.	110
4.1 Narrativas del yo.....	113
4.2 Cuerpos, distancias: El yo femenino.	115
4.2.1 "Qué vida tan triste": Fátima.....	115
4.2.2 Yo así me pasó: Carmela.....	120
4.2.3 <i>Pújele, pújele</i> : Refugio.....	123
4.2 El trabajo de “buscar la vida”: El yo masculino.....	127
4.3.2 “ <i>Yo les daba todo</i> ”: Nacho.....	134
4.3.3 <i>¡Yo trabajo pura chingada!</i> : Javier.....	138
4.4 Realismo y ficción: Género social y moralejas.....	142
4.5 ¿Quién habla de quién? Pragmática autobiográfica.	150
4.6 Conclusiones. Autoría femenina y masculina.....	152
Capítulo 5. ¿Sólo palabras?	156
5.1 ¿Qué es un chisme?	156
5.2 Primeros trazos del chisme en Carrizales	158
5.3 ¿Chismarajal que sacaron!: Hablando sobre el chisme.....	161
5.4 “ <i>La porquería que siempre contamos</i> ”.....	166
5.5 Vendettas verbales.....	171
5.5.1 Narrativas sobre sexualidad e infidelidad	171
5.5.2 Antecedentes y consecuencias de las narrativas.....	173
5.6 <i>Ajá, ey, no</i> : Mecanismos interactivos en la defensa de la intimidad	172
5.7 Conclusiones: Prescripciones, sexualidad y matrimonio.	178
Capítulo 6. “Vírgenes” y “proveedores”: Voces sobre familia, género y parentesco.	181
6.1 Antropología y feminismo.....	183
6.2 Intercambio de dones.	186
6.3 Intersección de discursos	189

Bibliografía	196
Anexo capítulo 3	202

Agradecimientos

Esta tesis fue realizada gracias a la beca-préstamo que el CONACYT me otorgó para estudiar el doctorado del CIESAS. En la generación 1998-2002 de la que formo parte, tuvimos la fortuna de contar con profesores cercanos, generosos con su tiempo, su experiencia y sus conocimientos. Me siento particularmente afortunada de haber tenido entre mis profesores durante la fase escolarizada y los coloquios a los doctores Virginia Molina, Mariángela Rodríguez y Witold Jacorzinsky. Especialmente a ellos les doy las gracias por las horas de clases y de conversación, por su amistad y por la inspiración que sus enseñanzas me dieron para llevar a cabo mi propio proyecto. Del mismo modo, ya en el último tramo de este camino, quiero agradecer también las atenciones y el tiempo que generosamente han dispuesto los doctores Andrés Fábregas, Jane Collier y Rosario Esteinou para leer y comentar esta tesis. A todos ellos, integrantes del comité dictaminador, muchas gracias por sus observaciones y recomendaciones para mejorar este texto, en medio de sus diversos compromisos y saturadas agendas de trabajo.

Entre todos estos queridos profesores, estoy especialmente agradecida por la cercanía que he tenido con John Haviland desde los comienzos del doctorado. Además de aceptar dirigirme en este proyecto, en los momentos difíciles del trabajo de campo pude recuperarme siempre gracias a sus consejos y su ilimitada paciencia para adentrarse en los pormenores vividos con los colaboradores y conmigo misma. Del mismo modo, he tenido su atención y su tiempo en el largo proceso de digerir estas experiencias y las lecturas necesarias para escribir este texto. En todos estos años, los lugares más impersonales se convirtieron en las mejores oficinas para trabajar con Juan, y también para reír y para hablar durante horas sobre la gente, las vidas y los extraños caminos del trabajo del antropólogo. No pude haber tenido mejor director y amigo en este viaje. Por todo y con mucho cariño, gracias Juan.

Este trabajo fue posible también, desde luego, gracias a la disposición y la hospitalidad amistosa de las familias y las mujeres de Totatiche que me dieron la oportunidad de compartir nuestras vidas, experiencias y emociones. Mucho de lo que he aprendido como antropóloga y como persona en este tiempo, es resultado de la especial cercanía con quienes me recibieron en su casa y en su familia. Especialmente a ellas, mil gracias por esta excepcional experiencia de vida.

Varios amigos muy queridos me acompañaron también, con un gran sentido del humor, en momentos intensos de esta tarea. Por la amistad de tanto tiempo, por el tiempo prestado a las conversaciones y por los buenos ratos gracias a Paty Bravo y a Eric Cach, a Martha Delia Rodríguez, Luz Macías y Aldo Nava.

Por último, quiero agradecer también la compañía y el cariño que mi familia me ha dado siempre, y también, amorosamente, darle las gracias a José.

Introducción

En este trabajo busco explicar porqué y cómo subsiste la ideología sobre familia en un contexto social caracterizado por relaciones familiares que difícilmente pueden agruparse bajo un mismo patrón y que, además, están siendo trastocadas por la constante y creciente migración interna y transnacional de sus habitantes. Considerando esta especial pluralidad en las formas de organización social en la localidad, simultáneamente, me interesa también identificar, si es que existen, cuáles son las pautas sobresalientes que le dan a la ideología sobre familia un cuerpo medianamente homogéneo, o descubrir si, por el contrario, esta ideología más bien está formada por una diversidad de modelos que tienen pocos elementos en común, cuyas afinidades entre sí apenas son perceptibles.

En los estudios de género y feministas, la relación entre la familia y las identidades de las mujeres es un problema central. Si bien en la actualidad la definición de género como sustancia o atributo predeterminado de los individuos se encuentra sujeta a revisiones y críticas (Butler, 2001), durante muchos años ha predominado la tendencia a suponer que las identidades de género y de familia constituyen modos de opresión o mecanismos de subyugación femenina, resultado de una asimetría sexual universal que adquiere sus propias manifestaciones en cada sociedad (Ortner y Whitehead, 1991). A través de diferentes conceptos y marcos analíticos, las teorías feministas comparten la visión de que la ideología de género y de familia constituyen instrumentos para el ejercicio del poder y la creación de desigualdades sociales; las representaciones genéricas y familiares son un problema de interés, básicamente porque esta ideología es un vehículo de dominación que hay que identificar y transformar (Thorne, 1992). Sin pretender negar este carácter político y de poder que en determinados contextos y jerarquías sociales pueden desplegarse a través de las representaciones de género y de familia, pero también sin anteponer este supuesto a la aproximación empírica desarrollada en el trabajo de campo, antes que adoptar un posición feminista a priori la perspectiva que orienta esta tesis tiene otra dirección y otros propósitos. Partiendo del supuesto de que los modelos de conducta, normas y prescripciones para la vida matrimonial y las relaciones familiares que se elaboran a través de diversos discursos constituyen un vehículo a través del que se construye, se comparte y se transforma la cultura en particular (Urban, 1997), en este trabajo quiero profundizar en

las formas como la ideología sobre familia (y paralelamente las ideologías sobre género, sexualidad y matrimonio que emergen estrechamente vinculadas a la propia representación de familia) se produce, se mantiene o se modifica. Me interesa abordar los modelos de hombre y mujer que, conjuntamente con determinados roles familiares y conyugales, se representan en la interacción cara a cara, sin definirlos anticipadamente como representaciones que contribuyen a la desigualdad de género, sino tratando de comprender, como he señalado antes, porqué una determinada ideología relacionada con la familia se reproduce en un contexto social que es visiblemente inconsistente con los modelos de conducta evocados a través de esta ideología. Poniendo atención en la pluralidad de estas representaciones, así como en las tensiones y contradicciones sobre las que se construyen determinados modelos de familia y matrimonio, en este trabajo quiero sugerir que la ideología local relacionada con la familia no puede aprehenderse a partir de presupuestos teórico-políticos que constituyen en sí mismos una ideología sobre las relaciones de género, ya que antes que generar preguntas sobre las realidades que se abordan en trabajo de campo, un estudio feminista tiene como objetivo identificar y transformar estructuras y relaciones de poder que se basan en diferencias de género (Walter; 1995). El propósito que me ocupa aquí es abordar los discursos sobre género y familia en tanto su estudio posibilita la aproximación a una determinada cultura local; no en la medida en que pueden constituirse e interpretarse como mecanismos de subordinación y desigualdad que hay que transformar.

Primer vistazo a la ideología sobre familia

Antes que describir una realidad vivida en la cotidianidad y en la interacción, hablar sobre la familia parece ser más bien el bosquejo de un modelo en torno al cual es posible comprender y descifrar una desbordante pluralidad de lazos y relaciones en las que un sujeto se encuentra sucesivamente implicado. Al hablar sobre la familia se evoca y se reproduce constantemente un modelo de relaciones sociales a partir del cuál se puede interpretar y reconstruir la experiencia individual, inmersa en múltiples lazos, eventualidades y circunstancias imprevistas. Los contenidos de este modelo permean el habla sobre familia en distintos géneros discursivos: compartir viejas experiencias de vida

con un desconocido, platicar con los vecinos sobre un acontecimiento reciente o bromear haciendo propuestas amorosas irrealizables pueden ser vehículos adecuados para introducir un patrón de relaciones sociales que, al ser tan persistentemente evocado, se muestra también fatalmente inalcanzable. A pesar de ello, este modelo es capaz de penetrar cualquier clase de conversación y diversos espacios de interacción, desenvolviendo así su intrínseco carácter, altamente moral y socializador. Hablar acerca de la familia permite dibujar ideales de “padre” o “madre”, así como también da la oportunidad de definir lo que es indeseable, inadecuado o reprobable en un “hombre” o en una “mujer”. Formas apropiadas de relacionarse con el esposo y los hijos, así como funciones bastante bien definidas para un hombre en el papel de padre y esposo, son evocadas a través de las pláticas en las que se pretende reconstruir la historia individual, o bien, en las conversaciones donde la mirada a los comportamientos de otros ofrece la oportunidad de repudiar lo que resulta indeseable para uno mismo. Solteras con hijos de distintos padres evocan la vida en pareja, al embarazarse de hombres casados con los que no pueden ni planean compartir su vida ni la responsabilidad de los hijos. Hombres casados cuyas esposas viven en Estados Unidos, se apoyan también en un determinado patrón de familia al plantear sus intenciones amorosas a una soltera que los rechaza. Ancianas que se han quedado en México mientras sus hijos se integran al circuito de migración transnacional, construyen su vida centrándose en las vivencias y planes que hubieran deseado realizar, si hubiera sido posible que sus hijos permanecieran en el pueblo donde nacieron. De este modo, a pesar del constante cambio y recomposición de la organización familiar, hombres y mujeres evocan una familia ejemplar, en la que se entremezclan también determinados roles de género, formas aceptables de sexualidad y relaciones matrimoniales idóneas. Las pautas marcadas por estos modelos, aparecen de manera atomizada y parcial en diversas conversaciones, hablantes y contextos de habla; sin embargo parecen formar un mismo cuerpo que, finalmente subyace y articula de manera bastante ordenada el total de imágenes aisladas y desmembradas que constituyen los diálogos sobre familias. Las voces locales acerca de la familia reproducen así, en conjunto, un patrón de relaciones sociales que no tiene como referente fiel a ninguna de las familias locales. La persistente evocación de la familia parece entonces un extraño contrasentido: se habla persuasivamente de algo que no se vive, y que no se puede realizar. ¿Cómo podemos explicar esta especial relación que

existe entre las formas de familia y las formas de hablar acerca de la familia? ¿Porqué ciertos tipos de relaciones familiares, matrimoniales y sexuales, son constantemente referidas, aún cuando las formas de interacción familiares sean diferentes, e incluso, visiblemente contrapuestas al modelo que se reproduce a través del habla? Para responder a estas preguntas, este trabajo está desarrollado principalmente a partir de discursos de diversos géneros, que fueron pronunciados por hombres y mujeres en una localidad rural del municipio de Totatiche, Jalisco, durante las distintas fases de trabajo de campo que desarrollé en el año 2001. No obstante, el corpus de información tratada aquí se refiere a dos ámbitos que debemos distinguir: 1) Las múltiples maneras de formar una familia (*formas de familia*); 2) los diversos modos como hombres y mujeres hablan acerca de las familias locales (*modos de habla*). Conjuntando el análisis de ambos tipos de datos, debemos discutir qué relaciones existen entre estos dos niveles de estudio; cómo se explica la reproducción de discursos sobre un modelo de relaciones sociales que no ocupa un lugar preponderante en la organización social, y que, más aún, por el contrario, tiene un papel cada vez más notoriamente periférico en las diversas formas locales de organización familiar.

Formas familiares

Las múltiples realidades relacionadas con la familia se encuentran sujetas a transformaciones insospechadas que en la actualidad mantienen vigente el interés antropológico por adentrarse en la naturaleza y problemática de las relaciones familiares. En Europa y Estados Unidos, los movimientos para la diversidad sexual han exigido el reconocimiento legal de sociedades de convivencia para institucionalizar las uniones homosexuales. Esta nueva expresión del matrimonio, paralelamente ha llevado a discutir las diversas posibilidades que existen para la formación de nuevas familias, que no dependen de una pareja heterosexual (Roudinesco, 2003). Por otro lado, los descubrimientos y avances más recientes relacionados con la reproducción humana han generado también debates éticos y legales sobre las formas aceptables para erigirse en “padre” o “madre”, y en consecuencia, acerca de los modos y características con las que es posible constituir una familia (Bestard, 1998). En México, ciertas poblaciones que

participan de forma masiva en circuitos de migración a Estados Unidos, observan también diversos cambios en las relaciones familiares y matrimoniales (Hirsch, 2003; De León, 1996; Mummert, 1994, 1998). Si bien estos procesos no son totalmente novedosos, ha sido en fechas recientes cuando se ha puesto mayor atención a los impactos que la migración ha provocado en la organización familiar y en las relaciones de género en las localidades que participan en circuitos de migración. De acuerdo con estos estudios, estos cambios responden, al menos parcialmente, a las necesidades y realidades de noviazgos, parejas y familias que se relacionan a través de la distancia, cruzando la frontera periódicamente, con presencia temporal en los pueblos de origen, o bien con un flujo constante de las personas que tienen relaciones de parentesco o están involucrados en una alianza matrimonial. En cualquier caso, la migración obliga a reconstruir o recomponer relaciones familiares y de parentesco. El constante movimiento de población puede dar lugar a formas de organización sumamente sorprendentes por su funcionalidad y permanencia, pero también, como describo más adelante, puede ir acompañado de fracturas difícilmente reparables, tanto en las relaciones conyugales, como en el orden familiar.

Formas de hablar

Los discursos nativos constituyen una poderosa fuente de información etnográfica cuya naturaleza debe ser problematizada; especialmente en los estudios antropológicos sobre familia, matrimonio, género y sexualidad. En estos campos de estudio, suele darse por hecho que las anécdotas o historias acerca de la experiencia personal, constituyen testimonios de ciertos sucesos o experiencias pasadas (Ramírez, 2002; Ponce, 1993; Barrios y Pons; 1995, entre muchos otros) se pretende que historias relacionadas con matrimonios o familias, constituyen en sí mismas evidencias de comportamientos sociales, una aproximación empírica a patrones matrimoniales o familiares (Urban, 1997). Este manejo de información niega la naturaleza de los discursos como datos producidos por la interacción del etnógrafo y sus colaboradores, y anula las posibilidades de análisis más poderosas de los datos que se producen en este proceso. La metodología aplicada en este trabajo parte de principios bien conocidos en la antropología lingüística: *hablar acerca de algo* en particular, en determinadas circunstancias, *es un acto social* (Hymes, 1972;

Bauman, 1975, 1986; Austin, 1990). Los *modos de habla* relacionados con la familia son producidos en determinados contextos de interacción, donde, entre otros elementos, se ponen en juego las identidades de los participantes, sus intenciones y propósitos. El contenido de estos discursos acerca de la familia no puede comprenderse plenamente sin tomar en cuenta este conjunto de aspectos y las circunstancias en las que cada discurso es elaborado; tampoco debe tomarse como evidencia de experiencias vividas ni como actos fortuitos. El contenido de estos discursos, por el contrario, debe analizarse como la elaboración intencional que ciertos hablantes, en determinadas circunstancias, realizan estando en relación con otros (Bauman, 1998, 1977). Estos principios se aplican también a la producción etnográfica de datos, realizada por un ser ajeno a la localidad, que intenta aprehender los significados propios de la cultura a la que se aproxima. No hay discursos significativos que sean elaborados fuera de un marco de intenciones y de relaciones sociales; por lo tanto, su sentido más profundo tampoco puede captarse cuando este marco de relaciones y propósitos entre los hablantes se desconoce o se pasa por alto. Centrándome en la interacción y en los diversos modos de usar el lenguaje, en este trabajo busco aproximarme a la diversidad de sentidos que se otorgan a las palabras relacionadas con la familia, y, descubrir o reconstruir los modelos de familia que están implícitos en los modos de habla nativos.

Estructura capitular

El análisis centrado en la interacción y los discursos nos obliga a problematizar la relación existente entre el etnógrafo y los colaboradores. El capítulo 1 contiene el proceso de incorporación a una familia y a la vida de dos mujeres en particular, que conduce a un proceso de introspección y cuestionamiento de los valores sobre familia y matrimonio. Esta experiencia se convierte en una fuente de información evidentemente influyente en la investigación: Etnógrafa y colaboradoras participan simultáneamente en un proceso de reconocimiento mutuo; sus identidades sociales, con todas sus ambigüedades y matices, se convierte en un juego de espejos que ha influido, profundamente, en la perspectiva y dirección de este trabajo. La realidad polifacética y contradictoria de las relaciones familiares y matrimoniales en la localidad, evidencian la imposibilidad de obtener imágenes locales medianamente genuinas sin un esfuerzo por suspender, temporalmente las

convicciones y valores éticos con los que se emprende la investigación. En el capítulo 2, nos aproximamos con gran detalle a la organización familiar y las relaciones matrimoniales. Centrándome en la relación entre cónyuges y los hijos, y las formas residenciales observadas en varios tipos de familia, busco extraer las pautas a partir de las que podamos explicar las relaciones de padres con hijos. El lazo especial que surge entre abuelos y nietos, cuando las parejas o matrimonios son disueltos, está descrito con detalle en este mismo apartado. Las bases teórico-metodológicas de la tesis están concentradas en el capítulo 3. Los conceptos para estudiar los usos del lenguaje, son aplicados en este mismo capítulo al análisis de tres eventos discursivos relacionados con una familia en que la madre, se separa de los hijos nacidos en una relación extramatrimonial, cuando se casa con una nueva pareja. El capítulo 4 está dedicado a las autobiografías elaboradas por hombres y mujeres. En este género discursivo sobresalen las diversas formas de referirse a las relaciones familiares y el papel que cada hablante les otorga a sus familiares al presentar su yo. El género discursivo analizado en el capítulo 5, el chisme, nos muestra la influencia de los discursos sobre matrimonio y sexualidad para construir o dañar la reputación de otros. El último capítulo contiene las conclusiones del trabajo.

Capítulo 1. “¡Yo soy un diablo!”

1.1. Juego de espejos

Entre los fragmentos de vidas y voces que dan cuerpo a este trabajo, los más influyentes provienen de Catalina Ramírez. Mujer de 35 años de edad, soltera, madre de cuatro hijos, nacida en un pueblo de Nayarit, habitante de California durante casi 20 años, Catalina regresó al pueblo natal de sus padres en 1998, dos años antes de que inicié el trabajo de campo en el municipio de Totatiche, durante la fase avanzada de la enfermedad por la que murió su padre. Trayendo a los cuatro hijos que tuvo en California, Catalina volvió a la casa donde vivían sus padres y donde ella y sus hermanos vivieron una parte de su niñez, Jalisco. Seguramente su experiencia trashumante y mi propia condición de outsider en Totatiche propiciaron la gran empatía que influyó en el desarrollo de este trabajo y que, desde el principio, sorprendió a los vecinos y a su propia familia. Catalina había regresado al pueblo durante la enfermedad de su padre y decía que no planeaba quedarse en Carrizales indefinidamente. Más que eso, pensaba regresar a Estados Unidos, a trabajar en la sucursal de MC Donald’s que la empleó mientras vivió en San Diego, cuando su hija de 10 años terminara la escuela primaria y pudiera cuidar a sus hermanos menores en casa, sin tener que pagar una niñera. A pesar de haber vivido en Carrizales hasta los 14 años de edad, Catalina se definía a sí misma como una mujer “diferente”, comparándose con sus vecinas. Y efectivamente la manera como ella se relacionaba con los hombres del pueblo en ciertos espacios públicos, la situaban en una posición liminal que por distintas razones y con diferentes identidades sociales, en cierto modo ambas compartimos durante mi trabajo de campo en ese lugar. Esta afinidad entre nosotras hizo posible mi acceso a espacios de interacción y modos de comunicación en los que habría sido muy difícil participar sin su intermediación facilitada por esta particular identidad social de Catalina a la que me refiero en este capítulo. Mi avidez y disposición a introducirme en espacios sociales que su madre y otras mujeres del pueblo en cambio repudiaban, sin criticar el comportamiento ni la forma como esta mujer se relacionaba con sus paisanos, crearon pronto una amistosa complicidad y una cercana relación afectiva que no construí con ninguna otra mujer del pueblo. Este vínculo entre Catalina y yo dio lugar a un juego de espejos muy especial: a la comparación constante (muchas veces explícita en nuestras pláticas, otras tantas reservada en silencio

como parte de mi registro etnográfico) del particular modo como cada una de nosotras, con una diferencia de edades mínima, había desarrollado su vida, así como un contraste entre las expectativas, planes y prioridades que cada una tenía también para el futuro: Mientras yo quería saber cómo Catalina se había relacionado con los padres de sus hijos y porqué se había empeñado en traerlos cuando regresó a casa de sus padres, ella preguntaba, con una cierta extrañeza, si a mí no me interesaba tener hijos, si no tenía novios, si planeaba casarme o “juntarme” con alguien, o si solamente me interesaba dedicarme al trabajo en la universidad y regresar a vivir a la casa de mi madre cuando terminara mi trabajo en Totatiche. Dos formas visiblemente distintas de ver el mundo, de evaluar las experiencias y las expectativas del futuro emergieron en muchas conversaciones que tuve con Catalina.

A pesar de la extraordinaria fluidez con que Catalina y yo nos relacionamos inicialmente, la vulnerabilidad del lazo entre nosotras se hacía visible siempre que yo tenía que salir del pueblo y no podía darle continuidad o responder adecuadamente a las expectativas de la reciprocidad amistosa que juntas creábamos mientras yo estaba en su casa. En la fase más avanzada del trabajo de campo, esta relación con Catalina también fue afectada por sus propios problemas y la complicada situación personal que atravesó mientras viví allí. Entonces el juego de espejos que habíamos entablado se convirtió en un trago amargo para las dos; creándose así extrañas tensiones y altibajos en nuestra convivencia diaria. A pesar de la confianza creada entre nosotras para compartirme las dificultades que pasaba con su madre y sus hijos, y de las formas de solidaridad y apoyo a mi alcance que yo le ofrecía mientras estaba allí, quiero atreverme a sugerir que, en cierto modo, estas dificultades entre nosotras surgieron paralelamente a las reflexiones acerca de la desigualdad de nuestras trayectorias y destinos que varias veces platicamos abiertamente, pero que también yo analizaba por mi cuenta constantemente, y que supongo, también ella mantuvo muchas veces de manera soterrada. Más allá de la realidad que se vivía en la casa y del especial interés etnográfico que podían causarme las experiencias allí vividas y observadas, yo tenía siempre la posibilidad de mantenerme al margen o de salir del pueblo, escapando de los problemas que veía alrededor y me afligían. Luego de un respiro, cuando regresaba a Carrizales, Catalina seguía viviendo su realidad, atada a sus propias necesidades, conflictos, limitaciones y recursos, recibiendo en su casa, a pesar de su crítica situación, a una mujer extraña que se entremetía en su cotidianidad, ofreciéndole sólo

compañía y formas de apoyo que final de cuentas eran circunstanciales, inconstantes e impredecibles.

En la revisión a la escritura etnográfica que se ha desarrollado en los últimos años, se ha cuestionado que el etnógrafo pretenda desempeñar el papel de observador neutral e imparcial, poseedor de una visión completa e incuestionable de la cultura en cuestión (Rosaldo, 1991; Marcus, 1991; Clifford, 1998). La ética del trabajo antropológico y el procedimiento por el que se construye la representación etnográfica, adquirieron un significado real para mi trabajo en la interrelación con Catalina y su familia, en las condiciones que he descrito. El conocimiento de las trayectorias laborales, la organización de sus grupos domésticos y la recolección de otros datos en campo me parecían entonces un problema de trabajo rebasado por el problema de justificar, frente a mí misma y frente a las mujeres que me recibieron en su casa (Catalina y su madre), mi presencia en ese lugar. Estos problemas ocuparon un primer plano de mis preocupaciones teóricas y personales durante la mayor parte del trabajo de campo, cuando la búsqueda de información sobre la experiencia y la vida de una mujer que enfrentaba crudos problemas me parecía desmedida y oportunista. Entre estos problemas, advertí que al referirme a esta mujer, su vida amorosa y sus relaciones familiares podrían representarse de formar maniquea y grotesca; sin lugar para los matices, cambios y contradicciones que también forman parte del contexto y de los discursos registrados en ese lugar. La principal preocupación teórica y personal para mí estaba centrada en las posibilidades de documentar los estilos de vida y relaciones de familia de modo tal que, a pesar de surgir intrínsecamente ligada a mi propia visión y valores culturales (Rosaldo, 1991), lograra también recuperar y comunicar la propia perspectiva de Catalina y de otras mujeres acerca de la familia, la sexualidad, la vida en pareja.

Con el propósito de transformar la tradición etnográfica monológica y autoritaria. Clifford elabora dos preguntas que sintetizan bien el problema al que me refiero: “Si la etnografía produce interpretaciones culturales a partir de intensas experiencias de investigación ¿Cómo es que la experiencia no sujeta a reglas se transforma en un informe escrito autorizado? ¿Cómo es precisamente que un encuentro transcultural, locuaz y sobredeterminado, atravesado por relaciones de poder y desencuentros personales puede ser circunscrito como una versión adecuada de *otro mundo* más o menos discreto,

compuesto por un autor individual?” (Clifford, *op.cit.*; pag. 43; cursivas del autor). En respuesta a estar interrogantes, retomando a Benveniste y Bajtín, Clifford propone un modelo discursivo de la práctica etnográfica en el que ésta ya no es concebida como la experiencia o la interpretación de “otra” realidad, elaborada por un observador ajeno; sino de acuerdo con el cuál, la intersubjetividad queda situada en primer plano: “Las palabras de la escritura etnográfica, no se pueden construir como si fueran monológicas, como afirmaciones autoritarias sobre, o como interpretaciones de una realidad abstracta y textualizada. El lenguaje de la etnografía está afectado por otras subjetividades y por resonancias contextuales específicas, puesto que todo lenguaje, en la concepción de Bajtín, es una concreta visión heteroglósica del mundo” (ibid. pag. 62). Como intento mostrar en este capítulo, mi aproximación a la vida de Catalina y su madre, a sus relaciones con las parejas, los hijos y la sexualidad, se realizó a través de procesos discursivos que se gestaron en un proceso de reconocimiento mutuo: Ellas elaboraron determinadas formas de presentarse ante mí, en función de una identidad a la que yo contribuí mediante mi propia presentación; como antropóloga, mujer ajena al pueblo, trabajadora de la universidad, soltera, sin hijos, interesada en las actividades laborales de los migrantes. La descripción de la relación que establecimos Catalina y yo no es sólo una confesión personal o una experiencia secundaria en el proceso de investigación; el intercambio verbal, mutuo y constante de imágenes de sí misma, tanto en la interacción con Catalina y su madre, como en la establecida con otras mujeres y hombres del pueblo, es el instrumento principal a partir del cuál me aproximé a la ideología sobre familia en este trabajo: Los diversos discursos que Catalina y su madre elaboraron acerca de su pasado, así como las confidencias relacionadas con vivencias especiales que experimentaron mientras viví allí, son la principal fuente de información para adentrarse a la construcción de la ideología sobre familia en este contexto particular, documentar su estrecho entrelazamiento con representaciones de género y con identidades familiares.

A través de las conversaciones que tuvieron conmigo por separado, Catalina y su madre moldearon imágenes sumamente contrastantes acerca de las formas como se relacionaban con sus parejas, aunque también debo decir que había una cierta semejanza en el modo de concebir los vínculos con sus hijos. La defensa que Catalina hacía de su "libertad" por encima de las relaciones conyugales, parecía muy congruente con su

soltería. Este cliché era retomado con frecuencia por la madre de Catalina cuando establecía los contrastes entre la vida de su hija y el modo como ella misma decía haber organizado la propia: unida hasta el último momento con el hombre que se casó, a pesar de los diversos problemas que tuvo con su esposo y, teniendo como padre de todos sus hijos a ese mismo hombre. Por su parte Catalina, quien por encima de los incesantes cambios en su vida amorosa y sus permanentes problemas por la falta de dinero, mantuvo a sus tres hijos menores viviendo con ella cuando regresó a vivir a México ¹ (el mayor, de 17 años de edad regresó a vivir a California, con su padre) elaboraba discursos donde la relación con sus hijos, y no sus relaciones de pareja, es una prioridad para organizar la vida. Este es quizá el único punto en el que Catalina y su madre tenían coincidencias más visibles o afinidades; el único punto en el que los discursos de ambas parecen tocarse. Doña Lola, igual que su hija, hablaba constantemente de los esfuerzos que hacía para mantenerse al tanto de sus hijas (mujeres) a pesar de que ya todas son mayores y han hecho su vida con sus parejas y sus propios hijos. La madre de Catalina reseñaba con frecuencia la infinidad de problemas que tuvo que resolver cuando sus hijos (hombres y mujeres) eran pequeños, para cuidarlos cuando estuvieron o enfermos, o para atenderlos al mismo tiempo que trabajaba. Del mismo modo, a pesar de una constante tendencia a hablar de sus relaciones amorosas de forma ligera y desapasionada, Catalina transformaba su discurso al referirse a sus hijos; cuando expresaba la preocupación por su futuro y cuando hablaba también de su propia responsabilidad en su crecimiento y educación, y decía que estos eran elementos realmente importantes y determinantes en su vida, no las relaciones de pareja. Pero más allá de estas semejanzas al representar las relaciones con los hijos como un aspecto nodal de la vida, Catalina y su madre expresaban también visiones sumamente contrapuestas acerca de la vida matrimonial y la relación amorosa con el sexo opuesto. Catalina pretendiendo secundarizar las relaciones con los hombres como algo pasajero y limitante de su “libertad”, y su madre abanderando la fidelidad y la paciencia permanente para sobrellevar las dificultades viviendo con el hombre que se casó.

La identidad que Catalina construye alrededor de la maternidad, en una conversación íntima entre amigas, contrasta con la presentación de persona hostil y

¹ Esfuerzo de Catalina que llama la atención en un contexto donde, veremos con detalle en el capítulo II, en contraste encontramos también un número importante de mujeres que subordinan los vínculos con sus hijos a relaciones amorosas o matrimoniales; incluso viviendo en la misma localidad.

desafiante que prevalece en reuniones con sus vecinos o paisanos, con los que no tiene una relación estrecha. Reproduciendo el estereotipo rudo y violento con el que algunos vecinos la identifican, y que, según Catalina y su madre heredó de su padre, esta mujer establece cierto tipo de relaciones sociales en las que no participan otras mujeres del pueblo. En las tiendas de abarrotes (cervecerías) del pequeño pueblo, a donde acuden principalmente hombres de la misma localidad y de otros pueblos vecinos, Catalina se asume como una mujer “*diferente*” a sus vecinas. Se presenta con sus amigos del pueblo y frente a mí como “*Una vieja muy cabrona*”, dice ser, “*Un diablo*”, pues, desinteresada en los temas de conversación que considera habituales entre *otras viejas* (el cuidado de los hijos, los precios de la comida) expresa su preferencia por las conversaciones que predominan en los espacios frecuentados por hombres. Esta contrastante y selectiva forma de presentarse en diferentes escenarios o espacios de interacción social muestra los flexibles procedimientos a través de los cuáles el yo y la identidad genérica pueden moldearse y actuarse; la feminidad no es una esencia, sino un *performance* (Butler, 2001).

La inclinación de Catalina por estos espacios públicos, donde suele pasar su tiempo libre, es también acompañada de un gran gusto por el alcohol y el cigarro. Su disposición a platicar desinhibidamente, le permite relacionarse con toda clase de personas, incluyendo los hombres que otras mujeres prefieren evitar a toda costa: Empleados municipales, jornaleros, alcohólicos, tenderos, migrantes de visita temporal en la región y sus acompañantes desconocidos en el pueblo. En general, los hombres que frecuentan las cervecerías aceptan gustosos la participación de Catalina en sus reuniones, pues, en sus propias palabras “*Ella no se agüita*”, con ella “*Se puede hablar de todo*”. Su habilidad para bromear y recrear a los oyentes con relatos evidentemente fantasiosos, así como su disposición a establecer prolongados e intensos intercambios de palabras sexualmente connotadas, suelen atrapar al público masculino que, puede ser también superado por la probada capacidad de Catalina para consumir alcohol durante varios días. Esta habilidad para conducirse en los espacios públicos masculinos, tiene como contraparte, acentuados periodos depresivos que sobrevienen a los excesos de Catalina en el alcohol y en la vida social. Catalina parece volcar entonces sobre su familia y cualquier otro que la rodea, las insatisfacciones personales que en otros momentos, de manera confidencial, ha expresado: El deseo de salir del pueblo de Jalisco y regresar a California, el dinero retrasado por el

padre de alguno de sus hijos desde Estados Unidos, o bien otros problemas emocionales, físicos y económicos que acompañaban a un embarazo no planeado de alto riesgo. El estigma de la hostilidad, del lenguaje ofensivo y la violencia física con el que ciertos vecinos caracterizan a Catalina, cobra su forma visible en la resaca de esas reuniones con los hombres del pueblo. Catalina responde entonces, fácilmente, con palabras o bien con golpes, a lo que considera insultos o intrigas sobre su persona, sin importar que el presunto responsable de la difamación o el chisme en cuestión sea un hombre o una mujer, parte de la familia o un vecino cualquiera.

A pesar de estos extremos altibajos en la cotidianidad y la atmósfera doméstica de Catalina (bien conocidos por sus propios parientes que varias veces me ofrecieron otras alternativas para quedarme a vivir en el pueblo) un extraño sentimiento que sólo puedo definir como una especie de solidaridad entre mujeres, me impidió abandonar la casa de Catalina y su madre mientras hacía el trabajo de campo, aún en los momentos más tensos y difíciles cuando, sobrepasada por la clase de problemas que Catalina enfrentaba, mi presencia allí dejó de ser una novedad entretenida para ella y su familia. El embarazo más reciente de esta mujer se desarrolló en el mismo periodo en que viví en su casa. Cuando empezaba el trabajo de campo Catalina había dejado de recibir dinero de los papás de sus hijos y fue a buscar trabajo en una fábrica a la ciudad de Guadalajara. Allí mismo fue a vivir a la casa de una de sus hermanas con la que también se asoció para vender comida los fines de semana. Mientras buscaba trabajo en la capital de Jalisco, sus tres hijos menores se quedaron en el pueblo con la madre de Catalina. Varias semanas después de que ella había estado trabajando en Guadalajara, volvió a recibir dinero desde Estados Unidos y regresó a la casa de su madre. Entonces me contó que mientras había estado en esa ciudad se embarazó sin haberlo planeado. Entre los múltiples problemas que Catalina advirtió iba a tener que enfrentar como resultado de su embarazo, destacaba la complicación de su plan para regresar a Estados Unidos con un recién nacido mexicano (sus otros hijos nacieron en California). Con muchas dudas sobre la posibilidad de contar con el apoyo económico del hombre que la había embarazado, Catalina estaba también muy angustiada por la falta de dinero en la que se iba a desarrollar el embarazo y nacimiento de su hijo.

En el primer tercio del embarazo de Catalina, su madre aceptó el trabajo doméstico que una familia de Guadalajara le ofreció a través de una de sus hermanas. Catalina se

quedó en el pueblo con sus hijos y acompañada por una de sus sobrinas que tenía 24 años y había crecido con doña Lola. Cuando doña Lola se fue del pueblo, el tiempo dedicado al trabajo de la casa se multiplicó a pesar de que era dividido entre Catalina y su sobrina. La falta de agua en el pueblo y en los alrededores por el retraso de las lluvias, hacía todavía más complicada la jornada doméstica. Había que llevar toda el agua necesaria para la casa desde los arroyos cercanos o había que conseguir la ayuda de un hombre con camioneta que, a cambio de un pago, estuviera dispuesto a hacer un viaje especial a la cabecera municipal, para llevar botes y grandes recipientes para transportar agua. A pesar de sus esfuerzos por mostrarse siempre más fuerte que sus adversidades, en el último trimestre del embarazo de Catalina, la inesperada fuga de su sobrina llevó al límite sus presiones domésticas y emocionales. Mientras las tareas y las necesidades económicas se incrementaban cada vez había en la casa menos personas en condiciones de trabajar y de dedicar tiempo a los niños, la casa y la granja. Más aún, el embarazo de alto riesgo de Catalina la puso en una crisis especial cuando el padre del hijo que iba a tener, negó que el niño fuera suyo y también se negó a apoyar a Catalina en los gastos del embarazo o de cualquier otro modo.

Fue durante esta época que el sentido de mi participación en las tareas de la casa se fue transformando, gradualmente, y de manera muy inconsciente también. Los pequeños trabajos que desde un principio yo misma me asigné en la casa de Catalina y doña Lola, y que hasta entonces las mujeres adultas de la casa se habían empeñado en evitarme, se fueron multiplicando en tiempo y en importancia. Mientras el embarazo de Catalina avanzaba y su madre estuvo fuera del pueblo, mi propia situación en su casa se volvió ambigua, y en muchos momentos, visiblemente incómoda para ambas. Por un lado, el afecto que tenía por Catalina y sus hijos me hacían tratar de aligerar su trabajo en la casa y de acompañarla en un momento en que nadie de su familia ni el papá del hijo por nacer estaba cercano. Catalina aceptaba esta colaboración y compañía a veces mostrándose aliviada, dándome el título anticipado de madrina de su hijo por nacer, y otras veces más bien conflictuada por mi presencia y mi circunstancia personal. Yo era soltera y sin hijos, estaba lejos de mi familia y pasaba una parte del tiempo viajando para atender, básicamente, mi trabajo de investigación, que Catalina conocía de forma general. Mientras ella enfrentaba, la responsabilidad de los tres hijos que vivían con ella, sin tener un trabajo

ni un ingreso constante, haciendo rendir el dinero que recibía a cuenta gotas desde California y exprimiendo al máximo todos los servicios de salud, becas y despensas que el DIF y otros organismos públicos ofrecían en el municipio o a través de programas asistenciales promovidos por la parroquia católica, mientras esperaba el nacimiento de otro hijo.

La comparación de Catalina entre estos dos modos de vida (el suyo y el mío) se hizo explícita cuando ella me hablaba de sus preocupaciones y conflictos, para después decirme, con lo que yo interpretaba como un dejo de rabia o frustración, que todo era incomprendible para mí, porque yo "no sabía lo que eran las obligaciones". En este intercambio de identidades y de visiones personales, la definición de "mis obligaciones" con mi familia de origen y mis propios problemas laborales, eran irrelevantes y explícitamente minimizados por Catalina. Generalmente, estas conversaciones entre nosotras eran enmarcadas en regaños, exigencias e instrucciones precisas que Catalina le daba a su hija de diez años, para lograr un "quehacer" (trabajo doméstico) "bien hecho y rápido"; con el mensaje explícito también, de que tenía que aprender los trabajos de los que Catalina, por sus problemas de salud, no debería de encargarse durante el embarazo. Desde mi punto de vista, estas instrucciones eran una forma indirecta de demandar mi colaboración en los asuntos y el trabajo de la casa; y no solamente tenían la función de instruir a su hija sobre lo que la casa exigía todos los días para funcionar. Mi participación y mi evidente incapacidad para cumplir eficazmente con el cúmulo de tareas que se iban rezagando en la casa cobraba entonces un carácter implícito más cercano al de "obligación", que al de "ayuda" que al principio le habíamos dado las mujeres adultas que vivíamos allí. Aunque debo decir que esta transformación de roles sociales y aceptación parcial de responsabilidades ocurrió de manera gradual y nunca se hizo totalmente explícita de parte de ninguna de las dos, durante este periodo avanzado del trabajo de campo y de mi vida en su casa, Catalina solía presentarme frente a sus amigos como "parte de su familia"; título que no me parecía inmerecido y que más aún llegó a parecerme incluso como un reconocimiento estoicamente ganado en función de mi propia resistencia a las presiones y actividades que yo misma anteponía como un requisito para tener derecho a permanecer en su casa y que ella ayudaba a reproducir hablándome constantemente de sus dificultades cotidianas y de la falta de ayuda, dinero y colaboración que no recibía de sus familiares.

En las circunstancias que he descrito habría podido aceptar el ofrecimiento de un nuevo lugar para vivir que me habían hecho familiares de Catalina y otras personas. De este modo hubiera recuperado el tiempo que dedicaba a la casa de Catalina y a los niños, y me habría descargado también de las intensas presiones que se vivían entonces allí. Sin embargo, al salir de esa casa hubiera interrumpido también la relación intersubjetiva más valiosa y punzante en este proceso de indagaciones sobre las normas y expectativas que se articulan en torno al ser mujer, y sobre la forma como estas responsabilidades se amalgaman con determinados roles e identidades familiares. Durante este periodo, mientras observaba las relaciones de Catalina con sus hijos y su madre, mis propios valores sobre familia y sexualidad eran intensamente exacerbados. Era imposible evitar la tendencia a evaluar y en ocasiones a extradimensionar, las relaciones o reacciones que observaba en Catalina y la gente que la rodeaba. Sus relaciones amorosas y con los hijos para mí resultaban caóticas e inapropiadas, me parecía una vida irresponsable y egoísta. Su relajada vida sexual parecía haberse convertido en el elemento más determinante en la definición del curso de su vida, pero las consecuencias de sus acciones parecían no ser tomada en cuenta por ella, a pesar de que sus hijos y su madre eran directamente afectados por los cambios no previstos en su vida.

Entre los aspectos de las relaciones familiares que me parecían inapropiados e indeseables sobresalieron los discursos que las hermanas de Catalina manipulaban acerca de su embarazo. Por un lado, en presencia de esta mujer decían estar contentas por el nacimiento de un nuevo sobrino y reseñaban como una odisea divertida la complicidad que habían tenido para que ella se encontrara con el “amigo” de quien resultó embarazada en Guadalajara. Pero, por otra parte, también aprovechaban su ausencia en las reuniones familiares para criticarla. Las hermanas entonces, le hablaban a doña Lola de la "responsabilidad" de Catalina y decían también que ella no debería cuidarle los niños ni tenía porqué compartir su comida y su dinero con la familia de Catalina. Seguramente, estos punitivos discursos de las hermanas eran una reacción en contra del patrón de embarazos no planeados que Catalina había vivido varias veces, sin una relación conyugal en la que pudiera apoyarse para enfrentar los gastos y cuidados para el nacimiento. Ya que doña Lola asumía, al menos en parte, las funciones que las hermanas de Catalina querían que ella enfrentara sola y en las que ellas, efectivamente, no se involucraron a lo largo del

embarazo. Las tensiones que había entre Catalina y su madre parecían provenir, al menos en parte, de las presiones que las hermanas de Catalina trataban de ejercer sobre doña Lola para normar, indirectamente, el desarrollo de su embarazo y la distribución de responsabilidades en esa situación. En este marco de conflictos y contradicciones familiares, la solidaridad entre madre e hija, se desarrollaba de forma muy particular. La relación de Catalina con su madre oscilaba entre la tolerancia y una aparente indiferencia mutua: Los fuertes problemas que surgían en la convivencia diaria entre estas mujeres por la falta de dinero, los hábitos sociales de Catalina y sus problemas de salud, no se dramatizaban y no se comentaban ni siquiera con las hermanas más cercanas a doña Lola. Por el contrario, toda clase de conflictos entre estas mujeres, fueron absolutamente reservados por las dos, de forma particularmente parca, discreta y estoica.

Así, hay que recalcar que mi aproximación a estas relaciones familiares se desarrolló a través del continuo contraste entre mi propia idealización de la vida en familia y en pareja, y las realidades y los discursos múltiples y contrapuestos que las mismas mujeres del pueblo elaboraron acerca de sus experiencias. Paralelamente a este proceso, además, fui desarrollando diversas preguntas, que discutiré con más detalle en el siguiente apartado, sobre la pertinencia de conceptos como "poder", "subordinación" o "desigualdad" provenientes de mi bagaje feminista para aplicar en el contexto que estudiaba. Mi acceso a los discursos locales se desarrolló con una mezcla de tres roles que Goffman (1959) identifica en un proceso comunicativo cara a cara: i) El *delator*: La persona que finge ser miembro del equipo de actores y que de ese modo logra el acceso al trasfondo escénico, obtiene información y luego traiciona al equipo ante el auditorio; ii) El *intermediario*, que se entera de los secretos de cada bando y da a ambos la impresión sincera de que guardará sus secretos pero suele dar a cada uno de ellos la falsa impresión de que le es más leal que al otro; iii) El del individuo *no existente como persona*: Que está presente durante la interacción, pero en ciertos sentidos no asume el rol de actuante ni el del auditorio y tampoco pretende ser (a la inversa de los delatores) lo que no es.

Este último rol surgió debido a que, soltera sin vínculos familiares y ninguna otra forma de pertenencia o de origen en la localidad, en los espacios públicos estuve permanentemente construyendo y reforzando la identidad de “la maestra de la universidad” que hacía un estudio sobre los migrantes del pueblo. Me enfrentaba entonces,

involuntariamente, al problema de no “ser persona” en Carrizales, o al menos, al problema de que aquellos con quienes me relacionaba no siempre tenían la información o elementos necesarios para situarme socialmente. Frecuentemente, este mismo rol era intencionalmente producido por mí para evitar que la información que buscaba y las otras relaciones que me interesaba establecer en el pueblo se vieran interferidas debido a mi cercanía con Catalina o por la indefinición de mi identidad y mi rol en el pueblo. La preservación convincente de una reputación correspondiente con la identidad de profesora universitaria, era crucial en determinados espacios públicos a los que Catalina me introdujo. Concretamente en esos espacios, dicha honorabilidad consistía en participar de las borracheras y las reuniones con sus amigos como espectadora, sin beber, decir palabrotas, ni mostrarse dispuesta a los chistes de doble sentido, manteniendo sin fisuras la imagen de “maestra”.

Los otros dos roles discrepantes, *intermediaria* y *delatora*, más que reflejar la forma como yo me percibía o me presentaba en el trabajo de campo, se refieren al modo como doña Lola me situó y a la manera como ocurrió mi aproximación a ciertas normas de comunicación, que fueron explícitamente expresadas por ella tan pronto como me aceptó viviendo en su casa. La dueña de la casa me pidió (¿o me advirtió?) que no hablara de las cosas que ella y su hija me contaban, y, mucho menos, de las cosas que yo misma veía de su familia mientras viviera allí. Pronto entendí que esta era una condición para mi permanencia en su casa y aprendí también a ser extremadamente cuidadosa en la información que a través de mí, con preguntas aparentemente inocentes o irrelevantes, ciertas personas del pueblo efectivamente buscaban obtener acerca de las mujeres de la familia con la que vivía. Conforme la situación en casa de la señora Lola se iba complicando con el embarazo de Catalina, la intolerancia a las indiscreciones o a la intromisión de otros en asuntos propios, se fue haciendo más marcada, cuando las hermanas de doña Lola o las cuñadas de Catalina, por ejemplo, me interrogaban acerca de la forma como ésta última se relacionaba con el papá de su hijo, si le estaba ayudando con dinero o sí la visitaba en su casa. Así, al mismo tiempo que era receptora de las situaciones más inquietantes y delicadas de las mujeres de la familia, estaba constantemente sujeta a pruebas de discreción de las que dependía visiblemente la relación de confianza de la familia que me había recibido bajo su mismo techo. Cuando los parientes o personas cercanas a doña Lola trataban de saber cosas a través de mí, yo tenía que actuar fingiendo

una cortés (e increíble) ignorancia, teniendo la sensación de cargar todo el tiempo un secreto que quema.

1.2. Trabajos de mujeres: Compromisos éticos, dilemas antropológicos.

Piedra, adobe, ladrillo, concreto, vigas de madera y de fierro, cancelos nuevos de metal y puertas desvencijadas de madera, pisos de cemento y de tierra, cuartos a medio construir, habitaciones completamente cerradas y sin ventanas, bodegas con grandes ventanales. Cocina, dos cuartos para dormir, tres cuartos que se utilizan alternadamente para almacenar la cosecha y materiales del trabajo agrícola, para recibir a los familiares y para dar refugio a las gallinas. Además de catálogo de materiales de construcción y de muestrario de las infinitas posibilidades de uso de los espacios domésticos, la casa de donde vive Catalina Ramírez es también un concentrado de anécdotas que forman parte de la historia familiar de doña Lola, madre de Catalina y dueña de la casa donde viven esta mujer y sus hijos. Viejos pleitos familiares por la herencia, despojo y recuperación del terreno que correspondían a su esposo, largos periodos de trabajo fuera del rancho y de esfuerzos del matrimonio para lograr cierta capacidad de ahorro, colaboración de las hijas para el acarreo de materiales y del agua requerida para levantar la finca que poco a poco ha sido construida también gracias a descuentos, préstamos e intercambios de bienes, deudas y favores establecidos con amigos y familiares. La construcción de cada habitación y de cada uno de los espacios que conforman la casa de doña Lola remite, de acuerdo con los relatos de su propietaria, a momentos distintos de su vida, y de la relación con su esposo y con sus hijos. Doña Lola es capaz de reconstruir con gran detalle y precisión, las partes de la casa que fueron construidas o remodeladas durante tal o cual embarazo, o bien, luego del periodo de enfermedad de alguno de sus “muchachos” (hijos) o de su marido. La construcción de diversas partes de la finca son asociados también por doña Lola a su ocupación en mercados de trabajo regionales (que la hicieron vivir fuera de su pueblo durante gran parte de su vida) y del mismo modo le recuerdan también las decisiones que tomó con el apoyo de su marido o resolviendo los desacuerdos matrimoniales que surgieron en su afán de terminar la construcción de la casa.

El espacio central, más amplio y concurrido a diario en esta casa, es el patio. Situado en la parte central de la vivienda, con una extensión aproximada de cuarenta metros

cuadrados, piso de cemento, un gran árbol de zapote en uno de los extremos y dos accesos que comunican el espacio doméstico con la parcela familiar, el patio constituye un espacio estratégico de la vivienda. A su alrededor se hallan dispuestos la cocina y los otros cinco cuartos que también la conforman, así como los lavaderos y el espacio a la intemperie abierto donde se bañan los niños. Ahí se encuentran también los grandes “tambos” (recipientes) de agua que se acarrea constantemente hasta la casa para todos los usos. Allí comen las gallinas y duermen los perros vigilantes de la casa. El patio es también el espacio donde los niños pasan gran parte del día, jugando cuando regresan de las clases de la escuela primaria. Es el lugar de la casa desde donde se puede ver la mitad del paisaje y las viviendas dispersas que conforman este poblado; desde allí se puede ver también los pocos coches y camionetas de carga que llegan al rancho y el paso de los vecinos que llega a caballo o caminando. En diferentes épocas del año, el patio de la casa de doña Lola es usado también para seleccionar, limpiar y almacenar las calabazas, el maíz y el frijol que, se producen en la huerta familiar para el consumo de casa. Este es el espacio de la casa más apropiado para recibir la visita de un grupo numeroso o de personas que no son muy cercanas a la familia. Es un espacio fresco y cómodo durante la época calurosa, predominante la mayor parte del año, y es también el lugar donde se hacen las fiestas y los bailes que ocasionalmente reúnen a una parte de esta familia y de los vecinos.

Dentro de un conjunto amplio de actividades necesarias para el funcionamiento diario de la casa y la vida familiar, la limpieza del patio es casi siempre la primera, la que se hace más temprano. Barrer el patio: Tarea aparentemente sencilla y rutinaria en la que me sentí obligada a participar desde los primeros días en casa de Catalina y su madre, al notar las interminables actividades de la casa que ambas tenían que realizar día a día y para corresponder de alguna manera a su hospitalidad. Se trataba simplemente de acumular y recoger semillas, cáscaras, papeles, tortillas secas, los restos de la comida y masa cruda que no se comieron los perros y las gallinas de la casa, las hojas muertas del zapote, y cualquier otro tipo de basura acumulada en el transcurso de la tarde anterior. Para las mujeres que habitan esta casa, que aceptaban mi ofrecimiento de ayuda con cierto agrado pero sin un pleno convencimiento de mi participación, los defectos en mi forma del barrer eran detectados fácilmente: La ineptitud de los movimientos repetidos en el mismo sitio, la lentitud con la que avanzaba en esta tarea, el polvo que se iba quedando en el camino, y en suma, mi incapacidad

para realizarla eran amablemente señalados y corregidos por las dueñas de la casa. Barrer el patio resultó ser una actividad laboriosa en la que equívocamente supuse, yo sería mucho más hábil que en las tareas de la cocina que implican cortar la leña, prender el fogón, preparar la masa y tortear, además de preparar otros alimentos. A pesar de mis intenciones de colaborar con el trabajo doméstico era imposible ocultar mi evidente incompetencia para las tareas de la casa y para desempeñarme como una mujer eficiente para las necesidades de la vida en este pueblo. El día está saturado de este tipo de trabajos y el tiempo es insuficiente. Los niños tienen que llegar a la escuela antes de las nueve, hay que enviarlos desayunados, peinados y al menos con la cara limpia, si el tiempo o el agua no alcanzan para bañarlos. Además de limpiar el patio, todos los días hay que acarrear agua, cortar los trozos de la leña que se usará en la mañana, prender el fogón, preparar la masa, tortear, freír los frijoles y cocinar la avena o preparar el café que se toma en el desayuno. Después de mandar los niños a la escuela hay que lavar los platos y sartenes usados en el desayuno, reordenar la cocina, alimentar y limpiar también a los cerdos que se crían en el corral trasero; hacer lo mismo con las gallinas, los perros, los gatos y los caballos; quitar las hojas secas de las jardineras y regarlas, quemar la basura acumulada durante varios días. Luego hay que seguir con la organización y la limpieza del resto de los cuartos de la casa: barrer, trapear, sacudir; y, durante la época de lluvias, atender además las tareas requeridas para la siembra y la cosecha, ya sea que las mujeres de la casa se hagan cargo directamente de esas actividades, o bien, atendiendo y alimentando a los hombres que hayan sido contratados para estas labores en el barbecho familiar. Todos los días hay que preparar también la comida que debe estar lista para el regreso de los niños de la escuela, alrededor de las dos de la tarde y, si queda tiempo, lavar al menos una parte de colchas, sábanas, y la ropa usada a diario por la familia, para evitar que se acumule en exceso hacia el fin de semana. Luego de la hora de la comida, la rutina de limpieza de la cocina y lavado de platos debe repetirse una vez más, aunque con menos intensidad que en la sesión matutina. El resultado de los esfuerzos realizados a primera hora del día para despejar y limpiar el patio central de la casa y las habitaciones donde duerme la familia, se van volviendo imperceptibles a medida que va transcurriendo la tarde. Los animales y los niños se pasean y juegan por el barbecho, el corral, el patio, el gallinero, el columpio, la hamaca y los otros espacios de la casa. Un viento discreto arrastra permanentemente cantidades de polvo y hojas sueltas que al principio son inadvertidas pero que a media tarde habrán transformado

otra vez el patio central de la casa; regresándolo fatalmente a la misma imagen que tenía en la mañana, cuando las rutinas de limpieza y el trajín de las mujeres por la casa dieron inicio.

Ya que el trabajo doméstico absorbe de manera invisible y sin pago, costos de reproducción humana y social indispensables para el desarrollo de procesos macroeconómicos, diversos estudios han enfatizado en el estudio de estas tareas como una forma encubierta de explotación (Meillasoux, 1977; Narotzky, 1988, s.f.). Centrándose en las formas como la casa y la familia se relacionan con el mercado y los sistemas de producción, en la antropología económica se propuso el concepto de “modo de producción doméstico” que fue bastante discutido entre la década de los 60 y los 70 del siglo pasado. Se argumentó también que la identificación de las mujeres con la esfera doméstica es causa de la subordinación femenina universal y se desarrollaron diversos estudios feministas especialmente dedicados a analizar la explotación de las mujeres a través de la realización de las tareas de la casa. A pesar de la rápida y generalizada aceptación de estos argumentos, algunas autoras feministas muy pronto revisaron y sugirieron discutir los argumentos y conceptos en los que se basaban las ideas sobre la subyugación femenina universal.

En pleno auge de los estudios sobre mujeres Michelle Rosaldo (1980), antropóloga feminista, advirtió acerca de los posibles atolladeros y trampas a las que queda expuesta la etnografía cuando presupuestos universalistas, emanados del propio sistema de valores feminista, se sobreponen a la descripción de los modos de vida, la búsqueda de significados y las preguntas sobre los contenidos de las relaciones de género en la que se hallan involucradas las mujeres de diversas culturas y sociedades. Revisando el supuesto de que la subordinación universal femenina se debe a diferenciaciones simbólicas de lo privado y lo público, que se vinculan a una distinción entre naturaleza y cultura, la autora advierte una inquietante consecuencia inherente a la antropología feminista: Al asumir “que las esferas femeninas o domésticas se distinguen del mundo más amplio de los hombres debido a sus funciones supuestamente panhumanas” las feministas reproducen la dicotomía según la cual las mujeres deben ser comprendidas no en términos de relaciones con otras

mujeres y con hombres, sino en términos de diferencia y separación. Rosaldo señala que la definición de la familia, el hogar y los roles que se desempeñan en estos espacios como opuestos a la vida pública, corresponde a una ideología en particular, dentro de la que se enmarca el pensamiento feminista. No puede negarse, continúa con la autora, que la asimetría sexual se presenta en todas las sociedades humanas; sin embargo, tampoco es posible asumir que esta dicotomía constituye una realidad transhistórica, y pretender que este principio, aplicado en todas las sociedades, explica cómo a través de las relaciones de género se crean tales asimetrías y diferencias. Estas presuposiciones, no contribuyen a comprender la vida de mujeres: “Atadas por funciones que imaginamos pertenecen a las madres y al hogar, nuestras hermanas están conceptualizadas como seres que actualmente son y siempre fueron lo mismo; no como personas que actúan, sino como meros sujetos de la acción masculina y de la biología femenina. Y las feministas se revelan como la víctima de ese pasado cuando sus descripciones intentan llamar nuestra atención hacia las cosas importantes que hacen las mujeres, al agregar variables relacionadas con los roles domésticos, la maternidad y la vida productiva” (Pág. 190). A través de estas observaciones de Rosaldo, que a final de cuentas cuestionan la posibilidad de comprender la diversidad de realidades sociales y culturales en las que se enmarcan las diferencias entre hombres y mujeres, a partir del universalismo ideológico en el que se basa el feminismo, la autora estaba tratando de discutir los límites de la relación entre antropología y feminismo. Este es el problema que me interesa enfatizar aquí: qué tantas posibilidades tenemos de abordar y comprender las relaciones y sistemas simbólicos de múltiples realidades de mujeres (y hombres), partiendo del supuesto de la desigualdad y la subordinación universal como la realidad principal en torno a la cual se articulan diversas asimetrías. Mi posición aquí consiste en señalar que, si la ideología feminista coloca de antemano a las mujeres en

una condición universal de subyugación, ya sea por la realización de trabajo en casa, o por el cuidado de los niños (que para una feminista constituyen por definición tareas subyugantes²), hay muy pocas posibilidades de aproximarse y comprender la forma como se elaboran y se mantienen otras ideologías a través de las cuáles las mujeres (y hombres) representan sus relaciones y sus realidades; lo que más allá de la especie de shock cultural que sufrí al irme aproximando a la vida de Catalina y su familia, finalmente es el propósito principal de esta tesis en antropología. Aún cuando no existe una visión homogénea sobre los modos de aplicar la teoría feminista con una perspectiva antropológica³, los problemas advertidos por Michelle Rosaldo y otras autoras, lamentablemente no han encontrado un eco semejante al que gozan las ideas sobre los estudios de mujeres que emergieron con gran fuerza hace tres décadas. La problemática relación entre antropología y feminismo suele pasarse por alto en los estudios en que la casa, los roles familiares y las relaciones de parentesco son, por definición, identificados como mecanismos de subyugación femenina que deben estudiarse para transformarse.

² Otras consecuencias de la distinción entre lo público y lo privado para explicar la subordinación de mujeres, fueron señaladas también por Harris (1984). Al identificar como producción a las tareas realizadas por hombres y como reproducción a las que desempeñan mujeres, en la casa, se reproduce el dualismo de la división sexual del trabajo, vinculado a la dicotomía esfera pública y esfera doméstica. Este marco analítico, afirma Harris, es tautológico: “Lo que hacen las mujeres es tratado entonces por definición como perteneciente a la esfera doméstica, por que lo hacen las mujeres” (Pág. 216).

³ Otras perspectivas sobre los problemas de la relación entre antropología y feminismo se encuentran en Strathern (1987) y Mac Donald (2002)

1.3. Migración y trabajo

Dolores nació en Carrizales hace 67 años. Madre de 8 mujeres y 3 hombres que sobreviven a los 20 embarazos que tuvo durante su matrimonio, doña Lola dió a luz a sus hijos en diferentes localidades de Jalisco, Baja California Norte, Coahuila, Nayarit, Sonora, Sinaloa y Nuevo León; pero ninguno de ellos nació en Totatiche, el municipio donde ella y su esposo, y sus respectivos padres crecieron y se casaron. En la actualidad, con la excepción de Catalina, ninguno de los hijos de doña Lola vive en este municipio o en el resto de los que forman el Norte de Jalisco. Los tres hombres pasan la mitad del año en Nueva York, y el resto en Guadalajara, donde viven sus esposas e hijos, y donde también se encuentra una parte de las hijas de doña Lola. El resto de las mujeres vive en otras regiones de Jalisco.

Al hacer una reseña de su vida, invariablemente doña Lola describe el constante traslado entre lugares de residencia y de trabajo en medio de los que formó su familia: A los dos años de haberse casado, la falta de acuerdo entre su esposo y su cuñado para trabajar la parcela que habían heredado, hizo que el esposo de doña Lola buscara trabajo en los campos de algodón de Torreón. Doña Lola se fue con él y este fue el principio de una larga trayectoria trashumante en la que esta mujer y los hijos que iba teniendo con su esposo participaron también durante una buena parte de su vida. En esta trayectoria de constantes cambios de residencia, la búsqueda de trabajo en actividades agrícolas o en la construcción para el esposo de doña Lola, definieron los lugares en donde nacieron todos los hijos de este matrimonio y en donde esta mujer también aprendió a trabajar de cocinera, vendiendo tacos, preparando nieves y como obrera de una fábrica de ropa, entre otras ocupaciones. Si bien la mayor parte de su trayectoria laboral y de vida se desarrolló en las entidades mexicanas que he mencionado, la travesía de esta familia abarcó también varias poblaciones del estado de Texas. El impacto de esta movilidad en los patrones nupciales, también se verifica en esta familia: sólo el hijo menor de doña Lola está casado con una mujer de Carrizales, en Totatiche, mientras el resto de hombres y mujeres se ha vinculado con parejas nacidas en Nayarit, Jalisco o Michoacán, o, incluso, como Catalina, se han unido a hombres centroamericanos a los que han conocido en su propia trayectoria nómada.

La experiencia migrante que doña Lola considera determinante en su historia de vida, forma parte de un acentuado proceso que abarca a la mayor parte de los municipios con población mestiza, ubicados en la parte oriental del Norte de Jalisco. La migración

transnacional es uno de los procesos más visiblemente impactantes en: Totatiche, Colotlán, Villa Guerrero, Santa María de Los Ángeles y Huejucar. Ubicada en los límites con Zacatecas, Durango y Nayarit, esta una de las zonas de Jalisco donde, la intensidad de la migración a Estados Unidos, que comenzó en las primeras décadas del siglo XX se refleja ahora en la desocupación completa de poblaciones rurales, como ha ocurrido en Totatiche. A diferencia de otras zonas de Jalisco involucradas en circuitos de migración transnacional donde ciertas actividades agroindustriales han activado la economía local⁴, y en esta medida han contrarrestado el auge de la migración hacia Estados Unidos, en el Norte de Jalisco, la falta de estas opciones productivas y laborales y las endémicas limitaciones para el desarrollo de las actividades agrícolas, han provocado que el éxodo hacia Estados Unidos parezca ya irreversible.

Los migrantes de Carrizales se dirigen principalmente a Houston, Texas; Los Ángeles, San Diego, Palm Spring y San Bernardino en California⁵, pero en el resto del municipio de Totatiche los circuitos de migración incluyen también flujos importantes hacia Arkansas, Minesota, Filadelfia, Georgia, Arizona, Illinois y Virginia⁶. La forma como en las últimas décadas se ha ido modificando la intensidad de los flujos migratorios provenientes de Carrizales y los destinos a los que esta población se dirige, se reflejan en la misma familia de doña Lola. A pesar de haber trabajado y vivido temporalmente en la ciudad de Guadalajara y de haber tenido otros lugares de residencia a lo largo de su vida, esta mujer, sus cuatro hermanas y el único hombre de su familia (todos ellos de 55 a 70 años de edad), viven en el municipio de Totatiche, conservan las viviendas y las parcelas que heredaron de sus padres y siguen dedicándose en Carrizales a la producción agrícola para el consumo familiar. Con excepción de Catalina, los hijos y sobrinos de doña Lola de 25 a 45 años de edad no han vivido en Carrizales ni en el municipio de Totatiche durante su vida adulta, una vez que se han casado, sino que se hallan distribuidos en poblaciones de Jalisco y de California, o viven alternando temporadas de trabajo en Estados Unidos con periodos de vida en México. En la actualidad, sólo uno de los hijos de doña Lola se dedica a la producción agrícola en el terreno que su esposa, ella sí nativa de Carrizales, va a

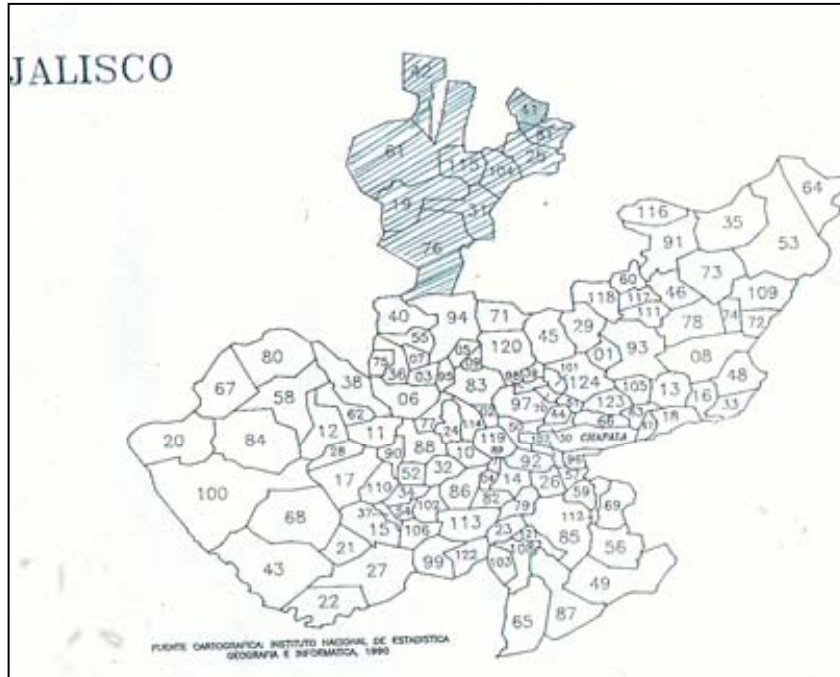
⁴ Varios ejemplos de economías locales desarrolladas paralelamente a la migración transnacional, se encuentran en los Altos de Jalisco; zona limítrofe con Guanajuato y Aguascalientes.

⁵ Fuente: Entrevistas y registro de grupos domésticos en Carrizales, 2000.

⁶ Fuentes: Entrevistas con Alejandro Valdés, párroco nativo de Totatiche y registro de llamadas de larga distancia de casetas públicas de Temastlán y Totatiche, Jalisco, 2000.

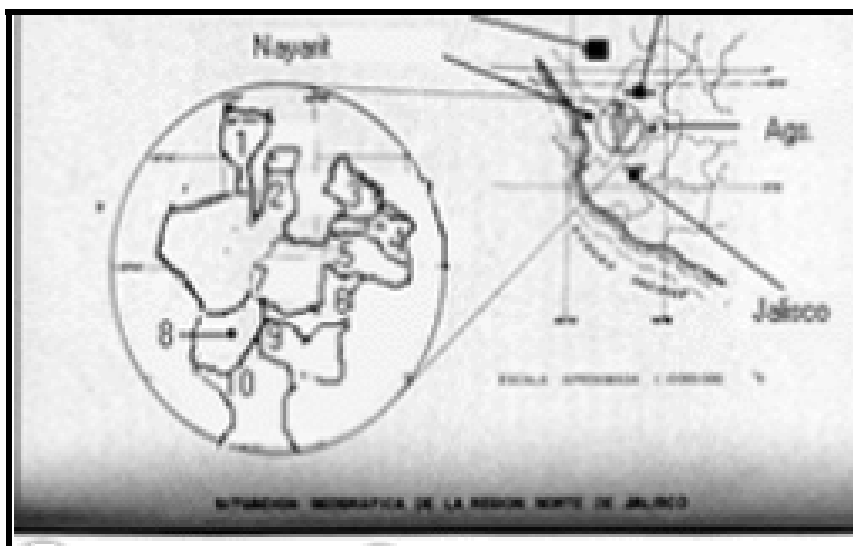
heredar de su padre, mientras el resto de sus hermanos, y él mismo, trabajan como obreros o empleados en diversas fábricas, comercios y en la industria de la construcción, ya sea en Guadalajara o en California. Por último, todos los nietos de doña Lola y sus sobrinos-nietos (de 0 a 20 años) han nacido fuera de Totatiche. Más aún, una parte de esta tercera generación, como los hijos de Catalina, ha nacido y ha pasado los primeros años o la mayor parte de su vida en Estados Unidos. De este modo, podemos distinguir los cambios en los flujos de migración, en términos de las tres generaciones que he descrito aquí: Hay un flujo importante de migrantes que en edad avanzada han regresado a sus pueblos de origen, mientras la población en edad de trabajar y de reproducción se establece en otras poblaciones del país y de Estados Unidos, y los estratos de población con menor edad, tienden a establecer su vida fuera del municipio y fuera de la región del Norte de Jalisco.

Mapa 1. El Norte de Jalisco



Fuente: INEGI

Mapa 2. Municipios ubicados en la zona nororiente del Estado de Jalisco: Totatiche (6), Colotlán (5), Villa Guerrero (7), Santa María de Los Ángeles (4), Huejucar (3).



En la actualidad, otras alternativas de trabajo importantes para los habitantes de Carrizales se desarrollan principalmente en la zona metropolitana de Guadalajara, o en otras poblaciones urbanas cercanas a la capital del estado: i) El trabajo doméstico, desarrollado por mujeres de distintas edades; ii) La industria de la construcción, que involucra sólo a hombres; iii) Varias actividades administrativas y de servicios, en las que se emplea por igual a hombres y mujeres. Estas opciones laborales, se han explorado con mayor intensidad a partir de la última década del siglo XX. El mercado de trabajo disponible para los trabajadores de estos municipios de Jalisco, se amplió entonces de manera importante para el conjunto de municipios del Norte de Jalisco debido a la construcción de la carretera estatal que comunica a Colotlán, con la ciudad de Guadalajara. Anteriormente, la mayor parte de los desplazamientos de trabajadores en busca de fuentes de trabajo, tenían como principal destino, poblaciones de los estados de Zacatecas, Nayarit y Coahuila. Entre estos últimos destacan diversos centros de producción agrícola ubicados en la costa de Nayarit a donde, desde mediados del siglo pasado, se dirigen jornaleros agrícolas provenientes de Carrizales⁷. La producción estacional de jitomate, cítricos y otros productos tropicales emplea cíclicamente a trabajadores de Carrizales que, la otra mitad del año, regresan a sus lugares de origen para atender las labores de temporal de sus propias parcelas. En la actualidad, algunos de estos trabajadores se hacen acompañar también de sus esposas y sus hijos, formando cuadrillas de trabajadores agrícolas que habrán de contratarse en conjunto con patrones ya conocidos. Pero entre la década de los sesenta y los ochenta, el resto de la familia permanecía en el rancho durante todo el año y el trabajo estacional en otras localidades era una actividad exclusivamente masculina.

Los graduales cambios en los flujos migratorios que he explicado y que en los últimos años ha adquirido características de éxodo definitivo, se reflejan en las cifras oficiales de la parte oriental del Norte de Jalisco. A partir de la década de los sesenta del siglo XX, varios municipios de esta zona, entre los que se cuenta Totatiche, presentaron descensos notables en el total de su población⁸. En 1960 la población de esta zona concentraba al 3.25 % del total del estado⁹ y en el conteo de 1995 esta cifra representó

⁷ Fuente: Entrevistas con productores y trabajadores agrícolas de Carrizales, marzo 2001.

⁸ Merchand, 1997.

⁹ Bassols, 1988.

apenas el 1.2 %¹⁰. Entre 1990 y 1995 sólo Chimaltitán, San Martín de Bolaños y Colotlán presentaron tasas de crecimiento positivas, mientras el resto de los municipios que conforman el Norte de Jalisco tuvieron tasas negativas (esto es, de reducción de la población y no de incremento) que van del -.8 al -4.67 %¹¹. De acuerdo con las mismas cifras oficiales de 1995, la densidad de 7.18 hab/km² del conjunto de la región, fue también la más baja del estado de Jalisco¹². Las proyecciones de población que se anticipan a las próximas tres décadas indican además que en el siglo XXI, esta tendencia a la reducción de la población seguirá desarrollándose en varios municipios del Norte de Jalisco; de modo que se calcula que la población total del municipio de Totatiche, que en el año 2000 era de poco más de 5,000, para el año 2030 apenas alcanzará los 3,900 habitantes.¹³

El acelerado ritmo con el que se ha llevado a cabo el proceso de migración en localidades como Carrizales, se observa también en la baja de la población escolar, que incluye los rangos de edad de 6 a 15 años. En el año 2000 la primaria de este pueblo atendía a sólo 24 alumnos en primaria, mientras en 1972 esta población sumaba 40; esto es, hace tres décadas, había casi el doble de los alumnos que hay ahora en la escuela primaria¹⁴. Así, del total de la generación que estudió la primaria al mismo tiempo que Catalina (hija de doña Lola) su educación escolar en el pueblo, una tercera parte de las mujeres vive ahora en Estados Unidos y sólo 6 (una cuarta parte) siguen viviendo en el municipio de Totatiche¹⁵. En contraste, todos los hombres de esa generación escolar, están viviendo ahora fuera del municipio y de ellos la mitad, radica en una población norteamericana. En suma: de los 40 alumnos de entonces, sólo una sexta parte tiene aún su residencia en el lugar donde nació, la mitad vive en Estados Unidos y el resto en distintos estados de la República Mexicana.

¹⁰ Gobierno del Estado de Jalisco, 1999.

¹¹ Gobierno del Estado de Jalisco, op.cit.

¹² Gobierno del Estado de Jalisco, ib.

¹³ Merchand, op.cit.

¹⁴ Fuente: Censos escolares facilitados por Alberto Haro Esparza, profesor de la escuela primaria.

¹⁵ Fuente: Recuento de la población escolar elaborado por Catalina Ramírez y su madre, 2000.

Lugares de residencia de hombres y mujeres que en 1975 estudiaban la primaria en Carrizales

Lugar de residencia actual	Hombres	Mujeres	Total
E.U.	7	11	18
Jalisco	1	7	8
Zacatecas	0	3	3
Nayarit	1	1	2
Otros lugares	1	1	2
SUMA DE RESIDENTES FUERA DE TOTATICHE	13	20	33
Municipio de Totatiche	0	7	7

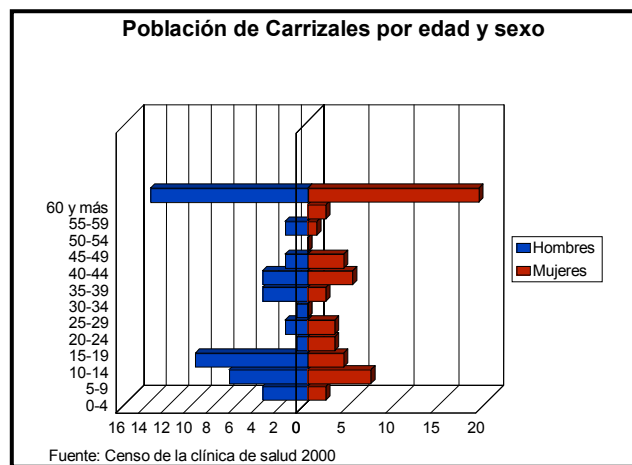
El impacto de estos flujos migratorios también se refleja en los patrones matrimoniales. Teniendo como referencia al mismo grupo de población escolar de 1975, vemos en el siguiente cuadro que dos terceras partes de los cónyuges de los originarios de Totatiche nacieron fuera de este municipio; esta proporción es bastante similar entre hombres y mujeres. Además de las uniones establecidas en Estados Unidos, una parte importante de los casamientos con no nativos se realiza con personas de Jalisco y Zacatecas.

Lugares de unión* o de origen de los cónyuges de la población escolar de Carrizales en 1975.

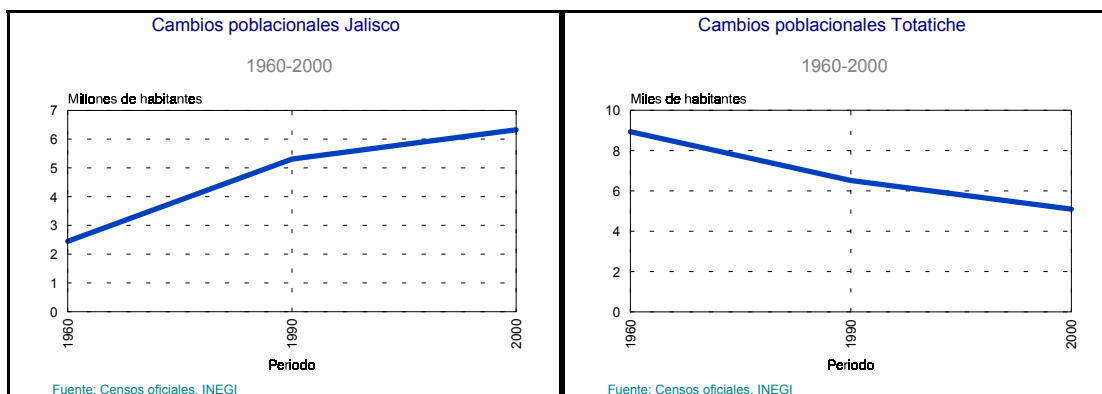
Lugar de origen o de unión	Hombres	Mujeres	Total
E.U.	8	3	11
Jalisco.	0	4	4
Zacatecas	2	3	5
Michoacán	3	0	3
Nayarit, Coahuila y Baja California Norte	2	1	3
SUMA DE CÓNYUGES NO NACIDOS EN TOTATICHE	13	11	24
Municipio de Totatiche	8	3	11
Solteros o nacidos en Totatiche cuyo estado civil se desconoce	2	3	5

* Para las uniones de personas nacidas en Totatiche que se realizaron en Estados Unidos, no fue posible obtener el lugar de nacimiento de las parejas. Puede tratarse de matrimonios con mexicanos o también de parejas de una nacionalidad distinta.

Esta tendencia a salir del municipio de manera definitiva se refleja también en la pirámide poblacional que muestro a continuación. En Carrizales vemos que los rangos de edad que concentran la mayor proporción de habitantes son los primeros, de 0 a 14 años, y los últimos, de 60 años y más. El notable contraste con los rangos intermedios (o la ausencia total de población en algunos rangos, como el de 45 y 49 años) reflejan el hecho que se verifica durante la permanencia en Carrizales: Una parte importante de la población en edad de trabajar está fuera de su lugar de origen, mientras los hijos y padres de esa generación en edad de trabajar, permanecen en la localidad.



Ahora bien, la tendencia a la reducción de la población, particularmente en el municipio de Totatiche puede observarse en el siguiente cuadro: En 1960 tenía casi nueve mil habitantes y en el censo del año 2000, apenas rebasó los seis mil; esto es, en el transcurso de cuatro décadas, la población total de este municipio se ha reducido a dos terceras partes de la que concentraba en la década de los sesenta. Como muestran también las gráficas que acompañan al siguiente cuadro, este proceso demográfico observado en el municipio de Totatiche y en el conjunto de los municipios del Norte de Jalisco, es opuesto al continuo crecimiento que en el mismo periodo, ha presentado el estado de Jalisco:



Cuadro 1.
Población total de Jalisco y el Mpio. de Totatiche 1960-2000

Año	Jalisco	Totatiche
2000	6 322 002	5 098
1990	5 302 689	6 518
1960	2 443 261	8 941

Fuente: Censos oficiales. INEGI

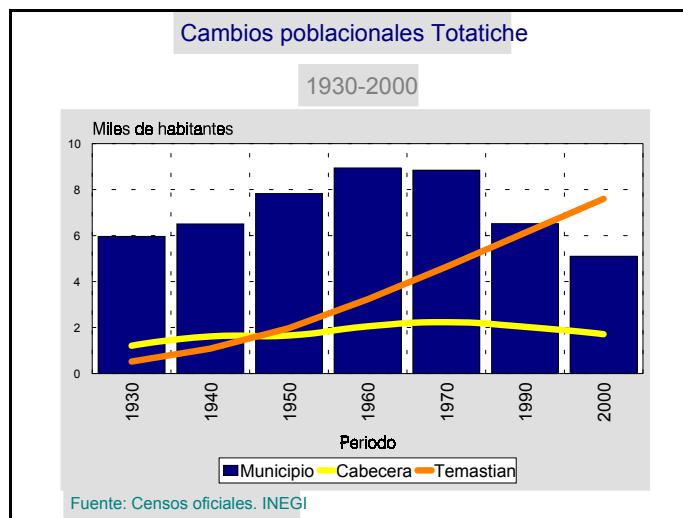
Alejandro Valdés, coadjutor de la Parroquia del Señor de los Rayos, una de las dos que abarcan el municipio de Totatiche, la otra se encuentra en la cabecera municipal, identifica al menos cuatro capillas en las que actualmente se ha dejado de officiar misa. La cancelación de este servicio eclesiástico se debe a la desocupación de las localidades que cada una de esas capillas abarcaba; en ellas permanecen apenas una o dos familias, o bien se han

desocupado totalmente. Ejemplos de este fenómeno son los poblados: Mesa de la Virgen, San Juan Nepomuceno, San Luis Rey (capilla construida apenas en la década de los ochenta del siglo XX) y San Felipe de Jesús. El mismo sacerdote señala que cuando las capillas de estas poblaciones se hallaban funcionando, estaban conformadas por un mínimo de 200 feligreses cada una. Según los cálculos del mismo sacerdote, en la actualidad, a cada una de las cinco capillas rurales que todavía funcionan adscritas a esta parroquia, acuden alrededor de 100 feligreses.¹⁶

La siguiente gráfica muestra con más detalle las dinámicas demográficas que se han desarrollado en el interior del municipio de Totatiche entre 1930 y el año 2000. Es interesante notar que, entre la década de los sesenta y los setenta la población municipal casi alcanzó los 9 mil habitantes, y en la del año 2000 apenas concentra poco más de cinco mil habitantes, esto es, la población municipal en la última década, es menor que la que el mismo municipio tenía en 1930, cuando casi concentraba seis mil pobladores. Por su parte, la cabecera municipal, que rebasó los 2 mil habitantes entre la década de los sesenta y la del

¹⁶ Entrevista con Alejandro Valdés, párroco del Señor de los Rayos. Temastlán, Jalisco, septiembre 2000.

noventa, en el resto de los periodos incluidos en el cuadro ha estado por debajo de esta cifra. Así, mientras el censo más reciente la cabecera municipal apenas rebasó los 1,700 habitantes, Temastlán, delegación municipal, casi llegó a los 1500. Finalmente en esta representación debemos notar también que, a diferencia de estas reducciones en el total municipal y en los habitantes de la cabecera, Temastlán presenta un gradual crecimiento que ha mantenido a partir de la década de los sesenta hasta el censo más reciente. Estos incrementos de población, a pesar de ser modestos, distinguen a Temastlán del resto de las localidades de Totatiche que han sufrido descensos continuos en el total de sus habitantes.



Las diferentes dinámicas demográficas observadas en estas localidades se explican por las distintas maneras como sus pobladores se han insertado en los circuitos de migración transnacional y regional. La participación de Temastlán y Totatiche (las dos poblaciones urbanas de la entidad) en la migración hacia Estados Unidos se remite a tempranas décadas del siglo XX, y antecede a la de los ranchos y rancherías que conforman el municipio. Estos últimos originarios del municipio por su parte, durante el siglo pasado también tuvieron una participación intensa también en circuitos de migración temporal pero, a diferencia de lo ocurrido con las poblaciones urbanas del municipio, estos flujos de población estaban principalmente dirigidos a destinos regionales y nacionales: Nayarit, Coahuila, Michoacán, Jalisco, Guanajuato y Baja California Norte, los estados más destacados de las rutas de trabajo exploradas por los pobladores rurales de Totatiche. Fue hasta entrada la década de los setenta cuando los habitantes de las localidades más pequeñas y dispersas de Totatiche, se

incorporaron de manera más notable a los circuitos de migración, establecidos previamente desde Temastlán y la cabecera municipal, hacia poblaciones norteamericanas. Además de considerar estas diferentes etapas de incorporación a los flujos de migración transnacional, existentes entre las localidades del municipio, debemos tomar en cuenta también que, desde fines de la década de los cincuenta Temastlán ha ejercido una cierta atracción sobre la población rural del mismo municipio. De esta manera que, a pesar de la salida de la población a diversos destinos transnacionales, ha mantenido un modesto crecimiento demográfico que la diferencia incluso del ritmo de reducción de población que se ha observado en la cabecera municipal, en las tres últimas décadas. En las localidades rurales del municipio, en cambio, no ha habido un crecimiento de población que compense el éxodo de familias, jóvenes y adultos que se desarrolló con mayor intensidad hacia Estados Unidos, a partir de la misma década de los setenta. Así, mientras los ingresos que los migrantes de Carrizales y poblados vecinos generan en Estados Unidos son recursos importantes para una parte de las familias que han permanecido en estas localidades de Jalisco, en Carrizales, quizá debido al carácter predominantemente definitivo y familiar de la migración transnacional, estos ingresos no han modificado notablemente la dinámica de la economía local¹⁷. De modo tal, la producción agrícola destinada al autoconsumo de maíz y frijol, sigue desempeñando un papel fundamental en la vida económica de Carrizales y otros poblados rurales de Totatiche menos favorecidos por las remesas procedentes de Estados Unidos.

¹⁷ Estas circunstancias difieren de lo que han encontrado estudios de migración desarrollados en poblados de Michoacán, donde los circuitos transnacionales también se han desarrollado con gran intensidad y donde el arraigo de la población mexicana en Estados Unidos ha tenido también impactos visibles en los procesos políticos locales. Cfr. Hernández Zavala, 2000.

Capítulo 2. “Niños *cuarterones*, hijos *conseguidos*”: Matrimonio, parentesco y sexualidad.

Varios estudios realizados en poblaciones que participan en circuitos de migración transnacional, han mostrado que las relaciones conyugales y familiares resultan directamente afectadas por el contacto y el tránsito constante de los migrantes entre sistemas culturales distintos. Entre los fenómenos que han encontrado estos estudios, se han destacado los conflictos que surgen entre cónyuges y entre padres e hijos, debido a los cambios en las maneras de concebir las relaciones de autoridad; luego de haber vivido en Estados Unidos y ya estando de regreso en los pueblos de origen (Malkin 1997, Mummert 1994, 1998; De León 1996, 2000). Pero además de estos conflictos entre géneros y entre generaciones, característicos de la población incorporada en los circuitos de migración transnacional, en las localidades donde la migración ha tenido una influencia determinante existen también otros fenómenos de gran impacto, que son el eje de este capítulo. Las relaciones de familia y de parentesco son directamente afectadas en las localidades donde, a la movilidad constante de una parte de la población y la separación temporal de las parejas o de una parte de los miembros de la familia, se suma además el éxodo definitivo por el que, gradualmente, una parte de los migrantes ha ido optando.

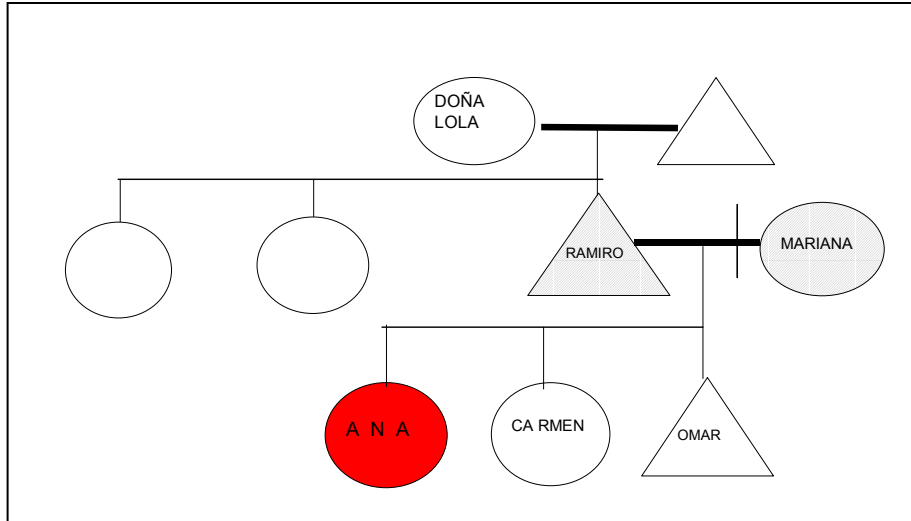
Esta característica particular de los movimientos de población, se ha traducido en Carrizales en la disolución de las relaciones conyugales así como en la separación definitiva de los padres (hombres y mujeres) del núcleo residencial que formaban con sus parejas y sus hijos. En este pueblo, una parte de las relaciones que los hombres y mujeres establecen con sus hijos, parecen frágiles y secundarias frente a la búsqueda de opciones laborales o incluso, ante la perspectiva de establecer nuevas relaciones de pareja; una vez que relaciones amorosas previas se han diluido o fracturado por diversos motivos. En estas familias, los vínculos que los abuelos establecen con sus nietos juegan un papel central. Dada la ausencia de una maternidad y/o una paternidad sólida en torno a la cuál establecer núcleos residenciales, la figura de los abuelos se constituye en el lazo familiar más sólido; es la única relación de parentesco capaz de sustituir las carencias producidas por los débiles vínculos existentes entre padres/madres-hijos.

2.1 Ana y otras composiciones familiares a cargo de los abuelos.

Una madrugada de diciembre, luego de pasar varias horas buscando a su sobrina Ana, Catalina regresó sola a la casa donde la esperaban sus hijos. Había terminado ya el baile, al que unas horas antes las dos mujeres habían llegado juntas, caminando desde un pueblo cercano. Antes de regresar a su casa, Catalina pidió a los parientes y amigos que estaban en la fiesta, que la ayudaran a encontrar la muchacha de 23 años de edad, que había desaparecido del lugar donde se celebraba la boda de uno de sus primos. Unas horas después, cuando Catalina se convenció de que Ana no estaba ya en los alrededores del lugar, decidió regresar a su casa sin hacer más esfuerzos para encontrar a su sobrina. Días antes de que Catalina y Ana fueran invitadas a la boda de sus parientes, doña Lola, la abuela de la muchacha había dado instrucciones para “cuidar” (controlar o impedir que saliera de casa) a la joven mientras ella estuviera fuera del pueblo. Pero Catalina, sin tomar en cuenta las recomendaciones que su madre le había hecho, se hizo acompañar de su sobrina para ir al baile. Esa misma noche la muchacha se escapó con el novio que desde meses antes, le había propuesto que se fuera de su casa.

Ana y sus dos hermanos fueron abandonados por sus padres cuando aún no habían cumplido los diez años de edad. Ramiro, el padre de estos niños, descubrió la relación que Mariana, su esposa, tenía con otro hombre del pueblo. Al ser descubierta en su infidelidad, Mariana dejó el pueblo y se separó definitivamente de su esposo, sus hijos y su familia política. Ana y sus hermanos, no volvieron a tener contacto con su madre ni con su familia paterna, a pesar de que los padres y hermanos de Mariana vivían en el mismo municipio de Totatiche. Según la abuela de Ana, los padres de Mariana no habían estado de acuerdo en su matrimonio con Ramiro, de modo que, cuando Mariana se fue de Carrizales las relaciones entre las dos familias se rompieron definitivamente. La madre de las niñas se fue y los abuelos maternos no buscaron relacionarse con sus nietas. Poco tiempo después de que su esposa se fue de Carrizales, Ramiro fue a Guadalajara en busca de trabajo. Luego de encontrarlo a través de sus hermanos y otros parientes que ya estaban establecidos en esa ciudad, tampoco él regresó a vivir a Carrizales. Desde que sus dos padres abandonaron definitivamente el pueblo, Ana y sus hermanos se quedaron a cargo de doña Lola, su abuela paterna. Al poco tiempo, el niño murió accidentalmente. Hasta antes de fugarse con su novio, Ana pasó la mayor parte de su vida vinculada a doña Lola.

Familia de origen y unidad residencial a la que quedó integrada Ana luego de la separación de sus padres.



Durante los distintos periodos en que doña Lola vivió fuera de Carrizales y aprendió a desempeñar diferentes trabajos, las hijas de Ramiro estuvieron vinculadas a su abuela. Bajo su cuidado y vigilancia, Ana y Carmen trabajaron como empleadas y obreras en varias fábricas cercanas a la ciudad de Guadalajara. También aprendieron a trabajar en el servicio doméstico para las familias que contrataban a doña Lola y donde también ellas pronto recibieron un sueldo, además de obtener alimentación y vivienda de los mismos patrones. Mientras prestaba servicio doméstico a una de las familias que doña Lola ya conocía en Guadalajara, a los 16 años de edad, Ana se relacionó con uno de los hijos de la mujer que la contrataba. Doña Lola se llevó entonces a su nieta de esa casa y rompió relaciones con la familia, luego de reclamar lo que consideró la violación de su nieta

Años después, mientras su abuela vivía en Carrizales Ana fue a buscar trabajo a Guadalajara. En esa ciudad llegó a quedarse a la casa de una de las hijas de doña Lola, que entonces, tenía un hijo y estaba viviendo con un hombre que se había separado de su esposa. Mientras vivía en la casa de esa tía, Ana se relacionó con su pareja. Cuando la tía de Ana se enteró de la relación que había entre su cónyuge y su sobrina, Ana tuvo que regresar a vivir a casa de su abuela.

Doña Lola y Catalina me contaron que durante una época en que Ana y Carmen vivieron con su abuela, el poco dinero con que doña Lola contaba para alimentarlas dependía de los envíos de dinero que Catalina hacía desde Estados Unidos. Este discurso sobre la deuda que Ana contrajo involuntariamente con su tía, emergía cuando doña Lola y Catalina exigían a la muchacha a cumplir con las diversas obligaciones que tenía en la casa de su abuela. Parecía tener que corresponder a la ayuda que recibió de su tía Catalina en algún momento de su vida

La noche cuando la joven se fue de la casa donde vivía con su abuela y su tía Catalina, esa familia atravesaba por una crisis especial. Las tres mujeres adultas de la familia enfrentaban sus propias dificultades. Catalina se había embarazado una vez más y se encontraba en alto riesgo. Tenía que guardar reposo, pero necesitaba también más dinero para atender su embarazo. El padre del niño por nacer, le había negado ayuda económica. El padre de otro de los hijos de Catalina, que estaba trabajando en Estados Unidos, también había dejado de mandarle dinero. Después de fuertes discusiones entre Catalina y su madre, la abuela de Ana consiguió un trabajo temporal en Guadalajara, y se fue del pueblo, dejando a cargo de Ana el cuidado de su pequeña granja familiar. Buena parte de las tareas domésticas que antes se distribuían entre las tres mujeres adultas de la familia, recayeron entonces en Ana. La tensión en la casa durante esa temporada se vivía todo el día. Catalina daba instrucciones todo el tiempo y regañaba a Ana porque el “quehacer” de la casa “no estaba bien hecho”. A su sobrina no le alcanzaba el día para cumplir con las demandas de su tía y otros encargos que su abuela le había hecho. La noche de diciembre que Ana y su tía fueron al baile, cuando ella decidió finalmente ceder a las proposiciones amorosas de su novio, la muchacha vivía una etapa de arduo trabajo y fuertes presiones morales por la delicada salud de su tía y los encargos que su abuela le había hecho.

La fuga de Ana constituyó una ruptura definitiva con la abuela paterna. La muchacha sólo regresó una tarde a recoger su ropa, mientras su abuela estaba fuera de la casa. No *pidió perdón*, como hacen otras mujeres del pueblo para reconciliarse con sus padres cuando se van con su novio sin haberse comprometido en matrimonio, ni se casó, ni fue a vivir con otros miembros de su familia. Ana tampoco *se juntó* con su novio, como lo hacen otras jóvenes cuando se escapan de su casa. Al día siguiente del baile, la muchacha se refugió temporalmente en la casa de varias amistades y parientes. Como resultó

embarazada de la relación con su novio, la joven optó por el único recurso que durante años había conocido ya para ganarse la vida. Encontró un lugar donde trabajar de tiempo completo en el servicio doméstico, en la ciudad de Guadalajara, en la misma casa donde una de sus tías abuelas trabajaba también.

La vida de Ana y las circunstancias en las que ocurrió su fuga, dibujan aspectos muy sobresalientes en las relaciones familiares y de parentesco en Carrizales: La fragilidad de las relaciones entre ciertos hombres y mujeres con sus hijos, no solamente se observa cuando los niños han nacido en relaciones extramatrimoniales o como parte de encuentros sexuales ocasionales; por el contrario, como ocurrió con Ana y sus hermanos, afecta también a los hijos de matrimonios en conflicto. Las relaciones padre-hijo y madre-hijo pueden fracturarse tanto por la disolución de las relaciones matrimoniales que suelen llevarse a cabo sin divorcios formales, (como los padres de Ana) como en función de la separación de cónyuges que no estaban casados. Como veremos con mayor detalle en el siguiente apartado, es muy importante enfatizar que el alejamiento entre padres e hijos no ocurren sólo por la ausencia de los esposos o cónyuges de la pareja en cuestión. Por el contrario, estas separaciones suceden también porque algunas mujeres se separan de los niños que han tenido, es decir, por la ausencia de las mamás. Ambas rupturas, las de hombres y mujeres con sus hijos, son pautas sobresalientes en el patrón de parentesco que analizamos aquí. En lo concerniente a este patrón, por último debemos destacar también otro aspecto sobresaliente en la vida de Ana y otros niños del pueblo: Es el determinante papel que los abuelos (generalmente los maternos) desempeñan en el cuidado y la socialización de los niños separados de sus padres, tanto en las relaciones matrimoniales, como en las relaciones conyugales que se desarrollan sin matrimonio.

Así como en la experiencia vivida por Ana, las relaciones amorosas de buena parte de los hombres y las mujeres de su pueblo, conducen por caminos distintos a los idealizados por las mujeres de mayor edad, que se centran en los procedimientos y requisitos necesarios para el matrimonio. La estrecha intersección entre matrimonio, parentesco y sexualidad se manifiesta en las formas de interacción observadas en la localidad y se puede hacer visible a través de las familias que veremos. Las relaciones múltiples, la formación y disolución precipitada de relaciones conyugales, y los embarazos no planeados, que suele producirse durante estas relaciones, ocupan un lugar

importante en la vida sociosexual de la localidad. Como veremos a lo largo de este capítulo, la naturaleza de estos vínculos ejerce a su vez, una influencia notable en el patrón matrimonial y en las relaciones de parentesco establecidas en la localidad de estudio.

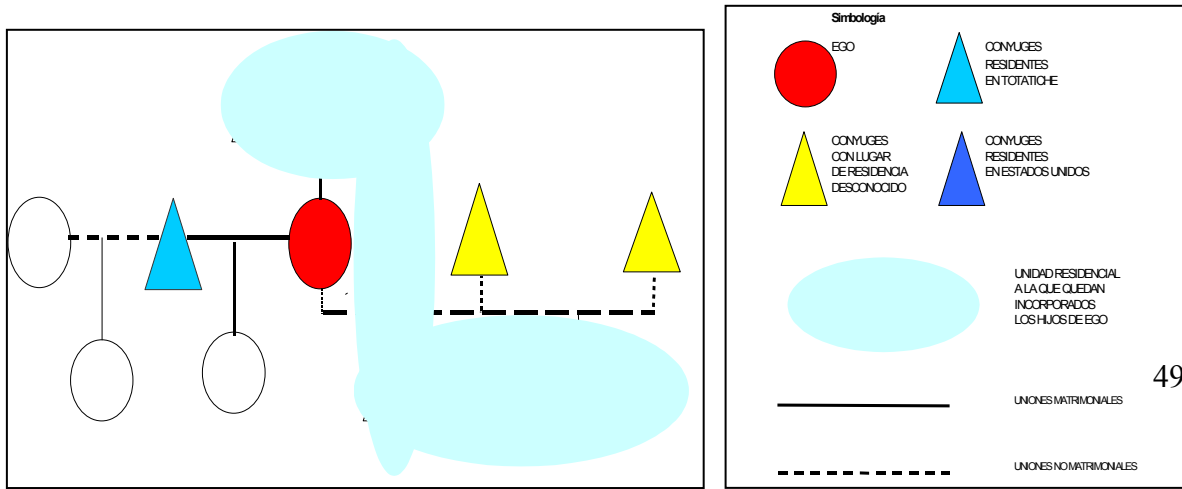
Familia 1: Ernestina

Ernestina, soltera de 38 años de edad, vivía en la casa que sus padres le habían regalado para que compartiera con sus cuatro hijos en Carrizales. Mientras vivió en este pueblo, Ernestina tuvo cuatro hijos (tres hombres y una mujer) con Guillermo, un hombre que vivía en la cabecera municipal con su esposa y los tres hijos que tenía con ella. A pesar de no haber vivido nunca con Ernestina y los hijos que tuvieron juntos, los cuatro reconocían a Guillermo como su padre. Durante todo el tiempo que duró la relación de esta pareja, él visitaba con frecuencia a Ernestina y a los niños, les llevaba comida, ropa o dinero, y paseaba con ellos en los alrededores del pueblo. La relación de esta pareja terminó después de casi 20 años. Cuando la hija mayor tenía 17 años de edad, Ernestina se relacionó con un hombre que vivía en el mismo pueblo que Guillermo. Antonio, el pretendiente de Ernestina soltero y más joven que Guillermo, tenía planes de ir a vivir a Estados Unidos. Uno de sus primos que vivía en California desde hacía varios años, le había ofrecido recibirlo en su casa y conseguirle trabajo en el mismo restaurante donde él trabajaba como cocinero. Antonio ya había hecho también tratos con un “coyote” (persona que cobra por el cruce ilegal de la frontera). Con todo el plan listo, Antonio le propuso a Ernestina que se casaran y se fueran juntos a California.

Esta segunda relación amorosa en la que Ernestina se involucró, le creó fuertes conflictos con su hija, los hijos, Guillermo e incluso con sus propios padres, que no aceptaban a Antonio y tenían en cambio, reconocimiento para Guillermo porque se había mantenido durante todos esos años vinculado a sus hijos. Luego de poco más de un año, Ernestina decidió casarse con Antonio; se separó de Guillermo y dejó a los hijos que tuvo con él a cargo de sus abuelos maternos. A pesar de los esfuerzos que los papás de Ernestina hicieron para impedir que ella se casara y dejara su pueblo con el plan de cruzar la frontera, cuando ella se casó por el civil con Antonio, sus cuatro hijos quedaron integrados a la unidad residencial formada por sus abuelos maternos. Y cuando Ernestina se fue, Guillermo no dejó de ver a sus hijos ni tampoco dejó de llevar comida y ropa para

Graciela tuvo dos hijos en relaciones ocasionales no matrimoniales. Graciela conoció a los papás de sus hijos mientras ellos estuvieron trabajando en el municipio de Totatiche. Uno trabajó en una construcción y el otro era promotor de los productos de una compañía comercial. Los dos se fueron del pueblo una vez que su estancia de trabajo terminó, de modo que, Graciela no vivió ni mantuvo vínculos a más largo plazo con ninguno de esos hombres, una vez que sus hijos nacieron. Luego del nacimiento de sus hijos, Graciela siguió viviendo en la casa que compartía con sus padres y sus hermanos. Sus propios hijos crecieron en una especial ambigüedad acerca de los vínculos de parentesco, pues a pesar de saber que Graciela era su madre, consideraban que su abuela materna era también su mamá y de este modo se referían a ella. Alrededor de los 32 años de edad de Graciela, cuando el mayor de sus hijos tenía 13 años, Luis, otro hombre del mismo pueblo, le propuso matrimonio. Luis tenía la misma edad que Graciela, vivía en Carrizales, era uno de los hombres menores de una numerosa familia y era el único que no había tenido, ni buscaba tener experiencia en la migración. Luis se había quedado a cargo de la casa y las parcelas que su padre enfermo y de edad avanzada, le había encargado. Luis ya era papá de una niña que nació de una relación no matrimonial que él tuvo en otro pueblo de Totatiche, pero no mantenía ningún vínculo con la niña de dos años de edad, ni tampoco había vivido nunca con la madre de su hija. Cuando Luis se casó con Graciela los dos hijos de ella (hombres) se quedaron viviendo en la casa de sus abuelos, donde siempre habían vivido. Poco tiempo después de casarse, Graciela y su esposo tuvieron una niña que sí fue integrada al núcleo residencial formado por este matrimonio. La nueva familia se quedó viviendo en la casa que los padres del marido de Graciela dejaron para Luis y donde ellos mismos vivieron hasta antes de irse a vivir a la cabecera municipal.

Unidad residencial abuelos-nietos se forma a partir del matrimonio de ego



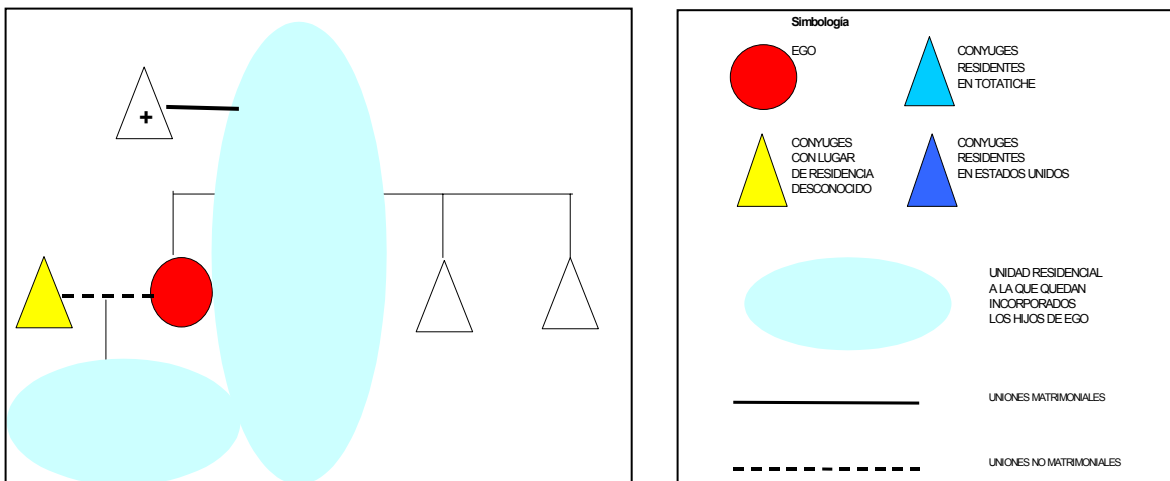
En la composición de esta familia, debemos notar el reforzamiento del vínculo entre abuelos y nietos que surge por la separación de la madre. Sin embargo, debemos establecer varias diferencias entre la forma como Graciela y Ernestina se separaron del núcleo residencial y dieron lugar a la consolidación del lazo abuelos-nietos. Mientras ésta última estuvo unida durante un largo periodo a una sola pareja con la que tuvo varios hijos, Graciela tuvo dos parejas ocasionales, con las que no mantuvo vínculos, y de las que nacieron dos hijos. Su historia amorosa y materna prematrimonial no fue un obstáculo para su casamiento y la formación de una nueva familia con un hombre del mismo pueblo, aunque, del mismo modo que en el caso de Ernestina, en la situación de Graciela también se separó de los hijos que tuvo en relaciones extramatrimoniales, para luego casarse. En ambos casos, la disponibilidad de los abuelos maternos para hacerse cargo de los hijos de las mujeres, parece determinar fuertemente sus posibilidades de tener relaciones matrimoniales pese a haber tenido cónyuges ocasionales y haber tenido hijos dentro de esas relaciones. Sintetizando: Un aspecto común en las composiciones de las dos familias ya descritas, es que tener hijos sin casarse, o tener relaciones amorosas múltiples, no cancela las posibilidades de que una mujer se case y forme una nueva familia; solo que en estos casos, para hacer posible el matrimonio de una mujer debe existir un núcleo residencial, formado por los abuelos, en donde sea posible depositar a los hijos nacidos en relaciones previas al matrimonio.

Familia 3: Cecilia.

Cecilia tuvo a su hijo cuando tenía 17 años y era soltera. Ella vivía en Carrizales, con sus 4 hermanos menores y su madre, que había sido abandonada por su esposo luego del nacimiento de su último hijo. Cecilia se embarazó en una temporada que estuvo viviendo fuera de Carrizales, mientras hacía trabajo doméstico para una familia que vivía en un poblado de Zacatecas. Además de la escuela primaria y su conocimiento de varias actividades agrícolas, Cecilia no tenía muchas otras opciones para buscar empleo. Mientras Cecilia se dedicaba al trabajo doméstico, su madre atendía el trabajo agrícola de su propia

parcela; los recursos generados por las dos mujeres eran importantes para el sostenimiento de la familia completa. Cuando estaba en un momento avanzado del embarazo, Cecilia regresó a Carrizales. Una vez que nació su hijo, Isidro, la muchacha dejó su pueblo una vez más. En esta ocasión, a través de otra familia de Carrizales consiguió trabajo en una fábrica de ropa de los alrededores de Guadalajara. Luego del nacimiento de Isidro, Cecilia prácticamente rompió la relación con su madre, su hijo y su familia de origen, aunque, a diferencia de Ernestina y Graciela, ella no abandonó a la familia para casarse o buscando una nueva relación amorosa. Isidro se quedó a cargo de su abuela materna, a la que llama “mamá”, a pesar de saber que su madre es la mujer que vive fuera de Carrizales, y creció al lado de sus tíos, a los que considera sus hermanos. En la medida en que estos fueron creciendo, igual que Cecilia fueron buscando opciones de trabajo y de vida fuera del pueblo. Sólo uno de los hijos, el menor, permaneció soltero y se quedó viviendo con su madre y con Isidro. Cuando este terminó la escuela primaria, las dificultades económicas de la abuela para alimentarlo y darle educación, hicieron que ella le buscara un lugar en el seminario de Totatiche donde, con la ayuda de un padrino y el compromiso de seguir el sacerdocio, Isidro estudia actualmente la escuela secundaria. Isidro pasa la mayor parte del tiempo en el seminario, dedicado a la formación religiosa y escolar, pero regresa los fines de semana y otros días libres para quedarse en la casa de su abuela.

Unidad residencial abuelos-nietos se forma a partir de la ausencia de ego



Así como observamos en la historia de Graciela, el hijo de Cecilia nació de una relación ocasional. A diferencia de Graciela, quien estuvo viviendo con sus hijos hasta antes de casarse, Cecilia se separó definitivamente de Isidro y del resto de su familia, poco después de que su hijo nació. La separación de la mujer de este núcleo familiar no ocurrió, como en los casos de Graciela y Ernestina, en vista de planes matrimoniales o nuevas relaciones amorosas. Cecilia simplemente dejó a su hijo en manos de la abuela, y a partir de entonces se alejó de su familia y del pueblo donde nació el niño. A diferencia de las familias anteriores, donde las mujeres vivieron con sus hijos hasta antes de casarse, en el caso de Cecilia el lazo materno fue rápida y completamente sustituido por la relación entre Isidro y su abuela materna sin que esto ocurriera por las expectativas de la vida conyugal de la mujer. En el caso de Cecilia y su hijo la relación materna no fue diluida por un nuevo relación matrimonial; más que eso, simplemente no existió, nunca se desarrolló. La figura de la abuela, abandonada antes por su esposo, desempeña en esta composición familiar un papel mucho más determinante que en las historias familiares antes descritas pues, del mismo modo que ocurrió con los hijos de Graciela, el padre de Isidro tampoco mantuvo ninguna relación con el niño, con su madre, ni con los familiares de esta. Abandonado por sus dos padres, el hijo de Cecilia creció bajo los cuidados de su abuela y vivió con ella hasta antes de ingresar al seminario.

Las composiciones familiares que hemos revisado hasta aquí tienen una característica en común que debemos destacar: Los hombres y mujeres parecen establecer, predominantemente, vínculos frágiles y volátiles con los hijos; estas relaciones se ven fácilmente secundarizadas, desplazadas, o pueden incluso no ser construidas (como en el caso de Cecilia y de los papás de los niños de Graciela) en función del desarrollo del matrimonio (los padres de Ana), las expectativas matrimoniales (Ernestina y Graciela) o también, ser determinadas por los planes individuales de vida en los que el hijo es intencionalmente excluido (Cecilia). No obstante las diversas situaciones amorosas en las que se hallaban involucradas las mujeres de estas familias, (Ernestina unida por un largo periodo a un hombre casado, Graciela con relaciones ocasionales previas a un matrimonio formal, Cecilia embarazada de una primer relación, y Mariana, que tuvo a sus dos hijas dentro del matrimonio) el papel de todas ellas fue reemplazado por el de las abuelas maternas (con excepción del caso de Ana, en el que doña Lola, su abuela paterna, fue quien

se hizo responsable de las dos hijas abandonadas por el matrimonio en conflicto). En lo que concierne a los hombres relacionados con estas mujeres, debemos notar también que, con la excepción del cónyuge de Ernestina, ninguno de los padres de los niños que estas mujeres tuvieron construyó una relación con los hijos. Incluso Ramiro, el padre de Ana y Carmen, se separó de las niñas que habían nacido dentro de su matrimonio con Mariana y, en lugar de hacerse cargo de ellas, las dejó bajo la responsabilidad de su abuela paterna. Tenemos pues, en suma, composiciones familiares que son semejantes porque los hombres y mujeres se separan de sus hijos, y, a partir de la ausencia de los padres, estos quedan integrados a las unidades residenciales formadas por sus abuelos.

2.2 Núcleos residenciales formados por mujeres con sus hijos

Familia 4: Catalina¹⁸.

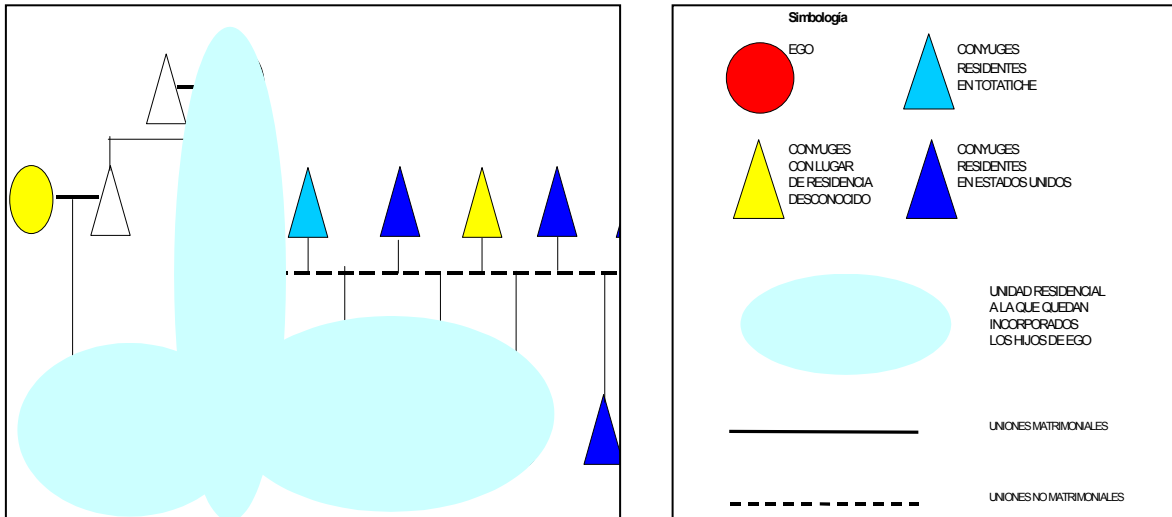
Catalina encabeza un conjunto de mujeres que, en contraste con la composición de las familias referidas antes, en diversas circunstancias han mantenido fuertes vínculos con sus hijos. Estos lazos entre madre e hijos, han predominado también por encima de múltiples relaciones conyugales en las que se han involucrado dichas mujeres. Cuatro de los cinco hijos de Catalina nacieron en California, todos ellos dentro de relaciones no matrimoniales. Con la excepción del hijo mayor de 18 años de edad, que se quedó a vivir con su padre mexicano en California, Catalina trajo con ella a los otros tres hijos que había tenido mientras vivió en Estados Unidos. En Carrizales, llegó a vivir a la casa donde vivía su madre, doña Lola, quien recientemente había enviudado y durante muchos años había tenido a su cargo a Ana y Carmen, dos de sus nietas. Ya viviendo de nuevo en Carrizales, Catalina se involucró con un paisano que conocía desde años atrás, y se embarazó por quinta vez. Este nuevo hijo (hombre) que no fue reconocido por su padre, fue integrado a la unidad residencial que Catalina formaba con los otros tres que había traído con ella (dos niñas y un niño), doña Lola, su madre y Ana, una de sus sobrinas.

En contraste con lo señalado en la mayor parte de las familias antes descritas, a pesar de vivir separados, dos de los papás de los hijos de Catalina siguieron manteniéndose en contacto con ella y con sus hijos. Cuando esta mujer y sus niños dejaron California para ir a vivir a Carrizales, ese par de hombres también siguieron participando, aunque de manera inconstante, en los gastos de alimentación y educación de los hijos que tuvieron con Catalina. La relación del papá de la hija mayor era tan estrecho y constante, que la niña conocía a toda su familia paterna y pasaba algunas temporadas con su padre, sus abuelos, tías y primos paternos, quienes vivían en un pueblo de la ciénega de Chapala, en Jalisco. Por otro lado, el papá del más chico de los niños que Catalina tuvo en California, constantemente se comunicaba por teléfono con ella y le enviaba dinero para el cuidado de su hijo. La madre y las hermanas de este joven, también conservaban una buena relación

¹⁸ Las características individuales y la historia familiar y amorosa de Catalina han sido descritos con detalle en el capítulo 1.

con Catalina, y hacían planes para que la mujer y su hijo pudieran pasar una temporada visitando a sus parientes en el estado de Michoacán.

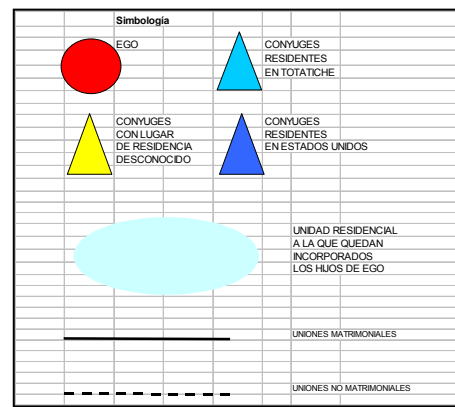
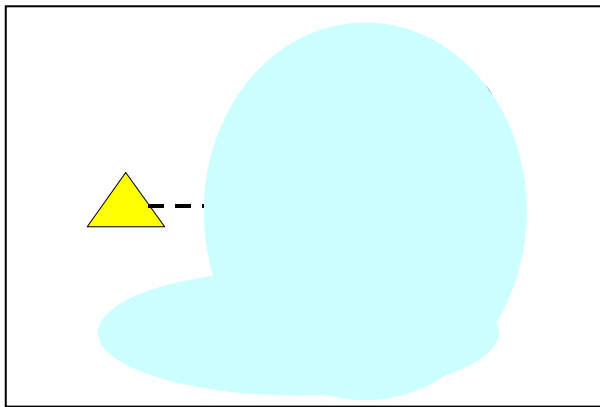
Catalina: El núcleo residencial de la madre con los hijos prevalece por encima de las relaciones conyugales.



En contraste con las familias descritas en el apartado anterior, aquí observamos que aún cuando la abuela materna también desempeña un papel importante para el cuidado de los nietos, en los periodos en que Catalina se incorpora en mercados de trabajo fuera del pueblo, la relación entre esta mujer y sus hijos no ha sido desplazada ni sustituida por figura de la abuela. Por el contrario, es muy interesante notar que, pese a haber nacido en relaciones no matrimoniales, y pese también a la diversidad de relaciones amorosas que Catalina ha establecido a lo largo de su vida, esta mujer ha conservado un fuerte vínculo con sus hijos. El núcleo residencial que forman ellos juntos, ha predominado por encima de las relaciones amorosas y los diferentes lugares de residencia y de trabajo donde Catalina ha transitado.

Familia 5: Cristina: La unidad residencial se forma a partir de la madre y con ausencia del padre.

De manera semejante a la familia encabezada por Catalina, Cristina y su hijo forman otra composición doméstica en que la coresidencia madre-hijo predomina por encima de las relaciones conyugales establecidas por la mujer. Cristina, la única hija sobreviviente de un matrimonio no migrante, procreó a Juan cuando tenía 27 años, en la relación que tuvo con un paisano que finalmente fue a vivir a Estados Unidos. Este hombre y su familia de origen, no mantienen lazos con la localidad, con la madre de su hijo ni tampoco con el niño, aunque éste ha crecido sabiendo quién es su padre, y a la espera de que regrese de California. A diferencia de Catalina, Cristina nunca ha participado en mercados de trabajo fuera de Carrizales. Siempre ha vivido con sus padres y ha mantenido a su hijo viviendo con ella. En contraste también con Ernestina y Graciela, Cristina no volvió a establecer relaciones amorosas ni a embarazarse luego del nacimiento de su único hijo.



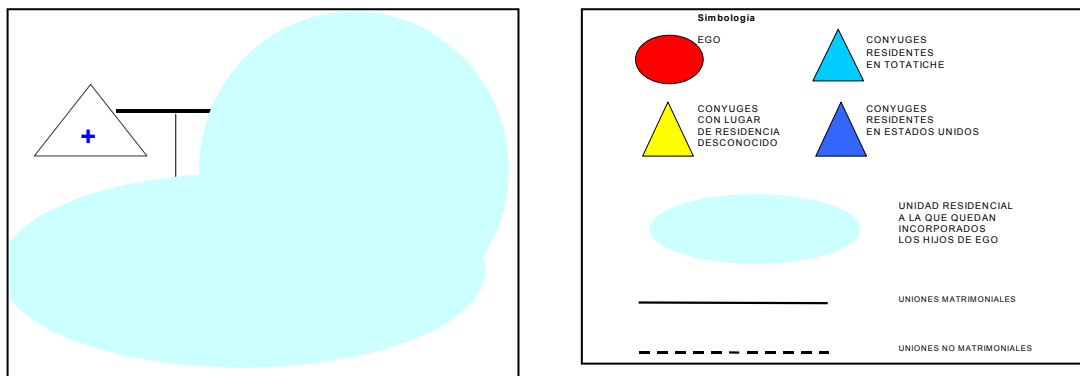
Familia 6: Ignacio y Refugio¹⁹

La composición de esta familia es muy distinta a las que hemos analizado antes. Refugio se casó por primera vez a los 25 años y enviudó antes de cumplir 30, cuando su primera hija apenas tenía 3 años de edad. A la muerte de su marido, Refugio se quedó viviendo en la parte de la casa que sus padres le habían heredado. Como parte de su herencia, también le

¹⁹ La autobiografía de Ignacio se encuentra en el capítulo IV. Otros datos sobre este matrimonio aparecen en el primer apartado del capítulo 3.

había correspondido una parte de las parcelas en las que su esposo había trabajado. Cuando Refugio tenía 32 años, Ignacio le propuso matrimonio. Su pretendiente tenía 47 años, había nacido en la cabecera municipal, era el menor de 8 hermanos y estaba de regreso luego de más de 20 años de haber vivido fuera del pueblo; el mismo tiempo que su padre tenía de haber fallecido. Mientras estuvo soltero Ignacio tuvo una experiencia laboral y de vida totalmente itinerante. Mientras estuvo enlistado en el ejército recorrió diversos puntos desde el Distrito Federal, hasta el Golfo de México. Luego, cuando desertó recorrió varias poblaciones de la frontera norte mexicana, y trabajó también en varias localidades de Texas. Luego de haber pasado esta parte de su vida fuera de Totatiche, regresó a vivir a su pueblo. Entonces fue que conoció a Refugio y le propuso matrimonio. A pesar de que ella había tenido una hija en su primer matrimonio, aceptó casarse con Ignacio. El nuevo matrimonio se quedó viviendo en la misma casa donde Refugio había crecido, donde había vivido con su esposo y donde su hija también había nacido. Pronto tuvieron un hijo que creció al lado de sus padres y su media hermana, la hija que Refugio tuvo en su primer matrimonio. Ambos hijos vivieron juntos hasta que dejaron Carrizales: El hijo, a los 18 años se fue a Estados Unidos aprovechando la experiencia y la casa que le ofreció uno de sus primos; la hija se fue a los 22, cuando a través de una familia conocida por sus tías, le ofrecieron el puesto de secretaria en una constructora establecida en Guadalajara.

La hija nacida en un matrimonio anterior, permanece vinculada con la madre, en su segunda relación matrimonial.



A diferencia de las familias anteriores, donde los hijos procreados en relaciones previas no son integrados al nuevo núcleo familiar que forma su madre a partir del matrimonio, en esta

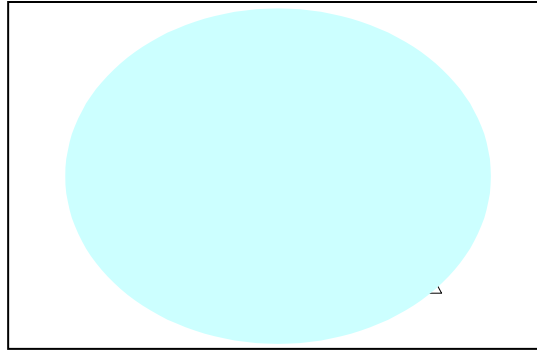
debemos notar que, excepcionalmente, la hija nacida en una relación matrimonial anterior, se mantiene vinculada a su madre luego de su segundo casamiento. La nueva pareja y la hija del primer matrimonio forman una unidad residencial. A este núcleo habitacional se sumó luego el hijo nacido en la segunda relación matrimonial de Refugio. En esta nueva familia, a diferencia de todos los casos anteriores que hemos revisado, el matrimonio se mantuvo unido mientras sus hijos crecieron, y los hijos de dos uniones matrimoniales distintas también se mantuvieron vinculados a sus padres, hasta que dejaron su lugar de origen. La notable diferencia entre la historia de esta familia y la fragilidad de las relaciones conyugales y/o con los hijos antes observada, quizá se explica por dos características particulares: La hija que es integrada a la nueva unidad residencial que la madre forma con su pareja proviene de una relación matrimonial, y es además mujer. En contraste, en las familias anteriores, notamos que: 1) Todos los hijos separados de sus padres o madres, habían nacido en relaciones no matrimoniales (con la excepción de Ana y Carmen), y que 2) La mayor parte de los hijos separados de sus madres, que nacieron en relaciones no matrimoniales eran además hombres (con la única excepción de la hija mayor de Ernestina). La composición observada en esta familia, radicalmente diferente a la de la mayoría de las unidades residenciales hasta aquí revisadas, nos sugiere pistas interesantes acerca de las pautas del parentesco en la localidad, que habré de retomar más adelante.

Familia 7: David y Rosario.

David, nacido en Carrizales, y Rosario, en un poblado vecino, se unieron en matrimonio luego de haberse fugado y haber vivido seis meses en unión libre en la cabecera municipal. David es uno de los pocos hombres del pueblo que no se ha incorporado a los circuitos de migración transnacional, a pesar de que varios de sus hermanos mayores viven en California y otros se han ido a vivir a Tlaltenango, una localidad de Zacatecas cercana a Totatiche con intensas actividades agrícolas y comerciales. David se dedicó a regularizar una buena parte de los predios que sus abuelos dejaron intestados al morir, y en los que otros hermanos y primos no tuvieron interés en poner a trabajar porque prefirieron emigrar a Estados Unidos. El sostenimiento de la familia de David depende totalmente de las actividades agrícolas que él desempeña en las parcelas que dejaron intestadas sus abuelos. David y

Rosario forman una de las familias nucleares de Carrizales, tienen tres hijos que viven con ellos y estudian en la escuela de Carrizales. En su núcleo residencial no está integrado ningún miembro de la familia extensa de David ni de Rosario.

Familiar nuclear-monogámica



2.3 Amor y desamor: Estadísticas matrimoniales

La intensa movilidad de la población, la búsqueda de opciones laborales y la falta de alternativas productivas en los alrededores de Totatiche, parecen desempeñar un papel determinante en la conformación de las familias de Carrizales. Aunque cada historia conyugal tiene su propia trayectoria, una parte de las parejas que logran prolongar su relación están de algún modo, arraigadas o permanecen vinculadas a las actividades agrícolas que se realizan en la región. En las familias numerosas, uno o dos integrantes (hombres, como Luis y David, familias 2 y 7) pueden conservar su vínculo con el pueblo, apropiarse de las parcelas familiares y explotar el trabajo agrícola mientras el resto de los hermanos, desempeña otro tipo de actividades, fuera del pueblo o del país; aunque debemos aclarar que en Carrizales existen también casos de propietarios de extensiones considerables que deciden dejar las actividades agrícolas para probar fortuna en Estados Unidos, es decir, la posesión de terrenos agrícolas no garantiza que los hombres estén arraigados a su pueblo y a la agricultura. Del mismo modo, para una parte de las mujeres cuyas historias familiares

y amorosas hemos revisado, la búsqueda de opciones laborales mejor pagadas o de ingresos más estables en Guadalajara o en la zona conurbada de esa ciudad, ha influido también notablemente en la decisión de abandonar el pueblo y, en consecuencia, se han provocado también transformaciones importantes en las composiciones de las familias y en las relaciones de parentesco. Al comparar las cifras de las familias nucleares con las correspondientes a las familias constituidas mediante relaciones múltiples, ampliamos la visión del impacto que la movilidad de la población tiene en las relaciones conyugales y en el parentesco en la localidad. En las familias nucleares, hay un hombre por cada mujer con hijos, mientras en las familias distintas a las nucleares, esto es, en los diversos tipos de familia formadas por mujeres no casadas que se mantienen vinculadas a sus hijos, hay 2.5 progenitores por cada mujer. En este último tipo de relaciones, el promedio de hijos procreados en cada unión es de 1.2, mientras en las familias nucleares, en cambio, el promedio de hijos por pareja es de cuatro:

Cuadro 1. Procreación en familias nucleares y en relaciones múltiples

Familias nucleares-monogámicas			Familias formadas por relaciones múltiples		
Progenitoras	Progenitores	Promedio de hijos	Progenitoras	Progenitores	Promedio de hijos
1	1	4.1	1	2.5	1.25

Fuente: Elaboración propia²⁰.

El contraste entre los dos promedios de procreación señalados, 4.1 en las familias nucleares-monogámicas y 1.25 por cada unión en relaciones no nucleares, se explica por la brevedad y la fragilidad de este último tipo de uniones. Los hombres que se vinculan temporal o fortuitamente con las mujeres de la localidad suelen no mantener vínculos con sus parejas ni con los hijos procreados en encuentros casuales. El bajo promedio de hijos nacidos en estas relaciones (en contraste con uno más elevado en relaciones matrimoniales), se explica porque, un hombre que ha procreado con una mujer del pueblo sin intenciones de mantener una relación de pareja duradera, difícilmente engendrará más hijos con la misma mujer, luego del nacimiento de un primer niño no planeado. Estos son

²⁰ Nota: Para establecer la relación en este cuadro, sólo se tomaron en cuenta las parejas formadas por mujeres (casadas y solteras) que aún están en edad reproductiva. Se excluyeron así las mujeres unidas que rebasan los 45 años y las que aún cuando están en edad reproductiva, no se han unido. Debido a la movilidad de los progenitores involucrados en relaciones ocasionales o fortuitas, en la elaboración de estos indicadores he tomado como eje a las mujeres que permanecen en la localidad vinculadas a sus hijos.

los niños que en la localidad se llaman “conseguidos”, haciendo referencia a que nacieron en una relación no matrimonial.

No todos los progenitores involucrados con mujeres del pueblo radican ni nacieron en la misma localidad. Como hemos visto antes, una parte de los encuentros sexuales que han derivado en procreación no planeada, ocurren con hombres de otros municipios o incluso de otras nacionalidades. En el primer caso, se trata de personas que estuvieron temporalmente empleados en la localidad o en el municipio, y que estando allí se involucraron con alguna mujer del pueblo. Los vínculos con hombres no mexicanos se explican en cambio, por la movilidad de las mujeres que están involucradas en circuitos de migración y que se involucraron con sus parejas fuera de México. Los hijos nacidos de este último tipo de relaciones son conocidos en el pueblo como “niños cuarterones”. En Carrizales, la relación entre progenitores locales (incluyendo a los nacidos en el municipio de Totatiche) y los de un origen distinto es de 3 a 1.

Cuadro 2. Proporción de progenitores por lugar de origen

Locales: Nacidos en el municipio de Totatiche	Foráneos: Encuentros en Estados Unidos, lugar de residencia actual desconocida, uniones fortuitas y temporales no matrimoniales.
3	1

Fuente: Elaboración propia

Es muy importante notar que la tendencia a la disolución de los encuentros amorosos casuales en los que nace una parte de los niños de Carrizales y que he descrito antes, tiene un reflejo significativo también en las estadísticas municipales de los últimos años, lo que nos hace suponer que las pautas observadas en la vida familiar y el parentesco de Carrizales, no son exclusivas de dicha localidad, sino que son comunes también, en cierta medida a las pautas seguidas en la población de Totatiche en conjunto:

Cuadro 3. Nacimientos en el municipio de Totatiche, 1993-1997.

Año	Nacimientos	Estado civil de la madre							SUMA MADRES NO CASADAS	PORCENTAJE DE MADRES NO CASADAS
		Solteras	Casadas	Unión libre	Separadas	Divorciadas	En matrimonio religioso			
1993	137	16	97	4	1	-	40	20	30 %	
1994	106	10	79	6	1	-	44	16	26 %	
1995	166	15	128	16	-	-	38	31	23 %	
1996	105	10	84	7	-	-	44	17	20 %	
1997	105	9	75	11	-	-	35	20	29 %	

Fuente: Estadísticas vitales de Jalisco. INEGI. 1993-1997

Al relacionar el total los nacimientos en el municipio con el estado civil de la madre en este cuadro, observamos que entre 1993 y 1997 más del 20 % de mujeres con hijos estaba soltera o en unión libre. En 1993, cuando en todo el municipio se registró el nacimiento de 137 niños esta proporción fue del 30 % mientras en 1997, de los 105 niños cuyo nacimiento fue registrado, el 29 % nació en una relación no matrimonial. A pesar de las variaciones observadas en esta proporción en el periodo analizado, el conjunto de proporciones registradas entre 1993 y 1997 es similar al porcentaje de familias no nucleares encontradas en Carrizales en el año 2000: Allí una cuarta parte de las mujeres en edad de reproducción, había estado involucrada en relaciones múltiples no matrimoniales y había tenido hijos, como resultado de estos encuentros. Esta coincidencia entre las estadísticas de Carrizales y las del total del municipio, nos permiten suponer que, al menos algunas de las pautas observadas en la vida familiar y en las relaciones de parentesco de Carrizales, pueden ser similares a las encontradas en otras localidades de Totatiche.

Lamentablemente, las cifras censales no ofrecen datos continuos para determinar la frecuencia de la unión libre en el municipio en el transcurso de varias décadas. Sin embargo, de acuerdo a lo observado en el cuadro 4, tenemos que en 1960 se registraron 34 personas viviendo en unión libre en Totatiche.

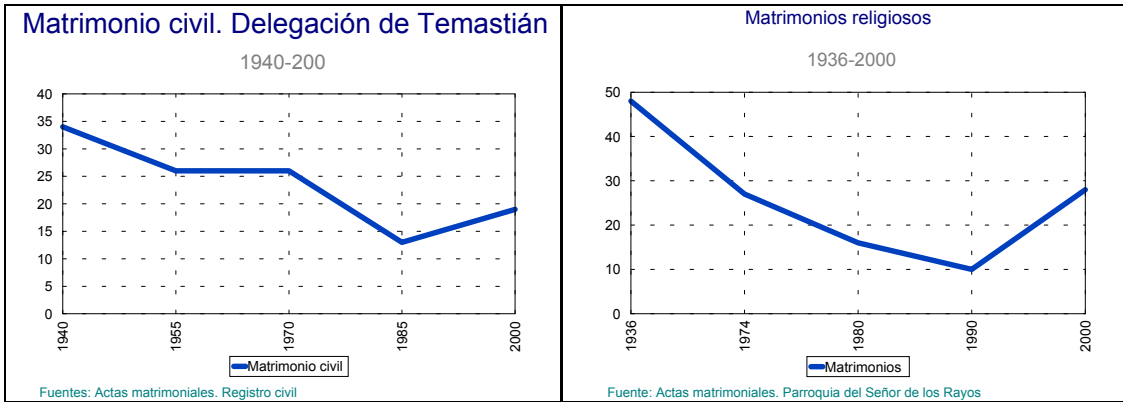
Cuadro 4. Estadística de matrimonios en el municipio de Totatiche.

Año	Unidos en matrimonio religioso			Civil y religioso			Unión libre		
	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres
1930	77	37	40	1962	976	986	-	-	-
1940	169	84	85	1930	950	980	-	-	-
1960	145	72	73	2679	1323	1356	34	7	27

Fuente: Anuario estadístico Jalisco. INEGI

En este indicador, llama la atención el desequilibrio de las cifras en el desglose por sexo, pues sólo aparecen 7 hombres incluidos en este estado civil, mientras que la cifra de mujeres es de 27. Para explicar esta relación entre las cifras de personas viviendo en unión libre, podemos especular con dos posibilidades: Una es que menos hombres de los que vivían en unión libre la hubieran declarado para efectos de la estadística. La otra posible explicación en la diferencia de hombres y mujeres viviendo en unión libre, es que cada hombre registrado en este indicador, sostuviera relaciones libres con varias mujeres, simultáneamente. Si tomamos en cuenta las pautas observadas en las familias de Carrizales, donde varios hombres casados, establecen relaciones extramatrimoniales y tienen hijos y, algunos de ellos incluso, mantienen estas relaciones durante periodos prolongados (como en el caso de Ernestina y el papá de sus hijos), esta última explicación es factible y es significativa porque, de manera semejante a la correlación encontrada en el porcentaje de madres no casadas en Carrizales y el conjunto del municipio, sugiere que varias pautas relacionadas con el parentesco y la familia encontrados en Carrizales, tienen además cierta correspondencia con las pautas seguidas en otra localidades del mismo municipio.

Si analizamos las estadísticas matrimoniales de acuerdo con el archivo de la parroquia del Señor de los Rayos y la oficina del registro civil de Temastlán, podemos notar que en el transcurso de varias décadas ambos tipos de matrimonio han reportado descensos importantes:



La oficina del Registro Civil ubicada en la delegación municipal que incluye a Carrizales reportó 35 matrimonios en 1940, mientras en el año 2000, en este mismo archivo se registraron apenas 20 uniones civiles. Así, a pesar de las variaciones mostradas en varias décadas, en el transcurso de los últimos sesenta años, la frecuencia de matrimonios civiles en la delegación municipal ha ido disminuyendo gradualmente. De acuerdo con los documentos del archivo parroquial se observa también un descenso considerable en el matrimonio religioso: En 1936 se realizaron casi cincuenta bodas, y en el año 2000 se casaron apenas 28 parejas. La reducción en ambos tipos de matrimonio se explica, en gran medida, por el creciente éxodo definitivo de la población de este municipio, que describí en el capítulo I. Debemos tomar en cuenta que en la medida que la migración se ha incrementado, una parte importante de las parejas que se forman con originarios del municipio de Totatiche, legalizan su relación una vez que se encuentran viviendo en Estados Unidos. En otros casos, los nacidos en este municipio se vinculan con mexicanos de otros estados de la república o incluso con centroamericanos o personas de otras nacionalidades.

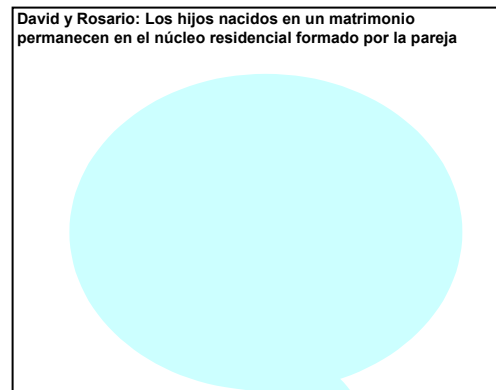
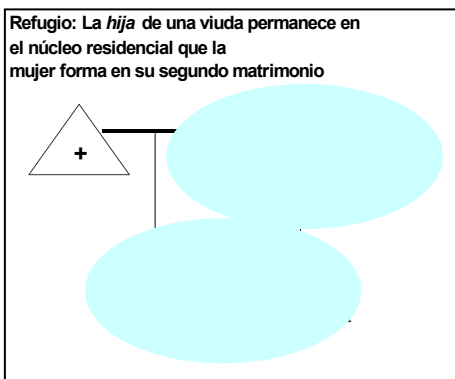
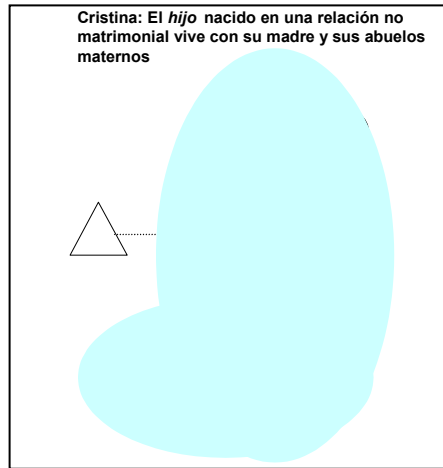
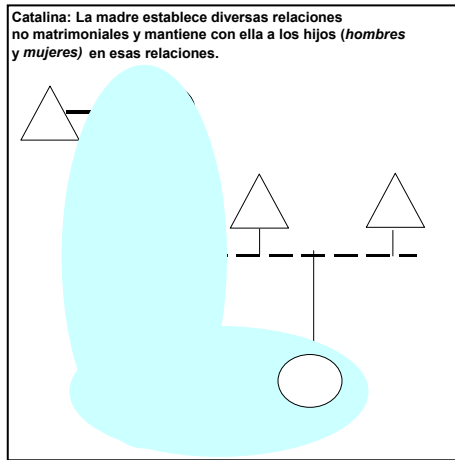
Por último, en la revisión de estas estadísticas matrimoniales y de procreación, debemos advertir también que, una parte importante de las relaciones y uniones que se llevan a cabo en Carrizales, como las que he descrito en este mismo capítulo, no son registradas en las estadísticas del registro civil ni de la parroquia, precisamente debido a su carácter casual y temporal. Debo también insistir, en que no obstante el carácter superficial de una parte de esas relaciones no matrimoniales y no monogámicas, una parte importante de los niños de Carrizales han nacido como resultado de estos encuentros: 10 de los 22 niños que tienen entre 5 y 14 años nació en este pueblo

en una relación casual o en la que el padre no mantuvo vínculos con la pareja ni con el hijo.

2.4 Hombres contra hombres: Las pautas del parentesco. {PRIVATE }

A lo largo de este capítulo he querido mostrar que en Carrizales existen diversos modos de establecer relaciones amorosas y conyugales, además de las que son formalizadas mediante el matrimonio civil o religioso. He señalado que la diversidad de los encuentros amorosos influye profundamente en la naturaleza de la vida familiar y en las relaciones de parentesco que se establecen en la localidad: La formación y la disolución precipitada de uniones extramatrimoniales es un factor fundamental para comprender las pautas del parentesco en la localidad, que no se refleja directamente en las estadísticas matrimoniales. Una parte de los nacimientos no planeados que se producen en relaciones fortuitas y fugaces, suelen desarrollarse con la ausencia del progenitor y la permanencia de la madre que se mantiene unida a su hijo y su familia de origen. Pero existen también casos en que la relación madre-hijo es subordinada a la relación amorosa (o a múltiples relaciones amorosas) que la madre establece después del nacimiento. En otros casos, los lazos de parentesco predominantes no se construyen entre los progenitores (hombres o mujeres) y los niños, sino entre, los niños y sus abuelos (generalmente maternos), quienes adoptan la tutela de sus nietos, mientras las mujeres que han procreado, establecen nuevas relaciones de pareja, ya sean matrimoniales o extramatrimoniales. De este modo, tenemos que además de la forma conocida como familia nuclear (formada por una pareja monogámica y sus hijos), en Carrizales se observa una gran variedad de formas de constituir una familia. Trataré de sintetizar las pautas de estos modos de hacer una familia, apoyándome en las composiciones de familias particulares que describí en los apartados anteriores de este mismo capítulo:

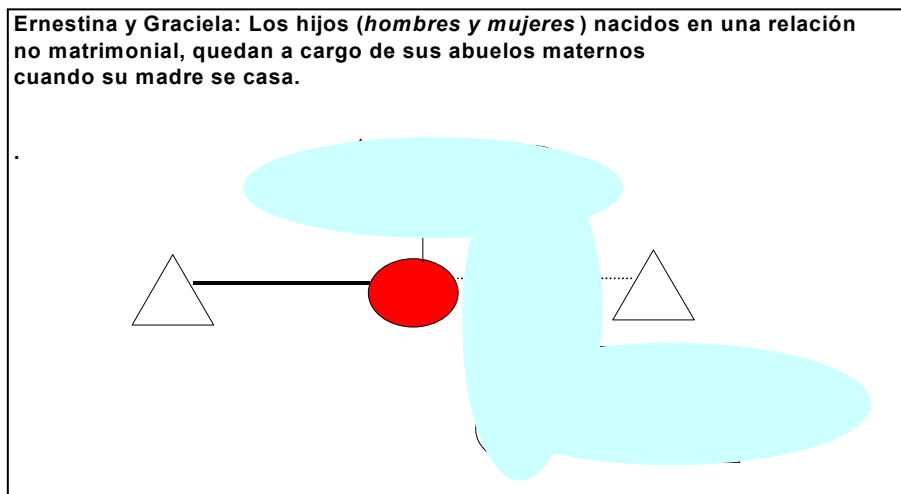
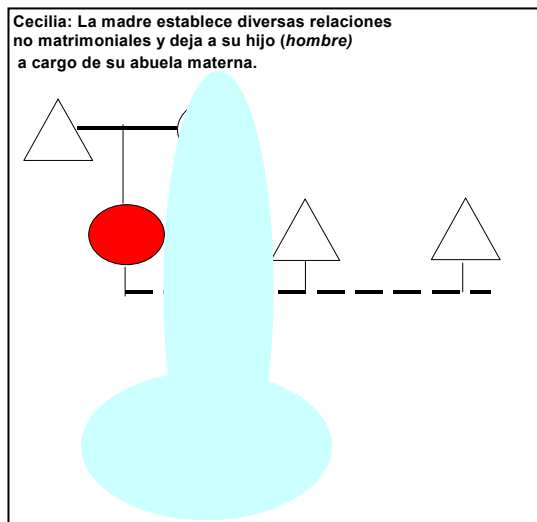
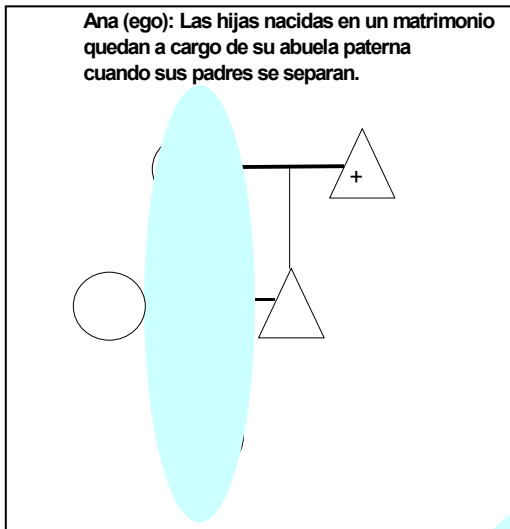
Genealogías 4, 5, 6 y 7: La madre se mantiene unida a los hijos procreados.



Estas genealogías corresponden a mujeres que involucradas en diferentes tipos de relaciones conyugales, se han mantenido vinculadas a sus hijos. En las familias formadas por Cristina y Catalina (arriba), mujeres solteras que tuvieron sus hijos en relaciones no matrimoniales, los abuelos maternos juegan un papel importante, pero secundario: Ellos acogen en su hogar a las mujeres con sus hijos, sin importar el tipo de lazo que estas mantienen con los papás de sus hijos (encuentros casuales o relaciones en que los hombres se mantienen vinculados a los niños), y sin importar tampoco que la misma mujer establezca sucesivas relaciones de pareja y tenga otros hijos. El papel de los abuelos maternos es, menos importante para las madres que están unidas en relaciones matrimoniales, pues en estos casos los hijos (Rosario y Refugio, abajo) permanecen integrados al núcleo residencial que las mujeres forman con sus esposos.

Tomando en cuenta la distinción entre estos dos tipos de familias, las matrimoniales que se constituyen en núcleos residenciales y las formadas por encuentros casuales, debemos notar destacar que Catalina y Cristina conservan a sus hijos en su núcleo residencial, aún cuando estos hayan nacido de relaciones no matrimoniales o de encuentros casuales. También debemos poner atención en la excepcional familia formada por Refugio, en donde la hija nacida en un primer matrimonio se mantiene integrada al núcleo residencial que la mujer forma con su esposo, al casarse por segunda vez.

Genealogías 1, 2 y 3: Los abuelos se hacen cargo de los nietos.



En estas genealogías sintetizamos las composiciones familiares donde los hijos crecen bajo la responsabilidad de los abuelos. Las mujeres de estas tres familias se separaron de sus hijos en situaciones muy diversas: La madre de Ana estaba casada cuando se separó de ella, su esposo y su hija menor; Cecilia se separó del hijo que tuvo en una relación no matrimonial y su niño creció bajo el cuidado de la abuela materna; Ernestina dejó a los cuatro hijos que tuvo en una relación libre de varios años cuando decidió casarse con una nueva pareja, y Graciela hizo lo mismo con los dos hijos que había tenido de relaciones ocasionales cuando un hombre del pueblo le propuso matrimonio. Por otro lado, la historia familiar de Ana sugiere que el nacimiento dentro de una relación matrimonial tampoco garantiza el vínculo de los padres con los hijos: Ramiro y Mariana dejaron a sus dos hijas luego de sus conflictos matrimoniales. Ahora bien, aún tomando en cuenta que la separación de los padres y los hijos ocurre tanto en relaciones matrimoniales como en las no matrimoniales, la característica común en estas composiciones familiares es el determinante papel que los abuelos (generalmente los maternos) desempeñan en el cuidado y desarrollo de los niños. En todas estas familias los padres y madres pudieron separarse de los hijos porque contaban con una estructura y lazos familiares sustitutos en su papel: Sus propios padres. En el caso de las mujeres que han sido madres en relaciones no matrimoniales, esta alternativa es determinante pues al asumir la responsabilidad del cuidado de los nietos, los abuelos hacen posible que las mujeres puedan establecer una nueva relación de pareja, casarse y tener más hijos en su nueva familia.

Resumiendo lo analizado hasta aquí, podemos decir que no hemos encontrado todavía ningún criterio uniforme que permita anticipar el tipo de relaciones que se establecerán entre padres e hijos, en función de un tipo de unión conyugal. Por el contrario, a través del elemento residencial y tomando como ego a la progenitora, observamos las contrastantes trayectorias que pueden seguir las relaciones entre los progenitores y sus descendientes: El nacimiento de un niño dentro de una relación matrimonial no garantiza que permanecerá vinculado a sus padres (Ana), pero tampoco el nacimiento a partir de una relación casual determina de antemano, que la relación de la madre con los hijos será fuerte (Cecilia) o si será subordinada a la cohabitación con una futura pareja (Graciela y Ernestina) o si, por el contrario, las relaciones entre madres e hijos serán predominantes sobre las relaciones conyugales (Catalina). De acuerdo con lo que he mostrado en estas

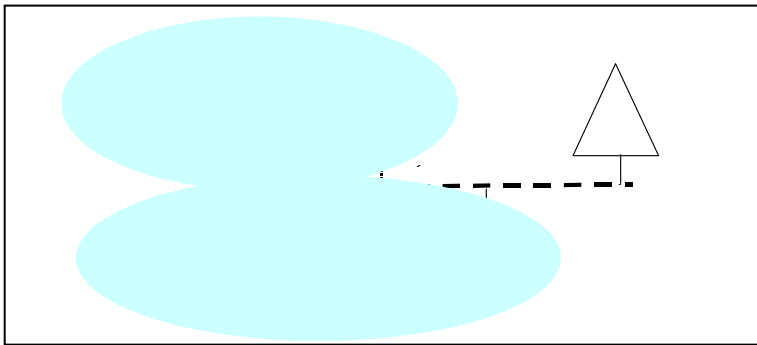
genealogías, observamos que la maternidad fuera (Graciela y Ernestina) o dentro del matrimonio (Refugio), no impide que una mujer establezca luego otras relaciones de pareja que se formalicen mediante el matrimonio. En este mismo sentido debemos observar, que la consolidación de los vínculos entre madres e hijos, no está tampoco predeterminada por el hecho de que los hijos sean procreados fuera o dentro del matrimonio. Podemos corroborar este punto poniendo atención en las genealogías de Catalina y Ernestina: Ambas corresponden a mujeres que tuvieron varios hijos fuera de una relación matrimonial. Pero se observa entre ellas una diferencia muy significativa: Catalina se mantuvo vinculada a cuatro de sus hijos (de cinco nacidos en cinco relaciones de pareja distintas), mientras que Ernestina se separó de los cuatro hijos nacidos en una misma relación extramatrimonial que mantuvo durante varios años, y dejó a sus hijos en casa de sus padres al casarse con una nueva pareja.

Pero a pesar de la diversidad de composiciones familiares analizadas aquí, debemos poner gran atención en una constante verificada en nuestras genealogías: Independientemente del tipo de relación en la que nacen los hijos (matrimonial o extramatrimonial) y de la diversidad de vínculos que se establece entre ellos y sus madres o sus abuelos (duraderos o transitorios), observamos que ninguna de las mujeres que han procreado fuera del matrimonio integra a los hijos nacidos fuera de relaciones matrimoniales en una nueva relación conyugal o matrimonial. El caso contrario lo verificamos en la familia formada por Refugio e Ignacio, donde una hija nacida en una primera relación matrimonial, la de Refugio, es integrada a la nueva unidad residencial que forma su madre, en su segundo matrimonio. Esta es la única familia en Carrizales, en la que hijos (una mujer) nacidos en una primera relación de pareja (matrimonial en el caso de Refugio) conservan el vínculo con su madre y son integrados a la nueva familia formada por ella y su segundo cónyuge. En contraste, insisto, debemos notar en el conjunto de genealogías presentadas que, ningún niño (hombre) nacido en la primera relación de una mujer, es incorporada al nuevo núcleo familiar que forma cuando se casa o se une a otro hombre (Ernestina, Graciela, Cecilia).

A pesar de la aparente anarquía que predomina en las relaciones sociosexuales, la formación de núcleos habitacionales, las relaciones de parentesco y la residencia en Carrizales están estructuradas en torno a un principio residencial básico, que podemos

extraer de los tipos de uniones, vínculos con hijos y formas residenciales que hemos observado: Los hombres, progenitores potenciales, NO cohabitan con los hijos (hombres) concebidos en las relaciones, previamente establecidas por las mujeres, con OTROS hombres; si bien, en cambio, pueden compartir residencia y asumir funciones de proveedor con una mujer que tiene hijas (mujeres) producto de una unión previa. En la diversidad de formas observadas en Carrizales como hombres y mujeres se relacionan entre ellos, con sus hijos, y estos con sus abuelos, existe una unidad residencial que NO se observa en ninguna de las familias de Carrizales: La formada por un hombre que integre a su familia a un niño (hombre) nacido en una relación previa. Este modelo, es ilustrado en la gráfica siguiente:

Unidad residencial NO formada por ninguna familia local: Los niños nacidos en relaciones previas, son incorporados a la nueva unidad residencial formada por su madre y un segundo cónyuge.



Sugiero que la unidad residencial no desarrollada por ninguna de las familias de Carrizales, representada en la gráfica anterior, es el aspecto clave para entender las relaciones de parentesco en la localidad: Las mujeres que hayan tenido hijos (hombres, ya sea dentro o fuera de una relación matrimonial) deberán separarse de ellos y dejarlos a cargo de sus abuelas en el momento en que decidan establecer una nueva relación de pareja. Como hemos visto antes, a diferencia de lo que ocurre con los hijos, las hijas de mujeres que se involucran en segundas nupcias (Refugio), sí son incorporadas a la nueva unidad familiar. De este modo, podemos sugerir lo que parece constituirse como la principal pauta a partir del cuál se determina la coresidencia y la sucesiva recomposición de núcleos familiares: Los hombres progenitores potenciales no se hacen cargo de hombres que han sido procreados por otros.

Si consideramos la posibilidad de que este sea el modelo de parentesco subyacente en la localidad, debemos poner en cuestión las maneras como las mujeres de mayor edad, se convierten en las estructuradoras de los núcleos familiares donde los hijos son abandonados. No podemos suponer que este papel se basa en una extensión, reproducción o reforzamiento de un “papel materno” o “femenino” previamente internalizado por las mujeres que ya han sido madres. Pues, no necesariamente, estos núcleos son constituidos a partir del deseo o la demanda de la abuela de incorporar a su núcleo familiar a la descendencia de sus hijas y de dar continuidad a una línea materna. No es una necesidad o una demanda de la abuela la que determina la integración de los hijos procreados por sus hijas a su unidad residencial. Los núcleos habitacionales constituidos de esta manera sugieren, por el contrario, que el factor que determina el destino de la descendencia previamente engendrada por las mujeres es la **exclusión de los hombres, determinada por los hombres, potenciales progenitores, que están dispuestos a formar un núcleo familiar con mujeres que han tenido hijos o uniones previas, pero no están dispuestos, en cambio, a asumir las responsabilidades de proveedor para un hombre que no fue procreado por ellos.** Dicho de otra manera, si un hombre pretende unirse a una mujer, que todavía es potencialmente procreadora, la unión de la nueva pareja exige la separación de la mujer, de los niños concebidos en su relación con otros hombres. . La exclusión de hombres procreados en uniones anteriores, nos permite también comprender las pautas de las relaciones sociosexuales que predominan en la localidad, a simple vista caóticas y azarosas: Las uniones conyugales no se propician ni se inhiben principalmente en función de la valoración de la virginidad femenina, esto es, a partir de la idealización del honor o la virtud femenina asociada a un concepto de “pureza” equivalente de castidad, como sugieren estudios muy conocidos en la antropología (Pitt-Rivers, 1979; Peristiany, 1968) que han sido aplicados en varios contextos rurales mexicanos (De León, 1998; Ramírez, 2002). Tampoco cuenta como criterio principal para casarse, que una mujer haya concebido antes o fuera de una relación matrimonial. En esta sociedad, el criterio que predomina en la organización residencial y que da sentido también a la diversa, (y aparentemente imprevisible) manera como las mujeres se relacionan con sus hijos, es la exclusión de ciertos hombres de las nuevas unidades residenciales: los procreados por hombres distintos al que emprende una nueva relación conyugal. Si bien las hijas pueden permanecer a su lado, una mujer apta para la reproducción con intenciones de vincularse y de

cohabitar con otro hombre, necesariamente tendrá que separarse de los hijos concebidos en relaciones previas. Son estos niños los que quedarán a cargo de sus abuelos. Por el contrario, las mujeres que han resultado embarazadas en relaciones sexuales ocasionales y que no dan prioridad a las relaciones de pareja sino a los vínculos existentes con los niños que han procreado, no forman unidades residenciales a partir de la relación con las parejas. De esta manera, como hemos visto algunas mujeres (Catalina) se mantienen vinculadas a los niños sin importar la diversidad de relaciones conyugales y progenitores, ni el número, el sexo o la edad de los hijos engendrados en esas diversas relaciones. En la formación de este otro tipo de núcleos familiares, las mujeres en consecuencia, no establecen relaciones de pareja duraderas ni de cohabitación con sus parejas.

Mediante la pauta antes sugerida, pueden explicarse las paradojas señaladas en las maneras como se relacionan los hombres y mujeres de esta localidad, así como también, las posibilidades o limitaciones para establecer relaciones de maternidad o paternidad y el funcionamiento del conjunto de relaciones de parentesco. El modelo de hombres que excluyen a ciertos hombres de su unidad familiar, está estrechamente relacionado con las funciones de proveedor que se asigna a los hombres en las familias y en las relaciones de pareja, que observé durante el trabajo de campo y que está presente también en las narrativas de hombres y mujeres. Ya que en la localidad se pone un gran énfasis en que la función principal de un hombre en la familia es “mantenerla” (proveerla de dinero y comida necesaria para su vida cotidiana), que las mujeres se consideran encargadas de otro tipo de tareas en la vida social y familiar, y que, ambos tipos de tareas se representan en términos de reciprocidad y complementariedad, se explica que un hombre esté dispuesto a mantener a las hijas de una mujer, pues estas mujeres a su vez pueden desempeñar funciones complementarias a las que el jefe de familia realice. Un hombre puede hacerse cargo de un núcleo formado por varias mujeres, pero por el contrario no estará dispuesto a desempeñar para otro hombre (aún pequeño o recién nacido), el papel de proveedor que un tercer hombre debió haber asumido. Así se explican las uniones formalizadas en matrimonio, donde las mujeres tienen hijos de relaciones previas, pero se separan de ellos para vivir con su esposo (Ernestina, Graciela) y se explica también la situación de mujeres que tuvieron

hijos con diversos hombres (Catalina) pero no una relación matrimonial o de residencia fija con alguna de sus parejas.

Para seguir ensayando explicaciones a partir de este modelo, podemos decir que los hombres tienen menos variaciones en sus formas de establecer núcleos familiares: Se involucran y cohabitan con mujeres sin hijos, o bien, cuando los tienen, pero hay condiciones para excluir a los otros hombres dependientes de ella (los hijos nacidos en relaciones anteriores). Las mujeres en cambio, una vez que han procreado, pueden optar por diversas alternativas para formar su familia: i) Pueden sumarse al núcleo familiar del que proceden, esto es, integrar a su hijo a la unidad residencial formada con sus padres ii) O vivir únicamente con los hijos ya procreados (y en algunos casos seguir sumando más relaciones casuales, así como niños y niñas a su grupo familiar); iii) O bien, pueden también dejar a sus hijos pequeños a cargo de su propia madre ya sea por necesidades laborales o para establecer nuevas relaciones de pareja. Cuando se desarrolla esta última opción, las abuelas que, aún inconformes o en abierto desacuerdo con las determinaciones de sus hijas (como doña Lola), asumen el cuidado de sus nietos, contarán a la larga o en etapas posteriores, con la fuerza de trabajo y los bienes materiales que, en reciprocidad, sus nietos les ofrecen en etapas posteriores de la vida (como ocurrió en la propia situación de Ana y su hermana, descrita al principio de este capítulo). Finalmente, incluyendo también otras composiciones familiares que no están ilustradas en las genealogías anteriores, podemos sintetizar los tipos de uniones y las posibles formas de involucrarse con los hijos en Carrizales, de la siguiente manera:

Cuadro 5. Tipos de uniones registradas en la localidad

Estado civil de los cónyuges, involucrados en una nueva unión.	Cambios en unidades residenciales, necesarios para formar la nueva unión.	Formas de nacimiento, tipos de uniones y de relaciones de parentesco.
Hombre soltero – mujer soltera	Hombre y mujer se separan de sus familias de origen y forman una nueva unidad residencial.	Procreación en el matrimonio o en unión libre.
Hombre casado – mujer soltera	El hombre se mantiene unido a su relación matrimonial y a los hijos nacidos en ella.	Nacimiento de hijos no planeados. Algunos hombres mantienen vínculos con su segunda pareja y los hijos procreados con ella, pero también hay quienes no.
Hombre soltero con hijos nacidos en una relación anterior – Mujer soltera con hijos nacidos en una relación anterior.	Ambos se desligan de los hijos nacidos antes y de sus familias de origen.	Nacimiento de nuevos hijos, ya sea a través de una relación matrimonial o en la nueva unión libre.
Hombre soltero sin hijos- mujer soltera con hijos	Separación de la madre de los hijos concebidos en uniones previas.	Los hijos son integrados a la unidad residencial formada por sus abuelos maternos. La nueva pareja integra a su unidad residencial a los hijos procreados por ellos.
Hombre soltero - mujer viuda con hijas	Casamiento Casamiento	Las hijas son integradas a la nueva unidad residencial formada por su madre y su segundo cónyuge. La pareja procrea más hijos que quedan integrados a la misma unidad residencial.

2.5 Conclusión

En la búsqueda del modelo de parentesco en la localidad, encontramos que el curso de las relaciones sociosexuales tienen un papel decisivo. Observamos que, del mismo modo que la existencia de familias nucleares monogámicas y matrimoniales, las relaciones amorosas múltiples, informales, discontinuas, fortuitas, extramatrimoniales y los nacimientos no planeados que resultan de este tipo de encuentros, son también elementos constitutivos del parentesco en la localidad. Este segundo tipo de relaciones amorosas, influye de manera visible en una parte importante de los arreglos domésticos, los cambios en las composiciones familiares y en los núcleos residenciales, así como en la reconfiguración de los distintos roles que se juegan al interior de cada familia. Hemos observado también, que aún con una mayor estabilidad y continuidad que los encuentros amorosos fortuitos, las relaciones matrimoniales tampoco constituyen una garantía de la construcción de vínculos sólidos y duraderos de los padres con los hijos. En estos casos, la presencia y disposición de los abuelos para hacerse responsables del cuidado y socialización de los niños, es una pieza clave. Esta constituye también la principal relación más importante para los niños del pueblo que han nacido en relaciones amorosas precarias o en matrimonios en descomposición.

Determinar si la discontinuidad de la relación de estos padres con sus hijos y la disolución, de las relaciones conyugales se acentúan en función de la migración, requiere un mayor número de estudios y una comparación sistemática entre las estructuras de familia y parentesco de localidades mexicanas que, del mismo modo que Carrizales y otras poblaciones de Totatiche, están intensamente involucradas en circuitos de migración transnacional.

Capítulo 3. *Rehiletas, pelados*: Eventos performativos, matrimonio y familia.

3.1 Expectativas maritales

Luego de casi un año sin ver a su hijo Roberto, la mirada de doña Lola se iluminó al verlo llegar a su casa, junto con uno de sus hermanos y una hermana; cada quien llevando también a sus cónyuges e hijos. Doña Lola había pasado dos días trabajando en un guisado que suele preparar para los días de fiesta (mole de semillas de calabaza cosechada de su propia huerta) mientras compartía conmigo la esperanza de que varios de sus hijos pudieran ir a Carrizales durante el “puente” (días de asueto) del 16 de septiembre. La cotidianidad doméstica fue totalmente transformada por los tintes de fiesta que se vivieron en la casa de doña Lola desde la víspera de los días de asueto; su entusiasmo por la expectativa de ver a sus familiares era contagioso. Y efectivamente, ese fin de semana, su meticuloso trabajo en la cocina pareció recibir una compensación especial cuando, entre los visitantes vio llegar a su hijo Roberto, quien luego de varios meses de trabajo en Estados Unidos, llegó sin avisar al pueblo donde vive doña Lola. Roberto, de casi 30 años de edad, trabaja la mitad del año como albañil para una compañía que construye albercas en Nueva York. La otra mitad del año el hombre vive en Guadalajara, con Nadia y las tres hijas que tiene con ella.

Apenas unos minutos después de haber llegado, la familia de doña Lola fue agasajada con mole verde, pollo y arroz, acompañados por tortilla de comal recién hechas. Durante varios turnos, doña Lola trató de atender a los hijos, las hijas y los nietos, mientras las dos nueras que fueron acompañando a sus esposos trataban de colaborar en el trabajo de la cocina. Al terminar las diversas rondas de comida, incluida la última que abarcó a las nueras y a doña Lola, los hijos (hombres y mujeres) se quedaron platicando con su madre en la cocina, mientras una de las nueras, nacida en Carrizales, fue a la casa de sus padres y la esposa de Roberto salió a caminar por el rancho. La naturaleza diversa y ambivalente de los discursos femeninos acerca de la vida marital emergió en esa ocasión de reencuentros y fiesta familiar, cuando también conocí a Nadia, esposa de Roberto. Al salir de la casa la mujer me dijo en tono de aburrimiento que prefería dejar que su esposo y sus cuñados tuvieran un tiempo para platicar a solas con doña Lola, después de tanto tiempo sin verse. Y dijo también que no quería pasar la tarde hablando de las borracheras de los amigos de su

esposo y su cuñado. La plática que Roberto había iniciado con sus hermanos y que a ellos podía parecerles “chistosa” según dijo Nadia, para ella era desagradable porque el mismo Roberto había estado tomando los últimos tres días, desde que había llegado de Nueva York y ahora estaba tratando de convencer a su hermano menor de que tomara unas cervezas con él a pesar de que, según Nadia, Roberto sabía bien que eso iba a causar problemas entre su hermano y su propia esposa.

En la caminata por el pueblo, al tratar de conocer más detalles sobre la vida y el trabajo de Roberto en Estados Unidos, Nadia respondió con una narrativa bastante fluida y extensa acerca de su historia matrimonial. La mujer dijo haberse “juntado” (unión libre) con Roberto sin un noviazgo previo y sin permiso de sus padres. Según dijo, el muchacho había ido a vivir al pueblo de Nayarit donde Nadia nació y donde el esposo de doña Lola había ido a trabajar temporalmente. Nadia conoció a Roberto en la escuela donde ambos estudiaban la preparatoria abierta. Cuando la temporada de trabajo del padre de Roberto terminó en Nayarit, el muchacho le propuso a Nadia que se fuera a vivir con él y ella aceptó, según dice, “sin pensarlo” porque aunque Roberto no era su novio, era su amigo y recuerda que se divertía y pasaba buenos ratos cuando salían con otros compañeros o se reunían para hacer trabajos escolares. Entonces llegaron a vivir a la casa de doña Lola y su esposo en Carrizales. Nadia dijo que sus suegros la aceptaron sin objeciones en su casa y que, en ese sentido “no podía quejarse” de sus parientes políticos; pero también recordó que poco después de recibirla, doña Lola tuvo una larga plática con ella acerca de “el carácter de Roberto: igualito al de su padre”. Caracterizando a su esposo y su hijo principalmente por borracheras que podían ir acompañadas de enojos, peleas y golpes, Nadia dice que su suegra insistió en que “tenía que pensar bien” si estaba dispuesta a quedarse con su hijo y “aguantarle el mal carácter”. Le advirtió que no debía de esperar que ella interviniera en sus problemas maritales, tratando de controlar “el carácter” o cambiando las costumbres de su hijo Roberto.

Mientras me contaba su historia marital, Nadia parecía comprender o darle un nuevo sentido a las palabras de su suegra, con la perspectiva que su propia experiencia ahora le daba. Luego de diez años viviendo con Roberto y ya teniendo con él tres hijas, menores a los seis años, la revisión de su vida en pareja no dio lugar a un discurso unívoco ni uniforme: los buenos y los malos desempeños de Roberto aparecieron de manera

fragmentada, discontinua y entrelazada en el transcurso de la narrativa; fragmentos de experiencias pasadas se traslaparon constantemente con las descripciones de su situación actual con su cónyuge, sin ajustarse en modo alguno a una secuencia temporal ordenada. Como resultado de estos manejos libres del contenido y la temporalidad de la narrativa, el desempeño de Roberto como esposo y la relación marital que tiene con Nadia, difícilmente podrían evaluarse de manera tajante como positivos o negativos. Por un lado, Nadia decía insistentemente que Roberto era un “buen padre”: que cuidaba y quería a sus hijas. Otro aspecto que Nadia señaló con gran énfasis es que ella misma administra todo el dinero que Roberto gana, ya sea en México o en Estados Unidos, y dijo que su esposo había insistido también en que su cuenta del banco y el terreno donde han empezado a construir su casa estuvieran a nombre de Nadia, lo que implícitamente parecía ser también una evidencia de la responsabilidad y el compromiso de Roberto con su pareja. Así, la relación cariñosa con los hijos y la posibilidad de Nadia de controlar el dinero ganado por su esposo, fueron destacadas por la mujer como aspectos positivos del papel del hombre en la familia, y en consecuencia también, como aspectos positivos de su matrimonio. Sin embargo, luego de haber descrito los lados buenos de su vida marital, Nadia me contó también con una visible pesadumbre los pleitos que durante un tiempo tuvo con Roberto, durante una época en que se emborrachaba frecuentemente. Según me explico, los pleitos causados por las borracheras de Roberto terminaron cuando, siguiendo los consejos de una hermana suya que trabajaba en el ministerio público, le advirtió a Roberto que iba a “ponerle una demanda por maltrato”. Nadia dijo también que durante los meses que su esposo se va a trabajar a Nueva York, le habla por teléfono todos los días, para preguntarle “lo que hace” y “si lo sigue queriendo”, lo que para ella es una muestra de la “falta de confianza” y dudas permanentes de Roberto acerca de la fidelidad de su esposa. Nadia decía estar cansada de los interrogatorios celosos de su cónyuge y lamentó no haber estudiado una carrera profesional que le permitiera tener otras actividades fuera de su casa, pero dijo que ahora cuando ya tiene tres hijas con Roberto no es momento para “arrepentirse” o hacer nuevos planes. Sin embargo, sorprendentemente, en medio de estas confesiones y reflexiones de pesadumbre, la mujer me contó también con una gran emoción un pleito muy fuerte que tuvo con Roberto antes de que nacieran sus hijas. Nadia dice que se enojó tanto con su esposo en esa ocasión, que decidió regresarse con sus padres. Pero ese mismo día en la

noche, el muchacho fue a buscarla a Nayarit, pidiéndole que lo perdonara y que regresara a vivir con él, lo que en la plática conmigo Nadia señaló como una muestra del “amor” que ellos “siempre se han tenido”.

Vemos así que el discurso de Nadia incluye lo que podemos considerar evaluaciones positivas acerca del comportamiento de su esposo que están entremezcladas con la descripción de experiencias y formas de relacionarse en la pareja que podemos calificar como negativas o indeseables. Por un lado el cariño, el cuidado y la generosidad económica del hombre, tanto como una historia romántica donde las separaciones de la pareja se reparan por la intervención de Roberto, son explícitamente señalados por Nadia como los aspectos que aprecia de su vida marital. Sin embargo, la misma narrativa refiere también al “mal carácter” de Roberto: las borracheras, pleitos, desconfianza y celos, por los que Nadia afirmaba que “si hubiera sabido lo que le esperaba viviendo con Roberto, no se hubiera ido de su casa”. El contenido de esta narrativa es ambivalente: no hay una visión idílica de la relación marital, pero tampoco una versión unívoca de la misma como una experiencia indeseable o definitivamente insatisfactoria. Más bien ambos aspectos son referidos de manera parcial y arbitraria a lo largo de todo el discurso, quedando así entrelazados en una extensa y complicada narrativa que, en la ocasión del reencuentro de Nadia con su suegra y su familia política, resulta tan emotiva como desordenada y libre.

Las tensiones observadas en la narrativa de Nadia no son, de ningún modo, excepcionales en el conjunto de discursos matrimoniales registrados en la localidad. Más aún, como explico en el siguiente apartado, determinados hablantes pueden incluso elaborar versiones contrapuestas o visiblemente antagónicas acerca de las relaciones matrimoniales y familiares en diferentes ocasiones y narrativas. Las ambigüedades y contradicciones que pueden estar presentes en los discursos de cualquier hablante se deben, en parte, a la estrecha interrelación que existe entre las diversas narrativas y las formas específicas de interacción social en cuyo marco tales narrativas son elaboradas: lo que se dice (texto, *narrativas* de diversos géneros: autobiografías, chismes) está estrechamente relacionado con las identidades de los participantes en el *evento* de habla, las *relaciones sociales* que existen entre los mismos y los objetivos de cada uno durante la interacción comunicativa (Bauman, 1975, 1989; ver más adelante esquema analítico). El contenido de conversaciones de distinta índole, el vocabulario utilizado en ellas, la entonación de la voz y otros

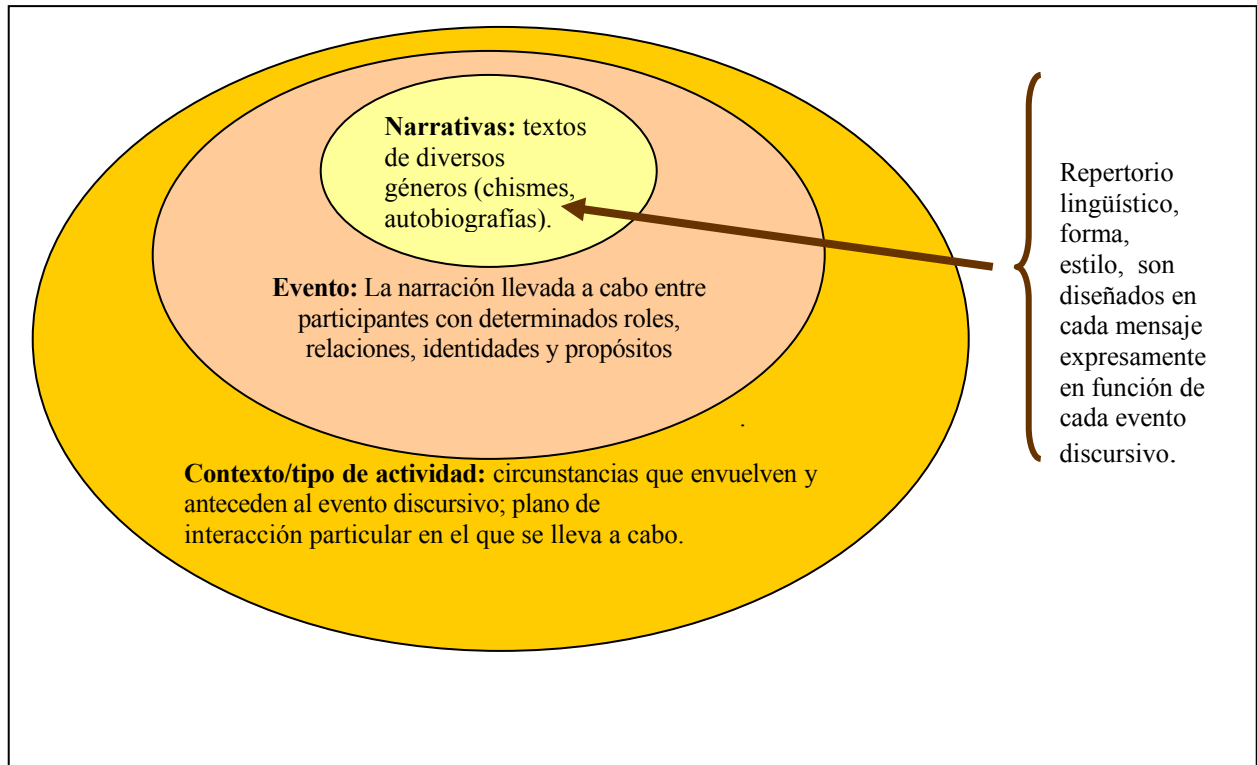
elementos que contribuyen a darle una forma particular al mensaje (Bauman, 1975; Bajtín, 1952) son definidos en función de las características de cada evento de habla en particular y de las intenciones comunicativas de los hablantes. Así, el discurso de Nadia sobre su vida marital surge en el marco de determinadas relaciones sociales previamente existentes (la de ella con su esposo y su parentela política, la de su suegra conmigo) que pueden ser afectadas, reconstruidas o reconfiguradas mediante la participación en la narrativa misma. Por ejemplo: La narrativa de Nadia donde ninguno de sus parientes políticos participó, podría haber tenido otras consecuencias si la narradora, en lugar de buscar la privacidad, fuera de la casa, para compartir sólo conmigo sus reflexiones matrimoniales recreando las advertencias de doña Lola, hubiera decidido hacerlo durante la comida, con toda la familia reunida dirigiéndose a su suegra o si Nadia hubiera gritado o expresado en voz alta las inconformidades relacionadas con su esposo, insultándolo abiertamente frente al resto de su familia y sus hijas, lo que, además de convertirse en un pleito con Roberto, posiblemente hubiera generado reacciones de sus hermanos y la misma doña Lola, convirtiendo así la fiesta familiar en una ocasión para mostrar los problemas existentes en la pareja y, de algún modo también, en una ocasión para buscar que los parientes políticos tomaran una posición a favor o en contra de alguno de los cónyuges. La narrativa marital, inofensiva como parte de una conversación privada, podría haber adquirido un carácter de confrontación y conflicto de haber sido enunciada frente a otros interlocutores y de haber sido expresada con los medios adecuados para convertirla en un mensaje que lograra comunicar estos propósitos de la narradora. Considerando este caso hipotético, podemos entender la intrínseca relación que existe entre la narrativa y el evento en un doble sentido: Las narrativas son elaboradas expresa y necesariamente en el marco de determinadas relaciones sociales existentes entre los participantes (quienes ponen en juego sus identidades y propósitos) en el evento; al mismo tiempo que a través de la enunciación de la propia narrativa, los hablante poseen la capacidad de construir o transformar la naturaleza de las relaciones que tienen con sus interlocutores (Bauman, 1975). La dimensión de este potencial para la construcción y transformación de relaciones sociales latente en el lenguaje y el papel que la poética (forma dada al mensaje) desempeña en dicho potencial puede advertirse también si imaginamos las posibles consecuencias que tendría la misma narrativa de Nadia si en lugar de haberse desarrollado en el contexto y las circunstancias

particulares que he descrito, formara parte de una denuncia sobre violencia familiar (como la que Nadia advirtió a su esposo podría elaborar luego de un causado por una borrachera). Las posibles repercusiones del discurso de una mujer enojada o doliente que se queja de las borracheras, los celos y la desconfianza de su esposo, declarados en una agencia del ministerio público, son de una naturaleza evidentemente distinta a los propósitos que dan lugar y a las consecuencias que puede acarrear una conversación desarrollada de forma más bien tímida, discreta y amistosa. Pero el discurso matrimonial que he reseñado no tuvo consecuencias dramáticas para la familia en esa ocasión porque las reflexiones de Nadia sobre la relación con su esposo no fueron enunciadas sino en las circunstancias particulares que ya he descrito. Y si bien la narrativa no tuvo consecuencias sociales de otra índole, lo que Nadia sí consiguió a través de nuestra conversación privada fue configurarse una cierta identidad frente a una mujer desconocida (y su única oyente), construyendo así algo semejante a una relación de amistad en la que pudo apoyarse durante los días de visita en casa de su suegra.

A través de estos ejemplos, nos hemos ido aproximando a varios principios teórico-metodológicos a partir de los cuales analizo las narrativas contenidas en los capítulos 3, 4 y 5. En virtud de la relación que existe entre los textos, las relaciones sociales y los sucesos que enmarcan su elaboración (síntesis en el siguiente esquema) quiero poner énfasis en la necesidad de problematizar el contenido y análisis de los discursos sobre matrimonio y familia registrados durante el trabajo de campo. Si las narrativas son elaboradas en función de condiciones y de interlocutores particulares que responden a intenciones específicas, no debería sorprendernos que el contenido de estos discursos pueda ser cambiante o flexible a las necesidades y objetivos específicos del narrador, en diferentes contextos de interacción; ni tampoco debería parecer extraño que las perspectivas de un hablante se modifiquen y contrapongan incluso en una misma narrativa pues a través de su discurso el hablante pone en juego la presentación de su persona y la complejidad de una red de relaciones sociales en las que se halla involucrado; de modo tal que, el contenido de una narrativa puede presentar matices o ambigüedades, dependiendo por ejemplo, de la identidad que el hablante busca construirse con sus interlocutores. La funcionalidad de estas narrativas no depende pues de la congruencia o uniformidad de su contenido, sino de las circunstancias sociales en las que surgen y de los propósitos particulares que, en diferentes contextos, inspiran a los narradores.

Nadia no se esforzó para elaborar una imagen uniforme de maltrato y conflicto en su relación marital -como seguramente podría haber intentado en una declaración oficial contra su esposo- debido a las condiciones en las que nos relacionamos y a las identidades de ambas en este contexto. Al mismo tiempo que buscaba un acercamiento a una persona desconocida, sabía bien que yo vivía en esa casa por mi relación con doña Lola. Al presentar una imagen absolutamente negativa de su esposo, podría haberse arriesgado también a que esta imagen fuera difundida a través de mí, ocasionando así problemas con su suegra y su esposo. Así, como explico también en el siguiente apartado, los discursos familiares y matrimoniales pueden ser contrapuestos, ambiguos e incluso contradictorios, en función de los contextos particulares en que son enunciados y en virtud de su uso estratégico y circunstancial. El conocimiento del contexto en que se desarrolla cada discurso, destaca así como un elemento indispensable para la comprensión plena de su origen y de sus posibles implicaciones.

Interrelación entre narrativas, eventos discursivos y contextos sociales.



Esquema analítico elaborado a partir de Bauman (1975, 1986), Levinson (1979) y Bajtín (1952).

La ubicación de los discursos en el contexto social de su enunciación, es un elemento de gran importancia en el estudio pragmático del lenguaje. En un ensayo clásico sobre las

funciones pragmáticas del lenguaje Malinowski (1938) refiere a ciertas dificultades para traducir adecuadamente el vocabulario de sociedades polinesias. La traducción literal castellana de expresiones como “En el lugar”, “detrás- madera” o “el brazo de mar de ellos” usuales durante una incursión comercial marítima, parecen una mezcla de palabras desprovista de significado si carecemos de referentes sobre la cultura nativa y si el lector no tiene información sobre la *situación* en que estas palabras fueron enunciadas. Para darle un contenido aproximadamente fiel a los términos nativos, explica Malinowski, se requiere por lo menos saber que estas palabras tienen un valor ceremonial y que forman parte de cantos trobriandeses que caracterizan una competencia entre varias embarcaciones. Su comprensión plena para un extranjero requiere adentrarse en lo que el autor llama *contexto de situación*: “Una enunciación proferida en la vida real, nunca está separada de la situación en que ha sido emitida. Pues cada enunciación verbal que hace un ser humano tiene la finalidad y función de expresar algún pensamiento o sentimiento efectivo en ese momento y en esa situación, y que por una razón u otra es necesario hacer conocer a otra persona –para servir a las finalidades de la acción común o para establecer vínculos de comunidad puramente social, o si no para librar al hablante de sentimientos o pasiones violentos. Sin algún estímulo imperativo del momento no habría ninguna enunciación hablada. En cada caso, entonces, la expresión y la situación están enlazadas en forma inextricable una con otra, y el contexto de situación resulta indispensable para la comprensión de las palabras. Así como en la realidad de las lenguas habladas o escritas, una palabra sin *contexto lingüístico* es una mera ficción y no representa nada por sí misma, también en la realidad de una lengua hablada viviente, la expresión no tiene significado, excepto en el *contexto de situación*.” (Págs.:321-22; cursivas en el original). Siguiendo a Malinowski, del mismo modo como en su ejemplo sobre los problemas para la traducción de palabras polinesias, la frase de Nadia “si hubiera sabido lo que me esperaba, no me hubiera ido de mi casa” adquiere un sentido pleno para el lector en la medida en que soy capaz de introducirlo al contexto social en que fue enunciada y en que puedo describir las identidades sociales de los interlocutores que participaron en estos actos de habla, los propósitos e intereses de los mismos.

Con el ejemplo del vocabulario empleado por los trobriandeses al competir navegando en sus canoas, Malinowski pone de manifiesto la naturaleza contextual del

habla y señala la necesidad de darle contenido social al lenguaje (y a los discursos) introduciéndonos así a otro supuesto de trabajo importante para la pragmática que he querido mostrar a través de los ejemplos hipotéticos sobre los otros posibles usos de la narrativa de Nadia: “Para comprender un lenguaje (...) se requiere conocer la naturaleza de la actividad en que los enunciados desempeñan un papel” (Wittgenstein, citado en Levinson, 1979). El lenguaje es elaborado expresamente a la medida o en función de actividades humanas particulares (que Levinson denomina “tipos de actividad”; Levinson, op.cit.): Rezar, bromear o representar una obra de teatro son eventos sociales distintos; definidos por ciertas normas, expectativas y convenciones culturales. La realización feliz del evento en distintas esferas sociales requiere, además del manejo de un repertorio lingüístico (Gumperz, citado en Duranti pag. 10) del conocimiento y manejo de las convenciones y normas de interacción en las que el acto de habla se desarrolla (Austin, 1960) es decir, se requiere de un cierto conocimiento para funcionar como miembro de un determinado grupo social, lo que Hymes define como *competencias comunicativas* (Hymes, citado en Duranti, 2000). El conjunto de estas habilidades comunicativas entra en juego en la realización del *performance*; esto es, en aquellos modos de habla en que el *performer* asume la responsabilidad del relato, que está sujeto a la evaluación de los oyentes (Bauman, 1992).

3.2 Migración y matrimonio.

Como parte de una gran diversidad de narrativas que doña Lola acostumbraba compartir conmigo mientras descansaba de los quehaceres en la casa, la mujer me había hablado ya de la relación entre su hijo Roberto y Nadia, antes de la reunión familiar del 16 de septiembre. La versión que doña Lola me había dado sobre el inicio de esta relación marital es bastante similar a la que Nadia elaboró durante los días festivos. Sin embargo, en lo que concierne a la perspectiva de doña Lola debemos notar la flexibilidad de los parámetros o criterios que, además de la narrativa relacionada con la vida marital de su hijo Roberto, utiliza también en otras circunstancias para evaluar las relaciones matrimoniales. En el conjunto de discursos elaborados por doña Lola acerca del matrimonio y la vida en pareja,

encontramos normas, expectativas e ideales que no se aplican con rigurosidad, ni de forma esquemática o previsible.

Acerca de Nadia, doña Lola me contó que la muchacha se había escapado; había dejado a sus padres sin avisarles ni pedirles permiso, de modo que ella y su esposo tenían la “obligación” de recibirla en su casa y en su familia luego de que Roberto la había escogido como “su mujer”. Cuando la pareja fue a vivir a Carrizales, doña Lola dice haber recibido “quejas” constantes de Nadia por los celos y las borracheras de Roberto, por lo que tuvo que “platicar” con su nuera. Doña Lola me dijo que por su propia experiencia en su matrimonio sabía que “los hombres no cambian por ninguna mujer”, ni tampoco al casarse y que ella tenía la “obligación” de decirle a Nadia los defectos de su hijo; advertirle lo que iba a “tener que aguantar” durante su vida marital. Doña Lola dice haberle hablado a la muchacha “con la verdad” y haberle sugerido también que como todavía no tenían hijos, estaba a tiempo de regresarse con su familia. La mamá de Roberto dijo que si a pesar de sus advertencias, Nadia decidió quedarse con su hijo no tiene derecho a quejarse porque “nadie la engañó”. Doña Lola dijo que ella no quería enterarse de los problemas de Roberto con Nadia, ni tampoco de ninguno de sus hijos. Dijo que las mujeres, como Nadia, cuando “van al matrimonio sabiendo a lo que van” no tienen otra salida más que “aguantar” al esposo.

En otras de estas conversaciones que teníamos a solas, doña Lola me contó también que ella misma “no sabía a lo que le tiraba” cuando se casó con don Chuy; el papá de todos sus hijos, con quien vivió hasta los últimos días de la enfermedad que lo hizo morir recientemente. Doña Lola recuerda haber imaginado que su vida iba a ser en el rancho, como siempre había sido mientras estuvo soltera. Pero poco después de casarse, luego del pleito por la herencia de un terreno en el que había planeado sembrar que no logró resolver con uno de sus hermanos, su esposo decidió ir a trabajar a la pizca de algodón en Torreón. Doña Lola dice que decidió seguir a su esposo para evitar el destino que le esperaba quedándose sola en el pueblo:

¿Qué hubiera sido mejor?
¿Qué yo me fuera por el mundo
siguiendo a este Chuy, que ya se sabía
que era mi esposo por todas las leyes?
¿O que me quedara aquí y empezara a
tener un hijo de uno y otro de otro?
¡Que cochinas son esas! ¿No?
Yo creo que eso fue lo mejor.
No me quedaba otra.
Pero si hubiera sabido lo que me esperaba:
andar poniendo casa y llevar crías (hijos)
a todos lados, seguro que no me hubiera animado a casarme.

Aunque argumentado razones distintas a las de Nadia, doña Lola elabora un mensaje semejante al de su nuera: si hubieran sabido lo que les esperaba en su vida marital, no se habrían atrevido a iniciarla. A pesar de esta similitud, debo señalar también que como parte de esta misma narrativa, doña Lola utilizó varias veces el contraejemplo de su hija Catalina, quien, según su madre: “No se pudo aguantar la bola de ganas” y “por eso anda teniendo hijos” de diferentes hombres, sin haberse casado ni teniendo relaciones de largo plazo con ninguno. Doña Lola establecía así un contraste radical entre el modo como su hija vivía y su propia historia marital, colocando a Catalina en una posición social indeseable y situándose a sí misma como una mujer sensata. Desde luego, no puede pasarse por alto que el periodo en que tales discursos fueron registrados, en la casa de doña Lola se vivía una tensa situación por el embarazo de Catalina. Así, la narrativa en la que doña Lola reflexionaba sobre su propia historia matrimonial, solía ser acompañada de otra larga conversación en que la mujer, describía la conducta sexual (y la maternidad fuera del matrimonio) de la hija que vivía con ella. Quiero recalcar aquí también, que esta idea acerca de las debilidades sexuales de las mujeres como una especie de energía desbordante que sobrepasa las decisiones y que influye en los destinos de los niños separados de sus madres (que describí en el capítulo 2) apareció también constantemente en diversos discursos de doña Lola. La mujer decía, criticando a estas

mujeres del pueblo (e incluso la forma de vida de sus propias hijas) que “los hombres nomás les pelan el diente y estas se van con ellos sin averiguar. ¡No se pueden aguantar!” (refiriéndose con esta última expresión a la falta de control sobre el deseo sexual). Así doña Lola explicaba la situación de Catalina, embarazada y sin pareja quien, del mismo modo como doña Lola reconoce en su propia historia amorosa, tampoco “se podía aguantar las ganas”, pero que, a diferencia de su madre, no estaba casada ni relacionada de forma estable con una pareja en particular. Pero a pesar de explicar (y no por esto necesariamente justificar) la conducta de su hija a través de este discurso sobre las compulsiones sexuales, y mientras en su propia biografía reconocía también haber tenido que “aguantar” el mal carácter de su esposo, doña Lola decía también que Catalina debería por lo menos tratar de “juntarse con alguien” (vivir en unión libre) que la “lidiara a ella”, es decir, que comparta la vida con ella, porque doña Lola considera que aunque Catalina se dedica ahora por completo al cuidado de sus hijos, “se va a quedar sola” cuando ellos crezcan y se vayan a “hacer su vida”. Así, mientras doña Lola por una parte se expresaba “resignada” a compartir la vida nómada con su esposo (un destino que de haber conocido no hubiera aceptado) y otros aspectos de la vida matrimonial poco amables, por otra parte consideraba que su hija debería de tener un compañero permanente (aunque no hubiera matrimonio de por medio), además de centrar su vida en el cuidado de sus hijos. Observamos así una perspectiva acerca de la vida marital que, del mismo modo como el discurso de Nadia que analizamos antes, no sostiene una visión unívoca ni uniforme, ya sea para descalificar la vida en pareja o para referirse a ella de forma idílica. Tenemos también que en conjunto, en los discursos matrimoniales elaborados por doña Lola no hay parámetros o criterios únicos, aplicados de forma tajante y unívoca cuando se trata de normar la conducta de distintas parejas y para representar su propia historia de vida.

El reconocimiento de esta flexibilidad en el manejo de ideales y normas matrimoniales que los hablantes hacen en sus discursos es muy importante para reflexionar en torno a los hallazgos reportados por otras investigaciones acerca de los patrones nupciales en poblaciones mexicanas incorporadas en circuitos de migración transnacional. Estos trabajos sugieren que el contacto y las experiencias de los migrantes en la sociedad norteamericana gradualmente van provocando que los ideales matrimoniales y familiares “tradicionales” (es decir, supuestamente más antiguos y pertenecientes a las localidades de origen de los migrantes) se vayan transformando o sustituyendo por la asimilación de ideas “modernas” o liberales, que

corresponden a las formas de vida de las poblaciones norteamericanas. En los pueblos rurales mexicanos que emigran a Estados Unidos, como se sugiere en estos estudios, se observa así la coexistencia de estos dos tipos de modelos que influyen en las aspiraciones y las ideas matrimoniales: Las generaciones más jóvenes, influidas por ideales contemporáneos norteamericanos tienden a construir relaciones de pareja basadas en la “confianza”, el “respeto”, la búsqueda de la convivencia con el cónyuge y el placer sexual mutuo, mientras que hombres y mujeres de mayor edad o de generaciones atrás, basan sus relaciones matrimoniales en un modelo según el cual, el hombre controla a sus hijos y a su esposa, en el que esta última concibe su propio “sacrificio” como una “obligación” inherente a la vida marital (Hirsch, 2003).

En relación a la coexistencia de estos dos tipos de modelos entre la población mexicana incorporada en circuitos de migración transnacional y en función de las propias narrativas que analizo en este capítulo, quiero proponer aquí que los discursos matrimoniales y de familia registrados en Carrizales difícilmente pueden clasificarse en función de esta dualidad moderno/tradicional o bien, identificarse en lo individual, como un conjunto de ideas homogéneas y consistentes, cuya enunciación tiene necesariamente, continuidades previsibles. Antes bien, por el contrario, las referencias de hombres y mujeres acerca de la familia y el matrimonio se llevan a cabo de manera atomizada, esto es, aparece en pequeños fragmentos, son utilizados circunstancial y estratégicamente para los propósitos específicos que prevalecen en diferentes eventos de habla. Del total de estos fragmentos, vistos de manera conjunta con los discursos de varios hablantes, podemos abstraer ciertas pautas que si bien, refieren a ciertos roles de hombres y mujeres, no constituyen en sí mismos “uno” o “dos” modelos opuestos (moderno/tradicional) cuyos contenidos homogéneos, son infaliblemente coherentes. Así por ejemplo, doña Lola es capaz de sugerir que una mujer tiene que aguantar el mal carácter de su marido, del mismo modo como puede reconocer que el deseo sexual interviene en las decisiones y los cursos de vida de las mujeres, y que incluso, pudo haberla colocado en una situación semejante a la de su hija si ella no hubiera estado dispuesta a cambiar de residencia, acompañando a su esposo. ¿En función de qué criterios podríamos clasificar el discurso de doña Lola como apegado a un modelo tradicional o a un modelo moderno, cuando en la misma hablante, de más de sesenta años, con una gran experiencia de movilidad residencial

pero radicada ya en la última parte de su vida en su pueblo natal encontramos esta singular mezcla de elementos de ambos modelos?

Doña Lola, asume implícitamente que cierto tipo de sacrificios son parte intrínseca del matrimonio al hablar de su historia de vida a una mujer ajena al pueblo o al definir el “deber ser” de su nuera, del mismo modo como cuestiona este tipo de relaciones matrimoniales al platicar con amigas, en un contexto distinto. En estas otras ocasiones, cuando doña Lola comenta con ciertas vecinas sobre la situación familiar de otras mujeres, la mujer reprueba la actitud sumisa de las esposas, diciendo que “los hombres piensan que las mujeres son un mueble y que nomás llegan y lo levantan a uno”. Del mismo modo, cuando conversa con otra prima viuda, cuya única hija vive en Estados Unidos, ambas mujeres bromea sobre la posibilidad de ir a “conseguir novio” a Villa Guerrero (uno de los municipios con actividades ganaderas más productivas que las de Totatiche) “poniéndose una faldita y una blusita pegada” para asegurar el éxito, consiguiendo un hombre joven y con dinero, porque, las dos viudas, se decían “cansadas de lidiar viejitos” (de cuidar a sus esposos durante sus enfermedades).

La congruencia y uniformidad de los discursos, en torno a uno u otro modelo es resultado de nuestro análisis y de la abstracción realizada de los corpus de datos relacionados con discursos y el lenguaje; pero, a pesar de que podemos identificar las principales pautas encontradas en los fragmentos de este conjunto de discursos matrimoniales que son semejantes y de las cuáles podemos abstraer uno u otro patrón, de ningún modo, podemos asumir que estos provienen de la expresión absolutamente congruente, uniforme y sistemática de cada uno de los hablantes en lo individual. Esta enunciación monolítica e inmutable es improbable en esferas de la vida social no institucionales, porque como he mostrado con los discursos de Nadia y doña Lola, su naturaleza es, en buena medida, estratégica y cambiante. Matrimonio y familia pueden ser definidos de manera contrapuesta y hasta contradictoria, dependiendo de las circunstancias en que cada discurso es enunciado, sin que la edad o la generación, o la participación en la migración constituya un criterio predeterminante para pronunciarse a favor de un modelo u otro de manera definitiva o tajante: lo que es bueno para una mujer, puede no ser deseable para otra; así como también, lo que es reprobable en algunos casos, puede ser discursivamente justificado en las circunstancias particulares vividas por otras familias.

3.3 Los deberes en la ausencia: Implicaturas familiares.

La normatividad y los ideales relacionados con la familia se evocan, se describen y emergen en torno a situaciones familiares donde los hablantes identifican conflictos. De acuerdo con las narrativas que presento a partir de este capítulo, difícilmente encontraremos en Carrizales un hablante que evoque ideales relacionados con la familia o el matrimonio para hablar de las bondades, la solidez o el adecuado funcionamiento de una determinada familia o relación marital. Antes bien, por el contrario, la definición de ciertas normas (que no obstante, como ya he señalado y como veremos también en este apartado, tienen una aplicación y uso sumamente flexible y variable en las distintas narrativas, dependiendo de la relación que los hablantes tienen con los personajes involucrados en cada conflicto familiar) se realiza generalmente de manera indirecta, parcial e implícita: lo que los individuos “deberían” ser o hacer en la familia y en el matrimonio se define frecuentemente por oposición a lo que, a pesar de ser indeseable, transcurre permeando la cotidianidad y las narrativas en el pueblo; en la descripción de circunstancias y comportamientos que cada narrador considera “anómalos”. No existen pues, en Carrizales, narrativas que de manera íntegra y sistemática contengan definiciones sobre el “deber ser” para con la familia; sino, por el contrario, narrativas generadas en situaciones particulares de las que pueden extraerse los ideales y las normas relacionadas con la familia o la vida marital, mismas que generalmente, aparecen atomizadas e incluso implícitas en el conjunto de su contenido. Paradójicamente así, podemos aproximarnos a las ideas de lo que una mujer debería hacer en su papel de madre, justamente a partir de narrativas que describen a una mujer que actuó de forma contraria y en las que se describen también las situaciones anómalas, que en consecuencia, su familia vive. En este apartado conoceremos la forma como Ernestina debería relacionarse con su familia, precisamente porque ella no está en el pueblo y no vive con sus hijos.

La abstracción de los ideales sobre familia y matrimonio que hago de las siguientes narrativas, está basada en el modelo de Grice sobre las máximas de la comunicación, principios importantes para la teoría pragmática del lenguaje. Grice (Levinson, 1983) propone que hay un conjunto de asunciones envolventes que guían el transcurso de la

comunicación, que funcionan como directrices para el uso eficiente y efectivo del lenguaje. Consideremos el siguiente diálogo con el que Levinson ejemplifica la *cooperación comunicativa* a la cual refieren los principios de Grice.

A: ¿Puede decirme la hora?

B: Bueno, el lechero ya pasó.

En términos estrictamente semánticos, la respuesta de B parece estar fuera de lugar o ser inadecuada para los intereses de A, quien quiere saber qué hora es, no la ubicación del lechero. Sin embargo, desde una perspectiva pragmática, el diálogo adquiere sentido porque constituye una “*implicatura conversacional*” es decir, se origina en función de ciertas inferencias del contenido de la conversación y en otras asunciones específicas que responden a la índole cooperativa de la interacción verbal. B no sabe la hora, pero, tratando de cooperar en el diálogo con A, ofrece un dato que, en función del contexto en que se desarrolló la conversación, podría contribuir a despejar la duda de A sobre el horario. Si B indica que “el lechero ya pasó” y el lechero habitualmente pasa a las 7 de la mañana, A puede entender que son más de las siete. Desde luego, la intención cooperativa de B será comprendida, por ejemplo, si A es vecino de B y ambos conocen la rutina del lechero; caso en el cual, A obtendrá información pertinente a su pregunta y comprenderá, simultáneamente la intención de B de cooperar con la información que le otorgó. Al explicar cómo los hablantes logran entenderse en situaciones como esta, Grice muestra que existe una parte de la comunicación donde los hablantes ponen en juego un conjunto de presuposiciones, información y consideraciones acerca del contexto particular en el cuál se realiza la conversación. Grice identifica como guías de esta clase ciertos “máximas” o principios generales que subyacen al uso eficiente del lenguaje. Estos principios se formulan como sigue:

- i) la máxima de calidad: Trate de que su contribución sea verdadera. No diga lo que crea que es falso. No diga algo de lo que carezca de pruebas adecuadas.

- ii) la máxima de cantidad: haga su contribución tan informativa como exigen los propósitos actuales del intercambio. No haga su contribución más informativa de lo requerido.
- iii) la máxima de pertinencia. Haga contribuciones pertinentes.
- iv) la máxima de manera. Evite la oscuridad en la expresión. Evite la ambigüedad. Sea breve y metódico.

Estas máximas especifican lo que deben hacer los participantes para conversar en el modo más eficiente, racional y cooperativo. Pero Grice no propone que los hablantes sigan al pie de la letra estas directrices. Lo importante aquí es que estos principios están dispuestos en las formas más ordinarias de conversación, de modo tal que, a partir de ellos, los hablantes logran hacer ciertas inferencias, ya sea que decidan apearse o, por el contrario violar flagrantemente dichos principios. Así por ejemplo, A puede captar la intención cooperativa en la respuesta de B acerca del lechero, a pesar de que este enunciado, viola la máxima de pertinencia²¹.

El método con el que analizo las siguientes narrativas se basa en los principios propuestos por Grice: El apego o la ruptura ostentosa de las máximas que identificamos en determinadas cláusulas (en negritas), nos permiten extraer los ideales y expectativas relacionados con la familia que cada narrador evoca. En el anexo de este capítulo se encuentra una transcripción más amplia de las tres narrativas que presento a continuación: En cada una se observan perspectivas particulares sobre la situación de Ernestina y su familia. Su contenido íntegro y los cambios en los turnos de habla nos permiten tener una visión más completa de los roles comunicativos jugados entre los participantes de cada evento y del modo como las funciones atribuidas a los miembros de esta familia emergieron en cada uno. Sin embargo, para los propósitos de este apartado he reducido las tres narrativas, centrando el análisis en los enunciados donde la observancia o violación de las máximas nos aproxima con mayor precisión a la perspectiva de cada narrador.

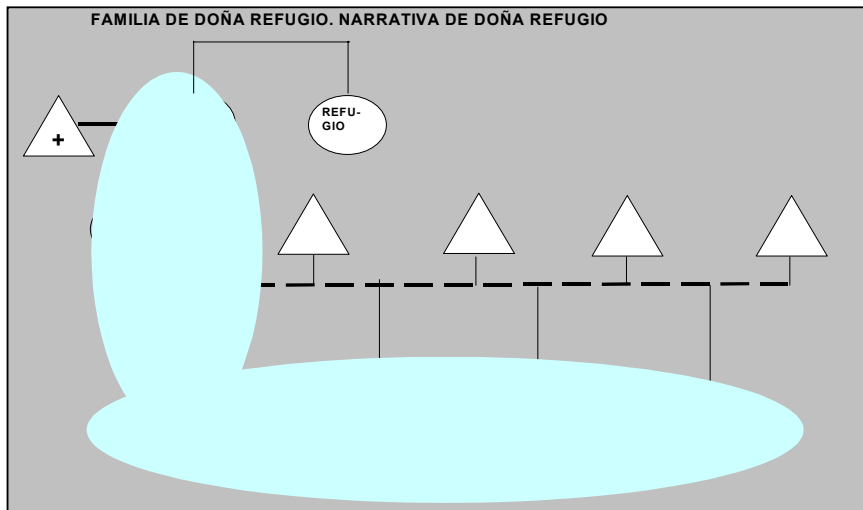
²¹ A través de las violaciones ostentosas de estas máximas puede explicarse también el intercambio e interpretación de enunciados irónicos. Ver Levinson 1983, Págs.100-101.

3.3.1 Lecciones entre mujeres.

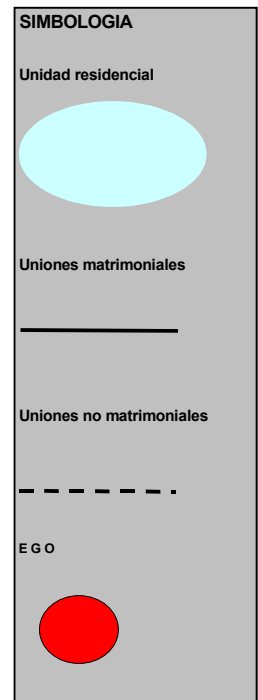
A pesar de estar políticamente emparentados por el matrimonio de sus hijos, la familia de doña Lola y la familia de doña Delia tenían una vieja rivalidad que con facilidad se revivía y complicaba más a través de nuevos conflictos entre los hijos y nietos de ambas mujeres. Doña Lola decía que la madre de doña Delia había sido la tercera esposa de su abuelo: una mujer que nació en un pueblo de Zacatecas y que, según su propia madre le contó a doña Lola, se casó “por conveniencia” y luego se separó del hombre, llevándose las 70 vacas que el abuelo de doña Lola tenía; dejándolo así sin la herencia que la madre de doña Lola decía que le correspondía a ella y sus hermanos. Uno de los conflictos que recientemente había reavivado la rivalidad entre estas familias, poco antes del registro de las narrativas que veremos a continuación, se desarrolló entre Catalina, hija de doña Lola y Ernestina, hija de doña Delia. Según me contó doña Lola, en la celebración del “día de la madre” de la escuela primaria, Catalina y Ernestina terminaron emborrachándose, peleándose a golpes y gritos luego de que uno de los hijos de doña Delia insultó a Catalina llamándola “perra con perritos” (refiriéndose así a que tiene hijos sin estar casada). Tiempo después de este incidente, en el que doña Lola defendió a su hija de la denuncia que Ernestina y doña Delia hicieron en la delegación municipal, mientras yo realizaba trabajo de campo en Carrizales, Ernestina tomó una decisión que fue constantemente comentada por hombres y mujeres del pueblo: Se fue de Carrizales, donde vivía con sus hijos, para casarse con un hombre del mismo municipio que planeaba cruzar la frontera con Estados Unidos de forma ilegal. En ese tiempo Ernestina estaba por cumplir los cuarenta años (su esposo apenas iba a cumplir treinta) y había tenido cinco hijos con un hombre que también nació en la cabecera de Totatiche y que vivía allí con su esposa y tres hijos que tenía con ella. Cuando Ernestina se fue del pueblo, los hijos que tuvo en una relación libre se quedaron a cargo de los padres de Ernestina (Familia 1, capítulo 2). Desde entonces, las noticias y novedades relacionadas con su casamiento y los detalles de la situación en que habían quedado sus hijos, fueron temas sobre los que frecuentemente especulaban sus vecinos.

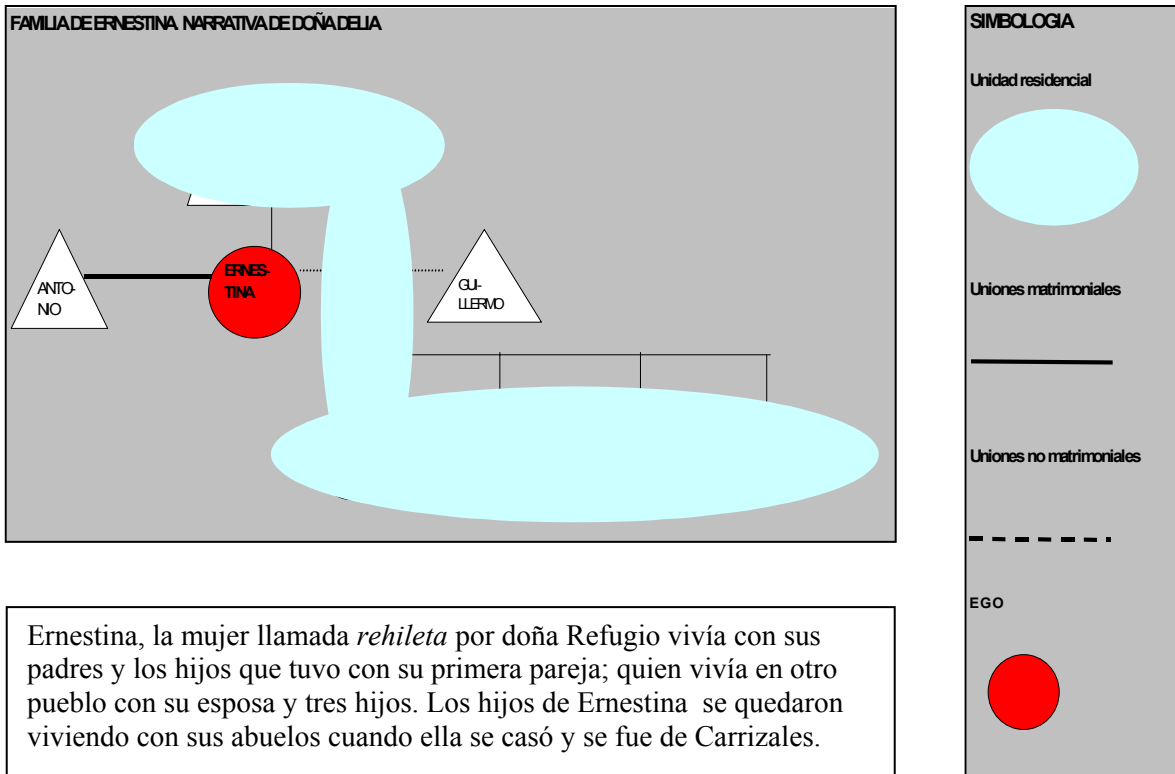
Una de las versiones que registré sobre las relaciones en esta familia, surgieron mientras trabajaba con doña Refugio en la reconstrucción de genealogías de Carrizales y en el recuento de las familias del pueblo que han emigrado definitivamente a Estados Unidos.

Como he señalado en la primera sección de este capítulo, en el análisis de las narrativas debemos tomar en cuenta las relaciones entre los interlocutores, tanto como sus propósitos e intereses particulares. Esta red de relaciones está sintetizada en las siguientes genealogías, donde podemos ubicar los vínculos de dos narradoras (Refugio y Delia) con las mujeres de estas dos familias que, además de haberse enfrentado en una denuncia reciente, también encabezan los tipos contrastantes de familia que he descrito en el capítulo 2: Catalina (Familia 4) encabeza el grupo de mujeres que se han mantenido unidas a sus hijos a pesar de sus diversas relaciones amorosas, mientras Ernestina, como he señalado, forma parte del grupo de mujeres en que las relaciones con los hijos son subordinadas a las relaciones amorosas.



Doña Refugio, que define a Ernestina como una *vieja rehileta*, es hermana menor de doña Lola. Cuando doña Refugio elaboró esta narrativa, su sobrina Catalina estaba embarazada de un hombre casado y tenía además otros cuatro hijos sin haberse casado con ninguno.





Doña Refugio, de más de 60 años, hermana menor de doña Lola, centró su narración en la separación de los hijos y la madre; desde su perspectiva el casamiento de Ernestina y la transferencia del trabajo de la casa y el cuidado de los niños que recaen en la hija mayor, son definitivamente inapropiados. Cuando elaboró la narrativa acerca de la familia de Ernestina, Catalina sobrina de doña Refugio, estaba embarazada de Chon, un hombre de Totatiche que, al igual que el papá de los hijos de Ernestina, estaba casado, vivía y tenía hijos con su esposa. Doña Refugio tenía una relación delicada con su sobrina. Si bien no estaba de acuerdo con su embarazo y la relación que Catalina tenía con el papá del niño, doña Refugio ocasionalmente se hacía cargo de cuidar a sus sobrinos-nietos y llevaba comida a la casa de doña Lola. Según doña Refugio me decía a mí, trataba de ayudar de esta manera, sobre todo porque de este modo sentía que aligeraba un poco la carga de gastos y trabajo que recaía sobre su hermana mayor, doña Lola.

En lo que concierne a la siguiente narrativa debemos notar que la situación de Ernestina y sus hijos, que doña Refugio me contó sumamente escandalizada por la conducta de la mujer, en algunos aspectos, es similar a la de Catalina (ambas con hijos, sin casarse y

relacionadas amorosamente con hombres casados de la cabecera municipal) pero al mismo tiempo, la situación de ambas mujeres es radicalmente contrastante en un punto principal: Ernestina acabó separándose de sus hijos para casarse con un hombre más joven que ella, mientras Catalina, se mantuvo cercana a sus hijos, a pesar de no tener una relación de pareja estable, ni las condiciones económicas apropiadas para ello. Aunque la contrastante situación de ambas mujeres no fue expresada en la narrativa de doña Refugio, debemos considerar estas circunstancias como parte de los antecedentes y del marco de relaciones sociales más amplio en el que esta narrativa tuvo lugar. En este sentido debo recordar también que yo, la única oyente de doña Refugio en la narrativa que se desarrolló en su casa, tenía una relación estrecha con esta narradora y la mayor parte de su familia, entre otras razones, porque vivía en la casa de doña Lola; cercanía que, sin duda, también influyó en la creación de las condiciones adecuadas para el registro de este discurso.

Como se puede observar en el anexo, la secuencia de la narrativa que antecede a la descripción de la familia de Ernestina, consiste en la enumeración de las familias conocidas por doña Refugio: la identificación de quienes viven en el pueblo todavía y de quienes se han ido definitivamente. Sabiendo de antemano que Ernestina hacía unas semanas se había ido de Carrizales, dejando a sus hijos, cuando doña Refugio había dado por terminado el recuento de la familia de origen de Ernestina que todavía tiene su residencia en Carrizales, traté de dirigir la conversación, preguntando por la ubicación de Ernestina y buscando la oportunidad para que doña Refugio ofreciera su versión sobre la situación de esa familia (1). Mi intento dio resultado y la narradora dio lugar entonces a la definición de los aspectos críticos en la familia de esa mujer.

Volviendo a la idea sugerida antes, de que las normas y valores relacionados con la familia son utilizados de forma cambiante y circunstancial por distintos hablantes, un primer aspecto que quiero destacar en el contenido de esta narrativa es que, a pesar de que el papá de los niños de Ernestina estaba casado y vivía con su esposa en otro pueblo, a lo largo de toda su narrativa doña Refugio resistió mi esfuerzo por poner en duda la propia responsabilidad del papá de los niños en la familia de Ernestina. En lugar de propiciar y contribuir a la evaluación del comportamiento y la propia situación del papá, la narradora respondió a mis preguntas de forma evasiva o bien, incluso sugiriendo que él, a diferencia de Ernestina, sí cumplía sus obligaciones con los hijos porque les llevaba comida. De este

modo, doña Refugio asume implícitamente que esta es una de las funciones que el hombre debe cumplir en la familia. Doña Refugio no pone nunca duda el comportamiento de Memo y al responder a mi pregunta sobre el comportamiento del padre, incluso se atreve a sugerir que el papá quiso llevar a los niños con él (sugiriendo así una situación sumamente inverosímil en la que los hijos de Ernestina habrían ido a vivir con la esposa y los otros hijos que Guillermo tiene en la cabecera municipal). Esta versión sobre el propósito del padre de llevarse a sus hijos además, contrasta totalmente con la narrativa de la abuela de los niños, donde esta sugiere que Ernestina era quien quería llevárselos con ella, pero no lo hizo porque doña Delia supuestamente lo impidió, argumentado que no era lo más adecuado para los nietos. Así pues, sin tomar mucha atención al comportamiento del papá de los niños que viven con sus abuelos, doña Refugio en cambio, dedica la mayor parte de la narrativa a señalar la conducta inapropiada de Ernestina, quien, rompiendo con ciertas normas familiares sugeridas por la narradora, transfirió la responsabilidad de cuidar y atender a los niños a su hija mayor. Al adentrarnos en las valoraciones contenidas en esta narrativa, notamos así un cierto desprecio de doña Refugio hacia Ernestina y su joven esposo (que no es el papá de sus hijos) a través del modo como se refiere a ellos. A pesar de conocer bien la identidad del hombre con el que Ernestina se casó (como lo muestra en la misma narrativa: 73), no se refiere a él con su nombre, ni menciona la relación que tiene con Ernestina (es su esposo) sino a través de los términos “viejo” o “pelado”; palabras que podemos interpretar como formas despectivas para referirse a un hombre. En otras partes de la narrativa en cambio, cuando se refiere al papá de los niños, lo llama familiarmente por su nombre, a pesar de que no estaba casado con Ernestina. Este uso diferencial de términos refuerza el contenido de la narrativa a través de la cual doña Refugio busca descalificar y mostrar su desaprobación a la relación de Ernestina con un hombre que no es el padre de sus hijos. Más aún, la perspectiva de la narradora, según la cual la relación de la madre con los hijos debería de ser prioritaria, antes que las relaciones amorosas de una mujer, se hace explícita además en varias secuencias del texto (14, 23, 28) especialmente cuando, al tratar de dar una explicación sobre las razones de la separación de Ernestina y sus hijos, doña Refugio utiliza la imagen de un objeto en constante movimiento para describir el comportamiento de Ernestina, con la que parece tratar de resumir su comportamiento: se refiere a ella como una “vieja rehileta”. Las consecuencias de este

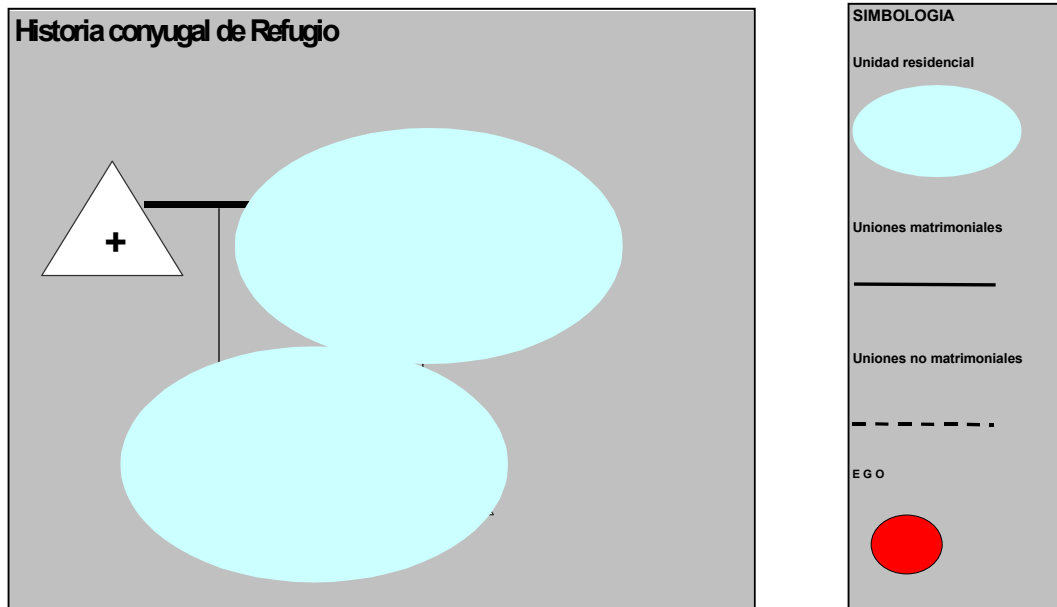
comportamiento se verifican también en la situación problemática que doña Refugio define entre Ernestina y su esposo: el hombre es violento, la amenaza y no la deja salir para que ella vaya a ver a sus hijos (ver en el anexo). Adicionalmente, en su labor de reprobar la situación vivida en la familia de Ernestina, doña Refugio (B) se atreve también a describir el enojo y la falta de cariño de los hijos y los padres de esa mujer, completando así la moraleja implícita en su narrativa: las mujeres no deben separarse de sus hijos y desentenderse de sus obligaciones para con ellos, porque pierden el cariño de toda la familia.

1. A - Ernestina estaba aquí ¿no?
2. B - **No pero ya se fue. Se fue con un viejo y dejó**
3. **los hijos y la hija. Y se fue con un viejo.**
4. ¡Fíjese nomás!
5. A - ¿Tenía hijos?
6. B - ¡Y luego! Cuatro y la muchacha grandota, Erica, ¿Si la conoce?
7. A- ¿A poco es la mamá de Erica?
8. B - **No la quieren a la mamá. Porque los dejó. Le dejó toda la carga a la...**
9. **la Ernestina le dejó toda la carga a la hija. Ella los arregla, los lava**
10. **y les da de comer; su hermana.**
11. A - ¿A dónde se fue Ernestina?
12. B - ¡Tiene un viejo! Que allá vive en Guadalajara y le pone dizque unas buenas tundas.
13. A - ¿A poco?
14. B - ¡Vieja taruga! ¡¿Pa'qué dejaba a sus hijos y se iba con el viejo?!
15. B: ¡Vieja de porra!
16. A. ¿Y los papás de los chamacos? ¿Quién es?
17. B: Memo. Memo este... de Totatiche
18. **A: No... no lo conozco a él, yo creo, ¿verdad? ¿o sí?**
19. **B: No, usted no lo conoce. Les traiba mucho que comer**
20. **y no les hacía falta nada. Ya no lo quiso Ernestina.**
21. A: ¿Porqué?
22. B: ¡Pos! Méndiga la vieja.
23. Se fue con otro pelado a donde no hay.
24. Y ese sí, la quiso mucho... (irónica)
25. ¿Si conoció a Ernestina?
26. A: ¿Cómo se animó a dejar aquí a sus hijos?
27. B: Pos' vieja rehileta!
28. ¡Yo no hubiera dejado mis hijos por un viejo!
29. ¡Viejos hay cada vuelta
30. de esquina y hijos no!
31. ¡Fíjese!
32. A: ¡Pos' no!
33. **A: ¿Y el papá de los niños qué? ¿Está casado o qué?**
34. **B: Él estaba junto con ella.**
35. **A: Hmmm. Pos' pobres chamacos.**

36. B: ¡Pos' sí!
 37. (... 15 segundos)
 38. A: Entonces ya no queda ninguno de esta familia aquí
 39. B: Ah, pues Lupe está en Guadalajara (...)

Enunciado	Análisis	Implicatura
2: No pero ya se fue. Se fue con un viejo y dejó 3: los hijos y la hija. Y se fue con un viejo.	Aplicación de la máxima de pertinencia y de calidad en respuesta a 1. Doña Refugio colabora con mi búsqueda de información sobre el paradero de Ernestina y añade otros datos sobre su familia, en los que está implícita su propia perspectiva.	No debería haberse ido. No debería haberse ido con un viejo, dejando los hijos y la hija.
7: A- ¿A poco es la mamá de Erica? 8: No la quieren a la mamá. Porque los dejó. Le dejó toda la carga a la... la Ernestina le dejó toda la carga a la hija. Ella los arregla, los lava 10: y les da de comer; su hermana.	Violación de la máxima de pertinencia, a la pregunta 7. Busco confirmar la relación de parentesco entre Erica y Ernestina y doña Refugio considera más importante hablar del daño de las relaciones afectivas entre la madre y sus hijos, además de asumir que conoce las razones por las que estas relaciones se han deteriorado.	No debería haberle dejado toda la carga a la hija. La hermana no debería de encargarse de arreglarlos, lavarlos y darles de comer.
18: A: No... no lo conozco a él, yo creo, ¿verdad? ¿o sí? 19: B: No, usted no lo conoce. Les traiba mucho que comer 20: y no les hacía falta nada. Ya no lo quiso Ernestina.	Aplicación de la máxima de calidad en 19. Además de confirmar que no conozco al papá de los niños, doña Refugio habla de su adecuado desempeño como tal, para luego repetir que Ernestina cometió un error terminando la relación con el papá de sus niños.	El papá de los niños sí cumplía con su responsabilidad. Ernestina no tenía razones para separarse de él.
33. A: ¿Y el papá de los niños qué? ¿Está casado o qué? 34. B: Él estaba junto con ella. 35. A: Hmmm. Pos' pobres chicos 36. B: ¡Pos' sí! 37. (... 15 segundos) 38: A: Entonces ya no queda ninguno de esta familia aquí	Al no querer abundar en la situación del papá de los niños de Ernestina, la narradora transgrede la máxima de pertinencia (34). No responde la pregunta sobre el estado civil de Guillermo, sino refiriendo al tipo de relación que tenía con Ernestina. En este punto, poniendo fin a mis interrogaciones sobre el papá doña Refugio guarda silencio (37), obligándome así a retomar el tema con el que iniciamos la conversación.	Lo importante no es el estado civil del papá de los niños, sino el tipo de relación que mantenía con Ernestina.

Luego de analizar estas implicaturas conversacionales, podemos afirmar que el punto que le interesa destacar a la narradora y que le da el carácter moral a su historia, es el comportamiento de una mujer con hijos. En el performance sobre la *vieja rehileta*, doña Refugio, casada dos veces, con hijos de sus dos matrimonios y con una hija soltera, le ofrece a otra soltera su visión sobre la manera como una mujer debe relacionarse con sus hijos: Las relaciones amorosas deben subordinarse a las obligaciones de la madre. La moraleja de esta narrativa es reforzada además por la contrastante historia matrimonial que doña Refugio elaboró en otras ocasiones que conversamos a solas, luego de haber descrito los reprobables comportamientos de su vecina. Según estas otras narrativas, doña Refugio tenía apenas treinta años cuando enviudó y dice haberse “resignado a quedarse sola” cuando su esposo murió. Su segundo marido fue parte de “un destino” que “ni siquiera se imaginaba” es decir, que ella no buscó ni propició: Don Ignacio y doña Refugio se encontraron “por casualidad” en una fiesta familiar y luego de un noviazgo de varios meses Refugio y Nacho se casaron. La nueva pareja se fue a vivir a la casa que doña Refugio había heredado de sus padres, junto con la pequeña hija que doña Refugio había tenido en su primer matrimonio y con el único hijo de este segundo matrimonio que nació después del casamiento (Familia 6, capítulo 2). Los dos hijos de doña Refugio vivieron con esta pareja hasta que se fueron del pueblo para buscar trabajo; el muchacho a Estados Unidos y la mujer a Guadalajara.



Posteriormente, al narrarme su propia historia matrimonial doña Refugio hizo un contraste minucioso y explícito con la conducta y la trayectoria amorosa de su vecina, guiadas, según doña Refugio, por una aventura pasajera que Ernestina puso por encima de la relación con sus hijos y sus responsabilidades maternas. De este modo la conversación sobre la “*vieja rehileta*” hizo eco (Bajtín, 1952) en otras conversaciones posteriores cuando doña Refugio repetía, íntegramente y de manera bastante ordenada, la manera “accidental”, como ella se “encontró” a su segundo esposo así como la idea de que luego de haber enviudado ella no se habría “*juntado*” con otro hombre, si para tener esa relación hubiera sido necesario separarse de la hija que tuvo en su primer matrimonio. La narrativa sobre la “*vieja rehileta*” tiene así una doble función: A través de ella doña Refugio diseña la identidad de una mujer que no responde adecuadamente al papel materno y simultáneamente, la misma narradora se erige, en contraste, como una mujer que sí se ajusta al modelo femenino diseñado por ella misma.

3.3.2 Cuidando las apariencias.

Una perspectiva distinta sobre la relación de Ernestina y sus hijos, se encuentra en el performance realizado por la señora Delia. Madre de Ernestina, con más de 60 años de edad, casada y 8 hijos, de los que sólo 2 viven en el pueblo, utiliza la situación vivida por sus nietos para exaltar una identidad proclive a la maternidad. Esta mujer se quedó a cargo de sus hijos durante los periodos en que su esposo trabajó en Estados Unidos. En comparación con otras familias del pueblo y después de muchos años de esfuerzo, la pareja logró una cierta estabilidad económica, acumulando cabezas de ganado y trabajando parcelas rentadas de sus vecinos, a las que no tenían acceso sin los recursos ganados por el esposo de doña Delia en Texas y California. Aunque el matrimonio mantiene su relación con los hijos que viven fuera de México, incluso turnándose para pasar algunas temporadas fuera del pueblo, o bien para atender enfermedades en los lugares donde viven sus hijos, este matrimonio, vive la mayor parte del tiempo en Carrizales; sin problemas económicos y recientemente, encargados de cuidar a los hijos de Ernestina.

Como he señalado antes, a pesar de estar políticamente emparentados con la familia que me alojaba por el matrimonio de una de sus hijas, doña Delia y su esposo tenían una vieja

historia de conflictos con las mujeres de la casa donde yo vivía. Cuando registré la narrativa que sigue, yo ya estaba enterada de que Ernestina se había ido del pueblo y que sus hijos se habían quedado a cargo de doña Delia y su esposo. Aunque hacía varios meses había visitado a esa pareja en su casa, para averiguar las características y destinos de los flujos migratorios de Carrizales hacia el exterior del municipio, ni doña Delia ni su esposo estuvieron muy dispuestos a la entrevista ni mucho menos propiciaron una conversación acerca de su familia. Pero en esta otra ocasión, doña Delia, reunida con doña Lidia, su vieja amiga y vecina, mostró una parte de su vida familiar y dio su propia versión sobre la situación en su casa, luego de la salida de su hija Ernestina.

Doña Delia tiene una vieja amistad con la señora Lidia porque las dos pasaron la primera parte de su vida en el pueblo donde nacieron, y ambas fueron a vivir a Carrizales cuando se casaron, pues sus esposos son originarios de este último pueblo. En la sesión donde surgió el performance que nos interesa, doña Delia y su amiga hacían una autobiografía compartida. Reunidas en la tienda de abarrotes de doña Lidia y sin nadie más que yo como oyente, las mujeres hablaban de la fertilidad y abundancia del lugar donde nacieron, contrastante con la pobreza del suelo y la falta de agua de Carrizales. Con gran picardía reconstruyeron también varios noviazgos que tuvieron antes de casarse y bromearon con la posibilidad de “cuidar” a un viejo pretendiente, que recientemente había enviudado, estaba enfermo y solo, pero, según ellas, tenía “mucho dinero”.

Doña Delia habló de sus nietos cuando bromeaba también sobre sus deseos de tener más hijos, induciendo, a través de esta otra narrativa, a otra forma particular de evaluar y normar las relaciones de familia. Aunque para doña Delia la separación de Ernestina y sus hijos no es deseable, como tampoco la carga de trabajo que ha recaído en su nieta mayor, doña Delia sugiere haber impedido que Ernestina se llevara a sus nietos con ella, argumentado que por la vida inestable, los problemas que esa mujer tiene con su esposo y los planes de la pareja de salir de México, lo mejor para sus nietos era quedarse viviendo con ellos en Carrizales (48-50). Así, aunque en varios enunciados de su discurso doña Delia intenta describir con una cierta naturalidad y soltura la situación por la que ahora ella se hace cargo de sus nietos, refiriéndose a su gran experiencia y vocación materna, en otras cláusulas de su narrativa notamos también el reconocimiento de una situación conflictiva,

así como un cierto dejo de frustración y tristeza por la descomposición de la familia de su hija (51; 56-60).

Aunque su amiga Lidia está presente en la conversación, doña Delia me sitúa explícitamente como la principal oyente del performance a través de varios marcadores (fíjate, mira, ya te digo, te digo: 41, 43, 62, 63), lo que nos permite afirmar que las explicaciones sobre la separación de Ernestina y sus hijos fueron elaboradas con una gran influencia de mi identidad en el pueblo (una mujer de fuera, que vivía con una familia con la cual la narradora tiene una larga historia conflictiva) y mi participación como oyente en este evento. Del mismo modo, inevitablemente mi proximidad con ciertas familias del pueblo, influyó también en los aspectos de la vida familiar que doña Delia seleccionó, así como también en la forma como representa la situación de su hija: La plática con una mujer que vive con una familia enemiga no es una situación adecuada para mostrarse doliente ni para narrar de forma melodramática las dificultades de la vida cotidiana con los nietos en casa. Mi cercanía con la familia de Catalina influye en la representación de doña Delia, pretendidamente optimista y animada, acerca de la situación vivida en su casa. Las rutinas del trabajo con los niños y la nueva situación familiar son presentadas por doña Delia como situaciones fácilmente manejables e incluso “afortunadas”, considerando sus supuestos deseos de seguir teniendo hijos, en su avanzada edad. A pesar de la sobriedad que doña Delia trata de darle a su narrativa, sin dar mucho pie a lamentaciones y evitando representar la ausencia de la madre como un drama, la narradora sí hace una distinción explícita entre los roles de madres, hermanas y abuelas, y habla de la forma como estos papeles en la casa se tuvieron que reorganizar con la salida de su hija, la mamá de los niños. Doña Delia se refiere a sus nietos como “chiquillos” o “niños” que quiere, “como a sus *hijos*” (26) al hablar del trabajo de la casa y de los cuidados que los hijos más chicos de Ernestina necesitan y que ella y su nieta se reparten mientras la mamá no está. De acuerdo con la narrativa de doña Delia bañarlos, lavarlos, plancharles y cocinar son tareas que corresponderían a Ernestina, pero que ellas tienen que asumir mientras ella no está, aunque la nieta preferiría no hacerse cargo de ellas. Por último, cabe observar que doña Delia, del mismo modo que doña Refugio, centrada en la relación de la madre con los hijos, no propicia ninguna evaluación ni hace referencia alguna al comportamiento del papá de los niños de esta pareja.

Al exaltar su propio espíritu maternal, mientras refiere a la ausencia de su hija y la vida que lleva haciéndose cargo de sus nietos, doña Delia logra dos propósitos: defiende su intimidad frente a mí, persona ajena a su familia que además está muy vinculada a una familia rival y logra también construirse una identidad personal centrada en el cumplimiento de ciertos papeles familiares, poniendo énfasis en el rol materno:

40. De muchachos creo que todavía quiero otro y... ¡Pos' ya no...!
41. No, fíjate que los estoy cuidando y los quiero como mis hijos (a sus nietos).
42. Que dicen, que dicen: "Dios da el muchacho y da el hilacho".
43. Yo creo que sí. Mira: Los de nosotros, como batallamos pa' tenerlos
44. y 'ora tenemos estos. Yo, se me hace como que ¡nada!:
45. ¡A gusto con mis nietos como si fueran mis hijos!
46. **Sí...Y cuando estaba Ernestina ¡Cómo pasábamos!**
47. **¡También yo pasaba bien mortificada! Era bravísima y era corajuda conmigo,**
48. con los niños, y con... no quería que...: y ¡Ay dios! que ella y los niños...
49. **¡No! ¡A los niños no! ¿A qué van pues? ¿A qué van?**
50. **Porque: ¿Cómo? ¡Ustedes van y vienen enojados!**
51. **La muchacha (la hija mayor de Ernestina) estaba respondona, igual que ella y todo.**
52. no Y 'ora! Ora: *M'ija, has esto*, y pos'...en parte se impacienta
53. por que pos' en esa edad quiere uno...
54. Pero pos' tiene que lavar los chiquillos
55. y "Andale m'ija 'ora a mí me toca lavarlos y aquí tú los planchas".
56. Y.. o,"Tú los bañas y yo los lavo" , y así, y: "Hay que calentar gordas"
57. y ¡Entre las dos!
58. **Sí por... resiente ella que no está con su mamá...**
59. **Ya tenían un año peleando. Peleaban y peleaban y...**
60. **pos' yo no le hallaba ni porque y, no hasta que ya se fue**
61. **ya nos vinimos ahí, ya estoy muy a gusto con mis niños**
62. Pero ya te digo: Ahí'stoy yo muy a gusto con mis niños,
63. Y este, el...te digo que me quedé con ganas pero
64. Dios me dejó todos estos pa' ver... ójala que se me críen.

Enunciado	Análisis	Implicatura
<p>46: Sí...Y cuando estaba Ernestina ¡Cómo pasábamos!</p> <p>47: ¡También yo pasaba bien mortificada! Era bravísima y era corajuda conmigo, con los niños,</p>	<p>Aplicación de la máxima de calidad y pertinencia. La narradora explica los conflictos que prevalecían cuando su hija Ernestina vivía con sus propios hijos, antes de irse del pueblo para casarse.</p>	<p>Lo mejor fue que se haya ido del pueblo porque no debería mortificarme a mí. No debería ser bravísima, ni enojarse conmigo ni con los niños.</p>
<p>49: ¡No! ¡A los niños no! ¿A qué van pues? ¿A qué van?</p> <p>50: Porque: ¿Cómo? ¡Ustedes van y vienen enojados!</p>	<p>Aplicación de la máxima de calidad y pertinencia. Doña Delia señala, implícitamente, su intervención para que los hijos de Ernestina se quedaran en el pueblo, argumentado que la mujer tiene una relación complicada con su esposo.</p>	<p>Los niños tenían que quedarse. Tienen una vida más estable aquí, que viviendo con una pareja conflictiva.</p>
<p>51: La muchacha (la hija mayor de Ernestina) estaba respondosa, igual que ella y todo.</p> <p>59: Ya tenían un año peleando. Peleaban y peleaban y...</p> <p>60: pos' yo no le hallaba ni porque y, no hasta que ya se fue</p> <p>61: ya nos vinimos ahí, ya estoy muy a gusto con mis niños,</p>	<p>Aplicación de la máxima de calidad y pertinencia. Del mismo modo que en las cláusulas de arriba, la narradora ofrece más detalles sobre los problemas domésticos que prevalecían mientras su hija todavía vivía en casa con sus hijos; contrastando esa situación con las relaciones armónicas y apropiadas que ahora los niños viven con sus abuelos.</p>	<p>Si Ernestina tenía tantos problemas con sus hijos, lo mejor era que se separara de ellos.</p>
<p>58: Sí por... resiente ella que no está con su mamá...</p>	<p>Aplicación de la máxima de calidad. Por último, a pesar de sus esfuerzos por presentar la responsabilidad que la narradora tiene con sus nietos como una situación ideal, doña Delia acaba reconociendo que la hija mayor ha resultado muy afectada por la ausencia de su madre.</p>	<p>La mamá debería estar con su hija.</p>

La llegada de un cliente a la tienda de doña Lidia interrumpió la autobiografía compartida que ella y su amiga Delia elaboraban y dentro de la cuál se insertó la narrativa acerca de la familia de Ernestina. Si bien don Salvador se quedó afuera de la tienda conversando con

don Ernesto, el esposo de doña Lidia, cuando este hombre llegó al local en el que platicábamos, doña Delia se despidió y terminó nuestra plática sin dar ninguna explicación. Inmediatamente al término de esta narrativa, se generó entonces el último evento performativo que analizo en este capítulo.

3.3.3 Discreción es lealtad.

La narrativa de doña Delia, inmediatamente anterior a la que analizamos ahora, jugó un papel determinante en la posición que doña Lidia adoptó con los participantes del nuevo evento. Don Salvador, seguramente sabiendo de la relación estrecha que la dueña de la tienda tiene con la mamá de Ernestina (y a pesar de que, como se advierte en varios enunciados, evidentemente tenía antecedentes sobre lo que había pasado en esa familia) trataba de confirmar y obtener más detalles sobre la situación de la que todos los vecinos hablaba; de modo que abordó el tema de la mujer que se fue del pueblo en cuanto doña Delia salió de la tienda. Aquí sin embargo, llama la atención la prudencia que doña Lidia mostró, en su falta de cooperación a las preguntas y temas de conversación propuestos por don Salvador, poniendo de este modo un límite a las indagaciones de este hombre y a su esfuerzo por generar un ambiente adecuado para discutir públicamente la situación de Ernestina y sus hijos.

Don Salvador del mismo modo que doña Refugio, se interesa por discutir la situación de los niños cuando su madre ya no está en el pueblo; pero en el contenido de esta narrativa además es muy importante notar que, en contraste con las narradoras anteriores, este hombre sí considera como un problema a tratar la relación que los niños mantienen con su padre desde que su madre se fue. A través de este discurso nos aproximamos a otro supuesto relacionado con las relaciones familiares que no habíamos podido apreciar tan directamente en las narrativas anteriores: Don Salvador no solamente quiere confirmar las condiciones en las que Ernestina se fue del pueblo, sino que además quiere saber si Guillermo va al pueblo a ver a sus hijos ahora que su madre no está. Las respuestas de doña Lidia acerca de este punto, son interpretadas por don Salvador como una negación, a pesar de que ella no se atreve a decir abiertamente si el papá de los niños los visita o no (doña Lidia vive enfrente de la casa de doña Delia; lo que nos hace pensar que don Salvador asumió que ella podría tener datos de primera mano para hablarle de las visitas del papá).

Por último, en la siguiente transcripción debemos notar además otro elemento distinto al contenido de las narrativas de la madre y la vecina de Ernestina. Don Salvador se interesa también en la situación de la hija de Ernestina, pero no por el rol que la muchacha desempeña en su casa desde que su madre no está, sino especulando y tratando de averiguar sus intereses matrimoniales, sugiriendo de algún modo que la mujer está en edad casadera y que ella podría comprometerse con él, debido a los intereses económicos de las mujeres cuando piensan en casarse (86). Antes de adentrarnos en la transcripción debo señalar también que, a pesar de que doña Lidia es bastante conocida en el pueblo como una mujer “chismosa” y de que cuenta con una gran información sobre la ausencia de Ernestina por su cercanía con doña Delia, en esta conversación sistemáticamente se dedica a bloquear el bombardeo de preguntas de don Salvador, evitando hasta el último momento pronunciarse en torno al comportamiento de la hija de su amiga y vecina. La dueña de la tienda a través de sus respuestas a don Salvador, sigue las mismas pautas del performance que su amiga había desarrollado momentos antes (Bajtín, 1952) dirigiéndose a mí: evita hacer un melodrama o hacer escarnio de la situación que viven los nietos de doña Delia desde que su mamá no está:

65. Salvador: A - Oye, y doña Delia ¿qué? ¿Tiene ahí a la muchacha o qué?

66. Una muchacha... ya es grande ¿verdá? una chamaquilla...

67. Lidia: B- ¡Sí! Tiene 17 años.

68. A - Entonces ¿No se llevó ni uno la mujer?

69. B - ¡No! ¿Pa' qué? ¡¿Pa' qué los quiere?!

70. A - Entonces... ¿se casó con ella?

71. B - Se casó al civil

72. A - Ah, al civil

73. B - Hmjú

74. A - Pero ¿Cómo se pone a dejar sus niños ahí? ¡Solos!

75. Con los abuelitos ¿edá? Pero...

76. Ahí les sirven ¿verdá? Pos' uno anda por ahí y le cuida las vacas

77. y otro anda ahí le ayuda a echar la...

78. B - Sí les sirven yo creo.

79. A - ¿Y el papá no los ve? ¿No viene a verlos?
80. B - Ahí...ahí se mira
81. A - Si viene ¿verdá? ¡Tiene que..!
82. B - ¡Tiene que venir a verlos!
83. A - Hmmm.
84. Esa muchacha yo creo ya tiene ganas de casarse ...
85. Ernesto: C - ¡Pos' sabe oiga!
86. A - **Je, je. Sí porque dicen: “Yo quiero mirarme en esa casa de ahí”**
87. (...) **15 segundos**
88. A - **Ya llegó un peladote ahí junto al garage.**
89. B - **;;; No hay ni nubes siquiera !!!**
90. A- Pos' hace aire ya, el viento se siente...
91. B - Pos'... hace aire todos los días...unos ventarronzos!
92. ¡parece que lo levantan a uno!

Enunciado	Análisis	Implicatura
<p>60. A - ¿Y el papá no los ve? ¿No viene a verlos?</p> <p>61. B - Ahí...ahí se mira</p> <p>61. A - Si viene ¿verdá? ¡Tiene que..!</p> <p>63. B ¡Tiene que venir a verlos!</p> <p>64. A - Hmmm .</p>	<p>Transgresión de la máxima de pertinencia, 64. A las preguntas sobre la relación del padre con los hijos, la narradora responde retomando las suposiciones de don Salvador en 61. En el siguiente turno de habla el hombre expresa su descrédito a la información ofrecida por doña Lidia.</p>	<p>La expresión de B resulta irónica. Don Salvador asume que el papá no va a ver a los niños.</p>
<p>67. A - Je, je. Sí porque dicen: “Yo quiero mirarme en esa casa de ahí”</p> <p>68. (...) 15 segundos</p> <p>69. A - Ya llegó un peladote ahí junto al garage.</p> <p>70. B - ;;; No hay ni nubes siquiera !!!</p> <p>71. A- Pos' hace aire ya, el viento se siente...</p> <p>72. B - Pos'... hace aire todos los días...unos ventarronzos! ¡Parece que lo levantan a uno!</p>	<p>Transgresión de la máxima de pertinencia, 68 y 70. Doña Lidia evita ostentosamente seguir la secuencia de la conversación propuesta por don Salvador cuando él sugiere que la hija de Ernestina puede tener intenciones matrimoniales y también cuando observa que un hombre llegó a la casa de doña Delia, tratando de obtener información acerca de su identidad.</p> <p>Don Salvador comprende la negativa de doña Lidia y aplicando la máxima de pertinencia en 71, se alinea entonces al tema de conversación propuesto por doña Lidia, que refiere al clima.</p>	<p>La narradora demuestra su falta de interés y cooperación para responder las preguntas de don Salvador.</p>

3.4 Conclusiones

En este capítulo comienzo a documentar los diversos discursos sobre familia y matrimonio registrados en la localidad. A través del análisis de eventos performativos notamos que la participación de hablantes con diferentes identidades, relaciones y propósitos influye en *lo que se dice* acerca de la familia y en *la forma como se dice*. La salida de una mujer del pueblo que dejó a sus hijos con sus abuelos creó la oportunidad para que distintos hablantes se centraran y representaran diferentes aspectos de las relaciones familiares: Doña Refugio, miembro de una familia rival a la de Ernestina, estaba muy interesada en evaluar la conducta de la madre ausente y destacó la nueva situación que vivían sus hijos cuando esa mujer decidió casarse; doña Delia, madre de la mujer que se fue del pueblo, evita representar un drama y prefiere exaltar y celebrar su propio papel materno antes que alimentar y propiciar que la información sobre su familia sea filtrada a otras familias a través de una persona ajena; don Salvador por su parte, que de antemano conoce la situación de los hijos de Ernestina pero que no vive en la localidad y no tiene una relación cercana con esta familia, se mostró más interesado en averiguar si el padre de los hijos de Ernestina seguía relacionándose con los niños. El énfasis de los hablantes en distintas funciones en la familia y sus visiones diferentes del modo como los individuos se deberían de haber comportado no nos ofrece un patrón de prescripciones, sino una gama de posibilidades de interpretación y uso de dichas normas, que proviene de la perspectiva de los propios hablantes nativos. Mi aproximación a través del análisis de narrativas permite identificar como estas normatividades sobre familia y matrimonio se producen y circulan en la localidad. Un punto para destacar aquí, es que la ausencia de las mujeres en la familia es una discusión importante para las propias mujeres del pueblo, quienes, en cambio, no parecen prestar mucha atención a las responsabilidades del hombre para con los hijos que ha tenido con una mujer en unión libre. En cambio, al desencadenarse situaciones por las cuáles los niños nacidos en una pareja consensual viven separados de sus padres, el papel masculino parece ser mucho más relevante y motivo de preocupación para los mismos hombres de la localidad. Tenemos así que los discursos normativos en torno a los roles femeninos en la familia, son principalmente producidos y reelaborados por las propias mujeres del pueblo y que lo mismo ocurre en lo que respecta a los discursos sobre el papel masculino, donde los hablantes hombres tienen una participación más visible.

Capítulo 4. Cuerpos, dinero y trabajo: Narrativas autobiográficas.

“Soy un yo sólo en relación con ciertos interlocutores: en cierta manera, en relación a esos compañeros de conversación que fueron esenciales para que lograra mi propia autodefinición; en otra, en relación a quienes actualmente son esenciales para la continuación del dominio que tengo de los lenguajes de la autocomprensión. El yo sólo existe dentro de lo que denomino la urdimbre de la interlocución”.

Charles Taylor. *Las fuentes del yo*.

Al elaborar sus historias de vida, hombres y mujeres de Carrizales tienden a usar de manera distinta el pronombre de la primera persona. Mientras las mujeres inician estas narrativas refiriéndose al plural “nosotros”, en el que se incluyen los hermanos y las hermanas de cada narradora, las autobiografías de hombres comienzan y se desarrollan en la mayor parte de su contenido de modo egocéntrico e individual, a través de la forma singular del mismo pronombre: “yo”. Mientras al usar el pronombre “nosotros” las narradoras se sitúan insertas en una colectividad, una red de parientes, la familia de origen o la familia nuclear, a través del pronombre “yo” los narradores establecen una frontera que los distingue del resto de los personajes y las situaciones descritas en sus narrativas: Diversos sucesos, familiares, amigos o conocidos que se incluyen en las narrativas de hombres son útiles para introducir al oyente al contexto y a las circunstancias que enmarcan su vida pero resultan periféricos en relación a la presentación del yo individual, que predomina en el conjunto de estas narrativas, en las que hay poco o nulo contenido dedicado a describir los comportamientos de otras personas o las relaciones establecidas con terceros. En oposición a esta forma narrativa, al describir su vida las mujeres tienden a describir detalladamente los conflictos, desarrollo y resolución de situaciones donde intervienen terceras personas con las cuales las relatoras se hallan relacionadas, por lo que el uso del pronombre “nosotros” es imprescindible y más constantemente usado que el pronombre “yo” en las narrativas femeninas de este género discursivo.

En el comienzo de su autobiografía doña Fátima se refiere a la infancia, a la orfandad, a la rigidez con que su madre los educó y al aprendizaje del trabajo agrícola. Destaca en el siguiente fragmento el uso de “nosotros”, en el que abarca a sus hermanos y hermanas, definiendo la forma como estaba conformada su familia.

1. NOSOTROS fuimos huérfanos. Se murió mi papá cuando estabamos'n chicos
2. ¿Verdá? Entonces... fuimos ocho de familia: cuatro hombres y cuatro mujeres.
3. Y mi mamá me acuerdo que...en paz descanse, decía:
4. "Hijas, no hay más de meterle a trabajar": Plantar muchos magueyes,
5. y luego, a...cercar ¿verdad? que pa' que los animales no se comieran los
6. magueyes. Y ¡siempre nos traiba en friega! ¡Dios la haiga perdonado!
7. Así es de que, NOSOTROS supimos de sembrar, azadonear,
8. despuntar, cortar rastrojo, bueno, pizarcar y todo ...

Fátima. Originaria de Carrizales, residente temporal de Totatiche y California.

En el comienzo de su narrativa por su parte, don Fermín refiere también a la muerte de sus padres y se remite a una niñez caracterizada por la falta de dinero en la que su posesión de tierras se explica por la transmisión de la herencia que provenía de sus abuelos maternos. A pesar de las diversas referencias a la familia de origen y la mención implícita de sus hermanos, a través de las cuáles el narrador logra introducirnos a su pasado más lejano, en el inicio de su autobiografía este hombre no se apoya en el pronombre “nosotros” sino, en la referencia constante al “yo”:

9. ¿YO qué le cuento? De cuando YO viví para acá
10. YO vivía ahí con doña Lupe pos' mucha pobreza
11. y muncha, muncha necesidad todo eso.
12. Entonces pos' este cuando murió mi madre
13. YO tenía cuatro años y ‘tonces pos' hicieron su arreglo y:
14. Que arreglo fulano, pa' fulana, y fulano pa' fulano, y
15. que mi abuela también le dieron su escritura.

16. Entonces ya allí me hicieron la constancia,
17. se la hicieron a mi padre, de que esa parte era, era, era,
18. la que tenía él para, para el menor, que soy YO.

Fermín. Nacido en Carrizales, migrante estacional en la costa de Nayarit.

Al usar de forma distinta la primera persona en sus autobiografías, hombres y mujeres presentan identidades sociales distintas. Los relatores construyen situaciones complicadas y adversas que ellos, los protagonistas centrales, logran resolver con éxito. Su triunfo sobre la adversidad es narrado de forma despreocupada e incluso de forma humorística. En suma, la imagen ofrecida por estas narrativas, centradas en las aventuras experimentadas mientras se busca trabajo o se aprende un nuevo oficio, remite a la imagen de hombres que actúan en lo individual y que logran sobreponerse, por sí mismos, a las dificultades y contingencias de la vida. Por lo que concierne a las mujeres, la descripción afligida de problemas con los cónyuges y los hijos, e incluso la inserción de los conflictos maritales de otros miembros de su familia en la narración de su autobiografía, ofrecen en cambio la imagen de las mujeres como seres sociales vulnerables, sujetos a las acciones y decisiones del grupo familiar para estructurar su propia vida; las narradoras se presentan también como las canalizadoras dolientes del conjunto de adversidades que la familia ha enfrentado y que no necesariamente tienen, como en las narrativas masculinas, un desenlace afortunado o circunstancias para celebrar.

Este capítulo está formado por autobiografías que habitantes de Carrizales elaboraron expresamente para describir las transformaciones en el modo de vida de su pueblo, tomando como punto de partida la niñez. A partir de esta pregunta central, hombres y mujeres desarrollaron amplias narrativas acerca de la historia personal. La reconstrucción de la historia local para estos hablantes, adquiere sentido a través de la reflexión y en la definición de sus autopercepciones: las experiencias de trabajo dentro y fuera del pueblo, la forma de relacionarse con los padres, hermanos, esposos y miembros de la familia extensa, peleas familiares por herencias, así como la propiedad de casas y terrenos destacan como contenidos privilegiados por estos narradores para presentar el yo. Si bien en la narración de la historia personal cada relator tiene una gran flexibilidad para diseñar una determinada

identidad social, al privilegiar ciertos contenidos, el uso de un determinado léxico y formas particulares de expresarse, hombres y mujeres diseñan estilos narrativos distintos. Los modos de presentarse a sí mismo observados en el conjunto de estas narrativas, el uso diferencial de elementos pragmáticos y los particulares modos de narrar la vida, revelan ciertas regularidades en las maneras como los narradores de cada género social elaboran su propia historia. El principal propósito de este capítulo es identificar estos elementos principales, a través de los cuales, al relatar su vida a una persona ajena al pueblo hombres y mujeres construyen su identidad social, al mismo tiempo que constituyen también discursos locales de la masculinidad y la feminidad.

4.1 Narrativas del yo.

Las narrativas autobiográficas se caracterizan por la conjunción, en el mismo hablante, de tres roles descritos por Goffman: 1) Autor: Es el creador de la narrativa; 2) Protagonista: La experiencia de los eventos narrados refieren a él mismo; 3) Animador: Es el responsable de reproducir las voces que aparecen en la narrativa. (Blum-Kulka, 1997). Tomando en cuenta la fragilidad de la memoria y la relatividad de los puntos de vista personales en el análisis realizado aquí los relatos sobre la experiencia personal no son considerados como reflejo directo de experiencias pasadas (Ochs y Capps, 1996) sino como un *instrumento cognitivo*: “La actividad narrativa provee a los narradores una oportunidad para dar orden a eventos desconectados y para crear una continuidad entre el pasado y el presente, y entre mundos imaginados” (Ochs y Capps, op.cit.). Herman propone que la historia de vida es una estrategia para interpretar eventos y acciones de personajes particulares: La autobiografía es un *proceso* a través del cual el narrador se posiciona a sí mismo, al mismo tiempo que un *producto* sobre la base de la cual otros interpretan ese yo, como un personaje inserto en la narrativa (Herman, 2000; pag. 961). Johnstone sugiere que los hablantes no usan las historias simplemente para perpetuar una determinada *realidad social*, sino también para crearla y manipularla. Los relatos no son exactamente íconos de un mundo extratextual preexistente a las normas culturales y relaciones sociales; antes bien, por el contrario, los *mundos sociales* creados en dichas historias evidencian la naturaleza del poder creativo manejado por la gente a través del habla (Johnstone, 1987; citada en Johnstone, 1983).

Finalmente, siguiendo una dirección semejante a la de estos autores, Bauman propone que los *eventos* no son el material externo del que las narrativas están hechos, sino, al contrario: “Son las estructuras de significación en la narrativa las que dan coherencia a los eventos para nuestro entendimiento, que nos hacen capaces de construir en el proceso interdependiente de narración e interpretación, una serie coherente de interrelaciones que llamamos evento” (Bauman, 1989; pag.5).

Para responder *quién soy yo*, definir los compromisos y valores que me orientan, lo que es importante y lo que no es, esto es, para definir mi identidad, es indispensable situarse frente a *otros* (Taylor, 1989; Goffman, 1959). En las narrativas autobiográficas el hablante enfrenta el dilema de presentar su persona, frente a determinados oyentes y circunstancias. La identificación de sí mismo, implica, en varios sentidos, una relación estrecha con el lenguaje. El yo se elabora constantemente a través de memorias, diarios personales, cartas, chismes, conversaciones y otros géneros discursivos. El yo se va construyendo paralelamente al proceso de adquisición de la lengua materna, desde la socialización más temprana (Schieffelin & Ochs 1986; Miller, 1994). Esta preponderante función del lenguaje en la construcción de la identidad se mantiene a lo largo de la vida del sujeto, ya sea a través de forma escrita u oral, en las relaciones cara a cara o bien en formas de preguntas hacia el interior, cuando un sujeto se pregunta ¿quién soy? (Taylor, 1989). Al escuchar o elaborar una historia de vida no enfrentamos evidencias directas de la experiencia pasada de los hablantes, sino que nos estamos aproximando a una de las herramientas cognitivas a través de las cuáles los narradores se diferencian y se definen en relación a otros. Hombres y mujeres hablan de distintas maneras acerca de su vida. Utilizan estrategias narrativas distintas, privilegian contenidos, situaciones y problemas diferentes, así como también aplican distintos criterios cuando deciden incluir o excluir a los personajes cuya identificación contribuye para construir la propia ubicación social del narrador frente al oyente.

En los siguientes apartados presento las síntesis de los contenidos y los contextos en que cada autobiografía fue elaborada. En cada caso incluyo sólo un fragmento de la transcripción de cada relato. En estas transcripciones he respetado la construcción gramatical registrada en la grabación. No he añadido ni omitido ninguna palabra y tampoco he corregido la pronunciación ni completado las frases inconclusas de las

narrativas. Entre paréntesis se indican los fragmentos incomprensibles en la grabación o se agregan posibles sugerencias para completar el sentido de las frases. Los cortes de la transcripción que interrumpen la secuencia exacta de la narrativa se indican con puntos suspensivos entre paréntesis.

En la lectura de las narrativas debemos poner especial atención a los vocablos destacados con mayúsculas. Todos estos serán referidos y analizados en conjunto en una sección posterior.

4.2 Cuerpos, distancias: El yo femenino.

En las siguientes transcripciones observamos íconos que la mayoría de las mujeres de la localidad utilizaron al elaborar su autobiografía: la posesión de *casas* y *terrenos*, así como la relación con el *cuerpo* (parto, sexualidad, hostigamiento) ocupan una parte sobresaliente de estos relatos de vida. La *reproducción discursiva directa* (es decir, la elaboración de diálogos que pretenden repetir fielmente actos de habla realizados en el pasado) especialmente utilizada en las cláusulas que conciernen a los asuntos relacionados con el cuerpo, revela el esfuerzo de las narradoras para situar al oyente en el contexto descrito y para darle verosimilitud a los sucesos narrados (Lucy, 1993). Adicionalmente, la introducción del oyente-lector a las circunstancias descritas se refuerza en estos relatos a través de expresiones frecuentemente utilizadas por estas mujeres (*todo, nada*) o con el uso de aumentativos. En la descripción de los eventos relacionados también con el cuerpo y la sexualidad, destacan del mismo modo varias formas indirectas de referirse a las personas involucradas en los relatos. Finalmente, hay que tomar en cuenta que en una parte de las narrativas de mujeres el *trabajo* es también constantemente referido, no para asumirlo como una responsabilidad femenina sino para definirlo, implícita y explícitamente, como una obligación que los hombres de la familia deberían de cumplir.

4.2.1 "Qué vida tan triste": Fátima

A dos calles del Santuario del Señor de los Rayos, frente a la plaza del pueblo, se ubica la hermosa y fresca casa de doña Fátima. De la misma manera como en la mayor parte de las viviendas de Temastián, la cantera rosada predomina en la fachada y en el interior. Sus techos altos, habitaciones amplias, y las numerosas plantas que doña Fátima se esfuerza por mantener vivas, a pesar del intenso calor y de las prolongadas ausencias de su dueña, le dan

a la casa un clima increíblemente cómodo, aún en medio del sopor de una tarde de Semana Santa, en el mes de abril.

Doña Fátima nos recibe amablemente, aunque su rostro está marcado por pronunciadas ojeras, su paso es lento, su voz apagada y sus palabras aletargadas, y hay que hacer un gran esfuerzo para no perderlas. La prima de doña Fátima me introdujo a la casa y a la historia de esta mujer. Me habló de su “bondad” y de la ayuda que ha recibido de su parte muchas veces. En esa ocasión, doña Lola le llevó una cubeta de frijol que acababa de cosechar de su parcela; no quería llegar con las “manos vacías” ahora que su prima acababa de llegar de California y planeaba pasar una temporada en el pueblo donde fue a vivir desde que se casó.

Doña Fátima acepta sin resistencia mi intromisión a su casa y nos ofrece un paseo para recorrer toda la vivienda. Recorremos el jardín, la inmensa cocina, el antiguo corral (establo), los dormitorios limpios, ordenados y completamente amueblados; el orden de las habitaciones refleja también un sutil aspecto de inutilidad, pues la mayor parte del año no tienen más ocupantes además de doña Fátima y su esposo. Finalmente nos detenemos en el espacio que alguna vez doña Fátima planeó usar como tienda de abarrotes, pero que no pudo poner a funcionar debido a sus constantes viajes y al traslado definitivo de todos sus hijos a California. El local, comunicado a la casa, es ahora una bodega, donde se han ido acumulando múltiples regalos que doña Fátima ha recibido de sus hijos, y otros objetos que seguramente no tendrán más utilidad, pues doña Fátima pronostica que ninguno de sus hijos radicados en California volverá a vivir al pueblo de Jalisco donde nacieron.

Doña Fátima le muestra a su prima una parte de la ropa que ahora está en desuso y que “no sabe dónde poner”. Luego de expresar su admiración especial por algunos vestidos, la prima de doña Fátima se hace acreedora a una nueva colección que le permitirá renovar su desgastado guardarropa. Nuestra anfitriona inicia entonces un nuevo recorrido para mostrarnos otros objetos en perfecto estado que quiere vender porque están en completo abandono. La televisión de 25 pulgadas, por ejemplo, “es mucho pa’nosotros”, nos dice doña Fátima con una voz sorda que parece ir más destinada a su propio interior que a nuestros oídos. La misma mujer reseña entonces la procedencia de otros objetos ahora inútiles, sin atender nuestras respuestas o comentarios. En una caja de cartón sobresale una mochila de cuero que una de sus nietas olvidó en su última visita. Doña Fátima me la regala

diciendo que “a mí” sí me será de utilidad. La dueña de la casa nos invita entonces a descansar. Antes de que su prima abandone la casa, le mete en un costal todas las prendas y objetos que caben en él, y que considera pueden ser de utilidad en el rancho vecino donde ella vive. Doña Fátima y yo estamos al fin a solas, para hablar de sus recuerdos del pueblo donde nació y creció rodeada de sus hermanos y sus primos.

Nuestra conversación se lleva a cabo en medio de la soledad y la completa quietud que envuelven al pueblo. Los peregrinos que vienen de otras poblaciones a “pagar una manda” o a “pedir un favor” al Señor de los Rayos, patrón de la parroquia de Temastián, son los únicos caminantes que deambulan por las calles, desafiando el calor del mediodía. El silencio apacible sólo es interrumpido por las campanadas del Santuario que suenan cada cuarto de hora o cuando llaman a misa. En la enorme cocina, que igual que el resto de la casa, está perfectamente equipada y cuenta con todos los servicios necesarios para su funcionamiento, doña Fátima prepara la comida y espera a su marido mientras conversamos. Doña Fátima inicia entonces uno de los diálogos que dedicamos a la recapitulación de situaciones y relaciones que, en su propia versión, han constituido el conjunto de su historia personal.

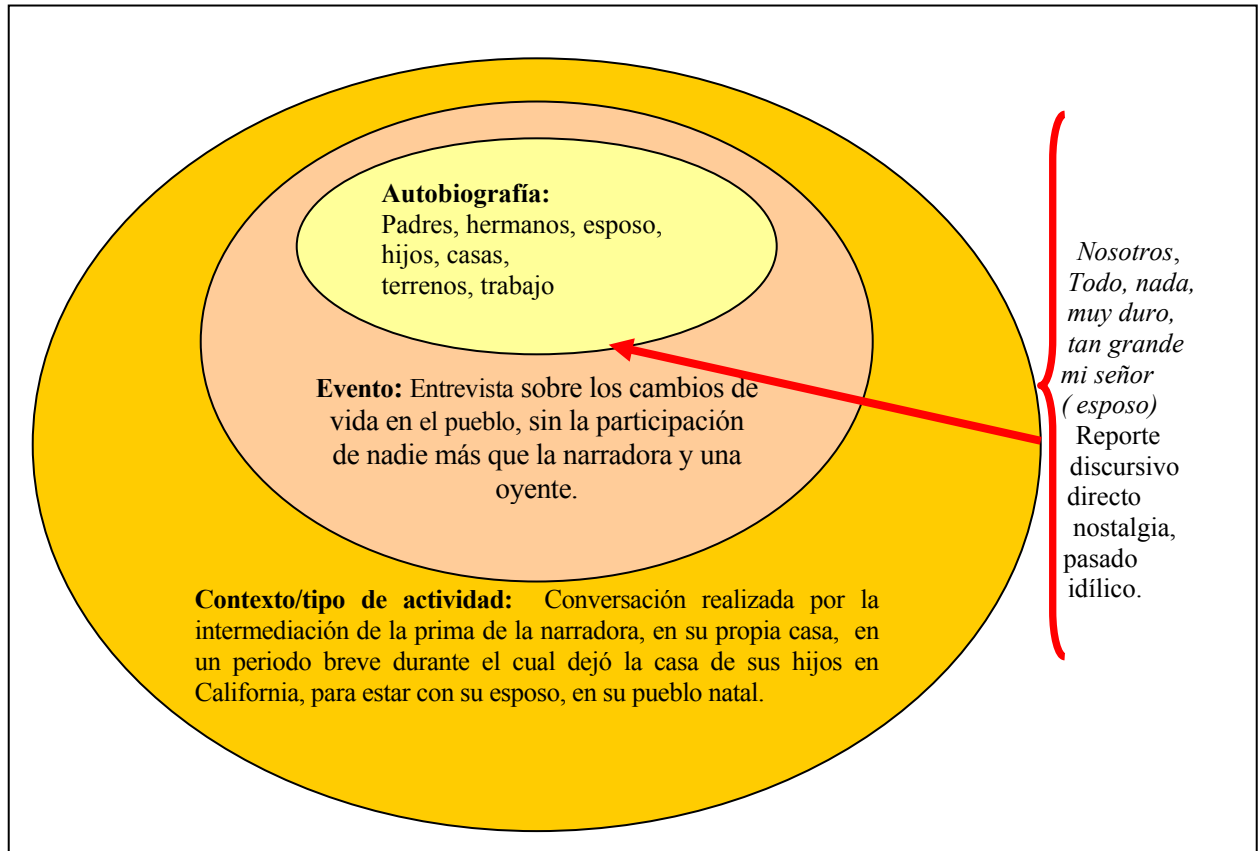
Doña Fátima, quien no recuerda su fecha de nacimiento pero dice tener más de setenta años, empieza su autobiografía con una ubicación temporal que le da una gran verosimilitud: La narrativa empieza con la descripción de la niñez y de su relación con los padres y los hermanos. Inmediatamente, hace la transición a circunstancias y conflictos que corresponden a los cambios en su identidad social y que también tienen un orden temporal lógico: Su matrimonio y su relación su esposo, la maternidad y la relación con sus hijos. En la intersección de estas tres identidades (hija, esposa, madre) doña Fátima describe constantemente la falta de dinero y la inestabilidad de su familia por las necesidades materiales. Para ella, esta “necesidad” es la causa de que sus hijos se hayan desterrado” de Totatiche, de que se fueran buscando trabajo a los Estados Unidos y de que finalmente relegaran los planes que ella había vislumbrado de poner una tienda en el pueblo y de construir una casa en uno de los terrenos de su esposo para sembrar y tener ganado, como hicieron sus padres y sus hermanos. Su esposo aparece desinteresado en el trabajo, en la realización de tareas para la sobrevivencia económica que doña Fátima, en contraste con su marido, asegura haber aprendido de su familia de origen y haber transmitido también a sus

hijos desde que eran muy pequeños. Su historia individual está intersectada también con la descripción de otras situaciones y conflictos familiares: Habla del distanciamiento entre ella y uno de sus hermanos desde que el hijo menor de este se apropió del terreno que la madre de doña Fátima dejó intestado. La mujer explica también que mientras todavía vivía su madre, una de sus hermanas se apoderó de una parte de sus propiedades. Doña Fátima se dice dolida y distanciada de sus familiares por estos “abusos” y “traiciones” que sus parientes cometieron incluso cuando su madre estaba viva. La narración en conjunto está permeada de un tono nostálgico, de pérdida y de duelo por lo que debería de haber sido y no pudo ser; especialmente en la relación con su esposo y sus hijos. La “tristeza” que le produce la reflexión sobre su vida es explícitamente expresada en varios fragmentos. La niñez es representada de forma sublime: Las dificultades económicas de entonces fueron contrarrestadas por la “bondad” de sus hermanos que no la maltrataron ni la abandonaron cuando murieron sus padres. Pero la vida ideal quedó atrás, se ve transformada abruptamente por el matrimonio y la imposibilidad de mantener a los hijos viviendo en casa, en el pueblo, vinculados todos por un mismo plan de vida fincado alrededor de la vida rancho:

19. Yo me digo: *¡Qué vida TAN triste!*
20. Después: *¿Qué cambia? Se casa uno y...*
21. mi señor (esposo) éste no se preocupa ¡por NADA!
22. Oye, yo me desesperaba, llegaban las aguas:
23. *"Vamos a sembrar, ándale"*
24. Y... porque tiene tierras; dónde sembrar en propiedad.
25. ¡Él no! Y se me hacía a mí MUY DURO yo decía:
26. *¿Con qué nos vamos a mantener nosotros si no sembramos si no...?*
27. Pero mira: Dios es TAN grande que...que si nos mantuvimos.
28. Tuve mis hijos; pues desde chiquitos: *Ándenle hijos vamos... vamos a sembrar*
29. *más que sea talacha como sea, unos elotes.*
30. No ya... uno de ellos decía: *"No: Vamos alquilando unas mulas"*
31. Y sembrábanos dos o tres días. Y no te imaginas esos días que sembrabanos
32. y ellos chiquillos todos. Pos' sí me ayudaban, me daban ánimo pero...

33. no te imaginas el maíz que sacábamos aquel, nos rendía TANTO nuestra
34. cosechita. Y yo NUNCA, NUNCA quise que estuvieran así nomás de ociosos

FORMA, CONTENIDO Y CONTEXTO



La vida de doña Fátima no puede ser interpretada sino como el resultado de una desgracia tras otra. Implícitamente, la mujer hace responsable a su esposo de que sus hijos hayan tenido que dejar Temastlán y de que los proyectos familiares, pensados por ella, se hayan dejado de lado. Su esposo no cumplió con la función de proveedor pero sus hijos sí, porque ella los enseñó; porque ella misma aprendió de su madre y sus hermanos (hombres) que esta es una habilidad imprescindible en la vida; aunque desafortunadamente el esposo de la narradora no parece haber sido educado con las mismas ideas lo que resulta sumamente decepcionante para esta mujer. En la autobiografía de doña Fátima la referencia a los roles de hombres y mujeres en la familia es tan fuerte, que su narrativa autobiográfica está mezclada y estrechamente entrelazada con la descripción de los conflictos maritales entre terceras personas (chisme). Al

relatar lo que ha sido su vida, cómo se ha relacionado con su esposo y sus hijos, doña Fátima tiene la necesidad de referirse también al fracaso o decepción de otras relaciones maritales que, implícitamente, parecen reforzar los ideales femeninos y masculinos evocados en su propia narrativa. Así, luego de explicar ciertas diferencias con su esposo, la relatora se dedica también a reconstruir la desafortunada vida de su hermano debido a que se casó con una mujer “curra” que no cumple con sus obligaciones: Darle de comer a su esposo, limpiar su casa y lavar su ropa, y a los problemas que luego han tenido también los hijos de su hermano por casarse con mujeres “gallotonas”, que estaban más interesadas en tener una posición económica fuerte y al no encontrarla con sus esposos, se separaron de ellos. La fatalidad de estas trayectorias individuales y maritales, y la visión afligida de doña Fátima se refuerza a lo largo de su narrativa por el uso de intensificadores señalados con mayúsculas y por la reproducción directa de su propia voz, con la que se representa educando a sus hijos, pidiéndole a su esposo que trabajara y reflexionando sobre su pasado.

4.2.2 Yo así me pasó: Carmela

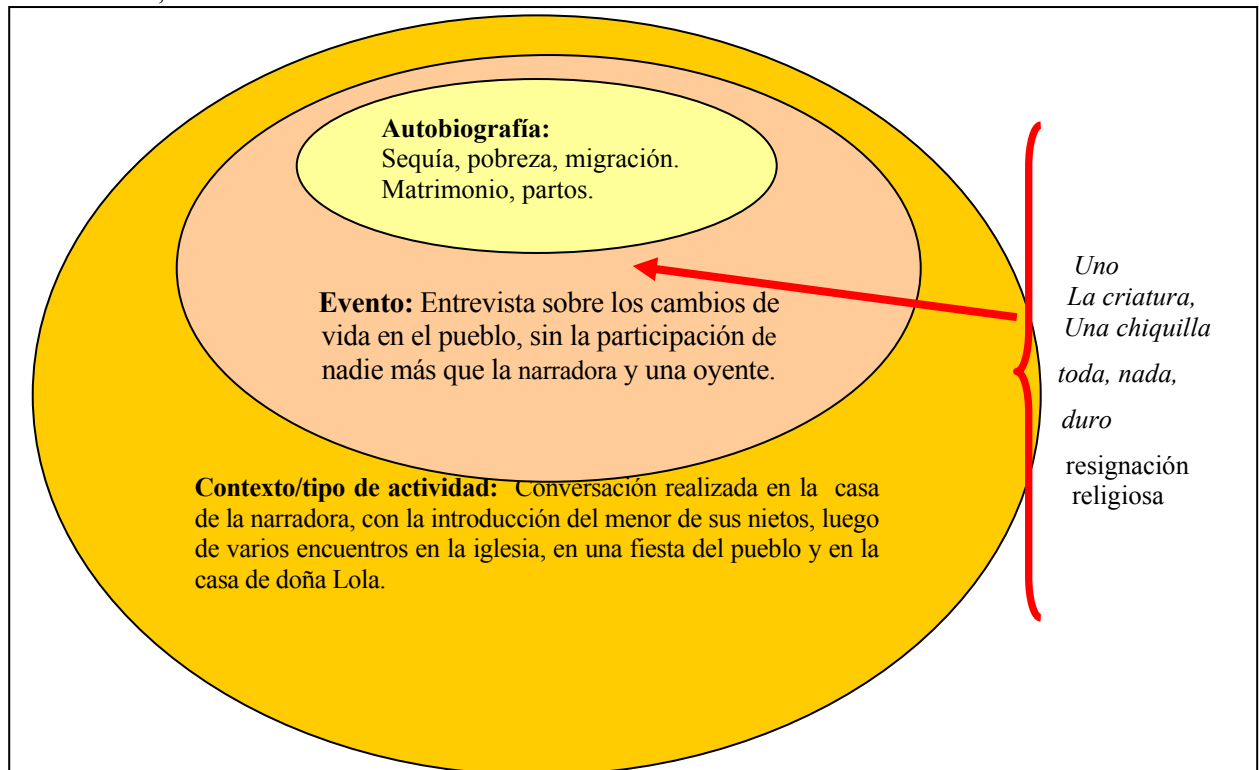
Doña Carmela nació hace 78 años en Carrizales. A diferencia de una buena parte de sus paisanos, esta mujer ha permanecido toda su vida en el mismo pueblo donde nació. Casada a los 23 años de edad, tuvo seis hijos. Todos ellos emigraron siendo muy jóvenes a otros pueblos de Jalisco. Doña Carmela fue abandonada por su esposo cuando tenía alrededor de 35 años de edad y estaba embarazada del último de sus hijos. Su esposo trabajaba como peón agrícola en diversos pueblos del estado de Coahuila. Durante una de esas temporadas de trabajo fuera del pueblo, el esposo de doña Carmela se unió a otra mujer y se separó de su esposa e hijos. A pesar de que hace varios años que ninguno de los hijos de doña Carmela radica ya en el pueblo donde nacieron, en la actualidad ella sigue viviendo en Carrizales, donde cuida a dos nietos suyos, de quienes se ha hecho cargo durante toda su vida y que la llaman *mamá*. Uno de ellos, de alrededor de 30 años quedó huérfano a temprana edad. Nació como parte de una relación no matrimonial y a la muerte de su madre quedó a cargo de doña Carmela. Él permanece soltero y se hace cargo de las labores agrícolas que son el principal sustento de doña Carmela. El otro nieto tiene apenas 13 años de edad. Nació también en una relación no matrimonial. Desde que era muy pequeño, su madre fue a vivir a un poblado cercano a la capital de Jalisco, donde encontró trabajo de

obrero en una fábrica de ropa. La hija de doña Carmela se separó definitivamente de su familia poco después de que su propio hijo nació y, del mismo modo que el esposo de doña Carmela, no volvió nunca a vivir en Carrizales. Así, en la última parte de su vida doña Carmela vivió cuidando a dos sus nietos, quienes siguen a su lado y también cuidan de ella. Al recapitular su vida, esta mujer describe los cambios climáticos que han agudizado la sequía y los problemas para la producción agrícola en el pueblo. Doña Carmela explica estos cambios apoyándose en una leyenda local sobre la maldición que un sacerdote hizo a los habitantes de Carrizales. Por su falta de fe y apego a la iglesia católica, un cura los condenó a la falta de agua. Ahora los pobladores están pagando su incredulidad y no hay buenas cosechas porque no llueve. Doña Carmela pone un énfasis especial en la reducción de la población local, el desarraigo que se ha hecho más marcado en los últimos años por la búsqueda de trabajo en Estados Unidos y expresa así sus expectativas de la próxima extinción del poblado. Este tema la lleva a mencionar a los miembros de su familia que han muerto y a los que “ya no cuentan” porque ya no viven en Carrizales, entre ellos incluye a todos sus hijos. La evocación de "dios" para garantizar la sobrevivencia y "lo que vendrá" están intercalados en la mayor parte de su narración, dándole así un carácter de triste resignación religiosa frente al destino que se impone. La fatal incertidumbre inherente a la vida que doña Carmela describe se resume en una lección: "*Sabemos donde nacemos, porque nos dicen, pero nadie nos dice donde vamos a acabar*". Al hablar de los nietos a los que ha "criado", la falta de educación escolar de sus hijos y el abandono del esposo, hace una reseña detallada de su experiencia en los partos:

35. A puras ánimas santas que dios lo cuidó a uno, primeramente.
36. Porque ¿se imagina?, Hmmm...¿se imagina?
37. Mire a mí me tocó: los, los primeros que fue:
38. fue Cesáreo, fue Jacinto, fue Baudelio;
39. esos todavía, yo siquiera tenía a mi mamá.
40. Luego una señora que, por que, que me acompañó a mí ()
41. y era TODO: Ni una medicina, ni una...pos' ¡NADA! ¡NADA!
42. Más de que; ya le damos () a la hora que fuera
43. ya nacía la criatura y ya arreglado ()
44. quitar uno lo que debía de ser, y ya ()

45. Yo a mí me tocó, aliviarme sólo con dos ()
46. NOMÁS yo y mi alma, así como le digo.
47. Y bendito sea dios: Aquí estoy.
48. Pos' que me se llegó el rato ().
49. Ahí me tendí en mi cama, allí me acomodé todo lo que fuera ()
50. Ya. Ahí. Ahí pasó. Ya que está el chiquillo ya me acomodé,
51. le arreglé sus MANITAS, lo estiré para ()
52. Ya me llegó otra señora por ahí, ya ella le quitó el ombligo
53. Eso fue TODO.
54. Yo me acuerdo, que yo cuando
55. una chiquilla, que nació, casi como cuatro meses ()
56. y yo con unos dolores aquí, aquí así (señalando el vientre).
57. ¡Pero viera usted qué dolores!
58. En la noche salía al baño en cuatro pies
59. ahí pa' que le malicie, como, como estaba.
60. ¿Pa' que digo que yo... ? ¿Pos' cómo?
61. ¡NADA! ¿Cuál medicina? ¿Cuál? NADA, NADA, NADA.
62. Entonces era DURO el tiempo porque
63. yo así me pasó.

FORMA, CONTENIDO Y CONTEXTO



Este fragmento de la narrativa de doña Carmela está centrado en su gran sufrimiento físico. Quizá debido a la amargura provocada por estos recuerdos, esta relatora decide referirse a ellos de la forma más lejana e indirecta posible: En el proceso de parto que describe, la relación con el cuerpo femenino es referida de forma ambigua e indirecta (aunque no por eso el proceso descrito es incomprensible para el oyente y el lector). Hay que notar que la relatora no utiliza en toda su narrativa el término “hijo”, ni tampoco la palabra “partera” y ni una expresión que refiera exactamente al alumbramiento; estos procesos y personas son referidos por la narradora a través de frases como “la criatura”, “una señora” o “aliviarme”. Como veremos a continuación, las expresiones indirectas de esta anciana a los hijos mientras se narra el proceso de parto, son semejantes a las de doña Refugio, así como también son contrastantes con la forma tan directa y cálida como doña Fátima se refiere a la relación con sus hijos, en la descripción de contextos y circunstancias distintos al embarazo o al alumbramiento. La inexistencia de reportes discursivos en estas cláusulas nos permite sugerir que doña Carmela quiere establecer una lejanía con el dolor corporal sufrido durante los partos. No tiene interés en reproducir fielmente lo ocurrido en el pasado; pero sí enfatiza el dolor sufrido lo enfatiza a través de reforzadores semejantes a los que usó doña Fátima en su narrativa.

4.2.3 *Pújele, pújele*: Refugio

A pesar de no haber nacido en Carrizales, a los 65 años de edad, doña Refugio es capaz de enumerar minuciosamente a las familias que vivían en este pueblo cuando ella era niña. Su recuento corresponden con gran fidelidad a los datos ofrecidos por las mujeres de su misma generación que sí nacieron en Carrizales e incluso agrega nombres y relaciones de parentesco existentes entre ellos, que las nacidas en Carrizales ya olvidaron. Pero la notable capacidad de doña Refugio para recordar a sus vecinos y los saludos que le hace llegar no son correspondidos por las mujeres a las que ella señala como sus amigas de la niñez. Varias señoras niegan haber conocido a doña Refugio y a la familia de la que esta mujer formaba parte. La etapa que doña Refugio vivió en este pueblo parece bastante dudosa hasta que una antigua vecina reconoce, con un cierto dejo de desprecio, que doña

Refugio y su madre sí vivieron en Carrizales: Esta última se había “juntado” con un hombre casado que nació en el municipio de Bolaños, en los límites con el estado de Nayarit y su hija mayor, doña Refugio, vivió en Carrizales hasta que “le quitó el marido” a una mujer del pueblo y ambos se fueron de allí. Seguramente por eso, afirma la mujer que recuerda a doña Refugio “Dios la ha castigado” con la diabetes que sufre ahora y con el olvido en que la han dejado sus hijos que ya no la visitan y no viven en Totatiche.

Doña Refugio, por su parte, dice que nació en Bolaños y fue a vivir a Carrizales cuando su madre, viuda, se casó por segunda vez. En su autobiografía refiere a un intento de abuso sexual de su padrastro, que la obligó a dejar temporalmente la casa donde vivían también su madre y sus dos hermanas. Entonces Refugio tenía 15 años de edad y empezó a trabajar como empleada doméstica en el municipio de Villa Guerrero, vecino de Totatiche, para ayudar a su madre a mantener a sus hermanas. Luego, cuando su padrastro se fue del pueblo, ella regresó a vivir con su madre y sus hermanas, hasta que decidió “juntarse” y se fue de Carrizales con su pareja. La sexualidad juega un papel muy importante en la historia de doña Refugio. El control de su abuela y su madre para evitar las relaciones con los muchachos, las formas de cortejo y noviazgo, el intento de abuso de su padrastro y de otros hombres que buscaban relacionarse sin casarse están descritos con gran detalle en la autobiografía.

Doña Refugio atiende a los clientes de su cervecería mientras habla de estos asuntos y trata de ignorar los comentarios sarcásticos de su esposo: “Si hubiera sabido que no sabías nada de nada, me la hubiera pensado para casarme contigo”, dice el señor cuando la mujer explica que cuando se fue de la casa de su madre, para unirse a su primer pareja, pensaba que su papel “de mujer” consistía “nada más” en llevarle de comer a la parcela y en limpiar la casa donde iba a vivir, ignorando “para lo que iba a servir” (las relaciones sexuales). Doña Refugio contesta a regañadientes a su esposo que esa “inocencia” se tiene durante la niñez y que nadie le habló a ella ni a sus hermanas del matrimonio y la sexualidad; luego agrega, dirigiéndose a mí, que él se casó con ella por el interés de quedarse con su casa y su negocio, y sigue adelante tratando de no perder la coherencia de su relato:

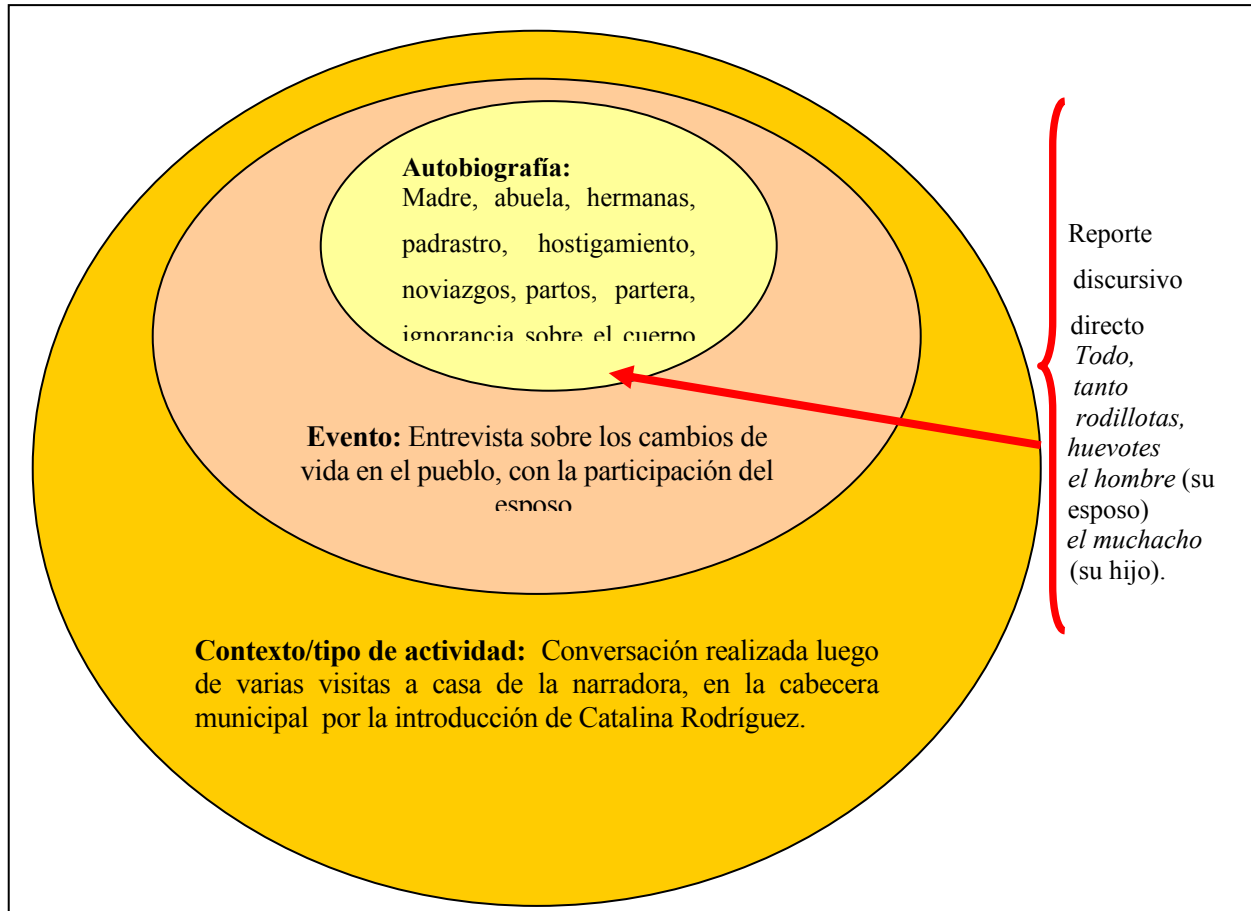
64. Se llegó el tiempo de que yo me embaracé. Se llegó el tiempo.

65. ¿Qué hacía muchacha? Que no me lo cree la gente

66. A las personas que les platico no me lo creen:
67. Me daba aquel dolor, sabrá dios donde.
68. Creo que ni sabía yo dónde ¿Qué hacía?
69. Me agarraba de un durazno (árbol) que había allí
70. y me metía los dedos a la boca, a ver si allí salía la criatura
71. ¿Usté pasa a creer? ¿Usté ignora eso? ¡Ya de veinte años yo!
72. Entonces llega una viejita que la mandaron como de partera ¿verdad?
73. Y entonces llegó a la puerta del patio, me vio lo que estaba haciendo,
74. todavía ni llegaba conmigo, y ya me estaba diciendo; ya, ya me dijo:
75. Partera - *Pero hija de la...¿Pos' que estás haciendo?*
76. Narradora- *Pos' nada*
77. Partera - *¿Pa' que te metes los dedos a la boca?*
78. Narradora - *Pos' a ver si repongo (vomito)*
79. Partera - *Pendeja, taruga hija de la chi..¿Que por ahí te lo metieron?"*
80. Fue MÁS mi escalofrío. MÁS miedo. MÁS horror
81. Ya se fue a llevar la viejita allí,
82. nomás me dio unos MENEONES en la panza
83. y que sabe qué, y luego ya se fue.
84. Por ahí se halló una garrita de rebozo, más antes se usaban los rebozos.
85. Lo dobló bien pos', pos' sabe, sabe qué, y allí, ya lo tendió allí.
86. Lo puso allí. Luego puso un mecate de las vigas y dijo: ¡*Vente acá!*
87. Con aquellos HUEVOTES me hablaba, y yo
88. con aquel dolor tan bruto tan ingrato.
89. Me agarró un escalofrío que estaba yo tiemble y tiemble de frío.
90. Pues ya dijo: *Agárrate de ese mecate y híncale.*
91. Fue un, trajo un banco de esos, sabe de qué sería;
92. se puso detrás de mí, me encajó sus RODILLOTAS
93. aquí en mi rabadilla (señalando).
94. Mire: ¡Tanto que me dolía, y ella con sus RODILLOTAS ahí!
95. Me amarró un rebozo, sabe qué me amarró aquí
96. Y luego me agarró aquí así y: ¡¡*Aaay!!*

97. Y: ¡Ándele cabrona: Pújele y pújele!
98. ¡No se ponía así cuando, sabe qué!
99. Ay, ese muchacho nació, con bolas de, malas palabras
100. Y ya, ya cuando el hombre (el papá del niño) vino de Temastían
101. que había ido a traer aceite sabe qué, que sabe qué tanto
102. y ya el muchacho (el niño recién nacido) ya estaba bañado, ya estaba allí sentado,
103. lo enredaron, en un, en una garra de camisa.
104. Fue todo.

FORMA, CONTENIDO Y CONTEXTO



De forma contrastante con el relato anterior, doña Refugio hace un esfuerzo especial para dar verosimilitud al proceso de parto descrito. Para lograrlo, además de describir detalladamente el alumbramiento, reproduce el descarnado diálogo que tuvo con la partera cuando nació su primer hijo, enfatizando el dolor físico y el sentimiento de vejación a través de los aumentativos que refieren al cuerpo mismo de la partera. En conjunto, el relato logra un efecto realista, brutal y crudo para el oyente. El proceso de parto y la relación con el cuerpo son vívidamente dolorosos e incluso humillantes en esta narrativa. Por último, hay que notar que, de forma semejante a la otra descripción de partos contenida en este capítulo, la narradora se refiere de manera indirecta a la partera, al hijo nacido en este proceso y a su propio esposo, el papá del niño.

4.2 El trabajo de “buscar la vida”: El *yo* masculino

En las siguientes autobiografías el *trabajo* es el ícono predominante. El trabajo es referido en todos los relatos de los hombres del pueblo, tanto para reconstruir la trayectoria de vida, como para referirse a las relaciones establecidas con la familia de origen y la nuclear. No tener trabajo o conseguirlo, se convierte en el eje de las historias de hombres que a partir de esta situación en particular, se describen explorando regiones fuera de su pueblo o del país. La falta de trabajo es asociada en estos relatos a la pobreza del pueblo y a la falta de estabilidad en las vidas de los narradores. Conseguir trabajo y aprender diversos trabajos a través de los que se pueda conseguir algo de dinero, parecen el elemento indispensable para poder establecerse en una localidad, para casarse y también para relacionarse con la familia de origen durante la juventud. La fuerza de este elemento en las autobiografías de todos los hombres del pueblo es resumida en el relato de don Nacho: Cuando no se tiene trabajo hay que salir a “buscar la vida”. En las autobiografías masculinas, los intensificadores y el *reporte discursivo directo* se utilizan justamente en las secuencias que refieren al trabajo: su búsqueda, las experiencias asociadas al desarrollo de diversos oficios e incluso la forma azarosa como un hombre puede verse involucrado repentinamente en trabajos que no planeaba desarrollar, como convertirse en “coyote”. Por último, en cuanto a la forma de estas narrativas, debemos notar que, en contraste con las autobiografías de mujeres, varias descripciones de los hombres son sutilmente atenuadas con el uso de diminutivos y

suavizadores, lo que en suma podemos interpretar como una intención de los autores de matizar la verosimilitud de los hechos descritos.

4.3.1 *Tengo mucho trabajo aquí* : Fermín.

Una tarde de julio, luego de una jornada ardua y calurosa en una de las parcelas de don Pancho, varios de sus peones y él se reunieron para descansar y tomar unas cervezas. En una de las tiendas de abarrotes del pueblo, coincidieron también varios amigos de don Pancho dedicados a actividades no agrícolas: uno de ellos acababa de llegar de California, otros dos eran empleados municipales (igual que el mismo don Pancho) y el cuarto era reconocido como uno de “los más ricos” del municipio, era el dueño de una gasolinera y se rumoraba que también estaba involucrado en negocios ilícitos como el narcotráfico. Por su parte, don Pancho es poseedor de una extensión considerable de tierra en uno de los pueblos vecinos de Carrizales. Además de ser empleado municipal en la sección de obras públicas, don Pancho había ocupado dos veces el puesto de delegado de Temastlán, en el mismo municipio de Totatiche, luego de haber regresado de siete años de residencia en Estados Unidos. En nuestras pláticas anteriores sobre sus experiencias en aquel país, don Pancho me habló con frecuencia de la gran desconfianza que suele existir entre los migrantes indocumentados mientras están en Estados Unidos, incluso entre los mismos paisanos, por la amenaza de los agentes migratorios. Al describir las diversas situaciones en que un migrante indocumentado puede ser sorprendido por los agentes de migración, en tono de broma sugirió varias veces que yo misma podría ser una figura amenazadora para él, pues, desconfiado de mi identidad, decía que podía ser parte de un “grupo especial” de agentes migratorios dedicados a identificar a los migrantes indocumentados en sus propios lugares de origen.

Uno de los hombres que esa tarde llegó a Carrizales buscando a don Pancho era David. Al encontrarlo en la tienda de abarrotes le mostró una deferencia y una atención que perduró durante toda la reunión. A pesar de sus actitudes, dominantes y evasivas, logré averiguar que David era originario de Tamaulipas y hace dos años trabajaba como chofer para el municipio de Totatiche. De alrededor de cuarenta años, mirada desconfiada y lenguaje rudo, interrogando a los presentes sobre su ocupación, lugar de origen y relaciones de parentesco con la gente del pueblo, y evitando a toda costa identificarse él mismo, la aparente fortaleza

de David pareció quebrarse esa tarde, luego de haber tomado varias cervezas y al compartir sus penas de amor: Unas horas después de haber llegado, me contó que mientras había vivido en Estados Unidos había estado "junto" con una mujer durante dos años. Sin admitir preguntas sobre su pareja o los motivos de su separación, David explicó que tenían un año de haberse separado y sólo mostró su nostalgia cuando, recordando a su antigua mujer, dijo que “es duro estar solo”.

“El chino”, de 29 años de edad, también estuvo en esa reunión. Era sobrino de Catalina, la mujer que me había invitado a sembrar a la parcela de don Pancho y que junto con otros jóvenes había trabajado esa tarde para él. “El Chino”, que acababa de llegar de California, me dijo que había permanecido durante tanto tiempo en Estados Unidos que, esta era apenas la segunda vez en su vida que se encontraba con su tía Catalina, quien también se había quedado a la reunión. De manera semejante a las confesiones de David, “El chino” me narró una de las relaciones conyugales que tuvo durante su vida en Estados Unidos. Habló de una mujer con la que vivió hasta que ella decidió ir a trabajar a Chicago, mientras él se quedó viviendo en California. Unos meses después, según me contó “El chino”, la mujer le había escrito a California pidiéndole que le mandara dinero para regresar a vivir con él; había tenido mala suerte en el trabajo y se había quedado sin dinero. “El chino” dijo que no había querido ayudarla para que regresara con él, a pesar de que quería verla, por que ella, igual que todas las mujeres que conoció allá: “Lo único que quieren de los hombres es dinero y comodidades, lujos: Salir a pasear, comer en buenos restaurantes, comprar ropa y tener un buen carro”.

En la reunión de esa tarde participaron también tres mujeres: la dueña del negocio, Catalina, tía de “El chino”, y yo, que también había trabajado en las parcelas de don Pancho esa tarde. Conocedor de “el estudio” sobre las ocupaciones de los migrantes en Estados Unidos que yo realizaba en Carrizales, don Pancho me presentaba con los amigos que habían llegado a visitarlo, y se encargaba también de advertir que llevaba siempre conmigo una grabadora preparada para registrar nuestras conversaciones. Las reacciones de la gente ya entonces eran previsibles para mí: El interés que generaba la presencia de una mujer ajena al pueblo dispuesta a conversar con extraños se inhibía al conocer los propósitos de mis conversaciones. Como ya me había ocurrido con otros hombres del pueblo, los amigos de don Pancho enfrentaron esa tarde una situación ambigua: Disfrutaban la posibilidad de

hacer alarde del poder económico que ostentaban y de las aventuras que habían tenido en sus andanzas por “el Norte”, a través de las presentaciones de su persona que hacían con el pretexto de mi presencia, al mismo tiempo que se sentían incómodos por la posibilidad, sugerida por don Pancho, de que sus narraciones fueran registradas por mí.

Así transcurrió el resto de esa tarde, en que emergieron los discursos de los migrantes, funcionarios municipales y acaudalados locales, que parecían estar más dirigidos a los otros hombres presentes en la reunión, peones agrícolas, sin participación en los circuitos de migración, algunos poseedores de pequeñas parcelas, que a mí misma, “la entrevistadora”. En esa reunión, mi presencia constituyó el vehículo y el pretexto adecuado para triangular conversaciones. Unos cuantos hombres fuereños, don Pancho y sus amigos, quienes tenían una mejor posición económica que los trabajadores agrícolas de Carrizales, acapararon la palabra y las anécdotas de la tarde, para presentar su “yo.” Estos hombres, formaron un círculo con las sillas que la tendera les ofreció, y se turnaron para interrogarme y para presentarse conmigo, al mismo tiempo que utilizaron el pretexto de estar frente a una desconocida para hablar públicamente de su persona, en la presencia de otros hombres del municipio. Mientras tanto, sus paisanos, los trabajadores agrícolas que estaban a expensas de los cigarros y las cervezas que don Pancho y sus amigos nos ofrecían “generosamente”, descansaban sentados en un montón de ladrillos o simplemente hincados en cuclillas, en un rincón del local, mientras observaban y escuchaban en silencio las presentaciones que sus vecinos hacían de sí mismos.

En un determinado momento, “El chino” preguntó mi edad y se presentó como “todo un candidato” (matrimonial) al ser informado por don Pancho, de que yo no estaba casada. “El chino” dijo “no tener vicios” y aclaró que sólo excepcionalmente ese día “estaba tomando porque tuvo una dificultad” con su madre. A continuación, contó la anécdota de una mesera de California que “se burló” por las monedas que “El chino” le dejó de propina. “El chino” recordó con molestia, que la mesera le había dicho “no tener necesidad” de ese dinero, aunque el relator no lo hizo explícito, podemos suponer que las monedas fueron ofensivas para la mesera porque era poco dinero. El joven dedicó una buena parte del relato a explicar que las monedas rechazadas por la mesera tenían un valor, porque habrían sido aceptadas por la “gente que pide limosna en la calle”. Al calor de las cervezas “El chino” repitió esta anécdota cinco o seis veces, explicando (o tal vez tratando

de justificar) una y otra vez porqué él había recogido las monedas que la mesera había dejado en la mesa, y poniendo énfasis en el valor de esas monedas, obtenidas por el esfuerzo puesto en el trabajo. Ya una vez transcurridas varias horas y varias rondas de cervezas, “El chino” tomó la palabra y llamó la atención de los demás, para interrogarme acerca de mi estado civil y mi situación personal. Entonces sugirió la idea de “venir a visitarme” para “platicar”²². Sus preguntas desataron especulaciones de los demás, sobre los intereses matrimoniales del joven migrante quien, además, me invitó a dar paseos por los pueblos de la zona: “Estando a solas” podría “darme mayor información” sobre los temas que me interesa averiguar. La sensación de hostigamiento no fue nueva para mí en el pueblo. Aproveché para expresar públicamente, una vez más, los propósitos y el interés de mis conversaciones. Aclaré que no estaba buscando “paseos” o “entrevistas privadas” con ninguno de los visitantes, y dije que si alguno de los presentes quería contarme sus experiencias, ese era un momento y un espacio adecuado para hacerlo. Intempestivamente, uno de los trabajadores de don Pancho, situado en una esquina del local, se ofreció entonces para narrarme sus experiencias como peón estacional en la costa de Nayarit. Los amigos de don Pancho, ataviados con sus botas de piel, cadenas doradas y sombreros nuevos y limpios, estallaron entonces en carcajadas por las pretensiones del trabajador de colaborar ofreciendo su historia de vida. Los hombres que ya habían dedicado horas a hacer presentaciones ostentosas y pretenciosas de su persona, hicieron escarnio de don Fermín y de su “modo de hablar”. Los otros trabajadores del pueblo en cambio, permanecieron callados y a la expectativa. Sin dudar un momento, dejé el lugar que había estado ocupando al lado de don Pancho, y tomando un pequeño banco de madera, me acerqué a don Fermín, que estaba hincado en cuclillas y se incorporó ligeramente para alcanzar el micrófono de mi grabadora. Con la boca entrecerrada y las palabras velozmente precipitadas, tratando de ignorar las miradas burlonas de los fuereños, don Fermín me dijo que recordaba el primer día que me acerqué a él en la capilla, solicitándole tiempo para una conversación. Empezó entonces a narrarme su vida.

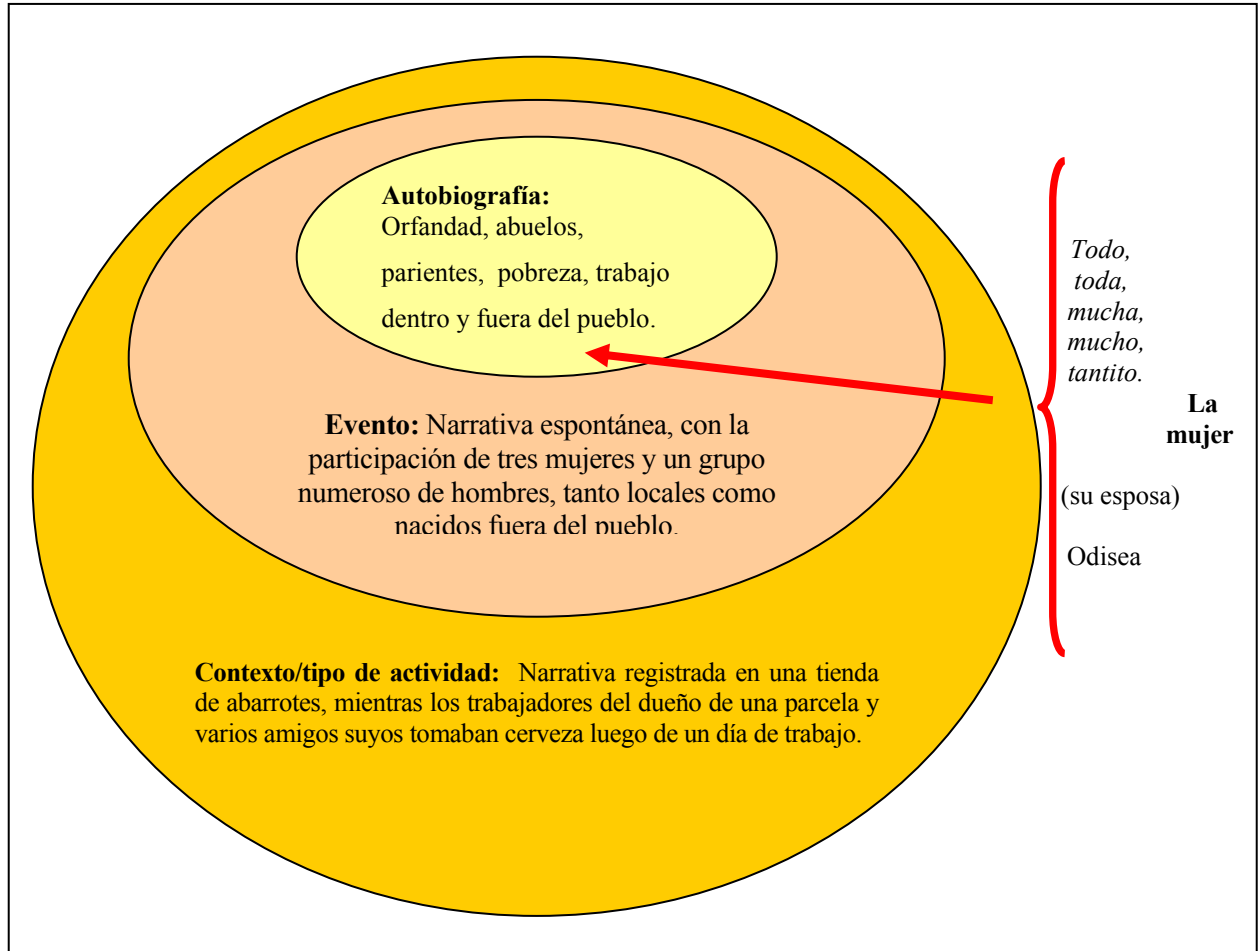
105. YO duré unos años yendo a trabajar allá.

106. O sea: TODA la vida YO me he dedicado...

²² Término usado en la localidad para referirse a relaciones de noviazgo.

107. Bueno 'ora pos' ya no, porque pos' ya no puedo
108. pero YO anduve trabajando
109. en Nayarit desde el 73, 74, no se, ahí así.
110. Ya no le sé porque se acabó
111. MUCHO pronto el trabajo allá.
112. Entonces me vine aquí
113. y aquí me encontré otro trabajo.
114. Tengo MUCHO trabajo aquí
115. porque yo aprendí TANTITO de albañilería.
116. NO MUCHO, pero a mí me, a mí me sirve.
117. A mí me mantuvo esos años
118. en años pasados me mantuvo:
119. Fui a Bolaños () trabajé en las carreteras que también ().
120. Uy como le digo:
121. A mí , a mí, me daban trabajo de eso
122. me pagaban; que era lo que a mí me importaba.
123. ¡No bien! Ahí está este la ... (riendo, al interrumpir la frase que
aparentemente se encaminaba a decir: la chingadera)
124. No, no me siento ¿cómo le digo?
125. MUY competente ¿Edá?
126. Que...un buen, un buen sueldo ¿Edá?
127. No, no, NUNCA lo gané yo ¿Edá?
128. ¡Ni lo he ganado! Ya ahora menos.
129. Pero a mí de todos modos
130. me daban trabajo, Y sí, y me mantuvo a mí ese trabajo.
131. Entonces...y...allá en Nayarit es MUCHA labor, MUCHO trabajo:
132. de pizza, de maíz, de frijol; con MUCHA plaga, garrapata que...
133. Bueno YO, le platicaba aquí a LA MUJER (su esposa)
134. y, le dije: ¡Pos' eso es andar allá!

FORMA, CONTENIDO Y CONTEXTO



En la descripción de la búsqueda y obtención de trabajo, don Fermín combina el uso de intensificadores y suavizadores que en suma, logran comunicar una imagen “modesta” de su persona, que a pesar de ser “modesta” está firmemente estructurada y enaltecida por la posibilidad de encontrar trabajo y ganar dinero para mantenerse a él y su familia. El reporte discursivo directo en esta narrativa aparece justamente en el diálogo donde él habla con su esposa de las experiencias de trabajo, lo que ratifica la importancia de esta experiencia de trabajo para el relator. Vemos también que a pesar de referirse a varios miembros de su familia de origen y su familia nuclear, don Fermín no utiliza en estas secuencias de a narrativa pronombre de la primera persona en plural. Por el contrario, la mayor parte de las cláusulas en las que refiere a su vida están estructuradas a través del pronombre “yo”.

4.3.2 “Yo les daba todo”: Nacho

Don Nacho es el hombre más conocido en el pueblo por su gran habilidad para contar cómo era el pueblo cuando él era niño y le ayudaba a su tío a trabajar las parcelas que tenía en Carrizales, aunque él vivía en la cabecera de Totatiche. Don Nacho con gran disposición y con un gran sentido del humor, comparte las vivencias que le ha dejado su vida trashumante por el país y el aprendizaje que tuvo de una gran diversidad de oficios durante sus andanzas. Cuando tenía 47 años de edad, este hombre se casó con una mujer de Carrizales. Ella era viuda y tenía una hija de su primer matrimonio. A los 74 años de edad, cuando están por cumplir 25 años de casados, don Nacho es capaz de reproducir, una y otra vez, guardando una gran fidelidad en sus repetidas versiones, el modo como cortejó y obtuvo el consentimiento para casarse de la mujer que ahora es su esposa: “La mujer que se animó a aguantarlo”, como él dice cariñosamente. Don Nacho salió con todos sus hermanos de Totatiche, cuando era niño y su padre decidió llevarse a toda su familia a Guadalajara. Luego de haber pasado una parte importante de su vida fuera de Totatiche, mientras recorrió la mayor parte del país, desde poblados chiapanecos hasta estados del norte de México, así como localidades norteamericanas en el estado de Texas, don Nacho se quedó a vivir en Carrizales, el pueblo donde nació su esposa y donde ahora ambos se mantienen con el trabajo en las parcelas que su esposa heredó de su padre. El hijo que don Nacho tuvo con su esposa vive en California y la hija del primer matrimonio en Guadalajara.

En una estrecha relación con don Nacho y su esposa, registré fragmentos de una autobiografía que elaboró en distintas ocasiones. Al terminar su trabajo don Nacho estaba generalmente dispuesto a dedicar una parte de la tarde a narrar sus anécdotas fuera del pueblo, mientras su esposa y yo escuchábamos con gran avidez. Don Nacho estaba dispuesto a hablar y generalmente, no interrumpía el orden de sus narraciones para contestar las preguntas o las interrupciones de su esposa. A diferencia de ella, quien permanentemente me interrogaba sobre asuntos familiares y personales antes de hablarme de sí misma, don Nacho no buscó nunca interrogarme directamente, ni condicionó sus pláticas a un previo reconocimiento entre nosotros. Nuestra relación se desarrolló con la intermediación de su esposa, que fue quien me presentó con don Nacho y propició siempre las reuniones para registrar las narraciones en las que ella también participó como oyente y

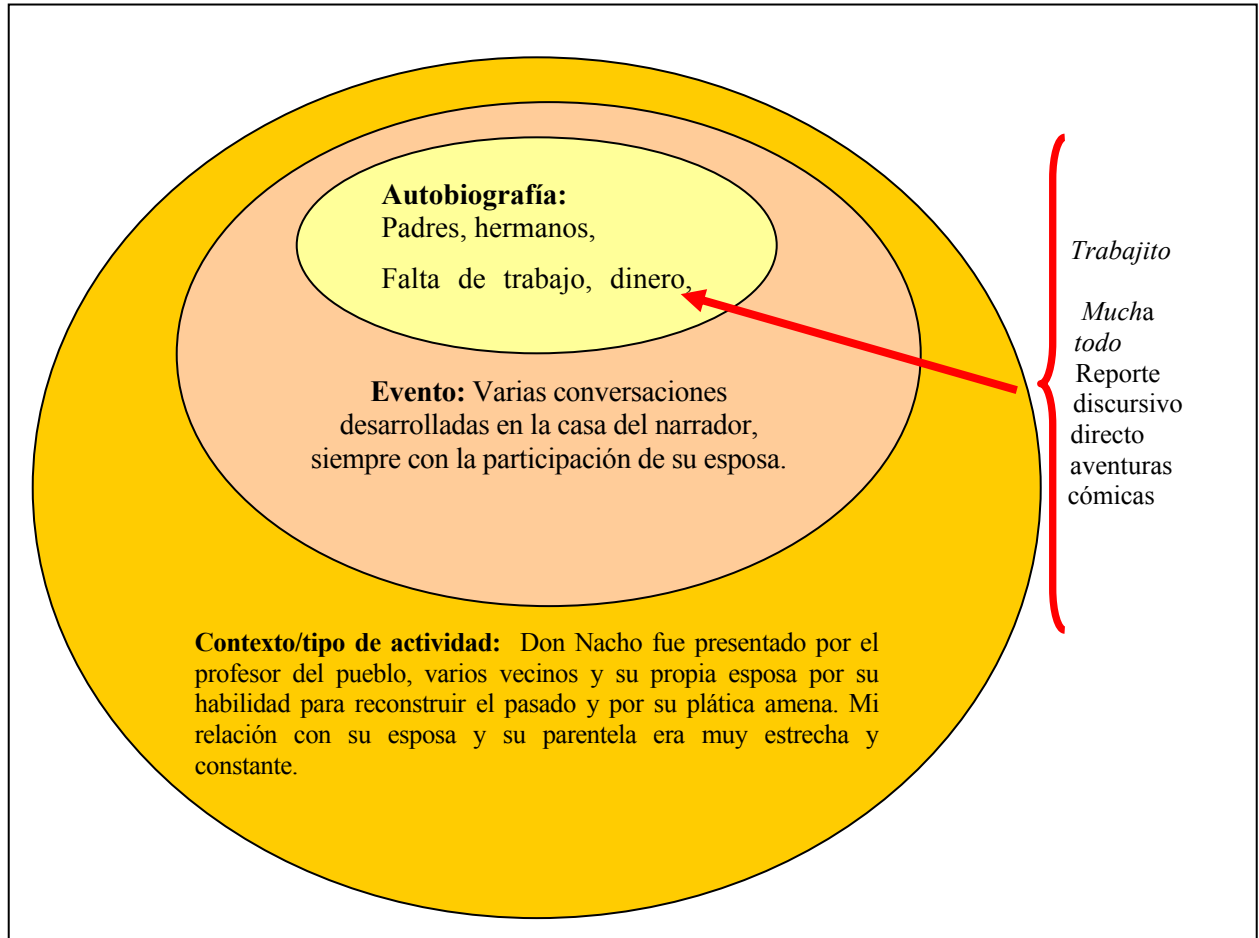
colaborando con preguntas o aclaraciones. Del mismo modo, este narrador jamás hizo preguntas sobre la familia con la que vivía, ni introdujo conversaciones donde terceros fueran el tema.

En la mayor parte de las narrativas autobiográficas de don Nacho sobresalen descripciones acerca de: i) Los lugares y poblados que conoció durante su vida nómada, ii) La forma como conoció y se relacionó con las personas que le ofrecieron trabajo, y iii) El modo como aprendió y desempeñó sus diversos oficios: trabajos agrícolas, en la construcción, vendedor ambulante, mesero, artesano, carpintero, panadero, sastre, cargador y obrero, entre otros. El gran humor con que don Nacho relata las peripecias y aventuras hábilmente resueltas mientras no tuvo un lugar de residencia fijo, frecuentemente contrastaba con una frase que usaba al terminar la narrativa en turno: “A esta edad sólo se puede vivir de recuerdos, ya no se puede trabajar”. El trabajo y la búsqueda de trabajo fuera del municipio, es el punto de partida para gran parte de sus historias. Su importancia, es sintetizada en la idea de don Nacho de haber salido del pueblo para ir a “Buscar la vida”:

135. Entonces, cuando ya mi papá vió
136. que todos estábamos medios grandes
137. y que allí en Totatiche no había ni una vida,
138. ni un porvenir, ni una cosa ¿verdad?;
139. nos quedamos abajo, unos nomás con la primaria y
140. unos ni la primaria. Así es que dijo mi papá:
141. *Aquí no hay chance de que busquen*
142. *algún TRABAJITO pa' que se mantengan.*
143. *Voy a sacarlos a Guadalajara.*
144. ¡Y nos fuimos a Guadalajara!
145. Un día llegó mi tío Chon, el hermano de él
146. con unos cuatro, cinco burros.
147. Mi mamá ya había muerto, entonces este, pos' alguien,
148. mi abuela tal vez, no me acuerdo exactamente pero

149. hicieron muchas gorditas y muchos tamales
150. pa' ir comiendo en el camino. Y ahí agarramos la travesía.
151. ¡Nos fuimos a buscar la vida! (...)
152. Me tocó, me tocó trabajar
153. desde que hicieron las trazas hasta que se terminó ese hospital
154. gracias a los ingenieros que pos' yo les dije que
155. tenía MUCHA necesidad, MUY, que mi papá
156. estaba MUY malo verdad y que pos' mi familia era grande
157. y CASI nadie trabajaba porque eran puras mujeres.
158. No sí, agarró la onda el hombre.
159. No pos': *Aquí te voy a dar trabajo*
160. *aunque sea pa'que desclaves tablas por ahí*
161. *y las pongas en orden para que sigan trabajando mis trabajadores.*
162. Pos' gracias a él ahí entré a trabajar ganando
163. uno cuarenta, un peso cuarenta centavos.
164. Entonces, este pos' yo entré a trabajar y entonces
165. empecé a ayudar a mi papá, y a la casa, pues:
166. Yo les daba TODO.

FORMA, CONTENIDO Y CONTEXTO



En la parte final de esta transcripción, don Nacho nos permite hacer varias implicaturas acerca de papeles femeninos y masculinos. El tuvo que conseguir trabajo porque su familia estaba formada principalmente por mujeres a quienes, como le dijo don Nacho a su posible patrón cuando estaba buscando trabajo como albañil, no deberían de trabajar. La centralidad de su papel como proveedor de la familia en esta parte de su narrativa se reafirma además a través del intensificador con que el hombre cierra esta narración: Yo les daba todo, y también en su esfuerzo por darle verosimilitud a esta parte del relato, reproduciendo el diálogo que tuvo con su patrón, las palabras con las que logró convencerlo de que él necesitaba el trabajo.

4.3.3 ¡Yo trabajo pura chingada!: Javier

Don Javier es sobrino de doña Lola, la mujer que me dio hospedaje mientras viví en Carrizales. En varias de las visitas que don Javier hizo a sus familiares, mientras yo estuve ahí, se había presentado reiteradamente como un hombre "triste" y "solitario", dado que su esposa estaba viviendo temporalmente con uno de los hijos de ambos en California. Don Javier, de poco más de cincuenta años, había insistido también en la posibilidad de establecer dos o más relaciones de pareja y de formar varias "familias" cuando, la necesidad de trabajar obliga a los individuos a separarse temporalmente de la esposa y de los hijos que ha procreado en su matrimonio. Esa era la situación en la que don Javier situaba a varios hombres del pueblo que, igual que él, han vivido entre dos lugares de residencia durante largos periodos. Explícitamente, esa fue también la situación en la que, según don Javier, yo misma me encontraba durante mi trabajo en Carrizales.

El siguiente relato fue registrado luego de varios intentos de obtener la colaboración de don Javier para el registro de sus experiencias, que ya en otras ocasiones había narrado sin aceptar la grabación en audio. Al elaborar su autobiografía, mientras la mitad de sus seis hijos y su esposa se hallaban viviendo en Estados Unidos, don Javier afirmaba que no iba a regresar a California porque había decidido quedarse a vivir permanentemente en el pueblo de Jalisco donde nació. En la narración de don Javier notaremos características particulares y distintas al contenido y la estructura de las autobiografías antes analizadas. En ella se describen con gran detalle y de manera hilarante las complicaciones enfrentadas para cruzar la frontera norte de México de manera indocumentada, así como otros aspectos de la vida en el país vecino. Otro rasgo especial en esta narración, que no habíamos observado en las anteriores, es el uso de la categoría de género para estructurar el inicio de la historia. Don Javier refiere al cruce de la frontera de México y Estados Unidos como un asunto de “hombría”, y es a partir de este inicio que se articula la odisea completa y detallada de su ingreso y permanencia en Estados Unidos. Las dificultades para encontrar trabajo siendo residente indocumentado, y otras situaciones complicadas durante su residencia en distintos estados norteamericanos son relatados por don Javier sin un asomo de pesadumbre o tragedia. Por el contrario, aún las situaciones más difíciles son elaboradas con un gran sentido del humor que despoja las aventuras de la migración de cualquier tinte

dramático. Este estilo, contrasta con las historias elaboradas por mujeres que hemos revisado antes. Doña Fátima y doña Carmela, en situaciones personales y sociales totalmente distintas, comparten en sus narrativas un tono trágico y melancólico. Don Javier en cambio, elaboró el recuento de estas anécdotas de manera humorística.

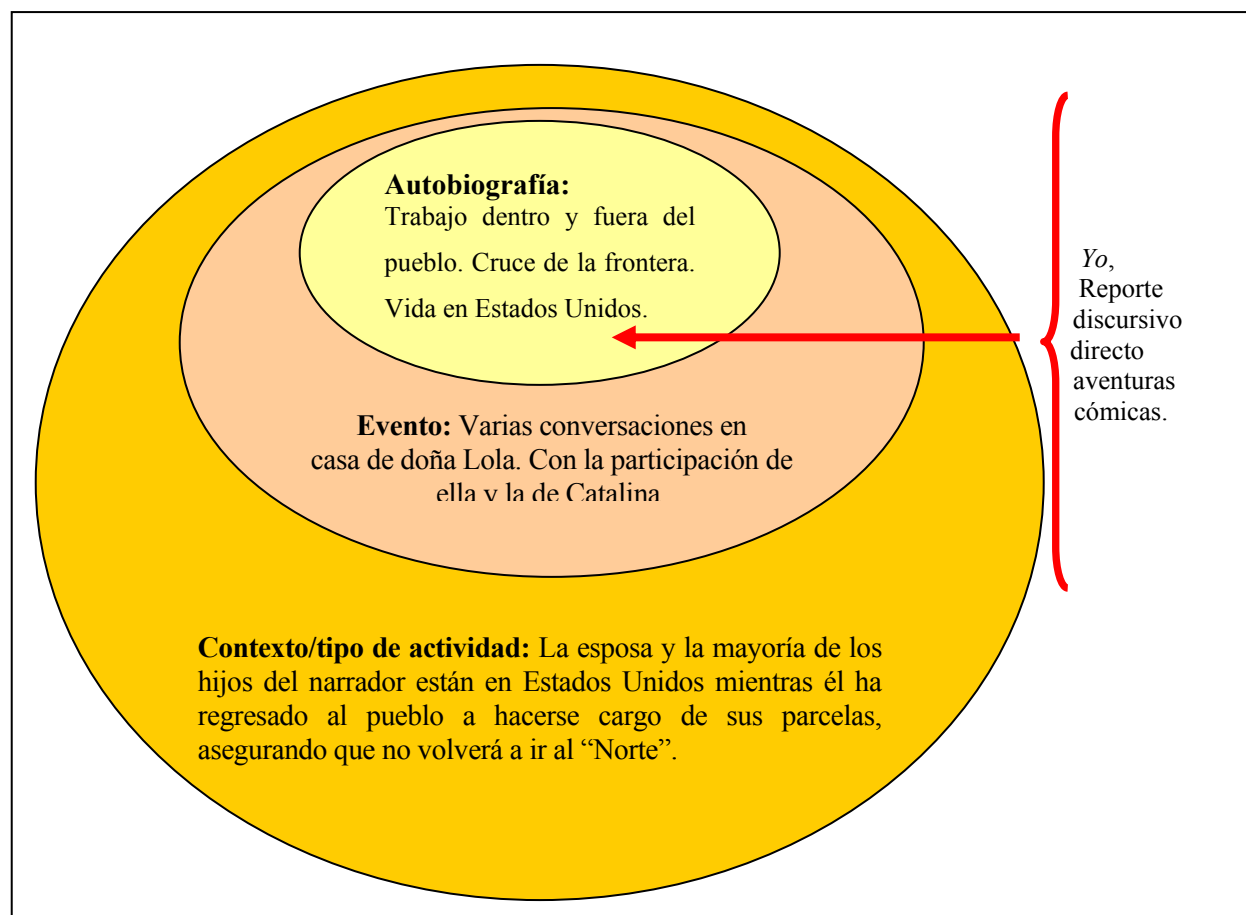
A continuación, tenemos un extracto del relato en que, de manera imprevista, nuestro relator (A) se convirtió en “pollero”, es decir, es una persona a la que se le paga por cruzar la frontera con Estados Unidos sin tener documentos para hacerlo legalmente:

Pero el punto que más me interesa destacar en el comienzo del relato de don Javier, es el enfático uso en categorías de género para definir el *yo*, que no habíamos observado en ninguno de los relatos anteriores. La migración es vista como un asunto de "virilidad": cruzar la frontera, es para el narrador la “evidencia” o la proyección de su "hombría". El uso de esta categoría en el inicio de la autobiografía, es de un gran interés pues en otros fragmentos de esta misma narrativa, don Javier (de manera semejante a otros hombres cuyos relatos no están incluidas en este capítulo), señala que la posibilidad de normar las conductas de sus hijos, y el "derecho" a establecer relaciones extramatrimoniales, es consecuencia del esfuerzo dedicado al trabajo. En estas versiones, la dedicación al trabajo, hace posible el cumplimiento de la "obligación" de satisfacer las necesidades económicas de los miembros de la familia. Los narradores sugieren también que mediante el cumplimiento de estas obligaciones, demuestran su “hombría” y adquieren también derechos particulares sobre los hijos y las esposas, como la posibilidad de tener “dobles” familias:

167. A: YO fui el primero CASI que fue de aquí.
168. YO creo que tenía por ahí como unos treinta o treinta y cinco (años)
169. B: ¿Y porqué se animó a ir?
170. A: ¿Cómo porqué? ¡Porque soy hombre! Y ¡La necesidad lo hace a uno ir!
171. Mira: me fui endrogado y luego vine
172. y conseguí otros 500 pesos para irme
173. Ya debía más: 500 pesos y centavos.
174. Y me fui y llegué apenas a... a Ensenada apenas
175. y allí, allí me puse a conseguir trabajo
176. y se me hizo MUY cabronas, las, las las abejas

177. había muchas abejas en el, en los parrales de uva
178. iba a trabajar allí, conseguí trabajo allí pues ¿edá?
179. se me hizo MUY duro MUCHO pa'trabajar
180. ahí unos pinches parrales, luego había unas abejas ahí unas ...
181. dije: *YO trabajo pura chingada*, dije: *YO no*.
182. Entonces allí me salieron unos vatos (muchachos) de allí
183. me dijeron que YO, que si... que ellos querían ir pal'otro lado
184. que pos' que, que si YO los llevaba, YO les dije que sí, que sí los llevaba
185. que me pasaran doscientos dólares y sí los llevaba YO.
186. Y nos fuimos(...) hasta que, hasta que () la noche
187. que estaba una línea de alambre allí y, y, ya me dijeron (...)
188. ya, ya, YO llegué eran dos hilos de alambre como esos (señalando).
189. Me pasé... YO dije: *¿Pos' cuál alambre?*
190. *¿Pos' que no que no hay línea de aquí de*
191. porque usted sabe; una tela de alambre así, del otro. (...)
192. No ya, como estas horas, ya andaba YO en el primer pueblo
193. que ya reconocí YO que, sin darme cuenta que ya era el primer pueblo
194. que ya había pasado la línea, YO con los chavalos (los muchachos).

FORMA, CONTENIDO Y CONTEXTO



La relación que en esta autobiografía se establece entre los asuntos relacionados con el trabajo y una determinada identidad de género es muy sobresaliente. Buscar trabajo en Estados Unidos, a pesar de no tener documentos para hacerlo de forma legal, es para el relator el ícono que sintetiza su masculinidad. La relación establecida entre la capacidad de ganar dinero y proveer a la familia, sugerida también en los otros relatos de hombres, es directamente representada en esta autobiografía. Pero no obstante la importancia que esta búsqueda de trabajo fuera del pueblo tiene en la estructuración de la historia de vida, ninguno de los hombres se refieren a su trayectoria laboral con pesadumbre o tratando de comunicar situaciones desoladoras. Por el contrario, todas ellas adquieren más bien el carácter de odiseas o aventuras emocionantes que los relatores logran superar. Así, en lugar de acercarse a la definición de melodrama o tragedia realista que observamos en las narraciones de mujeres,

estas narrativas adquieren más bien un carácter que podríamos llamar cómico o intencionalmente fársico. La intención de estos autores no parece encaminarse a lograr la compasión o comprensión doliente del auditorio, sino más bien, parece que consiste en introducirlo a situaciones complicadas y adversas, y convencerlo de que el personaje principal (el mismo relator) resultará triunfante. Las situaciones descritas pueden ser tan absurdas, que acaban resultando divertidas por lo que la búsqueda de trabajo y el cumplimiento del hombre de su papel como proveedor, resulta así un asunto entretenido y ligero, no un drama doliente; como es el hecho de convertirse en coyote de forma azarosa (luego de no querer realizar trabajos pesados, como el cuidado de abejas) y de cruzar la frontera con los migrantes ilegales, prácticamente sin obstáculos.

4.4 Realismo y ficción: Género social y moralejas.

En el estudio de la relación entre el género social y el lenguaje existen diferentes corrientes. Para los fines de este capítulo debemos distinguir al menos las diferencias que existen entre los argumentos planteados por autoras feministas y los trabajos que, aunque interesados en las distintas formas como hombres y mujeres utilizan el lenguaje, no son desarrollados a partir de este marco teórico-político.

En los estudios feministas hay un gran interés por las actitudes comunicativas que evidencian el "sexismo" predominante en el lenguaje. En este campo se ha sugerido que “determinadas diferencias observadas en el uso de expresiones lingüísticas, tanto como en la estructura de discursos provenientes de hombres y de mujeres, revelan la existencia de una determinada jerarquía de género y de relaciones de poder entre hombres y mujeres que son inherentes a este uso diferencial de recursos lingüísticos” (Lakoff, 1975, pag. 23; subrayado mío). La tendencia de los hombres a interrumpir durante las conversaciones que tienen con mujeres (Zimmerman y West, 1975) así como su inclinación a disertar más que a escuchar, son formas de "dominación masculina" que contrastan con el lenguaje femenino, más cooperativo por sus características opuestas a las del lenguaje masculino: las mujeres escuchan más e interrumpen menos (Thorne et.al., 1983). Desde esta corriente de trabajos se ha contribuido a la reproducción de ciertos estereotipos relacionados con el género del hablante y las formas de usar el lenguaje (Pearson, et.al., 1993). Se sugiere así que el

lenguaje de las mujeres es más emotivo que el de los hombres por el uso de adjetivos como “cariñoso”, “adorable”, “bonito” (Lakoff, 1975) y que al evitar el lenguaje duro y discordante, como el uso de groserías, las mujeres muestran menos asertividad y poder porque este uso del lenguaje muestra que las hablantes son más vulnerables a la presión social, más sensibles a las necesidades de los demás y más sumisas. Se ha sugerido también que en ciertos grupos sociales las mujeres hacen un uso más frecuente de reforzadores que los hombres, es decir que aplican adjetivos y adverbios que intensifican el sustantivo o verbo al que acompañan (tales como “totalmente” o “terriblemente”) y que también aplican frecuentemente de palabras que suavizan o debilitan el significado de otra palabras (como “quizás”, “tal vez”, “un poco”). El argumento consiste en que el lenguaje mantiene a las mujeres en una posición inferior (Lakoff, op.cit) porque a través de estos se construyen identidades individuales, basadas en la autoridad y la superioridad si se trata del lenguaje empleado por hombres o del lenguaje usado por terceros que se refiere a los hombres, al mismo tiempo que identidades autodevaluadas, cuando las mujeres se refieren a sí mismas o bien cuando se habla de mujeres. (Thorne, 1983).

Pero las interpretaciones sobre el uso del lenguaje elaboradas desde la perspectiva feminista han sido cuestionadas en otros estudios. Tannen, por ejemplo, cuestionando la interpretación mecánica de la interrupción como forma de dominación masculina, considera que las interrupciones o superposiciones funcionan también como formas de colaboración y de estímulo que propician el desarrollo de una conversación (Tannen, 1996). Del mismo modo, otras estudiosas del lenguaje no comparten las dualidades previamente establecidas en estudios feministas para analizar las diferencias en las formas verbales de comunicación. Cameron (1997) señala que la estereotipación del lenguaje masculino como “competitivo” y del femenino como “cooperativo” es poco útil para aprehender la diversidad de modos como hombres y mujeres se expresan. Al partir de estas dicotomías, dice la autora, se utiliza un discurso preexistente acerca de diferencias de género, que es reproducido en los estudios que se proponen hacer visibles las diferenciaciones y las identidades de género presupuestas. En este marco de análisis, afirma Cameron, se asume que “la gente habla de determinada manera debido a lo que ya son (hombres o mujeres)”, mientras ella sugiere, por el contrario que “la gente es quien es, debido (entre otras cosas) a la forma como habla” (op.cit. Pág. 49). Esta propuesta de Cameron está basada a su vez, en

el modelo de Judith Butler (1990) para reconceptualizar el género. El concepto de performatividad, en esta última autora, sugiere que feminidad y masculinidad no son rasgos que poseemos, sino efectos que producimos mediante la forma particular de actuar: “El género es una estilización repetida del cuerpo, una serie de actos repetidos dentro de un marco regulatorio que se condensa a través del tiempo, produciendo la apariencia de sustancia, de una forma *natural* de ser” (pag. 16; cursivas en el original).

Retomando la crítica de Cameron a la reproducción estereotipada de conceptos de género en el estudio del lenguaje, a continuación analizo la forma particular como hombres y mujeres narraron su vida. Antes que partir de presuposiciones dicotómicas sobre las formas de hablar (hombre/mujer; dominación/inferioridad) el propósito aquí es comparar los contenidos, las estructuras y ciertos aspectos pragmáticos de estas narrativas, observar las distintas formas como, en la construcción del yo, los hablantes utilizaron su repertorio: “la totalidad de formas lingüísticas que se emplean habitualmente en el curso de una interacción socialmente significativa” (Gumperz, 1964; en Duranti, 2000).

En el siguiente cuadro comparo los componentes de las narrativas de ambos géneros siguiendo la propuesta de Labov (1972). En la estructura de las narrativas debemos distinguir seis elementos: 1) Resumen: los narradores empiezan con 1 o 2 cláusulas que encapsula la historia; 2) Orientación: Ubicación del tiempo, lugar y personas, su actividad y situación; 3) Complicación de la acción: Conjunto de sucesos o situaciones dan sentido a la historia; 4) Evaluación: Recursos que señalan la razón de ser de la historia, porqué un suceso determinado merece ser contado; una forma de evaluación consiste en suspender la acción de la narrativa en un punto crucial, atrapando la atención de la audiencia; 5) Resultado: Resolución de los sucesos descritos; 6) Coda: Cláusulas que se encuentran al final de las narrativas, cuya función es cerrar la secuencia de acciones complicadas; pueden contener observaciones generales o mostrar efectos del evento sobre el narrador.

La primera aproximación en función de la cuál podemos afirmar que hombres y mujeres construyen sus vidas de modos particulares y diferentes, de estos géneros narrativos diferentes en hombres y mujeres, es la observación del contenido distinto de la orientación (2), complicación (3) y resultado (5) de narrativas de ambos géneros: Las de mujeres están desarrolladas en torno a miembros de la familia y a las parteras, mientras las de hombres incluyen a su familia sólo en la orientación de la narrativa, para centrar la

atención del relato sólo en su propio personaje, tanto en la complicación como en el resultado de la narrativa. Los relatos de hombres toman como eje el desenvolvimiento, las decisiones y los imprevistos relacionados principalmente con el mismo narrador; mientras las mujeres suelen incluir en la complicación y en la resolución de las situaciones a los mismos familiares y otros personajes que incluyeron al principio de sus narrativas. Así, también, en función de estos contenidos que se desarrollan de maneras distintas, mientras las mujeres están más inclinadas a describir las relaciones que establecen con las diversas personas incluidas en sus relatos, los hombres en cambio tienden más a describir los lugares, los contextos más amplios y las experiencias en las que se involucraron al salir del pueblo. Las visibles diferencias en el desarrollo de estas narrativas en función del género del relator, tienen consistencia con un privilegio distinto también en su contenido general: los hombres están centrados en describir la falta de trabajo en el pueblo y en la necesidad de ganar dinero y por tanto remiten parte importante de historia de vida a la etapa productiva de su vida, mientras las mujeres, otorgan una importancia especial a los partos y a su etapa fértil, así como a las relaciones que han establecido con sus familiares y parientes.

Estas semejanzas en los contenidos y las estructuras narrativas son importantes porque, a pesar de las diversas formas como los individuos pueden presentar su propia historia y los énfasis puestos en determinadas etapas o situaciones de la vida, en su análisis conjunto estos elementos constituyen discursos locales de la masculinidad y la feminidad: las mujeres construyen un yo social que se estructura en torno a la familia y a las relaciones con terceras personas y los hombres presentan una identidad centrada en la realización del trabajo, en la resolución individual de esta responsabilidad personal.

Cuadro 1. Elementos narrativos en hombres y mujeres.

Narrador	Resumen (1)	Orientación (2)	Complicación (3)	Evaluación (4)	Resultado (5)	Coda (6)
Fátima	<i>Nosotros fuimos huérfanos.</i>	Niñez, hermanos, familia de origen.	Matrimonio Marido que no trabaja La madre enseña a trabajar a los hijos.	<i>¿Verdad?</i>	Hijos aprenden a trabajar y sacan adelante la familia.	<i>Dios es TAN grande que si nos mantuvimos.</i>
Carmela	<i>A puras ánimas santas que dios lo cuidó a uno, primeramente.</i>	Etapa fértil, hijos, partera.	Falta de medicina y de médicos. Dolores de parto.	<i>¿Se imagina? Como le digo: Viera usted:</i>	Toma una hierba medicinal y tiene a sus hijos ella sola.	<i>Entonces era DURO el tiempo, porque yo así me pasó.</i>
Refugio	<i>Se llegó el tiempo de que yo me embaracé.</i>	Etapa fértil, partera, esposo.	Dolores y desconocimiento del proceso de parto. Insultos de la partera.	<i>¿Usté pasa a creer? Mire: ¿Qué hacía muchacha?</i>	Intervención de la partera. Nacimiento del primer hijo.	<i>...lo enredaron en una garra de camisa. Fue TODO.</i>
Fermín	<i>¿Yo qué le cuento?</i>	Niñez, orfandad, pobreza.	Búsqueda de trabajo en Nayarit.	<i>Uy, como le digo... ¿Edá? (¿verdad?)</i>	Consiguió trabajo dentro y fuera del pueblo. Logró ganar dinero.	<i>Y sí. Y me mantuvo a mí ese trabajo.</i>
Nacho	<i>Cuando ya mi papá vió que (...)</i>	Niñez, falta de trabajo en el pueblo.	Búsqueda de trabajo en Guadalajara.	<i>¿Verdad?</i>	Encontró trabajo en la construcción de un hospital y ayudó a su padre a mantener a sus hermanas.	<i>Yo les daba TODO.</i>
Javier	<i>Yo fui el primero, casi, que fue de aquí.</i>	Juventud, vida laboral, comienzo de la migración del pueblo a Estados Unidos.	Falta de dinero, préstamos para ir a Estados Unidos.	<i>Mira: ¿Verdad?</i>	Al dejar un trabajo que no le gustaba, se convirtió en coyote por casualidad	<i>Sin darme cuenta que ya era el primer pueblo, que ya había pasado la línea, yo con los chavalos.</i>

Por otro lado, siguiendo con la comparación de las estructuras narrativas, debemos notar también las sutiles diferencias en los señalamientos a través de los cuales los narradores llaman la atención del oyente y evalúan su atención en el relato (4). Las mujeres suelen hacer

esta evaluación en forma de pregunta, tratando de situar al oyente en la situación que describen (*¿Se imagina? ¿Qué hacía?*) logrando así una particular forma de validar los comportamientos descritos en las narrativas; mientras los hombres en cambio, usan marcadores a través de los que tratan de asegurarse de que el oyente sigue la secuencia de su relato, pero no tratan de situarlo en las circunstancias descritas (*Como le digo..., mira, ¿verdad?*). Este propósito de situar al oyente en el lugar del narrador y legitimar de este modo el desarrollo de los sucesos, se nota también en la coda de las narrativas (6), donde las mujeres usan intensificadores que le dan más énfasis y dramatismo a su historia. Mientras tanto, en el resumen (1) y a lo largo de sus narrativas los hombres en cambio tienden más a usar suavizadores, a través de los cuáles podemos afirmar que los narradores tratan de evitar caer en exageraciones que difícilmente podrían sostener y que podrían defraudar al oyente. Lakoff (1972) propuso que las mujeres son subordinadas mediante el uso del lenguaje porque están acostumbradas a usar suavizadores en el habla, pero, en las narrativas que analizamos aquí vemos que las mujeres no necesariamente utilizan estas formas de hablar y que, además, pueden usar los intensificadores con más frecuencia que los hombres, logrando así, crear efectos dramáticos en sus relatos.

Cuadro 2. Énfasis narrativos

Narradores	Intensificadores	Suavizadores
Fátima	<i>tan, nada, muy duro, tan grande, nunca</i>	<i>mis hijos (...) chiquitos</i>
Carmela	<i>Todo, nada, duro</i>	<i>Manitas</i>
Refugio	<i>Más, meneones, huevotes, rodillotas</i>	-----
Fermín	<i>Todo, mucho, muy, nunca, mucha.</i>	<i>Tantito</i>
Nacho	<i>Mucha, muy, todo.</i>	<i>Trabajito, casi</i>
Javier	<i>Muy, mucho</i>	<i>Casi</i>

El uso diferencial de estas expresiones da lugar a la estructuración de estilos narrativos visiblemente distintos, que corroboramos también en la comparación del uso de pronombres personales: Mientras los hombres tienden a elaborar narrativas y presentaciones de la persona

que son medianamente vulnerables, tienen matices y pueden cuestionarse en los mismos términos de la narración porque están elaboradas con un estilo más cómico y farsico, las mujeres en cambio se muestran muy esforzadas por presentar evidencias en sus relatos y por darle un carácter realista a las descripciones de situaciones y sucesos adversos y dolientes por los que han atravesado. Estas estrategias narrativas distintas se ven con mayor claridad al comparar el uso de reportes discursivos en ambos tipos de narrativas. Las mujeres tienden a usar con más frecuencia y énfasis los reportes discursivos directos. A través de ellos, las relatoras pretenden reproducir las palabras enunciadas en otros contextos y por otras personas. De este modo logran, al mismo tiempo, introducir al oyente en la situación descrita y transferir cierta responsabilidad por las palabras enunciadas a los hablantes incluidos en sus relatos. En cambio los hombres usan ambos tipos de reporte (directo e indirecto; en éste último se parafrasea, pero no se citan textualmente las palabras de otra persona) pero tienen menos tendencia que las mujeres a reproducir diálogos completos, en los que se incluyen terceras personas. Adicionalmente, debemos notar también que cuando los hombres hacen un reporte directo tienden más bien a reproducir su propia voz, que las de otros hablantes. Estas distintas formas de hacer reportes discursivos, nos permiten afirmar que en las autobiografías de hombres no es tan importante recrear las condiciones exactas en las que se desarrollaron los acontecimientos ni tampoco involucrar a terceras personas como las coautoras de lo que se está contando diciendo. La verosimilitud de las odiseas y aventuras, parece pues menos prioritaria en las narrativas masculinas que en los relatos elaborados por mujeres.

Cuadro 3. Reportes discursivos de mujeres

Narradora	Reporte directo	Reporte indirecto
Fátima	Yo me digo: ¡ <i>Qué vida TAN triste!</i> Oye, yo me desesperaba, llegaban las aguas: " <i>Vamos a sembrar, ándale</i> " Yo decía: <i>¿Con qué nos vamos a mantener nosotros si no sembramos si no...?</i> Tuve mis hijos; pues desde chiquitos: <i>Ándenle hijos vamos... vamos a sembrar más que sea talacha como sea, unos elotes.</i> No ya... uno de ellos decía: " <i>No: Vamos alquilando unas mulas</i> ".	No hay
Carmela	No hay reportes discursivos	
Refugio	- <i>Pero hija de la...¿Pos' que estás haciendo?</i> - Pos' nada - <i>¿Pa' que te metes los dedos a la boca?</i> - Pos' a ver si repongo (vomito) - <i>Pendeja, taruga hija de la chi...¿Que por ahí te lo metieron?"</i> Luego puso un mecate de las vigas y dijo: ¡ <i>Vente acá!</i> Pues ya dijo: <i>Agárrate de ese mecate y hínicate.</i> Y luego me agarró aquí así y: ¡¡ <i>Aaay!!</i> Y: ¡ <i>Ándele cabrona: Pújele y pújele!</i> ¡ <i>No se ponía así cuando, sabe qué!</i>	Ay, ese muchacho nació, con bolas de, malas palabras

Cuadro 4. Reportes discursivos de hombres

Narrador	Reporte directo	Reporte indirecto
Fermín	YO, le platicaba aquí a LA MUJER (su esposa) y, le dije: ¡ <i>Pos' eso es andar allá!</i>	
Nacho	Así es que dijo mi papá: <i>Aquí no hay chance de que busquen algún TRABAJITO pa' que se mantengan. Voy a sacarlos a Guadalajara.</i> No sí, agarró la onda el hombre. No pos!: <i>Aquí te voy a dar trabajo aunque sea pa'que desclaves tablas por ahí y las pongas en orden para que sigan trabajando mis trabajadores.</i>	<u>Yo les dije que</u> tenía MUCHA necesidad, MUY, <u>que</u> mi papá estaba MUY malo verdad <u>y que</u> pos' mi familia era grande y CASI nadie trabajaba porque eran puras mujeres.
Javier	dije: <i>YO trabajo pura chingada</i> , dije: <i>YO no.</i> Me pasé... YO dije: <i>¿Pos' cuál alambre?</i> <i>¿Pos' que no que no hay línea de aquí de (...)</i>	Entonces allí me salieron unos vatos (muchachos) de allí <u>me dijeron que</u> YO, que si... que ellos querían ir pal'otro lado que pos' que, <u>que si YO</u> los llevaba, YO <u>les dije que sí</u> , que si los llevaba que me pasaran doscientos dólares y sí los llevaba YO.

A partir del conjunto de elementos analizados aquí quiero proponer por último que las narrativas de mujeres, que se presentan con un tono realista y dramático, necesariamente están contienen mensajes de un carácter pronunciadamente moral. Al contar su vida, las mujeres buscan implícitamente, transmitir su conocimiento del funcionamiento de la vida social así como también convencer al oyente de que ellas saben como la misma vida social debería de ser. Los hombres en cambio, con sus relatos que tienden más bien hacia la ficción y la comedia, elaboran mensajes menos comprometedores de la propia ética del narrador. Su contenido parece tener propósitos más lúdicos que pedagógicos. Los hombres se dan la oportunidad de construir y reconstruir de manera flexible y hasta irónica la trayectoria de su vida y de su identidad, mientras las mujeres en cambio, tienden a presentar imágenes que, de tan cuidadosamente estructuradas, rígidas y trágicas, resultan también, prácticamente inamovibles, incuestionables e inobjtables para el oyente.

4.5 ¿Quién habla de quién? Pragmática autobiográfica.

El uso de ciertos pronombres personales nos permite comprender el modo como los relatores se sitúan en relación con los personajes incluidos en sus narrativas. Los pronombres personales, así como adverbios de tiempo y lugar, corresponden a un tipo particular de signos estudiados en el campo de la pragmática. La propiedad especial de estas expresiones se llama *deíxis*; que significa apuntar o indicar. Todas esas expresiones lingüísticas (*Yo, aquí, mañana*) están en conexión o señalan aspectos del contexto en que son enunciadas (Duranti; 2000; pags. 40-41), por tanto, se dice que están ancladas al contexto espacio-temporal en que se utilizan y sólo pueden ser interpretadas en relación con el mismo.

La *deíxis* de persona, que es la que particularmente nos interesa para los fines de este capítulo, concierne a la codificación del papel de los participantes en el evento de habla en que es expresado el enunciado: la categoría de primera persona es la gramaticalización de la referencia del hablante hacia él mismo, la segunda persona es la codificación de la referencia del hablante hacia uno o más destinatarios y la tercera persona la codificación de la referencia hacia personas y entidades que no son ni hablantes ni destinatarios del enunciado en cuestión (Levinson, 1989). En los siguientes cuadros analizamos el uso de pronombres en las autobiografías, primero considerando los patrones en las narrativas de

cada género, y luego estableciendo una comparación entre las tendencias de ambos. En las referencias al yo se incluye la primera persona en singular (yo) y el pronombre impersonal observado en las narrativas de ambos grupos (Uno), comparados con las referencias a la primera persona en plural: “nosotros”.

En las narrativas de mujeres (cuadro 6) el pronombre “nosotros” es usado por cada 6 veces que se utiliza el pronombre de la primera persona en singular. Este patrón es distinto al observado en las narrativas de hombres (cuadro 6), quienes por cada vez que digan “nosotros” usarán 30 veces “yo”. Esta preferencia de los hombres por el uso del “yo” y de las mujeres a la aplicación de “nosotros” se observa más al comparar el uso de estos pronombres entre los dos grupos de narrativas (cuadro 7). En ella encontramos que por cada vez que un hombre dice “nosotros” en su historia de vida, una mujer utilizará 7 veces este pronombre; y por cada vez que un hombre diga nosotros, dirá 25 veces “yo”; mientras las mujeres lo usarán sólo 5 veces (cuadro 5).

Cuadro 5. Referencias a la primera persona

Narrador	Estado civil	Singular	Plural
Fátima	Casada. 6 hijos viviendo en Estados Unidos	49	9
Refugio	Casada, sin hijos; residente de Totatiche.	31	5
Carmela	Un matrimonio que terminó sin divorcio; una unión libre. 6 hijos	10	0
Total mujeres		86	14
Nacho	Casado, viviendo en el pueblo con su esposa. 1 hijo viviendo en Estados Unidos, 1 hijastra en Guadalajara	21	0
Javier	Casado. 6 hijos y su esposa viviendo en Estados Unidos.	21	2
Carmela	Casado. 5 hijos, el mayor recientemente migrante.	17	0
Total hombres		59	2

Cuadro 6. Referencias a la primera persona en las narraciones de hombres y de mujeres

Frecuencia de uso	<i>Primera persona en plural</i>	<i>Primera persona en singular</i>
Mujeres	1 vez	6 veces
Hombres	1 vez	29.5 veces

Cuadro 7. Referencias a la primera persona, comparativo hombres-mujeres

	<i>Nosotros</i>	<i>Yo</i>
Hombres	1	25
Mujeres	1	5

4.6 Conclusiones. Autoría femenina y masculina.

Mediante esta notoria preferencia por la primera persona en singular, a través de sus autobiografías las mujeres se presentan como personas vinculadas a un grupo familiar o a diversas colectividades. La elocuencia de esta presentación, puede tener diferentes consecuencias para los oyentes-lectores. El discurso de las mujeres, donde las relatoras se presentan insertas en amplias redes familiares y de parentesco pueden interpretarse con una visión feministas, como una falta de reconocimiento de la individualidad y en consecuencia como la ratificación de subordinación: podría decirse que la identidad social de las mujeres depende de sus familias y que por esta razón, tienen posiciones sociales débiles, en desigualdad con los hombres. Sin embargo, esta forma de presentarse puede analizarse también desde otras perspectivas que quiero proponer para terminar este capítulo. Quiero centrarme en la posibilidad de que la vulnerabilidad femenina o la supuesta sujeción a una colectividad pueden tener también usos estratégicos, poderosos y cambiantes, desde la perspectiva de las propias relatoras. Al presentarse como seres sociales insertos en una red de relaciones e involucrar a otros en los acontecimientos y experiencias pasadas, las mujeres, implícitamente, pueden transferir a terceras personas la responsabilidad de los acontecimientos y decisiones que han definido el curso de sus vidas. Al centrarse en la narración de eventos y circunstancias dirigidas o determinadas por los hombres de la familia (esposo, padre, hermanos) en función de las cuáles se ha desarrollado la vida de las mujeres, las narradoras pueden criticar las relaciones sociales en las que han estado

involucradas al mismo tiempo que pueden deslindarse de la posibilidad de intervenir sobre ellas para modificarlas. La identidad manipulable de la debilidad y la sujeción es lograda en estas narrativas a través de los efectos realistas y trágicos, que resultan de la combinación del contenido y ciertas estrategias usadas en los relatos que ya hemos revisado (reporte discursivo directo, reforzadores, formas de evaluar la atención del oyente, etc). Las elocuentes imágenes logradas por estas narrativas de la experiencia personal resultan tan sobrecogedoras y dolorosas que, difícilmente pueden ser interpeladas o estar sujetas al cuestionamiento de la audiencia. Al presentarse aglutinadas y dependientes de un grupo social (la familia), las narradoras representan su propia debilidad y vulnerabilidad social. El sufrimiento de la vida diaria proviene de lo que los integrantes de la familia hicieron o dejaron de hacer, y este sufrimiento, se convierte también en un soporte de la autoridad que las mujeres asumen para hablar de la forma como las cosas ocurrieron: quiénes hicieron qué, y de qué forma hablaron, qué fue lo que dijeron y qué consecuencias tuvieron esas palabras. El contenido y las posibles consecuencias sociales de estos discursos son muy poderosos. A través de la oralidad, las mujeres tienen la capacidad de involucrar a los oyentes-lectores en los sufrimientos y adversidades que han conformado vidas desafortunadas. Las desgracias son de tal magnitud, que la audiencia no puede (a riesgo de romper frontalmente con las imágenes propuestas por las relatoras, incurriendo así en una posición que haría del escucha una persona insensible, incommovible, burlesca, cínica o misógina) sino conmoverse por el sufrimiento femenino y ofrecer, al menos su solidaridad moral, su comprensión; especialmente cuando estas experiencias son compartidas con otra mujer. El reconocimiento de experiencias dolientes, además de otorgarnos la autoridad para hablar para describir lo que ha pasado, puede traducirse también en la posibilidad de obtener la comprensión de otros. De la elocuencia del relato, dependen las posibilidades de ganarse una identidad como autoras y las posibilidades de darle legitimidad a nuestra versión de las cosas, del mundo. La crueldad de la experiencia vivida, en la medida de su elocuencia, puede convertirse en un argumento que le da verosimilitud a los hechos, y que le otorga legitimidad también al habla acerca del mundo. Una característica de la feminidad local, emerge así, tácitamente, a través de las estrategias narrativas diseñadas por estas mujeres: Ser mujer es tener la capacidad de percibir el mundo, es tener la capacidad de registrar minuciosamente lo que ocurre alrededor y es

también, en función de estas capacidades, gozar de la autoridad requerida para hablar acerca de ello.

En las autobiografías masculinas encontramos en cambio estrategias narrativas, contenidos y consecuencias sociales visiblemente distintos. La vida es representada como una odisea, que debe resolverse a pesar de todo y a pesar de todos. En congruencia con la responsabilidad masculina de “buscar la vida” los hombres no pueden pronunciarse de forma doliente acerca de las adversidades que enfrentan en la vida ni tampoco pueden buscar la compasión de nadie (mucho menos la de una mujer que no vive en el pueblo) porque esto implicaría resquebrajar su propia concepción de la identidad masculina, subyacente en los relatos egocéntricos e insulares de los hombres. Al presentarse a través del pronombre “yo”, como seres individuales con responsabilidades familiares que logran resolver y sortear, aunque halla que moverse del pueblo y enfrentar lugares y circunstancias desconocidos, los hombres buscan elaborar presentaciones de personas congruentes a una masculinidad inquebrantable: Un hombre no puede mostrar sus fracasos o presentarse como un fracasado. La vida es narrada como una odisea desbordante e impredecible que, a pesar de todo, tiene solución y puede resultar incluso hasta divertida. Dentro de estos contenidos predominantes en las narrativas masculinas, los yoes masculinos resultan también flexibles, cambiantes, susceptibles a la crítica e incluso al escepticismo moderado porque su principal interés no es convencer al oyente del realismo inobjetable de sus vivencias. El propósito de estas narrativas parece ser más frugal y menos autoritario. No es tan importante tener una visión completa y elocuente de cómo ocurrieron las cosas: quiénes hicieron qué, qué dijeron y cómo todo esto afectó el curso de mi propia vida. El propósito central de los hombres al narrar su vida parece ser más bien terapéutico y lúdico. Al darse la libertad de hablar con tanta ligereza de las experiencias que han tenido, los hombres ejercen la capacidad de reconstruir el mundo adverso en que han vivido. Reírse de una experiencia implica también en el fondo un dolor, pero, a diferencia de las narraciones de mujeres en las que el sufrimiento tiene que ser ratificado y reconstruido, en las narrativas masculinas el dolor que se sublima en las historias fantasiosas y de aventuras, puede ser conjurado y diluido. Al ser narrado el conjunto de circunstancias adversas que, a pesar de todo, el narrador ha superado y ha logrado dejar atrás, el sufrimiento puede olvidarse.

Así, la función cognitiva de las autobiografías se desempeña en dos direcciones distintas, que dependen del género social del narrador. Las voces femeninas buscan erigirse con autoridad legítima para hablar sobre el mundo y determinar cómo ocurrieron las cosas, y a través de esta forma de habla pueden lograr construir una identidad en la que se sitúan dependientes del establecimiento de lazos sociales fuertes y duraderos. Los hombres en cambio, se presentan menos autorizados y preocupados por poseer y transmitir visiones veraces de la vida social y de sus relaciones con los demás. Las voces de los hombres acerca de la masculinidad pretenden construir identidades más flexibles, sujetas a cambios y contingencias; la falta de dramatismo y de realismo de sus narrativas les permite reflexionar acerca de su vida, salvaguardando su propia conciencia de masculinidad: el hombre resuelve las cosas por sí mismo y sale victorioso a pesar de todo.

Capítulo 5. ¿Sólo palabras?

5.1 ¿Qué es un chisme?

En las primeras aproximaciones antropológicas al chisme, Gluckman (1963) se centró en el papel que este desempeña para “mantener la unidad, moral y valores de grupos sociales” (pag.38). Para este autor, las características del chisme y el escándalo varían en distintos tipos de grupos pero su función principal es la cohesión social. La visión de Gluckman pronto provocó reacciones de varios autores. En oposición a esta definición del chisme como un instrumento que refuerza la pertenencia de los individuos a la comunidad, Paine advirtió que los intereses individuales no circunscritos a grupos sociales, conllevan un potencial conflictivo y/o de confrontación que influye directamente en el chisme (Paine, 1967). En este capítulo veremos que el chisme tiene que ver principalmente con intentos de control social que se desarrollan en la relación cara a cara y que se traducen en formas de reputación (Haviland, 1977; Handelman, 1973; Abrahams, 1970). A través de estos actos de habla, puede influirse en las identidades de otros; construirse imágenes públicas que sitúan a los sujetos en uno u otro extremo de valoraciones sociales: Su éxito radica en el poder que tiene para generar estima o para estigmatizar, diseñar una imagen honrosa o contribuir al escarnio de un tercero. En virtud de este gran poder latente, el chisme emerge inexorablemente entrelazado a una red de relaciones de solidaridad, complicidades y conflictos que responden a intereses individuales, como señaló Paine en su crítica a Gluckman. En función de los lazos existentes entre los hablantes y la víctima del chisme, los participantes pueden adoptar distintos roles comunicativos: Actuar como el autor de una historia, o contribuir de manera más discreta pero activa en su elaboración, o solamente ser un oyente, o bien, negarse a participar en la narrativa relacionada con una persona ausente. Esta naturaleza cambiante y flexible de los roles en el chisme, se refleja en la singular dinámica comunicativa que se establece entre los hablantes de Carrizales: Se busca saber de otros, o mejor dicho, se busca influir en la construcción de las imágenes de otros, con el mismo ímpetu con el que se busca impedir a toda costa que otros participen, a través del habla, en la construcción de la identidad de uno mismo.

Varios autores han propuesto que el chisme es “transmisión de información” (Handelman, 1973; Paine, op.cit). Esta noción no es adecuada para nuestro análisis del

chisme porque a través de ella se sugiere que este género discursivo contiene datos veraces o verificables. El chisme no está formado por situaciones que tienen, o deberían tener, bases reales. Nada más contrario a la naturaleza de este género discursivo. El éxito del “habla acerca de terceros ausentes” (Haviland, 1977) no radica en la calificación de su contenido como falso o verdadero, sino en las habilidades del autor para atrapar la atención de la audiencia en una determinada narrativa y diseñar, a través de sus habilidades performativas, una imagen cautivadora y elocuente; el logro del chisme depende de la forma como la imagen de una tercera persona es presentada y de la evaluación que los oyentes hacen de dicha imagen; no de la posibilidad de tener acceso a las fuentes originales en las que supuestamente se haya basado el autor para elaborar el chisme.

Este capítulo está centrado en el papel que el chisme desempeña en la evocación de normas y valores socioculturales. Me interesa especialmente mostrar espacios de interacción de conflicto y confrontación, privilegiados para observar la emergencia de los valores relacionados con la familia, el matrimonio y la sexualidad. Veremos que su elaboración está en función de una red de relaciones, intenciones e intereses creados entre las víctimas y los autores, y que a pesar de reproducirse simplemente como "cosas que se saben" o "cosas que se dicen", evitando así identificar el origen del relato, estas narrativas sobre la vida marital y sexual afectan la identidad social de hombres y mujeres. Para los fines de este capítulo definiremos al chisme como un evento performativo caracterizado por que el autor y el personaje de la narrativa, son hablantes distintos, y porque éste último no forma parte del evento de habla que se refiere a él (Goodwin, 1980).

El capítulo está formado por cinco apartados. En el siguiente veremos que la influencia del chisme para alimentar o dañar la reputación de los individuos es referida por los propios discursos locales. En esta sección debemos distinguir dos aspectos centrales: 1) En el performance que refiere al uso del lenguaje (metachisme), el noviazgo se representa vulnerable, expuesto al poder destructivo del chisme; 2) Gran parte del poder atribuido a este género discursivo, radica en la imposibilidad de identificar claramente a los autores de estas narrativas. El problema de la autoría del chisme, se vuelve nebuloso a través de las diversas formas de indirección que la narradora utiliza en su discurso acerca del chisme. En la siguiente sección, veremos que en medio de intereses e intenciones encontradas entre dos hablantes en particular, una pareja que espera un hijo, ambos coparticipan activamente en la

elaboración del chisme relacionado con la procreación de otros niños que consideran indeseable y anómala. Este performance surge en un contexto de habla interferido por la presencia de un oyente casual. El siguiente apartado está centrado en los antecedentes y consecuencias que las narrativas sobre sexualidad e infidelidad ejercen en las relaciones cara a cara. La encarnizada lucha por la reputación tiene lugar a través del habla, en espacios públicos. El hablante menos talentoso para defender su identidad públicamente, puede desplegar sus habilidades verbales para afectar, en una interacción posterior, al autor de la narrativa que haya dañado su imagen. Finalmente, nos adentraremos en el rol de un hablante que no acepta colaborar en un chisme y veremos diversos mecanismos por los que la madre de una mujer posible víctima del chisme define esta posición en la interacción.

5.2 Primeros trazos del chisme en Carrizales

En Carrizales el chisme, “el habla acerca de terceros ausentes” (Haviland, 1977) emerge de manera constante y fluida. La recreación de una gran diversidad de acontecimientos y de los modos como se supone que determinadas personas han actuado en situaciones particulares, suele ser el motivo de animadas y largas conversaciones. Aún cuando la verdad o la verosimilitud de los hechos narrados en estas pláticas no son reconocible ni está al alcance de los oyentes, las historias relacionadas con terceras personas ejercen una fascinación especial sobre los hablantes de Carrizales quienes, con diferentes roles, participan activamente en su construcción. Infinidad de asuntos relacionados con terceras personas pueden convertirse en un tema tratado entre familiares, en la intimidad de una casa, o bien en una plática entre vecinos que casualmente coinciden en una de las tiendas del pueblo. En cualquier caso, el habla sobre lo que otras personas hacen, lo que dijeron o lo que supuestamente les ha sucedido, forma parte importante de la interacción en la que participan tanto hombres como mujeres.

Al hablar de una fiesta que ha sido llevada a cabo en el pueblo, por ejemplo, suelen comentarse una gran cantidad de detalles que para los fuereños, resultan a primera vista irrelevantes: Quiénes estuvieron en la fiesta, qué personas no fueron invitadas o quiénes llegaron a pesar de no haber sido invitados; qué se ofreció de comer, cuáles invitados ocuparon el primer turno en la mesa, qué guisados y bebidas se ofrecieron, cuáles fueron dados a diferentes personas, cómo vestían los asistentes, quiénes se emborracharon o cuáles

de los asistentes no aceptaron la invitación a comer. Todos estos detalles son reseñados una y otra vez, durante varios días posteriores a los festejos organizados por alguna familia del pueblo, a través de una colaboración estrecha entre los oyentes que por diversas razones, no fueron invitados y los vecinos que sí estuvieron allí, o bien, que aún sin haber estado, han logrado enterarse de los detalles de la fiesta a través de lo que otras personas dijeron que ocurrió allí. Con habilidades envidiables para el mejor de los etnógrafos, los locales suelen observar y capturar los aspectos más sutiles de la interacción personal, a partir de los cuáles luego será posible especular, por ejemplo, cuál es la naturaleza de los lazos existentes entre las personas, ya sean amigos, familiares o vecinos, o bien adivinarse qué alianzas o conflictos existen entre terceras personas. Así por ejemplo se comprende que los actos y actitudes más sutiles, que de inicio resultan prácticamente inadvertibles para cualquier persona ajena a las formas de interacción en la localidad, como el hecho de que un invitado acepte o no comer en la fiesta de algún familiar, sean minuciosamente comentados y analizados por las personas que han sido invitadas a una fiesta y los oyentes que no estuvieron allí; y que a las formas de interacción supuestamente observadas entre terceras personas, se busque atribuirles un significado especial. Negarse a comer puede ser, por ejemplo, interpretado como el signo de un enojo del invitado con el organizador de la fiesta, o la muestra de que hay un problema viejo entre las familias del invitado y de quienes organizan el festejo. En otros casos en cambio, si una mujer se niega a comer lo que la organizadora le ofrece y las dos mujeres en cuestión son familiares, este hecho puede ser interpretado como resultado de una especie de culpa de la invitada quien, al no haber ayudado a la cocinera en el trabajo para la fiesta, no se siente merecedora de la invitación a comer. En estos chismes, elaborar las historias y descifrar las relaciones que existen detrás de los comportamientos y actitudes observadas en terceras personas, parece ser el principal motivo de plática y distracción. Las distintas versiones sobre determinadas situaciones dan lugar a especulaciones sobre las relaciones existentes entre otras personas, sin que necesariamente la conversación tenga que conducir a una interpretación definitiva, verosímil o en la que estén de acuerdo todos los que platican, y sin que tampoco, necesariamente, sea claramente identificada la voz de quien provienen los pormenores reproducidos en la historia.

Entre la variedad de temas posibles que pueden seleccionarse para una conversación que atañe a personas ausentes, las historias sexuales, las relacionadas con la vida amorosa, los conflictos familiares y las relaciones matrimoniales ocupan un lugar privilegiado para los hablantes en Carrizales. Estos son los relatos escuchados con especial interés, no sólo en las conversaciones donde participan mujeres, sino también en aquellas donde hay hombres que colaboran activamente. La exposición de la vida marital o sexual de un individuo, su debate en un espacio público parece convertirse en un recurso poderoso para dañar la reputación, sin importar que estos rumores estén basados en la mera especulación y en el evidente propósito de perjudicar a la víctima que protagoniza el chisme. En la reproducción de historias amorosas o de conflictos entre esposos, los oyentes pueden participar activamente aunque no sepan con exactitud de quién, o a partir de qué han surgido las situaciones que se narran. Sin embargo, como veremos en el apartado sobre las vendettas verbales, en los chismes de contenidos sexuales y relacionados con la vida matrimonial la identificación del autor y de los coparticipantes, puede tener consecuencias para los hablantes si el relato llega a oídos de la víctima en cuestión.

Como ya señalé, concedores de este poder ejercido a través del chisme, la interacción que los habitantes de Carrizales establecen entre sí, se caracteriza por una constante defensa de la intimidad, es decir, por el esfuerzo de mantener a salvo del conocimiento de terceras personas los hechos relacionados con uno mismo. Aunque este intento parece contradictorio con el persistente interés por conocer y/o a especular acerca de los actos realizados por terceras personas, la interacción en el pueblo está permeada por este constante juego y forcejeo entre querer saber o especular acerca de lo que hacen otros, al mismo tiempo que en lo individual, cada uno se esfuerza por no dejarle saber a los demás lo que él mismo hace, lo que planea hacer o la manera como se relaciona en su familia o con otros vecinos. Quiero enfatizar especialmente que esta dinámica comunicativa y la influencia que los chismes ejercen en la interacción en el pueblo, adquieren un poder especial cuando se refieren a la vida amorosa, familiar y matrimonial. Este es el principal problema a tratar en este capítulo. Más allá del simple hecho de que el chisme ocupa una parte considerable de las conversaciones desarrolladas día a día, me interesa mostrar que los discursos expresados en forma de chisme tienen un papel central en la vida social de la localidad porque del mismo modo que las autobiografías y otros géneros discursivos, este es uno de los principales vehículos a través de

los cuales circulan las ideas y valores relacionados con la familia y el matrimonio (Urban, 1997; Haviland, 1977). Las narrativas relacionadas con terceros sirven para evaluar, con especial viveza, las circunstancias y las conductas que no responden a los ideales de los hablantes en turno. A través de los chismes se dibujan y se evalúan las relaciones de familia o maritales que se consideran inapropiadas, extraordinarias o incongruentes con los valores exaltados por quienes participan en la elaboración de estos discursos.

5.3 ¡Chismarajal que sacaron!: Hablando sobre el chisme

El poder de los chismes para dañar las relaciones de pareja, ya sea desde el noviazgo o bien durante el matrimonio, es un problema enfatizado por las mujeres de la localidad. Algunas que se fugaron, estuvieron un tiempo en unión libre con sus parejas y finalmente se casaron, aseguran haber tomado este camino con toda la intención de evitar, como usualmente sucede según ellas, que al anunciar su compromiso matrimonial, la diversidad de chismes que surgen en torno a los novios pusiera en riesgo al casamiento. De acuerdo con estos discursos sobre el poder del chisme para dañar los compromisos matrimoniales, cuando el compromiso formal de una pareja se conoce en el pueblo, las mujeres suelen ser acusadas de haber tenido relaciones sexuales y los hombres son calumniados con la historia de que han tenido hijos o que tienen mujeres embarazadas en otros pueblos. En lugar de haber esperado que los papás del novio hicieran la “petición” formal con los papás de la muchacha para el matrimonio, las mujeres que se fugaron con sus esposos dicen haber preferido “pedir perdón” a sus padres y precipitar el casamiento sin su consentimiento, antes que sujetarse a la fase de chisme e intriga que surge en el pueblo alrededor de un compromiso matrimonial previamente anunciado.

Como ejemplo de los discursos sobre el papel que el chisme puede jugar durante el compromiso matrimonial, tenemos la narrativa de doña Margarita (A), acerca de una historia que surgió acerca de su hija Mari varias semanas antes de que se casara.

1. A: La pidió. La dejó pedida y se fue pa'l norte.
2. No pues cuando vino, sí, así fue: ¡Chismarajal que sacaron!
3. B: ¿Qué dijeron?
4. A: No pos' que...ese peladillo (hijo) el, el de Ernestina
5. andaba chismeando que dizque m'ija se había dormido con él.

El novio de Mari, nacido en la cabecera municipal de Totatiche y trabajador agrícola en California, había conocido a la muchacha durante las vacaciones que había pasado en su pueblo. Doña Margarita cuenta que luego del breve noviazgo que su hija y el muchacho tuvieron en Totatiche, el joven migrante decidió formalizar los planes matrimoniales con la familia de su novia, antes de regresar a trabajar a Estados Unidos. Doña Margarita y su esposo aceptaron al pretendiente de su hija, quien, debemos tomar en cuenta, era una de las pocas mujeres solteras, sin hijos y en edad de casarse que entonces vivía en Carrizales. Una vez fijada la fecha para la boda, la madre de Mari dice haber advertido a la joven pareja que deberían prepararse para oír las peores historias relacionadas con ellos, pues cuando doña Margarita y su esposo anunciaron su propio matrimonio, también fueron víctimas de intrigas que buscaban romper el compromiso. A partir de su propia experiencia, la madre de Mari dice haberles dicho a los novios que si lograban ignorar las historias que en los días previos al casamiento buscarían dañar la reputación de los dos, estarían listos para seguir con sus planes matrimoniales.

La madre de la muchacha explica que la *petición* (la visita de los padres del novio pidiendo la autorización de los padres de la novia para el casamiento) de Mari desató, como ella había previsto, una serie de historias malintencionadas acerca de la muchacha y su novio. La mamá de Mari cuenta que un muchacho del pueblo dijo que había tenido relaciones sexuales con su hija porque tenía la intención de que esa historia llegara a oídos del prometido de Mari, quien vivía en California. Este y otros chismes corrieron con gran fluidez en el pueblo, a pesar de que el novio de Mari ya estaba de regreso en California pues, según doña Margarita, los chismosos sabían que las historias podían llegar a él a través de la gente del pueblo que estaba en contacto con otros migrantes que vivían allá. Durante el tiempo en que el novio de Mari estaba en Estados Unidos y la pareja hablaba por teléfono preparándose para la boda, doña Margarita pedía un tiempo para platicar con

su futuro yerno; especialmente para contarle los chismes en los que Mari y él ya estaban envueltos en Carrizales. De este modo, la mamá de la novia advertía al novio sobre las historias que seguramente pronto llegarían a él a través de amigos o familiares migrantes:

Los señalamientos de doña Margarita y de las otras mujeres del pueblo acerca del chisme constituyen una actividad metalingüística: El lenguaje se usa para comunicar algo relacionado con el uso del lenguaje (Lucy, 1993). Aunque existen diversas formas de metalenguaje aquí nos interesa analizar la representación de partes de otras conversaciones que usualmente hacemos del modo como recordamos o imaginamos que fueron. En la narrativa de esta mujer, debemos notar que la idea de que la muchacha se había relacionado sexualmente con otro joven es referida de manera indirecta a través de la frase “se había dormido con él” (5). Doña Margarita podría haber hecho una acusación contundente y tratar de construir una evidencia diciendo: “Ese peladillo dijo: *Mari durmió conmigo*”; pero su elección de una forma indirecta para hablar del personaje, diluye sutilmente la intención de su mensaje. El reporte discursivo indirecto permite, a diferencia del reporte directo, eliminar o diluir aspectos del acto de habla original en los que no se desea puntualizar. Varios autores han analizado la relación que existe entre las funciones estilísticas y las funciones sociales del performance, centrándose en los mecanismos a través de los que se comparte o no la autoría. Besnier (1989) identifica mecanismos interactivos a través de los que el hablante manipula a la audiencia y logra convertirla en coproductora del chisme, compartiendo así la responsabilidad de la narrativa. Esto ocurre a través de lo que el autor llama “secuencias de retención de información”: En el primer turno, el autor retiene una parte del contenido del relato; en el segundo vierte información intencionalmente distorsionada; y en el tercero, alguno de los hablantes interviene para completar o corregir la narrativa. En contraste, Brenneis (1984) encontró que ciertas formas de indirección sostenidas en el chisme (como “dice que..”) permiten establecer una distancia entre los hablantes y la narrativa, de manera que la responsabilidad del autor o los coautores respecto del contenido se diluyen sutilmente. Afirma el autor que esta y otras ambigüedades en el performance ayudan a evitar revanchas en una localidad donde, existe una ideología igualitaria y se busca evitar la confrontación, los daños irreparables para los sujetos. La indirección discursiva es estratégica para evitar riesgos de confrontación directa y, a través de este recurso, el chisme desempeña determinadas funciones sociopolíticas. Así

también en Carrizales, ya que la veracidad de la narrativa no es un elemento determinante en el éxito del chisme, a través del reporte discursivo indirecto y otros recursos, doña Margarita evita la identificación de un autor a quien responsabilizar de las narrativas que ella representa. La defensa de las víctimas de estas historias, en palabras de doña Margarita, consiste en definir al chisme como sinónimo de mentira: “falso”, “falsedad” o “chismarajal” (2, 8, 9). La intención de evitar enfrentarse a las víctimas de estos relatos se refleja en el manejo ambiguo del responsable del relato o bien en el esfuerzo por mantenerlo en el anonimato: “alguien dijo cosas” o, “dijo algo” (10-11; 13-14). Dicha característica es representada en los relatos sobre el impacto de este tipo de chisme: los autores son referidos ya sea mediante el verbo “decir” (18), “echar” (hacer responsable a alguien; 15) o “sacar” (inventar). Manteniendo siempre la indefinición acerca del origen del relato, el verbo es usado en infinitivo y sin sujeto (9) o bien, mediante la tercera persona del plural pero sin referir nombres o personas específicas (18) y refiriéndose a “la gente” (6):

6. A: (...) sí es la gente: chismosa. Y así es.
7. B: ¿Como de qué cosas de chismes?
8. A: Y ahí cosas de levantar falsos,
9. levantar falsos de...
10. o, o, o: cosas que uno dice
11. y no es cierto que uno dijo
12. y, y ya sabe uno:
13. *Oye que...po...que fulana dijo esto de tí,*
14. o: *Que, que tú dijiste de ella,*
15. y uno ni dice nada y ya le echan a uno, que uno dijo.
16. B: ¿Y a usted' quien le contó que le, que habían platicado esas cosas?
17. A: Pos' ...¿quién me platico?! Pos' la gente!! Pos' sí, oye!
18. dicen una cosa y ya van, se va como cadena, toda la gente va a chismear.
19. B: Y a ella quién le contaba esas cosas
20. A: ¿¿Que quién?? Pos' la gente!! La gente le decía, y la misma gente de Carrizales.

Doña Margarita evita identificar a un responsable en particular del escándalo en el que se vio implicada su hija, tal vez porque a pesar de los chismes que doña Margarita dice que surgieron acerca de Mari, la muchacha se casó con el joven migrante y unas semanas después del matrimonio se fue a vivir con su esposo a California. De cualquier modo, el aspecto que debemos destacar aquí es que el impacto que estos modos de habla pueden ejercer en las relaciones de pareja y en otra clase de vínculos personales, ocupa un lugar importante en el habla de la localidad. La influencia de estos chismes, es explícitamente reconocida por los hablantes que afirman mantener relaciones distantes con sus vecinos para evitar "habladurías", aparentemente surgidas a partir de infinidad de malentendidos y/o malas intenciones de parte de terceras personas. Si tomamos en cuenta que en Carrizales todo mundo sabe (o puede con facilidad especular acerca de) lo que le ocurre a sus vecinos, y que todos parecen disfrutar cualquier historia que tenga que ver con otra persona, podría pensarse que no se requieren aptitudes especiales para participar en estos actos comunicativos. La mayor parte de la gente que vive allí parece tener los conocimientos necesarios y la capacidad de chismear. Pero nada más lejano de la verdad. El chisme es sin duda uno de los modos de comunicarse más controvertidos en este lugar. Yo misma, desde mis primeros contactos con los pobladores de Carrizales fui advertida acerca de los problemas que podía acarrear un manejo irresponsable de información sobre las circunstancias por las que atravesaban las mujeres de la familia con la que viví. No cualquiera está capacitado ni autorizado para asumir las consecuencias de la participación en estos discursos. La disposición a chismear entre determinadas personas, puede revelarnos diferentes niveles de confianza, de cercanía o distancia interpersonal. Ya sea que estén emparentadas, vinculadas por amistad y también, en el caso de personas involucradas amorosamente (sin importar que estén casadas o no) el potencial de esta clase de discursos opera permanentemente mediando y poniendo a prueba las relaciones personales. A través de estos discursos, el comportamiento de los demás, los actos de los vecinos, amigos y parientes se ven permanentemente sujetos a observación y son susceptibles de evaluaciones rigurosas y mordaces. Así, aún cuando fui permanentemente advertida acerca de las consecuencias que puede acarrear un manejo irrestricto de la información que involucra a terceros, y mientras las personas con las que vivía se negaban al registro de entrevistas grabadas, una gran parte de los habitantes del pueblo me fueron presentados a través de las detalladas descripciones que mis anfitrionas hacían sobre conductas

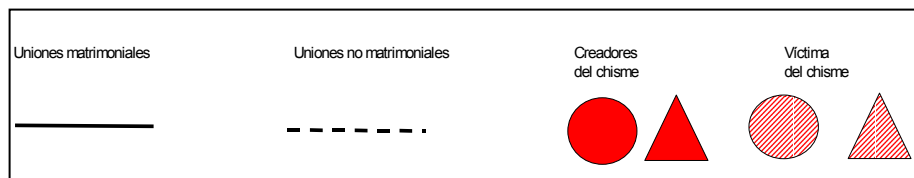
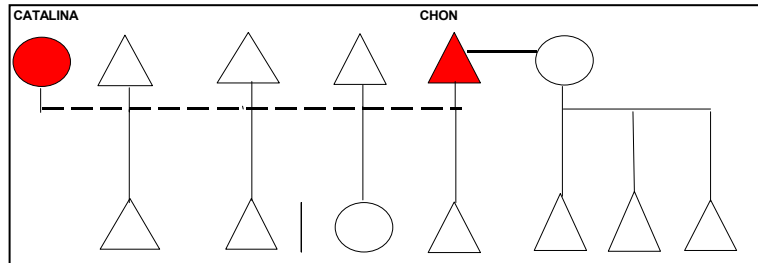
y situaciones que principalmente referían a la vida en familia, el matrimonio y la sexualidad. Los chismes relacionados con la homosexualidad, el travestismo, la bigamia, el adulterio, el incesto, el nacimiento de hijos fuera del matrimonio, el destino seguido por hombres y mujeres que fueron abandonados por sus cónyuges, o las propias historias de los hijos abandonados por sus madres, y la realización de segundas nupcias, entre otros temas, constituyeron el eje a partir del cual, mis anfitrionas expresaron su *conocimiento cultural*, esto es: lo que saben acerca de las estructuras y las normas de las vidas de sus vecinos (Haviland, 1998).

5.4 "La porquería que siempre contamos"

Unas semanas antes de haber registrado la conversación que analizaremos a continuación, Catalina²³ (A) había quedado embarazada de Chon (B), quien vivía en la cabecera municipal, con su esposa y sus tres hijos. Catalina y Chon se habían conocido años antes; mientras eran adolescentes y ambos vivían en el municipio. A diferencia de Catalina, Chon nunca había trabajado en Estados Unidos, pues se mantenía con las actividades agrícolas que desarrollaba en Totatiche, en las propiedades que su esposa había heredado de sus padres. Catalina, por su parte, aseguraba que su relación de amistad con Chon había seguido a pesar que ella vivió varios años en California, porque durante ese tiempo, buscaban la oportunidad para verse cuando ella iba a Totatiche a visitar a sus padres. Unos días antes de que Chon fuera a Carrizales, Catalina había ido varias veces al pueblo donde Chon vivía; quería decirle que había quedado embarazada luego de que habían estado juntos, unas semanas atrás. Chon había evitado durante varias semanas ver a Catalina, hasta que ella habló con uno de los amigos del padre de su hijo por nacer, y le pidió que interviniera para que Chon fuera a Carrizales y hablara con ella sobre el embarazo.

²³ La vida de Catalina y las características de su familia han sido descritas con detalle en el capítulo 1.

Vínculos entre Chon y Catalina, autores del chisme sobre “la porquería”.



Cuando al fin Chon llegó a Carrizales, mientras Catalina buscaba tratar el tema del embarazo, preguntándole al papá del niño por nacer si "iba a responder" y la iba a "apoyar" con el "paquete" (los gastos del parto y la alimentación del hijo), el hombre trataba de abrir otros temas de conversación, dirigiéndose a mí (C) y explicando que su plática sería de interés para mi trabajo sobre los pueblos de la zona. Uno de los temas que Chon escogió esa tarde para evadir las preguntas de Catalina sobre su apoyo en el embarazo, refería a la situación que se vivía en una familia de un pueblo vecino, que Catalina denominó como una "porquería": Una mujer, había tenido hijos con dos de los hermanos de su padre, quienes se alternaban para quedarse en Totatiche o pasar temporadas de trabajo en Estados Unidos. El chisme se desarrolló de la siguiente manera:

21. A: Yo no creo. ¿Tú crees Chon? Las hijas del Pancho... ¿Tú crees que sí...?
22. B: Él tenía su familia, su esposa y todo. Y se juntó con una sobrina.
23. C: ¡¿Con una sobrina?!
24. A: Es la... porquería que siempre contamos.

Chon describió situaciones familiares que él consideraba extraordinarias o anómalas, mostrando, implícitamente sus propias valoraciones sobre la vida sexual y familiar. En esta narrativa introdujo la plática que días atrás había tenido con el papá de la mujer que tenía hijos con sus tíos. Chon decía que ese hombre le había pedido su opinión sobre la situación de su hija, al tiempo que le explicaba también los increíbles pretextos que su hermano y la muchacha utilizaban para justificarse cuando pasaban las noches juntos:

25. B: Y, y, entonces este, un día, estábamos platicando, hicimos un trato, y...
26. - *“Oye que: ¿Cómo ves? Y que, mi hija, y que, por allá y que por acá.*
27. - *Mira, este, lo que la gente juzgue; es muy suyo!”.*
28. Pero él me estaba platicando:
29. - *“No pues, esta señora ... (su hija)*
30. que un señor traía unos guantes negros
31. y que iba a asustar a la señora
32. ¿Tú crees que la va a asustar? (riendo)
33. C: Ah! O sea, le estaba explicando porqué la, la, la SOBRINA se había juntado con su TÍO?
34. B: Ey!

Chon reía mientras contaba que el hombre que vivía con su sobrina, había inventado una rara historia para quedarse en la casa de ella: el pretexto era la presencia de personas ajenas o un tipo de fantasmas que merodeaban el lugar. Catalina por su parte, utilizando la situación de la mujer referida en el chisme, aprovechó para tratar de llamar la atención de Chon y reclamar también en tono de broma su falta de visitas al pueblo. Sin embargo, él ignoró esa llamada de atención y siguió describiendo los absurdos de la situación del tío viviendo con su sobrina:

35. B: (...) y, y, y entonces él ya no puede salir
36. ¡porqué la tiene que estar cuidando! (irónico)
37. C: ¿A poco?
38. A: No, Chon; tú debes venir porque ¡a lo mejor me salen muchos (hombres, en la noche)! (riendo)

39. B: Y eso que ya...porque el hombre ya se conoce que es bien vago, bien cabrón.

Quiero destacar aquí que las relaciones e intenciones existentes entre Catalina y Chon fueron determinantes para tener acceso a la narrativa que he resumido. Catalina, madre soltera de cuatro hijos se había embarazado por quinta vez; mientras que Chon, estando casado y teniendo tres hijos con su esposa, se había involucrado con Catalina. Durante los días que Catalina había estado buscando a Chon para decirle que estaba embarazada de él, me había contado su temor de que poniendo en duda ser el padre del niño por nacer, el hombre se negara a apoyarla en los gastos del parto y del niño. A través de la narrativa de Chon, Catalina insertó su intención de diferenciarse de las conductas inapropiadas de la mujer del chisme, que en ese momento era muy importante frente al padre de su hijo. Así, mientras la pareja especulaba con otras posibles explicaciones sobre el comportamiento de la mujer que tenía hijos con dos de sus tíos, los valores de los mismos hablantes emergían, y sutilmente establecían también un canal para enviarse mensajes indirectos. Mientras Catalina expresaba su visión sobre los límites de la sexualidad, estableciendo una distinción explícita entre ella misma y la mujer del chisme (44-46), Chon hablaba de una falta de congruencia entre la religiosidad predominante en el pueblo y los comportamientos de sus paisanos, que, según él, se reflejaba en el caso de la mujer que tenía hijos con sus tíos (49-53):

40. A: Pero... es que la madre de las muchachas, ella las presta. ¿Verdad que sí?

41. C: ¿Cómo se llama la señora?

42. A: Ella se llama... ¿Ramona qué, m'ijo?

43. B: ¡Eso ya es por la ignorancia!

44. A: ¡No m'ijo! Eso es... ¡que les gusta!

45. ¡Es muy horrible! O sea yo no puedo... yo no podría, maestra!

46. Yo no podría tener hijos de mis propios tíos, tíos carnales

47. dos o tres hijos, de uno y de otro... yo no podría.

48. C: No pos' yo tampoco.

49. B: Pero allí se ve, en esa familia. Su papá la vendió a la primer muchacha. La vendió.

50. B: Aquí supuestamente somos muy católicos pero la gente católica...
51. A: ¡Pero no!
52. B: ¡Pero no!
53. A: Es la más canija
54. B: La más cabrona

Catalina y Chon podrían haber escogido infinidad de temas para atrapar mi atención acerca de la cotidianidad en el pueblo y los alrededores, pero en ese encuentro decidieron desarrollar justamente historias sobre la familia y la sexualidad. La situación vivida en esa otra familia de Totatiche ofreció la oportunidad de polemizar sobre la ética sexual, que en ese momento, era importante para Chon y Catalina. Catalina trató de discutir sus asuntos con Chon en mi presencia, pero él no aceptó esta dinámica. Sin embargo Catalina aprovechó diversas secuencias del chisme que elaboró junto con Chon, para llamar la atención sobre el tema del embarazo, usando un tono irónico o bromeando. A pesar de los esfuerzos de la mujer, la estrategia de Chon de volcar la discusión sobre lo que le pasaba a otros, y no sobre lo que él y Catalina tenían que discutir, predominó en la mayor parte de esa conversación. Chon estimuló la discusión sobre la situación de una familia que, podemos considerar de acuerdo a su narrativa, vivía en condiciones especialmente indeseables o reprobables: una mujer teniendo hijos con sus tíos. Chon estaba dispuesto a hablar, si se trataba de hablar de l otros hacen y cooperó especialmente para describir las situaciones sexuales y familiares que considera controvertidas, mientras él mismo se hallaba en una situación comprometedora y trataba a toda costa, de que la conversación se encaminara a cuestionar, explícitamente, sus propias formas de relacionarse y su expectativa sobre el embarazo de Catalina. Esta dinámica de la conversación ha sido analizada por varios autores. El contexto de habla y las relaciones existentes entre los interlocutores, han sido señaladas como aspectos centrales para el análisis de las interacciones discursivas (Bauman, 1986; Haviland, 1998): "el chisme está firmemente anclado al momento específico en el que es contado; las narrativas son hechas a la medida de las circunstancias del momento y los interlocutores a mano" (Haviland, 1998). El chisme sobre la mujer que tiene hijos con sus tíos nos muestra una de las funciones que este género discursivo desempeña en la interacción en Carrizales: La historia acerca de terceras

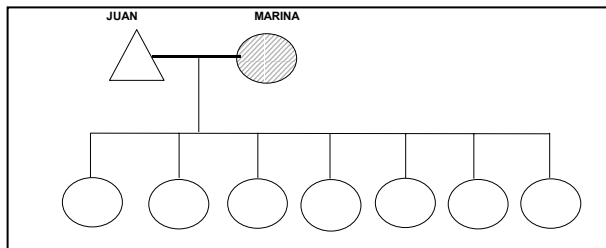
personas es utilizada para expresar las valoraciones de los hablantes, quienes, al narrar y discutir sobre los asuntos relacionados con terceras personas, dibujan sus ideales acerca de las relaciones familiares o la vida sexual. Además, la gran colaboración en las narrativas relacionada con terceros, funciona aquí para opacar conversaciones donde la conducta personal y la forma de interactuar con otros, podrían ponerse a discusión. Sin embargo, a continuación veremos que el chisme puede tener también otros usos y otras consecuencias en la interacción; especialmente cuando la víctima de una de estas narrativas, se propone esclarecer quienes han sido los autores del relato por el que su reputación ha sido afectada.

5.5 Vendettas verbales²⁴

5.5.1 Narrativas sobre sexualidad e infidelidad

Mientras un grupo de amigos platicaba en una de las tiendas del pueblo, Catalina sorprendió a todos cuando, aparentemente sin ninguna relación con los temas que se trataban, levantó la voz y se refirió a uno de los hombres que estaban allí con palabras ofensivas. Evocando la supuesta infidelidad de la que Juan había sido víctima por su esposa, Catalina se refirió a él como un “güey”, "pendejo" y "poco hombre". Un incómodo silencio en la reunión de amigos, dio lugar a la reseña de Catalina con los detalles de la supuesta infidelidad de la esposa de Juan.

Matrimonio víctima del chisme creado por Catalina



²⁴ Aunque lamentablemente no cuento con el registro en audio del evento al que refiero en este apartado, el ejemplo es útil para analizar los antecedentes y consecuencias de un chisme en la interacción.

Ese día Catalina se había enterado de que "se decía" que ella tenía relaciones sexuales con un ingeniero que no vivía en el pueblo pero que frecuentemente estaba en casa de Catalina. El chisme de los supuestos amoríos entre el ingeniero y Catalina habían llegado a ella a través de Marina, la esposa de Juan. Esta mujer le había contado a Catalina la historia que "se decía" de ella, y también le había dicho "que no sabía quién se la había contado a Juan", su esposo; quien supuestamente le dijo a Marina lo que "se decía" en el pueblo: que Catalina tenía relaciones sexuales con el ingeniero y que de esa manera obtenía dinero para mantener a sus hijos. En la reunión de esa tarde Catalina había estado insistiendo para que Juan le dijera de quién venía el chisme en el que estaba involucrada. Al no recibir la respuesta que buscaba de Juan, Catalina elaboró la historia de infidelidad de su esposa, que aprovechó también para poner en duda que él fuera el padre del último hijo que ese matrimonio acababa de tener.

Mientras los otros participantes en la reunión trataban de abrir otros temas de conversación y desviar la atención de la narrativa de Catalina, Juan fue repetidamente insultado, aparentemente porque no consiguió que saber quien le había contado a él ese chisme; aunque, en realidad, Catalina le dijo días después ella estaba segura de que la misma Marina había sido la autora de la historia y se había escudado en su marido, haciéndolo responsable del origen del chisme que involucraba a Catalina con el ingeniero. Catalina acusó a Marina de infiel enfrente de su marido porque, según ella misma dijo a Juan, siguiendo la misma lógica del chisme en el que ella se vio envuelta, los regalos que el ingeniero Pedro le había dado a la esposa y los niños de Juan días antes, sólo podían ser parte de un intercambio sexual. Catalina acusó a Juan de "cornudo", "poco hombre" porque no había rechazado el dinero y la comida que el ingeniero le había dado días antes a su familia.

En su pleito con Juan, Catalina repitió una y otra vez la misma historia, como buscando que el hombre se defendiera y con tal de poner fin a la historia sobre su esposa, revelara a Catalina de dónde había surgido el chisme sobre la supuesta relación que ella tenía con el ingeniero. Pero Juan no respondió a las provocaciones de Catalina, a pesar de que su esposa había estado un rato en la reunión y había oído las exigencias y acusaciones de Catalina. Finalmente uno de los amigos de Juan se llevó al hombre de la reunión, quedando en el ambiente la duda sobre el origen del chisme en el que estuvo envuelta Catalina. Pero el

pleito tuvo además otro impacto, quizá más poderoso e inevitable entre los oyentes y en el matrimonio involucrado en la historia: A pesar del silencio y la resistencia que Juan puso a la polémica sobre la conducta de su esposa, Catalina sembró la duda sobre la fidelidad de Marina para su esposo. Mientras estuvo en la reunión, Marina no se atrevió a confrontar a Catalina; no se defendió de las acusaciones de infidelidad, ni tampoco le dio explicaciones a su esposo sobre el dinero que el ingeniero Pedro, efectivamente, le había dado días antes. Tampoco intervino para aclarar el origen del chisme sobre Catalina que según ella, había llegado a través de su marido y que luego ella había contado a Catalina.

Cuando el matrimonio se fue, en la reunión se cambiaron los temas y las dinámicas de conversación. Pero Marina se llevó una golpiza cuando se enfrentó con su marido en su casa, porque Juan se enteró a través de Catalina esa tarde, que ella y sus hijas habían recibido dinero del ingeniero que estaba de paso en el pueblo. Casi al anochecer, pocas horas después del pleito matrimonial, Marina buscó encontrarse a solas con una de las sobrinas de Catalina y le contó que ese mismo día, en la cabecera municipal, se había encontrado con Chon, el padre del niño que Catalina iba a tener. Según Marina, Chon le había dicho a ella, que él también ya se había enterado de las relaciones entre el ingeniero y Catalina, y, según Marina le había dicho también que por la misma relación que Catalina tenía con el ingeniero Pedro, él dudaba ser el padre del niño que Catalina iba a tener. En la historia sobre Chon, que Marina le contó a la sobrina de Catalina, decía también que ese hombre no estaba dispuesto a apoyar a Catalina en el parto de un niño que no era suyo. Este nuevo chisme llegó inmediatamente a Catalina a través de su sobrina, quien días atrás había acompañado a su tía a buscar a Chon para hablar sobre el embarazo. La golpiza que Marina se llevó gracias a la controversia que Catalina logró sembrar en su marido unas horas antes, fue vengada así mediante la información sobre Chon que Marina supuestamente poseía. Cuando Catalina se enteró, a través de su sobrina, de que Chon le había dicho a Marina que dudaba ser el padre del hijo que iba a tener, cayó en una crisis nerviosa de varios días. La visita de Chon en respuesta a Catalina, efectivamente tardo varias semanas.

5.5.2 Antecedentes y consecuencias de las narrativas

En el tiempo en que surgieron los chismes sobre la relación entre Catalina y el ingeniero Pedro, este hombre efectivamente visitaba con frecuencia la casa de Catalina porque había

contratado los servicios de comedor que su madre ofrecía, para él y sus trabajadores. La madre de Catalina era viuda y además de Catalina y sus hijos también vivía con ellas una sobrina soltera. Esa era la casa en la que yo también viví mientras estuve en Carrizales. Una vez terminado el trabajo en los alrededores, el ingeniero acostumbraba comer en casa de Catalina y en ocasiones pasaba allí el resto de la tarde. Durante el tiempo en que el ingeniero contrató el servicio de comedor en casa de la madre de Catalina y sus hijos salían en la camioneta del ingeniero para comprar la comida que semanalmente su madre preparaba para el ingeniero o simplemente para pasear. Él se decía muy “agradecido” por haber conseguido que la madre de Catalina preparara la comida para sus empleados y se decía también siempre muy satisfecho con el servicio y la hospitalidad de la familia de Catalina. Así que además de llevar la comida para los trabajadores, el ingeniero acostumbraba regalarles a los hijos de Catalina dulces y juguetes, y también llevaba otros alimentos y regalos para la familia.

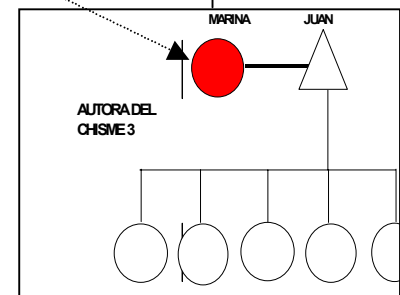
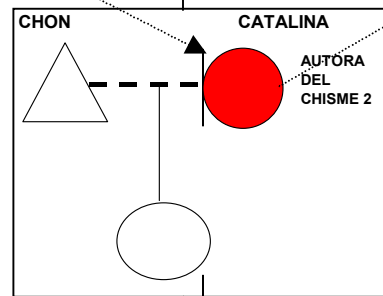
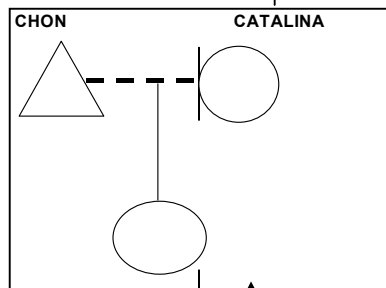
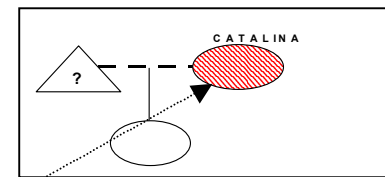
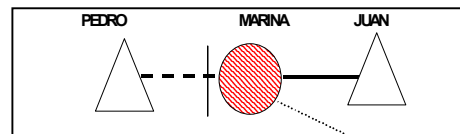
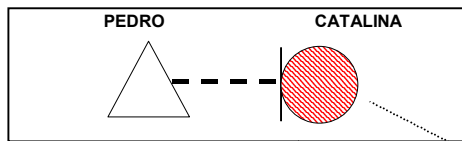
Una tarde que el ingeniero y Catalina regresaban del pueblo donde habían comprado la comida para la semana, las hijas de Juan y Marina jugaban con los hijos de Catalina. Asombradas por los dulces y regalos que los niños recibieron, le pidieron dinero al ingeniero dinero para comprar dulces. Ese día las hijas de Juan y Marina efectivamente regresaron a su casa con otros regalos y comida que el ingeniero les dio a ellas también. Catalina aseguró que además, antes de irse del pueblo ese mismo día el ingeniero le había dado dinero a Marina, la esposa de Juan; y este fue el hecho que ella aprovechó para acusarla de infiel frente a su esposo.

En el tiempo que el ingeniero Pedro comía en la casa de Catalina, ella tenía alrededor de dos meses de embarazo y había estado buscando a Chon para hablar sobre el hijo que iban a tener. Catalina, le había contado a su vecina Marina que estaba embarazada de Chon y que lo había estado buscando para hablar del embarazo. Por su parte, Marina, acababa de dar a la luz a la séptima de siete niñas (lo que, según Catalina, había desilusionado a Juan, quien supuestamente esperaba por fin tener un hijo). Días después de su pleito con Juan, Catalina interpretaba el chisme de su relación con el ingeniero como resultado de la envidia que a Marina le causaba la relación de Catalina con Chon, joven, dueño de un rancho y con una buena posición económica. Catalina decía que Marina imaginaba que ella recibía dinero de Chon para los gastos de la casa y para sus hijos; mientras en cambio, decía Catalina, el dinero

que el marido de Marina ganaba como peón agrícola y en trabajos de albañilería, apenas alcanzaba para mantener a su esposa y siete hijas.

Según la versión de Catalina sobre el origen de su pleito con Juan, días antes Marina “le había dicho” que, a su esposo Juan “le habían dicho”, que Catalina “andaba otra vez en malos pasos” pues tenía relaciones con Pedro (el ingeniero). Catalina me dijo que buscaba aclarar el origen del chisme en el que la habían involucrado, pues no quería que esa historia llegara a Chon, el padre de su hijo por nacer, con quien tenía que hablar sobre el embarazo. Catalina exigía a Juan, que le dijera quién había dicho que ella se relacionaba con Pedro. Juan respondía sólo con evasivas. La discusión fue subiendo de tono, hasta que Catalina, al no obtener las respuestas que buscaba, atacó directamente a Juan con la historia sobre la infidelidad de su esposa. Defendió al ingeniero, de quien dijo, era víctima de chismes por ser “buena persona” (generoso con su dinero); de modo irónico le dijo a Juan que ella sí se “acostaba” con el ingeniero, como su esposa lo estaba haciendo también.

En esta sucesiva elaboración de historias (ver síntesis de la secuencia de chismes en el cuadro de la siguiente página) destaca la intención de dañar la reputación de terceros. El impacto del pleito y de la cadena de chismes fue evidente para las dos mujeres: Catalina logró que Juan se enojara con su esposa cuando se enteró de que había recibido dinero de otro hombre y, podemos especular, sembró así la duda sobre la infidelidad de Marina, lo que provocó la golpiza de su esposo; Marina, que por su parte ya había colocado a Catalina como víctima en el chisme de los amoríos con el ingeniero, logró vengarse inmediatamente de Catalina al hacerle llegar el chisme sobre las dudas de Chon acerca del hijo que Catalina iba a tener.



Secuencia 1. Catalina, embarazada de Chon, busca el autor del chisme involucrada con un hombre que

Secuencia 2. Catalina crea un chisme acerca de la mujer que supone, es la responsable del chisme 1 Marina, su esposa, es quien se ha involucrado con Pedro, el hombre de fuera.

Secuencia 3. Al haber sido 2, Marina, crea una historia donde Chon es el
Marina dice que Chon ha negado ser padre del hijo que Catalina espera.

AUTORAS DE UNA NUEVA HISTORIA. EN LA FILA DE EN MEDIO SE ILUSTRAN LAS RELACIONES AMOROSAS O MATRIMONIALES EN LAS QUE CADA UNA ESTABA INVOLUCRADA AL MOMENTO DE CREAR EL CHISME SOBRE SU RIVAL Y EN LA DE ARRIBA SE REPRESENTAN, A SU VEZ LAS SUPUESTAS RELACIONES AMOROSAS QUE FUERON OBJETO DEL CHISME EN CADA CASO .

5.6 Ajá, ey, no: Mecanismos interactivos en la defensa de la intimidad

En este apartado veremos un rol no cooperativo que impide la narrativa sobre una tercera persona, en la que Catalina es, una vez más, la posible víctima. Veremos algunos de los recursos y mecanismos a través de los que un hablante bloquea o anula las iniciativas y las invitaciones para crear historias acerca de terceros. Esta conversación se llevó a cabo unos meses después del primer chisme que analizamos en este capítulo, cuando Catalina estaba embarazada y buscaba hablar con el padre de su hijo. En vísperas de una fiesta familiar, doña Cuca, hermana de doña Lola, nos pidió ayuda para limpiar y cocinar el cerdo que su esposo había matado ese día por la mañana. Catalina había dado a luz pocos días antes y su tía Cuca estaba deseosa de conocer los detalles del parto y la situación de su sobrina con el papá del niño. A pesar de su gran interés, doña Cuca difícilmente podría saber acerca de su sobrina y el recién nacido. Poco antes del parto había estado de visita en la casa que doña Lola compartía con su hija Catalina. En ausencia de su hermana Lola, la señora Cuca intentó darle a Catalina diversas recomendaciones sobre la organización de la casa y le hizo también otras observaciones sobre el modo como debía relacionarse con su madre, sus hijos y el padre del niño por nacer. Doña Cuca no estaba de acuerdo en que Catalina tuviera hijos estando soltera y culpaba a su sobrina de la falta de dinero que doña Lola sufría por tener a su hija embarazada y tres nietos más en casa. Ese día, en versión de doña Cuca, Catalina rechazó enérgicamente las recomendaciones de su tía, la echó de la casa y le prohibió que la visitara cuando doña Lola estuviera ausente. Doña Cuca había decidido entonces no aparecerse por la casa de su hermana mientras Catalina estuviera viviendo allí, de modo que no había conocido al recién nacido, su sobrino-nieto, pero sí aprovechó esa mañana en que varias mujeres limpiábamos vísceras de cerdo para tratar de conocer los detalles del parto y de la relación que el padre del recién nacido guardaba con Catalina y el hijo de ambos.

Los intentos de doña Cuca por obtener datos acerca de su sobrina fueron repetidamente bloqueados por doña Lola. Así, veremos a continuación la dinámica de interacción donde doña Cuca trata de abrir un diálogo en cierta dirección, mientras doña Lola retiene y evita ofrecer los datos precisos que su hermana busca obtener acerca de Catalina y el niño recién nacido. En la siguiente conversación se configura y prepara el

terreno adecuado para la elaboración de un chisme; veremos un hablante que trabaja en la búsqueda de información acerca de una tercera persona ausente y observaremos también las posibles respuestas del hablante que funge como un poseedor de información, pero que decide no cooperar en la elaboración de la historia. Doña Lola se negó, implícitamente, a compartir los detalles de la vida de su hija y el germen de un chisme que doña Cuca intentaba impulsar fue frustrado en esta ocasión. Doña Lola, conociendo los conflictos que hay entre su hermana y su hija, y sabiendo también el permanente esfuerzo de Catalina por ciertos márgenes de su intimidad, responde al interrogatorio de doña Cuca sin colaborar en la construcción de ningún relato acerca de su hija, poniendo límites evidentes a la conversación y a la búsqueda de información que inició su hermana. El funcionamiento de este mecanismo, como veremos en el siguiente ejemplo, muestran el amplio conocimiento que ambas hablantes tienen acerca de la dinámica de la comunicación en su comunidad. Las posibles secuelas del chisme que doña Lola conoce de sobra, provocan su tajante rechazo al proyecto del chisme, aún cuando doña Cuca insiste sutilmente en la búsqueda de información a partir de la cuál puede crear una historia, o bien, establecer sus bases para ponerla a funcionar luego con otros interlocutores.

El día que tuvo lugar la siguiente conversación, al mismo tiempo que doña Lola y yo salimos en dirección a la casa de doña Cuca, Catalina fue a la clínica rural. Habían transcurrido sólo diez días después del parto y ella tenía una cita para revisión después del parto. Catalina me había confiado que no quería que nadie, además de su madre, se enterara de que se había operado para no tener hijos, pues pensaba que esto podía generar comentarios acerca de su conducta sexual. Sin embargo, conservar en la intimidad esta información era difícil considerando que varias de sus vecinas estaban al pendiente de ella luego del nacimiento de su niño. La casa de doña Cuca, está ubicada en una pequeña loma a la orilla del pueblo, y desde allí se puede ver una buena parte del pueblo, incluyendo el camino que va a la clínica rural; así que podemos suponer que, el día que ayudamos a cocinar el cerdo, doña Cuca pudo ver tres mujeres, Catalina, su madre y yo, que salieron al mismo tiempo de la casa, aunque sólo doña Lola y yo llegamos hasta la suya. Cuando doña Lola (B) y yo nos encontramos con su hermana, doña Cuca puso en marcha una plática para averiguar a dónde

había ido su sobrina. Estas preguntas estaban dirigidas a su hermana, aunque otras mujeres que intentamos participar desviando la conversación, fuimos ignoradas por doña Cuca (A).

54. A: ¿Y Catalina a qué va pa' Temastián?

55. ¿A curarse?

56. B: Ey

57. A: Hmmm. Pobre.

58. ¿A pie o en camioneta?

59. B: No. En camioneta.

60. A pie ¡¿cuándo va a llegar?!

La búsqueda de información de doña Cuca, se realiza mediante un modo particular: A una pregunta que se responde con el silencio o la indiferencia del otro hablante, se sigue una nueva interrogación que en sí misma contiene la posible respuesta a la primera pregunta. En este modo de preguntar, en el que sucesivamente se están preguntando dos datos relacionados (se está confirmando si la mujer salió del pueblo, y también por el motivo de su salida) doña Cuca está al acecho de la información y la interacción se torna tirante pues, doña Lola, gran conocedora de la dinámica del chisme del lugar, identifica perfectamente las intenciones de su hermana de saber qué es lo que hace Catalina saliendo de su casa luego del parto; así que anticipándose al posible rumbo de la conversación, intenta detener el interrogatorio de doña Cuca mediante varios tipos de respuestas: Responde con silencios, o con monosílabos a través de los que busca opacar el interés por el tema tratado (56); o bien, se limita a responder usando la misma información o suposiciones que doña Cuca introduce en la plática, es decir, no agrega nuevos elementos que den información o detalles de la circunstancia que doña Cuca trata de averiguar. Esta evidente falta de colaboración de doña Lola para hablar de lo que le sucede a una tercera persona, ausente en el momento de la plática, contrasta visiblemente con la dinámica que vimos cuando Chon y Catalina hablaban de la mujer que tenía hijos con sus tíos. En aquella primera historia los dos hablantes colaboraron animadamente a elaborar la historia sobre la vecina, mientras en cambio, en el encuentro entre doña Cuca y su hermana, esta última se niega a colaborar de manera implícita, a través de una forma particular de

responder y dirigir la conversación. A través de este mecanismo, doña Lola impide que la posible víctima de un chisme, su hija con un niño recién nacido, se constituya como tal; doña Lola se niega a participar en la dinámica emprendida por doña Cuca y evidencia además la impertinencia de la pregunta elaborada por su hermana (59-60). Doña Cuca quiere saber si Catalina fue al médico y si doña Lola hubiera estado dispuesta a participar en el chisme, su respuesta sobre la consulta médica, habría incitado otras preguntas relacionadas con la mujer y su hijo recién nacido: Si Catalina fue acompañada por alguien, si iba a encontrarse con alguien en el pueblo, si había tenido una complicación luego del parto, si ya tenía una cita previamente establecida por el médico, y otros datos de interés para doña Cuca, quien sabía que Catalina no había recibido dinero del padre de su hijo para el parto, y que Chon incluso había puesto en duda ser el padre del hijo de Catalina.

Doña Cuca trata luego de romper el silencio que doña Lola impuso y busca un nuevo tema de conversación, relacionado con el cerdo que iban a cocinar. Vemos también que otra de las mujeres (C) quiere colaborar con el tema del cerdo, diluyendo a su vez la tensión entre las hermanas (66), pero no tiene éxito pues a pesar de que doña Lola había evidenciado la impertinencia de las preguntas de doña Cuca y su no colaboración en el interrogatorio (59-60) esta última no renuncia a la posibilidad de obtener información sobre lo que doña Lola y sus acompañantes hicieron (67):

- 61. A: Fíjate (pausa, 21 segundos)
- 62. Ni una lombriz tenía y no engordaba.
- 63. ¿Porqué sería pues?
- 64. Malos pa' tragar ¿verdad?
- 65. Como que comía lumbre, no engordaba el alcahuete cochino.
- 66. C: ¿Ya tenía mucho con su puerquito?
- 67. A: ¿Qué ustedes eran unas que iban pa' con Chole?
- 68. C: Mjú

La avidez de doña Cuca por obtener información predomina otra vez; la pregunta a través de la cual otra mujer (C) busca diluir la tensión en la conversación (66), es totalmente

ignorada por doña Cuca, quien, una vez más, se lanza al interrogatorio dirigido a su hermana, buscando confirmar si éramos nosotras quienes estuvimos antes, en casa de una de sus hermanas (67). Doña Lola guarda de nuevo silencio en respuesta a la interrogación de su hermana y C se ve obligada a responder pero lo hace sólo con una interjección a modo de afirmación (68).

69. A: Ah: las vi y dije, dijo Chela: "¿Quiénes serán?".
70. Dije: "Serán mi tía Nacha y Concha. Ellas son las que saben ir".
71. Y mira: Eran ustedes...
72. B: Pero ya no te ayudó.
73. A: Ya la convidé y no quiso.
74. Dijo que ni la convide porque le hace daño el cochino.

Doña Cuca reproduce un diálogo en el que hace responsable a su vecina de la búsqueda de información (69), no obstante, el mismo diálogo reproducido la delata en su intención indagadora pues cae en contradicciones y se corrige así misma cuando reproduce la supuesta conversación en la que se especulaba quienes eran las que se observaban a distancia en la casa de su hermana (*dije, dijo, dije*: 69, 70). Una vez más doña Lola se niega a colaborar con su hermana mediante una clara transgresión de la máxima de pertinencia (Grice, en Levinson, 1989) (72): Ignora la invitación de doña Cuca a continuar con el relato de las razones o las circunstancias por las que estuvo de visita en casa de una tercera hermana, y retoma el tema de la matanza y la preparación del cochino, refiriéndose a la falta de colaboración de su vecina para limpiar las vísceras. Por fin doña Cuca no insiste ya en ese momento, buscando que su hermana participe en una historia sobre su hija y el recién nacido (73).

Nos hemos centrado en los mecanismos a través de los que un hablante evita contribuir a la creación de una historia cuyo objeto son las acciones o acontecimientos relacionados con un tercero ausente. El rechazo de doña Lola a construir el chisme sobre Catalina, fue expresado a través de las formas de interacción que hemos analizado (silencios o pausas prolongadas, formas de respuesta poco colaboradoras), de modo tal que

doña Lola no se vió obligada a decir explícitamente: *No te quiero contar o no quiero decirte nada acerca de Catalina y su hijo*, para hacer entender a la otra hablante que no colaboraría en el chisme. Negarse a participar en una conversación de este género requiere una permanente atención del hablante que está a merced de quien busca la información o trata de impulsar el chisme. El hablante evita coproducir la historia, se convierte, en cierto sentido en una víctima de la interacción pues debe responder hábilmente a las interrogaciones de quienes buscan utilizarlo para obtener información; ya sea ofreciendo intervenciones breves o silencios prolongados como lo hizo doña Lola en el interrogatorio de su hermana. Las respuestas con monosílabos o que no agregan nueva información a la que el chismoso ha puesto en juego, se utilizan también cuando el hablante identifica una plática que puede dar lugar a una historia acerca de una persona a la que le guarda lealtad.

El análisis de estas conversaciones es de gran importancia para entender, en su conjunto, la dinámica y la naturaleza del chisme. Las interrelaciones donde potenciales portadores de “información” están sistemáticamente a la defensiva del diálogo en el que están participando, se explican por el amplio conocimiento que los participantes tienen de la dinámica de este género discursivo. Este conocimiento, no siempre se expresa de modo explícito, como sí vimos en el metachisme, cuando el modo de hablar es un tema de conversación. Aquí en cambio, las herramientas principales a partir de las que se definen el desarrollo del diálogo, son el conocimiento del potencial de la palabra tiene en la definición de las dinámicas de interacción, y, la anticipación que un hablante hace, de las posibles implicaciones que su participación en un diálogo tiene en futuras interacciones.

Handelman (1973) ha enfatizado la importancia de estudiar detalladamente los encuentros sociales *oposicionales*, estos son, los que no se realizan con el consenso o la aceptación de todos los participantes debido a que la transmisión de cierta información puede convertirse en un chisme. El tipo de interacciones a las que Handelman refiere, no corresponden exactamente a la definición de chisme que hemos adoptado aquí, ya que la víctima de la interlocución se haya presente y esto hace posible, como el mismo autor explica, la réplica y transformación radical de la dinámica de la interlocución. Aún cuando no podemos calcular los alcances sociales de un chisme que ha sido truncado, sí podemos identificar y examinar las conversaciones que contienen el germen de un chisme, que

hemos visto aquí como la búsqueda o solicitud de información de uno de los hablantes que ha sido frustrado por falta de cooperación en la creación de la historia. Estas interlocuciones son importantes pues, aún cuando no presentan el despliegue de la historia que en pleno constituye el chisme, nos presentan otro aspecto de la dinámica a la que está sujeto este género. El esfuerzo por retener información puede ser determinante para resguardar la reputación de un tercero. De esta manera, los vínculos amistosos, de parentesco o cualquier otro que pueda constituirse en defensor o representante de la posible víctima del chisme, emergen a través de estos mecanismos del habla. De la misma manera como echar a andar un chisme nos puede hablar de relaciones conflictivas o rivales en las que se busca desprestigiar a una de las partes, los recursos interactivos empleados en la obstrucción del chisme, como hemos visto en este apartado, pueden revelar lealtad, cooperación y alianza entre los hablantes y la posible víctima de la historia.

5.7 Conclusiones: Prescripciones, sexualidad y matrimonio.

Gluckman (1963) argumentó que el chisme contribuye a la cohesión moral de los grupos sociales porque a través de este género discursivo se reproducen ciertos valores. En Carrizales el chisme no contribuye a la cohesión social. Por el contrario, este género discursivo emerge siempre en situaciones conflictivas: 1) Por lo que concierne al contenido, el chisme no se construye para describir matrimonios o parejas que se relacionan de forma armoniosa o deseable, sino para definir presuntas circunstancias y relaciones problemáticas y complicadas: Mujeres que tienen hijos con parientes de primer grado, mujeres con experiencia sexual previa al matrimonio, o que son infieles al marido, o al padre del hijo por nacer; hombres que sufren infidelidad porque no son capaces de mantener a su esposa, hombres que tienen dinero y que en consecuencia adquieren el derecho a relacionarse sexualmente con mujeres casadas, así como hombres que al descubrir supuestas infidelidades de la pareja niegan ser los padres de los niños por nacer. Los chismes sobre matrimonio y sexualidad no reproducen relaciones idealizadas; antes bien, todo lo contrario: invariablemente refieren a relaciones maritales y sexuales que rompen normas y valores. Las imágenes de desorden, caos y conflicto sintetizadas en los chismes sobre matrimonio y sexualidad, implícitamente sugieren prescripciones que, por oposición a las

situaciones narradas en el chisme y desde la perspectiva de los propios hablantes, deberían de aplicarse en el terreno de la vida marital y sexual. La exposición de situaciones y comportamientos que los hablantes consideran extremadamente intolerables e inadmisibles que se concentran en los chismes revelan así, implícitamente, las pautas principales que hombres y mujeres deberían de observar, para ajustarse a un modelo que evoca relaciones complementarias y recíprocas, y que, aún sin ser necesariamente enunciado siempre de forma explícita, subyace al conjunto de las narrativas analizadas aquí : Las mujeres (novias, esposas o en unión libre) deben reservar su vida sexual para el hombre con el que están vinculadas; los hombres deben mantener a sus mujeres y sus hijos para conservar la exclusividad sexual que las mujeres pueden darles. 2) A través de la modelación discursiva de las normas que conciernen a la vida marital, el chisme tiene el gran poder de crear conflictos en los matrimonios, relaciones consensuales e incluso en la etapa prematrimonial. La imposibilidad de que el agraviado reconozca el origen o el autor de un chisme, le dan a este género discursivo una influencia tan potencialmente peligrosa que las mismas hablantes lo definen como un mecanismo capaz de influir en las relaciones sociales: noviazgo y matrimonio. No obstante este gran poder contenido en los chismes, también puede ser usado a favor de los propios hablantes porque a través de este género discursivo las normas sobre matrimonio y sexualidad pueden ser replanteadas, reinterpretadas y aplicadas a conveniencia de los propios hablantes. Catalina describe la ruptura de normas sexuales de terceras personas, de modo que, como autora del chisme se sitúa a sí misma en los márgenes de la sexualidad aceptable: Es admisible tener hijos de varios hombres sin casarse, pero no es posible aceptar que una mujer tenga hijos con los hermanos del padre.

El uso del chisme tiene estas dos caras: puede ser un arma letal, pero también un instrumento flexible, moldeable a la medida del contexto de interacción en que es producido. Las punitivas y estrictas evaluaciones acerca de la sexualidad femenina, generalmente promovidas por mujeres del pueblo, pueden ser usadas simultáneamente a favor de las propias autoras de estas narrativas: al descalificar los comportamientos de otras vecinas, las autoras se erigen implícitamente como mujeres presuntamente ceñidas a los valores que otras han transgredido. El chisme sobre sexualidad parece ser de este modo, un

problema que involucra y concierne a las mujeres del pueblo. Si bien los hombres pueden colaborar en estas narrativas como oyentes o coproductores, la fidelidad al esposo y las prescripciones más punzantes e intransigentes acerca de la sexualidad femenina, provienen, sin lugar a duda, de narrativas elaboradas por mujeres, quienes, antes que producirlas para audiencias masculinas, buscan discutir las con otras mujeres o hacerlas llegar a otras mujeres para, a través de ellas, dañar su reputación.

Capítulo 6. “Vírgenes” y “proveedores”: Voces sobre familia, género y parentesco.

Andrés, el único hijo de Catalina Ramírez que no vive en Carrizales tiene 17 años y estudia la *high school* en San Diego California, donde vive con su padre. Catalina se expresa muy satisfecha de los logros escolares de su hijo mayor y de la buena relación que él mantiene con su papá, así como de la decisión que su hijo tomó para regresarse a vivir a California luego de varias semanas que pasó en Carrizales con su madre y sus hermanos. A pesar de que desearía que su hijo viviera con ella, como cuando estaban en Estados Unidos, esta mujer piensa que Andrés tiene buenas expectativas de vida si se queda en California con su papá; allá puede seguir estudiando, perfeccionar el habla del inglés y encontrar un buen trabajo gracias a su habilidad para el manejo de los programas de cómputo que está aprendiendo en la escuela. En cualquier caso, comparando los recursos educativos y la oferta laboral de California y Totatiche, Catalina no tiene dudas: considera que Andrés, igual que sus otros hijos, “no tiene futuro aquí”; su esperanza es que todos ellos (nacidos en California, con la excepción del menor) regresen a Estados Unidos y hagan su vida en ese país.

En este discurso sobre el porvenir que desea para sus hijos, esta mujer hace énfasis también en ciertas expectativas que son especialmente significativas para los problemas que hemos abordado en este trabajo: A Catalina no le gustaría que ninguno de sus hijos (hombres ni mujeres) se casaran con alguien de Totatiche. En lugar de eso, preferiría que encontraran sus parejas en California, sin importar que sean o no mexicanos, pero buscando ciertas cualidades necesarias para el matrimonio o la vida “en junta” (parejas no casadas). La falta de educación escolar y de alternativas laborales para los hombres del municipio, son razones por las que Catalina no desearía que sus hijas se casaran con un hombre del pueblo donde ahora viven: “los muchachos de aquí no saben hacer nada si los sacas del pueblo” dice refiriéndose a sus habilidades laborales, principalmente centradas en tareas agrícolas. En lo que concierne al futuro conyugal de los hijos, la misma mujer dice preferir que se vinculen con mujeres de otros lugares, porque las de Carrizales “están muy manoseadas”, lo que quiere decir que se relacionan sexualmente antes de casarse. Catalina hace un contraste entre las mujeres de Carrizales y la novia que Andrés tiene en San

Diego: hija de una familia de nicaragüenses, es una muchacha apegada a sus padres, a la que conocen desde que era niña porque sus padres eran vecinos de Catalina en California. Catalina se dice satisfecha de que su hijo se haya relacionado con una joven a cuyos padres conoce desde hace años y con los que incluso, ocasionalmente, tiene comunicación telefónica. Andrés y ella se hicieron novios poco antes de que Catalina regresara a vivir a Totatiche. A pesar de la edad de los muchachos y el poco tiempo en que se han relacionado como novios, Catalina considera que esta sería una buena pareja para su hijo porque han crecido en el mismo lugar, van a la misma escuela y comparten otras cosas. Para Catalina sería impensable que Andrés se interesara en una mujer del pueblo que, igual que los hombres de Carrizales, tiene limitadas sus expectativas de vida a lo que existe en el municipio. En suma, según el discurso de Catalina, los mejores candidatos conyugales para sus hijos (hombres y mujeres) están fuera de Totatiche, en Estados Unidos.

Catalina, una mujer soltera, con hijos, y una vida amorosa cambiante y diversa, identifica ciertas cualidades en hombres y mujeres, como elementos de gran influencia para la formación de una pareja y una familia, al tiempo que descarta, en sus expectativas e ideales, a los candidatos matrimoniales que no corresponden a estos modelos para el porvenir de sus hijos: los hombres deben tener alternativas laborales y las mujeres deben mantener una sexualidad juiciosa. El contenido de este discurso acerca del matrimonio puede resultar inaudito en la voz de alguien que reivindica para sí misma las relaciones amorosas libres en las que han nacido sus propios hijos y la decisión de no unirse a alguna de sus parejas con la perspectiva de una vida a futuro (capítulo 1), y que en este sentido ha mostrado también bastante autonomía y autosuficiencia para hacerse cargo de su familia. Catalina no representa al matrimonio como un modo de vida ideal para ella, pero define determinados criterios para la vida conyugal que, da por sentado, en algún momento van a establecer sus hijos, lo que puede ser muy sorprendente considerando la propia trayectoria de vida y conyugal de la mujer que elabora este discurso. A las dos caras de este discurso matrimonial, podemos añadir también los discursos centrados en la maternidad a través de los cuáles Catalina define su yo; y podríamos añadir además aspectos de otras representaciones que la misma mujer elabora sobre el matrimonio, la familia y los hijos cuando se refiere a las experiencias de otras mujeres de su familia y del pueblo. Este total

de discursos da la primera impresión de formar un cuerpo inconsistente y contradictorio: lo que en algunas vidas se representa como algo plenamente natural y justificable, como la experiencia sexual femenina fuera del matrimonio, se convierte también en otros casos como conductas reprobables; lo que en algunas biografías es motivo de reputación y buena imagen, puede ser reprobable o indeseable para el futuro personal o familiar. Así por ejemplo Catalina, compadecida por la vida sacrificial que ella considera su madre vivió estando casada, utiliza esta representación para defender su soltería y “libertad”, al mismo tiempo que sostiene como futuro ideal para sus hijos, el matrimonio y la representación de determinados cónyuges ideales, que parecen ser, más que una elaboración individual, el reflejo de los propios valores que su madre utiliza en su autobiografía y su propia historia matrimonial. Vemos así que el matrimonio y la vida en familia son referidos e interpretados de manera flexible; mediante diversas aristas y enfoques que emergen discursivamente y que se utilizan con diferentes propósitos: Hablar sobre la familia y el matrimonio al elaborar una autobiografía no es lo mismo que hablar sobre las expectativas para el porvenir de los hijos o que referirse a las experiencias de vida atribuidas a una tercera persona. Así, Catalina, a través de distintos discursos explota diversas direcciones e interpretaciones posibles acerca de un determinado modelo matrimonial (y de relaciones de género que se derivan de este mismo patrón) dependiendo, en gran medida, de los distintos propósitos con los que cada discurso haya sido elaborado; este modelo puede ser utilizado de diferentes maneras si se trata de crear una complicidad amistosa entre mujeres, o bien, si se desarrolla una discusión familiar o en una conversación con personas ajenas a la familia; porque en cada uno de estos contextos y espacios de interacción se ponen en juego identidades y relaciones sociales distintas.

6.1 Antropología y feminismo.

En su trabajo sobre la división sexual del trabajo en las sociedades cazadoras-recolectoras Michelle Rosaldo (1980) describe la falta de correspondencia entre la forma como la masculinidad y la femineidad son representadas, y el modo como hombres y mujeres se relacionan. Los hombres sexualmente maduros, durante su soltería se esfuerzan por demostrar su capacidad como proveedores, pero a pesar de eso, la mayor parte de ellos no

alimentan a sus esposas una vez que han sido aceptados por las doncellas y que han conseguido el consentimiento de los padres para el casamiento, dándoles, entre otros regalos, las presas de su cacería. Una vez casados, los hombres son generalmente alimentados, no por las habilidades como cazadores que demostraron dominar con gran espectacularidad para sus suegros, sino por las actividades de recolección que las mujeres, sus esposas, realizan. A pesar de estas contradicciones entre la celebración de las habilidades masculinas para la cacería y su mínima aplicación para el sustento de la familia de parte de los hombres, las actividades masculinas están en el ápice de la jerarquía social, subordinando así a los hombres solteros y todas las mujeres. Rosaldo advierte que la sexualidad femenina desempeña un papel activo en la organización de estas sociedades igualmente trascendente que la cacería masculina, pero mientras esta última es motivo de celebración y prestigio, la sexualidad femenina es vista como algo irritante que hay que controlar. Rosaldo se apoya en estas observaciones empíricas para argumentar que la asimetría sexual no radica en el ejercicio de autoridad masculina, ni tampoco en la exclusión del mundo público al que algunas mujeres están dispuestas en diversas sociedades. La asimetría sexual radica en la valoración diferencial de las actividades que hombres y mujeres desarrollan, y en la falta de consistencia entre los aspectos de la vida social que se consideran prestigiosos y se celebran a través de danzas y otros rituales (como la cacería masculina) y las que realmente desempeñan un papel central para la economía familiar y grupal (la recolección femenina en sociedades simples).

A pesar de su exotismo y aparente lejanía, el caso que Rosaldo documenta tiene semejanzas sorprendentes con los fenómenos que he encontrado en Totatiche, Jalisco: En ambas sociedades se celebra la capacidad de los hombres para mantener a sus esposas y sus hijos como obligaciones matrimoniales a pesar de que el sostenimiento de la familia dependa principalmente de actividades desempeñadas por las mujeres, como Rosaldo encontró, o bien, como ocurre en Totatiche, de los trabajos que tanto hombres como mujeres realizan. En los estudios sobre el trabajo femenino que han documentado fenómenos semejantes, la falta de correspondencia entre lo que se dice y lo que se hace suele ser definida como una forma de alienación promovida por la ideología predominante en el capitalismo: Los individuos, subyugados por las relaciones de producción son

incapaces de ver la realidad, es decir, son incapaces de ver que las mujeres también aportan dinero para la familia y de darle un valor al trabajo pagado que estas realizan (Narotzky, 1988, s.f). Las ideas sobre las relaciones de género que no reflejan la realidad son armas utilizadas por los sistemas sociales para perpetuar sus formas de control social y explotación económica. Los individuos viven engañados o con una visión distorsionada de la realidad, pues las ideas que expresan no son concebidas como una creación social sino como entidades ajenas que se imponen a las colectividades, generalmente en función de intereses económicos de gran escala.

Pero los discursos acerca del matrimonio, el parentesco y las relaciones de género antes que constituir un producto autónomo, con vida propia, independiente de la vida social, son más bien producidos por seres sociales que establecen relaciones directas en espacios de interacción particulares y diversos (Urban, 1997). El habla sobre los conflictos de una familia, o acerca de las expectativas de comportamiento de hombres y mujeres en una relación matrimonial, no está ni subordinada al influjo de una ideología extraña que se filtra en las conciencias nativas, ni tampoco está subsumida a los intereses económicos y utilitaristas de un sistema social ajeno. Por el contrario, como he mostrado en los capítulos anteriores, los roles de género y familia que se refieren en diversas narrativas son modelados por los propios hablantes, en contextos y condiciones de producción específicos. La exaltación de la figura masculina en función de las responsabilidades económicas que desempeñan tanto hombres como mujeres, es solo uno de los aspectos concernientes a las relaciones de género que no son fielmente descritos por los hablantes de Carrizales. Pero las contradicciones entre lo que los hablantes dicen y lo que hacen, no pueden ser comprendidas en un plano de lo ético o políticamente correcto (ya sea en términos de la subyugación de relaciones de producción o de relaciones de género), sino mediante una concepción de la cultura que está centrada en la producción y circulación de discursos; en tanto su contenido es intersubjetivamente accesible (Urban, op.cit). Desde esta perspectiva teórica acerca de la cultura y el papel que el lenguaje desempeña en su creación y transmisión, no tenemos fundamentos para crear expectativas acerca de la correspondencia fiel entre las narrativas y las conductas o situaciones que las propias narrativas describen pues, antes que ser el resultado directo de acontecimientos, estos últimos adquieren forma y

sentido al ser discursivamente constituidas por los hablantes (Bauman, 1998). Mediante la producción de estos discursos que buscan interpretar o explicar diversos sucesos, los hablantes en interacción constituyen y le dan sentido a la organización social; a través de diversos modos de habla construyen tipos anómalos tanto como formas ideales de las relaciones sociales. Los discursos no tienen como propósito describir fielmente lo que ha ocurrido con determinadas familias o relaciones matrimoniales, pero los acontecimientos precipitados, caóticos e impredecibles en las familias y las relaciones matrimoniales, adquieren sentido a través de los discursos que acerca de dichos acontecimientos los hablantes elaboran. Es esta actividad creadora de los hablantes, la que le otorga una forma lógica y consistente a la organización social: En las narrativas, se sabe muy bien lo que los hombres y las mujeres deberían de hacer para que su familia y su matrimonio se desarrolle satisfactoriamente. Pero esta definición ordenada y coherente acerca de los roles de hombres y mujeres en la familia, no es extraída de familias o matrimonios en particular; por el contrario, es producida a través de diversos modos de habla que, en la interacción cara a cara, dan lugar a explicaciones elocuentes sobre el origen de los conflictos y desavenencias observadas en la vida local. La cultura, los significados transmitidos intersubjetivamente (Urban, ib.), se erige así a través (y no pasando por encima) de la intervención de los hablantes. Lo verdaderamente importante aquí, no es que hombres y mujeres se expresen de forma “verídica” o “falsa” acerca de las relaciones de familia o matrimoniales, sino más bien discutir porqué, en Carrizales y en sociedades simples como las estudiadas por Rosaldo o en otras, es tan importante darle sentido a ciertas actividades o a los comportamientos de hombres y mujeres en las relaciones matrimoniales y en la familia.

6.2 Intercambio de dones.

El género social de los hablantes ejerce una evidente influencia en la producción de los discursos locales en los que confluyen modelos de género, sexualidad y matrimonio. Al hablar de otras personas y de sus propias trayectorias de vida, las mujeres tienden a prescribir de forma severa y mordaz los conflictos maritales y sexuales. La forma realista que adoptan estas narrativas sobre problemas, adversidades y tensiones, construyen un oyente solidario y compasivo que, tiene pocas posibilidades de réplica y de

cuestionamiento a las versiones ofrecidas por las autoras. La gran disposición de las narradoras a describir los conflictos que conciernen a terceros, así como su tendencia a incluir la descripción de los comportamientos de otras personas cuando definen sus propias trayectorias de vida, hacen de la sexualidad y la vida marital asuntos de carácter público. Las ideas sobre familia y sexualidad circulan con gran intensidad a través las propias mujeres. Del mismo modo, los modelos de masculinidad se producen y circulan a través de discursos elaborados principalmente (aunque no únicamente) por hombres. A diferencia de las voces femeninas ya descritas, los hablantes tienden a elaborar narrativas más autorreferenciales y egocéntricas. Los modelos de conducta concernientes al género social, se incluyen explícitamente en la presentación de sí mismo, y no tanto en la descripción de los comportamientos de otros (hombres o mujeres). Debido a su forma más humorística y épica que realista, los oyentes de los discursos de los hombres acerca del género y la familia pueden examinar e interpelar el contenido de estas narrativas, sin que esto ponga en riesgo la colaboración ni la relación con los autores. Del mismo modo, dada la tendencia de estos narradores a centrarse más en la definición de género y familia cuando describen sus propias historias de vida que cuando se refieren a terceros, sus mensajes resultan más condescendientes y flexibles que los discursos sobre estos mismos asuntos elaborados por mujeres. Por último, hay que notar también que en las narrativas masculinas, la categoría de género y el desempeño en la familia es más un asunto que concierne a la identidad individual y a la presentación de sí mismo, antes que un problema para debatir o para normar colectivamente.

Pero no obstante las diferencias observadas en los estilos de narrativas femeninas y masculinas, y a pesar de que el contenido de estos discursos flexiblemente utilizado a conveniencia de los propios hablantes, existen también pautas sobresalientes acerca del género, el matrimonio y la sexualidad, que son comunes a las narrativas elaboradas por hablantes de ambos géneros: Los hombres que son capaces de mantener a una mujer y a los hijos que han tenido con ella, pueden esperar a cambio la garantía de la exclusividad sexual. Ambos elementos, el trabajo mediante el cual un hombre puede mantener a su familia, y la exclusividad sexual que una mujer puede darle al hombre que la mantiene, están referidos explícitamente en la mayor parte de las narrativas de hombres y mujeres, o

bien, se hallan implícitos en las descripciones y las indagaciones de los narradores de ambos sexos acerca de conflictos maritales. Tanto en las narrativas que se elaboran para influir en la reputación de otros, o bien en las que contribuyen a la presentación del yo, subyace así un modelo de reciprocidad entre géneros, donde hombres y mujeres tienen algo especial para intercambiar en una relación amorosa; dones particulares de los cuáles parece depender el pacto existente entre las parejas (casadas o en unión libre): El trabajo de los hombres y la sexualidad femenina. Estos aspectos, referidos de diversas formas en el conjunto de discursos analizados aquí, parecen constituirse en las pautas rectoras a partir de las cuáles los hablantes interpretan y evalúan los comportamientos de hombres y mujeres en los conflictos familiares; más allá del uso estratégico, insisto, que cada hablante puede hacer a su conveniencia de estos modelos. Así por ejemplo, Catalina, soltera con hijos de padres diferentes, desearía que su hijo se casara con una mujer sin experiencias sexuales previas, del mismo modo como en los pleitos con su vecina la acusa de infidelidad para causarle problemas matrimoniales. Esta misma mujer que en situaciones particulares hace referencia a una especie de virtud femenina fundada en la castidad, también elabora discursivamente las supuestas responsabilidades económicas que el padre del hijo que está por nacer debería de cumplir con ella, sin que su propia soltería, el hecho de que el padre de su hijo esté casado o que ella misma tenga ya varios hijos con hombres diferentes, parezcan menguar el modelo discursivo que refiere a la masculinidad como obligación de proveer a la familia, y la feminidad como la obligación de ser fiel al esposo o pareja en turno. Catalina ha utiliza estas ideas de forma contrapuesta y hasta contradictoria, pero eficaz para los propósitos del contexto en que cada fragmento de estos discursos fue elaborado: para presentarse como una mujer merecedora de bienes materiales, para defender su propia identidad frente a los ataques de su vecina o bien, para crear expectativas sobre el futuro de sus hijos. Lo importante aquí es notar que independientemente de la forma como estas pautas de comportamientos para hombres y mujeres se utilicen en la interacción comunicativa, ambas pueden identificarse como valores subyacentes acerca de la familia y el género social, tanto en los discursos de hombres como en los de mujeres. Recordemos que este mismo arquetipo del hombre proveedor y el uso de categorías de género en las narrativas de hombres, están contenidas también en los discursos donde se reconstruye la

historia personal ya sea para erigirse como un héroe exitoso en aventuras complicadas, o bien al presentarse como una persona que ha sufrido las decisiones e incumplimiento de las obligaciones de los familiares (capítulo 4).

En suma: en este corpus de narrativas, dar trabajo y dar fidelidad sexual constituyen una cierta especie de dones en virtud de los cuáles hombres y mujeres representan la racionalidad de los lazos existentes entre sí, tanto como la consistencia de otros vínculos sociales que se derivan de estas relaciones (como los vínculos de hombres y mujeres con los hijos) sin importar, en ningún caso, que tales relaciones entre hombre y mujer sean matrimoniales o consensuales. Así, a pesar de las inflexiones y matices discursivos que cada hablante elabora acerca del género y la familia, los narradores de ambos géneros coinciden en la representación de lo que parecen constituirse como aspectos clave de un patrón en el que confluyen roles de género, matrimoniales y familiares.

6.3 Intersección de discursos

La antropología, el feminismo y la comunidad de habla de Carrizales tienen una característica en común: todos trabajan en la producción y circulación de discursos acerca de familia, la sexualidad y las relaciones de género. Los antropólogos queremos conocer y comprender cómo se relacionan las familias del pueblo y en el pueblo están interesados en hablar de la forma como las familias deberían de relacionarse. En este punto, el discurso antropológico y las voces locales encuentran un terreno en común. Mediante la identificación de tipos residenciales elaboré varias conjeturas acerca del parentesco en la localidad (capítulo 2): la separación de la madre y los hijos (hombres) nacidos en relaciones previas, parece constituir el criterio rector en función del cuál podemos predecir la organización y redefinición de los hogares nativos. Sin importar que se trate de relaciones matrimoniales o uniones consensuales, las mujeres pueden llevar a vivir con ellas a las hijas que han tenido en relaciones anteriores, pero no así a los hijos. La variedad de trayectorias conyugales y tipos de familia registrados en la localidad, parecen haber sido organizados en función de esta característica en común. Las mujeres que han tenido hijos fuera del matrimonio (ya sea de uno o varios cónyuges) no clausuran su vida amorosa y tampoco están imposibilitadas para casarse si al momento de involucrarse en una nueva

relación disponen de una red o núcleo familiar a los cuales transferir el cuidado y la socialización de los hijos (hombres) que han tenido mientras estaban solteras. Estos niños suelen quedar a cargo de sus abuelos maternos, haciendo posible así que las mujeres se casen o cohabiten en uniones consensuales, sin importar que antes se hayan relacionado sexualmente con uno o varios hombres. Extraída de la tipología de unidades residenciales locales que examina como lazo principal la relación madre-hijo y aún sin ser explícitamente expresada por los nativos, esta norma parece tener cierta resonancia con las pautas subyacentes al corpus de discursos locales en los que confluyen ideas acerca de las relaciones conyugales, sexuales y de familia: los hombres deben trabajar para mantener a las mujeres, mientras estas, sean fieles al hombre que trabaja para ellas. En Carrizales no hay núcleos residenciales donde los hijos (hombres) de padres diferentes se mezclen en la misma casa porque una familia como esta rompería la norma según la cual, los hombres deben mantener a sus mujeres y los hijos que tengan con ellas. En cambio, las niñas nacidas en un primer matrimonio sí son integradas a los núcleos residenciales que sus madres forman en una nueva unión conyugal porque ellas, al igual que sus madres antes que estar obligadas a trabajar para mantener la familia, son receptoras de los bienes producidos por los hombres de la casa. De este modo, encontramos que los criterios observados en Carrizales tienen una sutil correlación con las pautas subyacentes a los discursos sobre las responsabilidades de hombres y mujeres en el matrimonio y en la familia que ya he referido.

Las situaciones conflictivas y desafortunadas son excepcionalmente privilegiadas en el habla acerca de la familia y el matrimonio. A través de estas narrativas las hablantes de Carrizales revelan que, además de constituir un objeto de estudio para la antropología, las relaciones de familia y el matrimonio son asuntos de los que se tiene que hablar, son asuntos relevantes para la vida local: es trascendente que un hombre no trabaje para su familia y también es digno de comentarse que una mujer haya sido infiel a su esposo. El habla femenina en esta comunidad de habla es crucial para la circulación de ideas sobre género, sexualidad y matrimonio, y en consecuencia para la conformación de la cultura. Pero esta observación no implica afirmar que en la localidad, la familia es un problema de

interés únicamente femenino ni tampoco que forma parte de una especie de “sub-cultura” femenina.

Considerando la influencia que mi propia condición de género desempeñó en el registro de estas narrativas, mi visión acerca de estos discursos es inevitablemente parcial; especialmente en lo que concierne al análisis de narrativas espontáneas acerca de la masculinidad elaboradas por los hombres del pueblo. Antes que empobrecer el debate, el reconocimiento de estos límites en el acceso del etnógrafo a cierto tipo de discursos enriquece nuestra discusión acerca del modo como las ideas relacionadas con el género social se entrelazan con relaciones de familia, matrimonio y sexualidad; problemas en los que confluyen los propósitos de la antropología y el feminismo, y acerca de los cuáles también suele encontrarse una resonancia sobresaliente en las comunidades de habla y las sociedades estudiadas. Más aún tomando en cuenta el carácter diverso de las narrativas analizadas en este trabajo y la influencia que las condiciones de producción de estos discursos ejercen en su contenido, la identificación de los huecos e inconsistencias inherentes al proceso de registro de los discursos locales es imprescindible para contribuir a nuestras discusiones antropológicas y feministas acerca de la familia, el matrimonio y la sexualidad. Es necesario obtener mayor claridad acerca del modo como en distintas sociedades se construyen y se utilizan las ideas sobre hombres cazadores y proveedores, y también sobre mujeres infieles o mujeres víctimas de los atropellos de sus familiares, comprender cuáles son las inconsistencias, matices e inflexiones de estos discursos, cuál es la relación que estas narrativas tienen entre sí y con otros discursos, y discutir también qué tanto estas ideas se hallan influidas por la propia intervención del etnógrafo en turno.

Rosaldo sugiere que la asimetría sexual en los grupos de cazadores-recolectores radica en la valoración diferencial de las actividades de hombres y mujeres. Debido a que nuestro acceso a las relaciones de género en esas sociedades está delimitado por las propias observaciones de la autora, esta última voz se vuelve, inevitablemente incontestable. La imposibilidad de atisbar a las perspectivas que los propios cazadores tienen de las relaciones con sus esposas y su parentela política, y de conocer también cómo las mujeres recolectoras que alimentan a sus esposos definen las relaciones que tienen con ellos, hace casi imposible elaborar explicaciones alternativas a las que la autora propone. El

pensamiento feminista no puede renunciar al proyecto de transformación de relaciones de género que lo define como tal. Pero la antropología no puede tampoco rehusar su responsabilidad en la documentación y comprensión de los diversos modos como hombres y mujeres se relacionan en distintas sociedades, ni diluirse en función de argumentos políticamente correctos. En Carrizales, como he señalado antes, el potencial proveedor masculino no puede pensarse sin una contraparte femenina que, al menos en términos simbólicos, juega un papel igualmente relevante al arquetipo de masculinidad producido en la localidad: los hombres deben proveer a su familia, del mismo modo como las mujeres deben ser fieles al esposo que las alimenta. Antes que constituir un modo de subordinación femenina, la representación de los dones intercambiables entre hombres y mujeres, coloca a los cónyuges de ambos sexos en una situación potencialmente poderosa y dominante; las mujeres no están a merced de la autoridad de los hombres, ni tampoco ocupan un lugar marginal en el modelo de género discursivamente elaborado por los hablantes locales. De acuerdo con estas narrativas, las relaciones de pareja dependen de la eficacia con la que hombres y mujeres asuman las responsabilidades que les corresponden. La duración del pacto amoroso no es el dominio absoluto de hombres ni de mujeres, sino que depende del cumplimiento de ambos cónyuges con sus respectivos roles. En las narrativas locales, la funcionalidad de la familia y la estabilidad de la pareja están articulados tanto en función del cumplimiento del hombre con sus responsabilidades económicas, como en torno a la exclusividad sexual que las mujeres se comprometen a darle al hombre que la mantiene a ella y a sus hijos. Ya he señalado también en diversos apartados que, de manera semejante a lo que Rosaldo encuentra en las sociedades cazadoras recolectoras, los hombres y las mujeres de Carrizales establecen en realidad una gran diversidad de relaciones que no se restringen ni necesariamente corresponden a los criterios planteados en los arquetipos hombres proveedor/mujer casta. Pero mis observaciones de lo que parece constituir un acuerdo simbólico de intercambio de dones entre hombres y mujeres, están fincadas en la base de los propios discursos que hombres y mujeres del pueblo elaboraron durante mi intervención en ese lugar. Este es el punto en el cual el feminismo y la antropología parecen ser inexorablemente irreconciliables.

En mi trabajo, no he querido solamente identificar los patrones en función de los cuáles se forman y se diluyen familias, sino que además, he estado fuertemente inspirada por el propósito principal de comprender también cómo los hombres y las mujeres de este pueblo explican y definen las relaciones entre sí. En virtud de este objetivo, he puesto en un primer plano de atención la producción y el contenido de los discursos locales, registrando sus regularidades y también sus matices, inflexiones e inconsistencias. He mostrado que los diversos discursos sobre sexualidad, matrimonio y relaciones de género, son, además, susceptibles de usos cambiantes y situacionales; hombres y mujeres pueden usarlos para describir situaciones familiares de una cierta manera, dependiendo de las relaciones que el narrador tiene con los protagonistas de las narrativas, y en función también de la propia situación particular por la que cada narrador atraviesa al narrar los problemas maritales. Gracias a mi aproximación a estas narrativas, las diversas formas como los hombres y mujeres del pueblo se relacionan, no son representadas unilateralmente, esto es, en función de mi propio registro de tipos residenciales y mis observaciones ensimismadas sobre los pleitos matrimoniales y familiares. Las voces de las mujeres del pueblo, y en menor medida las de los hombres también, tienen un lugar y una intervención sobresaliente en la visión que aquí presento acerca de las relaciones familiares y matrimoniales.

Ciertos rasgos asociados a una ideología feminista pueden identificarse en los discursos de mujeres como Catalina, pero no podemos dejar de ver el profuso entramado de narrativas que la misma hablante formula y utiliza en diferentes contextos de habla. Los clichés acerca de su libertad y su autonomía (casi andrógina) ferozmente defendida, coexisten también con discursos que evocan un espíritu maternal a toda prueba. Del mismo modo esta mujer, en otras conversaciones, es capaz de defender valores sexuales que podríamos llamar conservadores, adversos a su propia trayectoria de vida e inconsistentes con la certeza de que el padre de su hijo por nacer tiene que darle dinero para los gastos del embarazo y del parto. Diversas formas de ser mujer emergen a través de las palabras de colaboradoras como Catalina. En determinados momentos, una mujer puede ser vista como una madre entregada, otras veces puede presentarse como una persona amorosa, dependiente de una relación subyugante, así como también, en otras ocasiones podrá

erigirse como un individuo independiente, autosuficiente, con una vida estructurada por sus constantes esfuerzos para mantenerse vinculada a sus hijos. En la relación con Catalina y con otras mujeres de Carrizales pude palpar las contradictorias formas como las relaciones amorosas se desenvuelven, y también los diversos modos como las mujeres pueden referirse a sí mismas y evaluar los comportamientos de otras mujeres.

Mientras la producción local de discursos es una herramienta clave para la documentación antropológica de la diversidad humana y cultural, desde una perspectiva feminista la visión que los nativos pudieran ofrecer acerca de sus relaciones de pareja son relevantes sólo en la medida en que contribuyen a explicar la subordinación y desigualdad de las relaciones de género. El discurso feminista, al ignorar la naturaleza y el contenido de las voces locales y los diversos modos como estos discursos son producidos y utilizados durante la intervención del propio etnógrafo, se constituye así en una voz autorreferencial, impenetrable e incuestionable. Para el feminismo no es un objetivo prioritario comprender como otras mujeres conciben sus relaciones con los hombres, si estas concepciones no ofrecen argumentos que contribuyan a documentar la desigualdad que, el mismo pensamiento feminista presupone, es inherente a las relaciones ente hombres y mujeres. El feminismo se erige como una voz autorizada para representar las relaciones de género en cualquier sociedad, pero las voces locales disonantes quedan maniatadas al discurso feminista en virtud de la imposición de conceptos y categorías sociales preexistentes a las diversas realidades en cuestión. Al subordinar, ignorar o subestimar los discursos locales, los estudios feministas inexorablemente se niegan a reconocer que, al hablar de sí mismos y de la forma como se relacionan entre sí, hombres y mujeres de diversas sociedades participan activamente en la construcción de su propia cultura. Después de todo, los actos de habla no son predeterminados y nadie, en consecuencia, tiene la última palabra.

Bibliografía

ABRAHAMAS, Roger D. "A Performance-centered Approach to Gossip": *Man*, vol.5, n.2, June 1970

BARRIOS Ruiz, Walda y Leticia PONS. *Sexualidad y religión en los Altos de Chiapas*. México, CONACYT/UNACH, 1995.

BASSOLS Batalla, Ángel. *Norte de Jalisco. Una región remota de occidente*. UNAM, 1988.

BAUMAN, Richard. "Verbal Art as Performance": *American Anthropologist* vol. 77, n. 2, June, 1975.

-- *Story, Performance and Event. Contextual Studies of Oral Narrative*. Cambridge University Press, 1986.

-- "The ethnography of genre in a Mexican market: form, function, variation" en Penelope Eckert y John R. Rickorfd (eds.): *Style and Sociolinguistic Variation*. Cambridge University Press, Cambridge, 2001. pags.: 57-82

-- "Disclaimers of performance" en: Jane Hill & Judith Irvine. *Responsibility and Evidence in Oral Discourse*. Cambridge University Press, 1992. pags.: 182-196.

BAUMAN, Richard y Charles L. BRIGGS. "Poetics and Performance as Critical Perspectives on Language and Social Life" en *Annual Review of Anthropology* 19, 1990.

BAUMAN, Richard y Joel SHERZER. "The Ethnography of Speaking". *Annual Review of Anthropology* 4, 1975.

BENVENISTE, E. "La naturaleza de los pronombres" en: *Problemas de Lingüística General*. México, Siglo Veinte 1984.

BESNIER, Niko. "Information withholding as a manipulative and collusive strategy in Nukulaelae gossip" en *Language in Society* 18, 1989.

BESTARD, Joan. *Parentesco y modernidad*. Barcelona, Paidós, 1998.

BLUM-KULKA, Shoshana,. "Telling, tales, and tellers in family narrative events" en *Dinner Talk: Cultural Patterns of Sociability and Socialization in Family Discourse*. Mahwah, NJ: Lawrence Erlbau Associates, 1997.

BRENNEIS, Donald. "Grog and Gossip in Bhatagaon: Style and Substance in Fiji Indian Conversation" en *American Ethnologist* vol.11, n. 3; 1984

BRUNER, Jerome y Susan WEISSER. "La invención del yo: la autobiografía y sus formas", en David Olson *Cultura escrita y oralidad*. Barcelona, Gedisa, 1998.

BUTLER, Judith. *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad* México, UNAM, 2001 (1990).

CAMERON, Deborah. "Performing Gender Identity: Young Men's Talk and the Construction of Heterosexual Masculinity" en Ulrike Hanna Meinhof y Sally Johnson *Language and Masculinity*, Oxford, Blackwell Publishers, 1997.

CLIFFORD, James. "Introducción: Verdades parciales" en James Clifford y G.E. Marcus, *Retóricas de la antropología*. Madrid, Ediciones Júcar, 1991. pags: 25- 60.

a: "Sobre la alegoría etnográfica" *ibid.*. pags.:151-182

-- "Sobre la autoridad etnográfica" en Clifford Geertz, et. al. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa, 1992. pags.:141-170

COATES, Jeniffer. *Women Talk: Conversation Between Friends*. Cambridge, Blackwell Publishers, 1996. pags. 232- 262.

CRAPANZANO, Vincent. "Self-centering Narratives" en Michel Silverstein y Greg Urban (Eds) *Natural Histories of Discourse*. Chicago, 1996.

D'AUBETERRE, María Eugenia. *El pago de la novia : matrimonio, vida conyugal y prácticas transnacionales en San Miguel Acuexcomac, Puebla*. El Colegio de Michoacán, 2000.

DE LEÓN Torres, Soledad. *Hombres 'norteños' y mujeres 'livianas': familia, trabajo y relaciones de género en Paredones, Michoacán*. Tesis de maestría en antropología social, El Colegio de Michoacán. 1996.

--- "Cambios y continuidades en las representaciones de género en Paredones, Michoacán" en: M. Arcelia González Buitrón y Miriam Aidé Nuñez Vera (coords.) *Mujeres, género y desarrollo*. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, EMAS, y CIDEN, 1998.

--- "Familia y género: las identidades locales en un contexto de migración a Estados Unidos" en Eduardo Zárate (coord.) *Los signos del Estado*. El Colegio de Michoacán, 2000.

GOBIERNO del Estado de Jalisco. *Plan de desarrollo regional. Región 01 Norte*. Tomo I. Guadalajara, 1999.

GOFFMAN, Erving. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu. 1993 (1959).

GLUCKMAN, Max. "Gossip and Scandal" *Current Anthropology* vol. 4, n.3, junio 1963.

GOODWIN, Marjorie H. "Instigating: storytelling as social process" *American Ethnologist*, vol. 9, n.4 , nov. 1982; pags: 799-819

- HANDELMAN, Don. "Gossip in Encounters: The Transmission of Information in a Bounded Social Setting" *Man*, vol.8, n. 2; june, 1973.
- HARRIS, Olivia. "La unidad doméstica como unidad natural" *Nueva antropología*, vol. VIII, num. 30, noviembre 1986. pags: 199-222. (1984)
- HAVILAND, John B. *Gossip, Reputation and Knowledge in Zinacantan*. Chicago, The University of Chicago Press, 1977.
- "Las máximas mínimas de la conversación en Zinacantán." *Anales de antropología*. Vol XXI, 1984. UNAM. México.
- "Sure, sure: Evidence and Affect" : *Text* 9 (1), 1989.
- Mu'nuk jbankil to, mu kuk kajvaltik: 'He is not my older brother, he is not Our Lord' Thirty years of gossip in Chiapas village, en *Etnofoor*, XI (2), 1998
- HERMAN, David. "Pragmatic constrains on narrative processing: Actants and Anaphora resolution in a corpus of North Carolina ghost stories". *Journal of Pragmatics* 32 (2000) 959-1001.
- HERNÁNDEZ Zavala, Héctor Efrén. *Negociando identidades colectivas en una fiesta patronal de un pueblo de migrantes de Michoacán*. Tesis de Maestría en Antropología Social. Zamora, El Colegio de Michoacán, 2000.
- HILL, Jane & Judith IRVINE. *Responsability and Evidence in Oral Discourse*. Cambridge University Press, 1992.
- HIRSCH, Jennifer S. *A courtship after marriage: sexuality and love in Mexican trasnational families*. Berkeley, California. University of California, 2003.
- HYMES, D. "Toward Ethnographies of Communication: The Analysis of Communicative Events" en Paolo Giglioli, *Language and Social Context*. Great Britain, Penguin Books, 1972.
- INEGI, Censos nacionales de población y vivienda, 1930, 1940, 1950, 1960, 1970, 1990, 2000.
- JAKOBSON, Roman. *Lingüística y poética*. Madrid, Cátedra, 1988.
- JOHNSTONE, Barbara. "Comunnity and Contest: Midwestern Men and Women Creating Their Worlds in Conversation Storytelling" en Debora Tannen *Gender and Conversational Interaction*. New York-Oxford, Oxford University Press, 1993.
- *Stories, Community and Place*. Bloomington, Indiana University Press, 1990.
- LABOV, William. "The Transformation of Experience in Narrative Syntax" pag.354- 397 en *Language in the Inner City*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press, 1972.

LAKOFF, Robin. *El lenguaje y el lugar de la mujer*. Barcelona, Hacer Editorial, 1995. (1975).

LAMAS, Martha. *Cuerpo: diferencia sexual y género*. México, Taurus, 2002.

LEVINSON, Stephen. *Pragmática*. Barcelona, Ed. Teide. (1983) 1989.
-- “Activity types and language” en *Linguistics* 17, 1979; 365-399.

LUCY, John (ed.). "Reflexive language and the human disciplines", en John Lucy *Reflexive Language: Reported Speech and Metapragmatics*. Cambridge University Press, 1993. pags. 7-31.

Mac DONALD, Gaynor. “Ethnography, Advocacy, and Feminism: A Volatile Mix. A view from reading of Diane Bell's Njarrindjeri Wurruwarrin” *Australian Journal of Anthropology*, April 2002, vol. 13, No. 1.

MALINOWSKI, Bronislaw. “El problema del significado en las lenguas primitivas” en C.K. Ogden & I.A Richards: *El significado del significado*. Barcelona: Paidós, (1938) 1984; pags.: 310-352.

MALKIN, Victoria. "La reproducción de las relaciones de género en la comunidad de migrantes mexicanos en New Rochelle, Nueva York". *Coloquio de Antropología e Historia Regionales. Fronteras fragmentadas: género, familia e identidades en la migración mexicana al Norte*. México, El Colegio de Michoacán. Zamora, 1997 .

MARCUS, George E. “Problemas de la etnografía contemporánea en el mundo moderno” en James Clifford y G.E. Marcus, *Retóricas de la antropología*. Madrid, Ediciones Júcar, 1991. pags: 235- 262.

MARCUS, George E. y Dick E. CUSHMAN. “Las etnografías como textos” en Clifford Geertz, et. al. *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa; 1992. pags.:171-213.

MEILLASOUX, Claude. *Mujeres, graneros y capitales*. México, Siglo XXI, 1977

MERCHAND Rojas, Marco Antonio. *Desarrollo económico del norte de Jalisco*. El Colegio de Jalisco, 1997.

MILLER, Peggy, J. “Narrative practices: Their role in socialization and Self-construction” en Ulric Neisser y Robyn Fivush: *The remembering self. Construction and accuracy in the Self-narrative*. Cambridge University Press, 1994.

MUMMERT, Gail. "Cambios en la estructura y organización familiares en un contexto de emigración masculina y trabajo asalariado femenino: estudio de caso en un valle agrícola de Michoacán". Ponencia presentada en el *Seminario Hogares, Familias, Desigualdad*,

Conflicto, Redes Solidarias y Parentales. INEGI/SOMEDE. Aguascalientes, Méxicoico , 1994.

--- "Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: Nuevos papeles para las que se van y las que se quedan" T. Calvo y G. López (coords.) *Movimientos de población en el Occidente de México*. El Colegio de Michoacán/Centre D'Etudes Mexicaines et Centraméricaines. 1998

NAROTZKY, Susan. *Ideas that work* . S.F. inédito. {TC "NAROTZKY, Susan. *Ideas that work* . S.F. " \l 2}

-- *Trabajar en familia : mujeres, hogares y talleres*. Ediciones Alfons El Magnanim : Institucio Valenciana D' Etudis Investigacio. Valencia, España, 1988.

OCHS, Elinor y Lisa CAPPS. “Narrating the self” en *Annual Review of Anthropology* n.25, 1996, pag.s 19-43

ORTNER, Sherry B. y Harriet WHITEHEAD. "Indagaciones acerca de los significados sexuales" en Carmen Ramos Escandón (comp.) *El género en perspectiva*. UAM-I. México, 1991 (1981).

PAINE, Robert. "What is Gossip About? An Alternative Hipotesis", en *Man* vol 2. n.2, 1976

PARKER, Marjorie W. *The sociolinguistic Construction of Self in the Life Stories of Illegal Chinese Immigrants*. Ph D. Linguistics. Georgetown University. Washington, 1998.

PEARSON, Judy C. et.al. *Comunicación y género*. Paidós. Barcelona, 1993.

PERISTIANY, J.G. *El concepto de honor en la sociedad mediterránea*. Labor. Barcelona, 1968.

PITT-RIVERS, Julian. *Antropología del honor o política de los sexos*. Grijalbo. Barcelona, 1979.

PONCE, M. Patricia. *La morada de Xochiquetzal. Un estudio de caso sobre la sexualidad femenina en el campo veracruzano*. Tesis de maestría. Antropología social. CIESAS, 1993.

ROSALDO, Renato. *Cultura y verdad: nueva propuesta de análisis social*. CONACULTA, México, 1991.

ROSALDO, Z. Michelle. “Uso y abuso de la antropología: reflexiones sobre el feminismo y la comprensión intercultural” en Marysa Navarro y Catharine R. Stimpson (comps.): *Nuevas direcciones*. Fondo de Cultura Económica. Argentina, 2001. (1980)

ROUDINESCO, Elizabeth. *La familia en desorden*. Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

RAMÍREZ, Ana María. *La vida cotidiana de las mujeres purhépecha de Cherán y la construcción de las identidades de género*. Tesis de maestría. El Colegio de Michoacán, Zamora, 2002.

SCHIEFFELIN, B. y Elinor OCHS, “Language socialization” en *Annual Review of Anthropology*, n. 15, 1986, pags. 163-191.

STRATHERN, Marilyn. "An Awkward relationship: The Case of Feminism and Anthropology" en, *Signs: Journal of Women in Culture and Society*. vol. 12, no. 21, 1987.

TANNEN, Deborah. *Género y discurso*. Paidós. Barcelona, 1994.

TAYLOR, Charles. *Las fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Paidós. Barcelona, 1996. pags. 17-39

THORNE, Barrie, Cheris Kramarae y Nancy Henley. *Language, Gender and Society*. Newbury House Publishers, Cambridge, 1983.

TRIPP, Aili M. Rethinking Difference: Comparative perspectives from Africa. en *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 2000, Vol. 25, No. 3.

URBAN, Greg. *Metaphysical Community. The Interplay of the Senses and the Intellect*. University of Texas Press. Austin, 1997.

VISWESWARAN, Kamala. "Histories of Feminist Ethnography" en *Annual Review of Anthropology*, 1997. 26:591-621

WALTER, Lynn. "Feminist Anthropology?" en *Gender and Society*. Vol. 9, No. 3. June, 1995. pag. 272-288

WAUGH, Linda R. “La función poética y la naturaleza de la lengua” en Roman Jakobson *Arte verbal, signo verbal, tiempo verbal*. Fondo de Cultura Económica, México, 1992. pags. 195- 228.

ZIMMERMAN, Don H. y Candace WEST. “Sex roles, Interruptions and Silence in Conversation” En Barrie Thorne y Nancy Henley (comps.) *Language and Sex: Difference and Dominance*. Newbury House Publishers, Rowley, Mass, 1975.

Anexo capítulo 3

Narrativa 1

Narradora: Doña Refugio (B)

Otros participantes en la narrativa: Soledad (A)

1. A: De que otra familia se acuerda ahorita? Así de los de...
2. B: De los de Pedro Escobedo también? A ver... Pedro Escobedo. La esposa, Delia Orozco.
3. ¿Los hijos también?
4. A: Sí
5. B: Es...: Gregorio. Cristóbal. Carmela. Ernestina. Socorro. Chayo. Y la Lupe. Y nomás.
6. A: Y los papás de don Pedro Escobedo?
7. B: Eligio Escobedo. Y Simona Portillo.
8. A: ¿De aquí los dos?
9. B: Hmj
10. A: ¿Y los de doña Delia?
11. B: Ella es de por allí de La Barranca.
12. A: Ahh. ¿Y sus papás? ¿sabe quienes son?
13. B: Su mamá se llama Enedina, pero no sé de qué. Creo que Rosales. Y don Carmen Orozco.
14. Era el papá.
15. A: Hmj. ¿De allí los señores? ¿De la Barranca?
16. B: Si de allí... sabe de qué parte
17. A: Entonces son: Gregorio. Cristóbal. Carmela. Ernestina. Socorro. Chayo. Y la Lupe. Dos,
18. cuatro, seis, siete. Y aparte de estos... de estos hijos ¿quiénes están aquí? ¿Alguno de
19. ellos están aquí en el rancho?
20. B: ¡Nooo! ...Pos' Cristobal, pero acaba de venir del Norte, ya no quiere dilatar en irse.
21. A: Ah! Pero está de visita, ya no vive aquí.
22. B: No
23. A: Y quién más?
24. B: Nomás yo creo.
25. A: Ernestina estaba aquí ¿no?
26. B: No pero ya se fue con un viejo y dejó los hijos y la hija. Y se fue con un viejo

27. ¡Fíjese!
28. A: ¿Tenía hijos?
29. B: Y luego! Cuatro y la muchacha grandota, Erica, ¿si la conoce?
30. A: A poco es la mamá de Erica?
31. B: No la quieren a la mamá. Porque los dejó. Le dejó toda la carga a la, la Ernestina le dejó
32. toda la carga a la hija. Ella los arregla los lava y les da de comer, su hermana.
33. A: ¿A dónde se fue Ernestina?
34. B: ¡Tiene un viejo! Que allá vive en Guadalajara y le pone dizque unas buenas tundas.
35. A: ¿A poco?
36. B: ¡Vieja taruga! ¿Pa'qué dejaba a sus hijos y se iba con el viejo!
37. A: ¿Cuántos tiene Ernestina?
38. B. Cuatro hijos y la muchacha, serán cinco.
39. A: Hmmm
40. B: O tres hijos y la muchacha...no sé. Pero de tres a cuatro.
41. A: Pero ¿cómo así? Y ¿tiene tiempo que se fue ya?
42. B: ¡Dizque está esperando del otro viejo!
43. A: ¿Y los papás de los chamacos? ¿Quién es?
44. B: Memo. Memo este... de Totatiche
45. A: No... no lo conozco a él, yo creo, ¿verdad? ¿o sí?
46. B: No, usted no lo conoce. Les traiba mucho que comer y no les hacía falta nada. Ya no lo
47. quiso Ernestina.
48. A: ¿Porqué?
49. B: ¡Pos! Méndiga la vieja. Se fue con otro pelado a donde no hay. Y ese sí, la quiso
50. mucho... (irónica) ¿Si conoció a Ernestina?
51. A: No. No la conozco. A la Erica sí la conozco.
52. B. Ta' bonita su muchacha
53. A: Sí, muy guapa.
54. B: Ella es la que está atendiendo a sus hermanos. No la quieren ya a la mamá,
55. los hijos ni ella.
56. A: Y doña Delia ¿Qué dijo porque su hija se fue?
57. B: También ta' bien enojada, que ya no la quiere.
58. A: ¡Ah!
59. B: Él les trae que comer pa' que pasen. Ya están grandes, ya. El junior ya, el más grande ya

60. mero cumple quince años.
61. A: Pos' ya están bien grandes. Y la Erica también ya está grande.
62. B: Sí está grande y no está fea la muchacha. Está bonita. Pero ella tiene la culpa, Ernestina.
63. Que quería a venir a ver sus hijos pero no la dejó el viejo: "No me vas. Y si te me vas, te
64. saco de donde seas y te mato", que le dice. No se le puede copinar al viejo!
65. A: Quién le contó? Doña Delia o quién?
66. B: Eh?
67. A: Doña Delia le contó?
68. B: ¡¡No!! ¡Por ahí se sabe!
69. A: Aaah!, pobre doña Delia también con esos...
70. B: Pedro no la quiere. Pedro ni Delia: "Pélate con tu viejo" Que si quizoviejo mejor que
71. hijo, que: "Pélate!".
72. A: ¿Y de dónde se lo agarró al hombre ese?
73. B: Es primo de Rosalba. de Gregorio.
74. A: ¿A poco?
75. B: A Rosalba si la conoce?
76. A: No
77. B: La de Goyo. No le digo?
78. A: ¿Y el papá de los niños qué? ¿Está casado o qué?
79. B: Él estaba junto con ella.
80. A: Hmmm. Pos' pobres chamacos
81. B: Pos si!
82. (... 15 segundos)
83. A: Es la esposa de Roberto verdad?
84. B: A Roberto si lo conoce?
85. A: Sí ¿como no? (...)

Narrativa 2

Narradora: Doña Delia (A)

Otros participantes en la narrativa: Doña Lidia (C), Soledad (B)

1. A: De muchachos yo creo que todavía quiero otro y... pos ya no...
2. Risas
3. B: Bueno, pero puede tener todavía más nietos aunque ya no chamacos suyos pero, pos' ahí
4. los nietos pa' que los cuide también.
5. A: Nooo
6. B: Pa' que no se quede con ganas...
7. C: Ahí los está cuidando.
8. A: No, fíjate que los estoy cuidando y los quiero como mis hijos
9. B: Sí ¿como no? Pos' claro...luego a veces con los abuelitos se sienten más a gusto que con
10. la mamá.
11. A: Que dicen, que dicen "Dios da el muchacho y da el hilacho" yo creo que sí. Mira, los de
12. nosotros, como batallamos pa' tenerlos y ora tenemos estos, yo se me hace que nada! Y
13. salemos al pueblo y ya le da uno veinte pesos a cada niño o diez conforme tiene uno
14. pero... a gusto con mis nietos como si fuera mis hijos.
15. B: Sí, ¿cómo no? ¡Claro!
16. C: ¡Pos' se han criado ahí!
17. A: Y cuando estaba Ernestina cómo pasabamos! También yo pasaba bien mortificada! Era
18. bravísima y era corajuda conmigo, con los niños, y con... no quería que..M'ija, vamos a
19. misa: *No! Perece! ¿Qué les digo? a qué van a misa? Comen santos y cagan diablos; y*
20. que sabe cuanto...
21. C: *Comen santos, cagan diablos ¡ja, ja, ja!*
22. A: Que íbamos allí y que íbamos a Temastián a la comunión y que cagabamos los diablos.
23. Risas
24. A: Ay! Ay dios que ella, los niños... No, a los niños no! ¿A qué van pues? ¿A qué van?
25. Porque ¿cómo? Ustedes van y vienen enojados!... Se enojaba, porque yo le decía: *M'ija,*
26. *qué tiradero aquí en la casa bárranla, laven el...Ah qué?! Qué ella sabría, edá? Y no era*
27. de ella! Pos'era de ahí la casa de junto (al lado de la casa de doña Delia), pero, que su

28. casa y que su casa.
29. B: ¿Ahí vivía?
30. A: Sí ahí vivía ella, pero la muchacha (la nieta) estaba respondosa, igual que ella y todo. Y
31. pera no! Ora: M'ija, has esto, y pos...en parte se impaciento por que pos' en esa edad
32. quiere uno...
33. B: Sí como no
34. A: Pero pos' tiene que lavar los chiquillos y "Andale m'ija ora a mí me toca lavarlos y aquí
35. tú los planchas y ... o, tu los bañas y yo los lavo Y así, y "Hay que calentar gordas" y
36. entre las dos, pero pos fíjate que no tenía... por ahí laspero nomás que no se... pero
37. pos' ni modo!
38. C: Tenía que ser. ¡Tenía que ser que si la iba a odiar!
39. A: Sí por... resiente ella que no está con su mamá...
40. C: Sí: que está chica y que ella ocupaba el consejo de su madre.
41. A: Mira pordequiera que salían,salían las dos juntas y así andaban dice que ella le empezó a
42. ver cosas a Ernestina. Empezó a disgustarse conmigo, empezó a pelearme. Ya tenían un
43. año peleando. Peleaban y peleaban y...pos' yo no le hallaba ni porque, yo ya, las sacaba
44. peleadas y, amarilla, amarilla que no comía y ... pos' corajuda y yo veníaa nomás cuando
45. venía por ahí a mandado y pasaba por ahí a... y, no hasta que ya se fue ya, nos vinimos
46. ahí, ya estoy muy a gusto con mis niños, por ahí los regaño, y pasa y pasa un sentimiento
47. ella (la nieta), que no la deajo salir, pos no le hace, digo, no la deajo y ya!
48. B: ¡Pos sí!
49. A: Pasa algo mira y yo más dolida...no!
50. B: Sí, como no, usted tiene la responsabilidad...
51. A: Cuando yo la deajo salir, sale. Cuando no, no. Ni trabajosa que es.
52. B: Pos' ni modo
53. A: Pero ya te digo. Ahí'stoy yo muy a gusto con mis niños, llegan de la escuela y ya
54. comemos y...
55. B: No pos' son muy tranquilos sus niños, muy tranquilos.
56. A: Sí. Y luego nunca han... no me, no me gruñenn. Los regaño y les digo cosas. Y nunca
57. me re...nunca me dicen nada, pa' qué voy a...
58. B: No, son buenos niños, tranquilos.
59. A: Y este, el...te digo que me quedé con ganas pero Dios me dejó todos estos pa' ver;
60. ojalá que se me críen

61. C: Ya están criaditos

62. A: Sí

Narrativa 3

Co-narradores: Salvador (A) , doña Lidia (C),

Otros participantes en la narrativa: Soledad (B) , don Ernesto (D).

1. A: Ah ¿ya tenían rato platicando? ¿ya?
2. B: Sí ya tenía yo un rato aquí.
3. A: Y doña Delia aquí también vino ¿eh?...
4. B: Sí, aquí estaba también.
5. C: Aquí estaba.
6. B: Aquí estábamos en la plática
7. A: Oye, y doña Delia que tiene ahí (?) de la muchacha? o qué? Una muchacha... ya es
8. grande ¿verdad? una chamaquilla...
9. C: Sí! Tiene 17 años
10. B: Entonce: ¿No se llevó; ni uno la mujer?
11. C: No! ¡Pa' qué, pa' qué los quiere?!
12. B: Ella fue a Temastián allí con su... este muchacho (su esposo), vive cerquitas ahí toda..
13. Pos' yo ví que llegó un viejo ahí con ella y dije, no, dije:Ss ha de ser algún hermano. Yo
14. pensé que algún hermano de ella porque llegaron allí No, era un hombre grandote, yo
15. creo que era ...
16. C: Prieto!
17. B: ¿Eh?
18. C: Prieto!
19. B: Prietote y bien..! Pero bien fornidote el hombre, grande vedá?
20. C: Sí
21. B: Entonces...¿se casó con ella?
22. C: Se casó al civil
23. B: Ah, al civil
24. C: Hmj
25. B: Pero cómo se pone a dejar sus niños ahí? sólo? Con los abuelitos edá Pero...
26. C: Hmmm pero pos' los abuelitos...
27. B: Ahí les sirven verdád? Pos' uno anda por ahí y le cuida las vacas y otro anda ahí le ayuda
28. a echar la...
29. C: Sí les sirven yo creo

30. (...) 10 segundos
31. B: Y el papá ¿no los ve? ¿No viene a verlos?
32. C: Ahí... ahí se mira
33. B: Si viene verdad? Tiene que..!
34. C: Tiene que venir a verlos!
35. B: Hmmm (incrédulo)
36. (...) 12 segundos
37. B: Esa muchacha yo creo ya tiene ganas de casarse ...
38. D: Pos' sabe oiga!
39. B: Je, je
40. D: Ya ve las viejas...
41. B: Ja, ja.
42. D: ¿Tú cómo ves?
43. C: Pos' las nuevas...
44. D: Sabe
45. B: Pos' ahí andaban diciendo ahí...Ja, ja
46. Sí porque dicen: Yo quiero mirarme en esa casa de ahí
47. Risas
48. A: Don Pilo como que no le cree mucho. No lo convenció, nomás se rió.
49. D: A lo mejor, si está, las alcanza a ver.
50. B: Ya no.
51. Ya llegó un peladote ahí junto al garage.
52. A: Ah que don Salvador!
53. (...) 17 segundos
54. C: No hay ni nubes siquiera hay!!!
55. B: Pos hace aire ya, el viento se siente
56. C: Pos'... hace aire todos los días...unos ventarronazos! parece que lo levantan a uno!